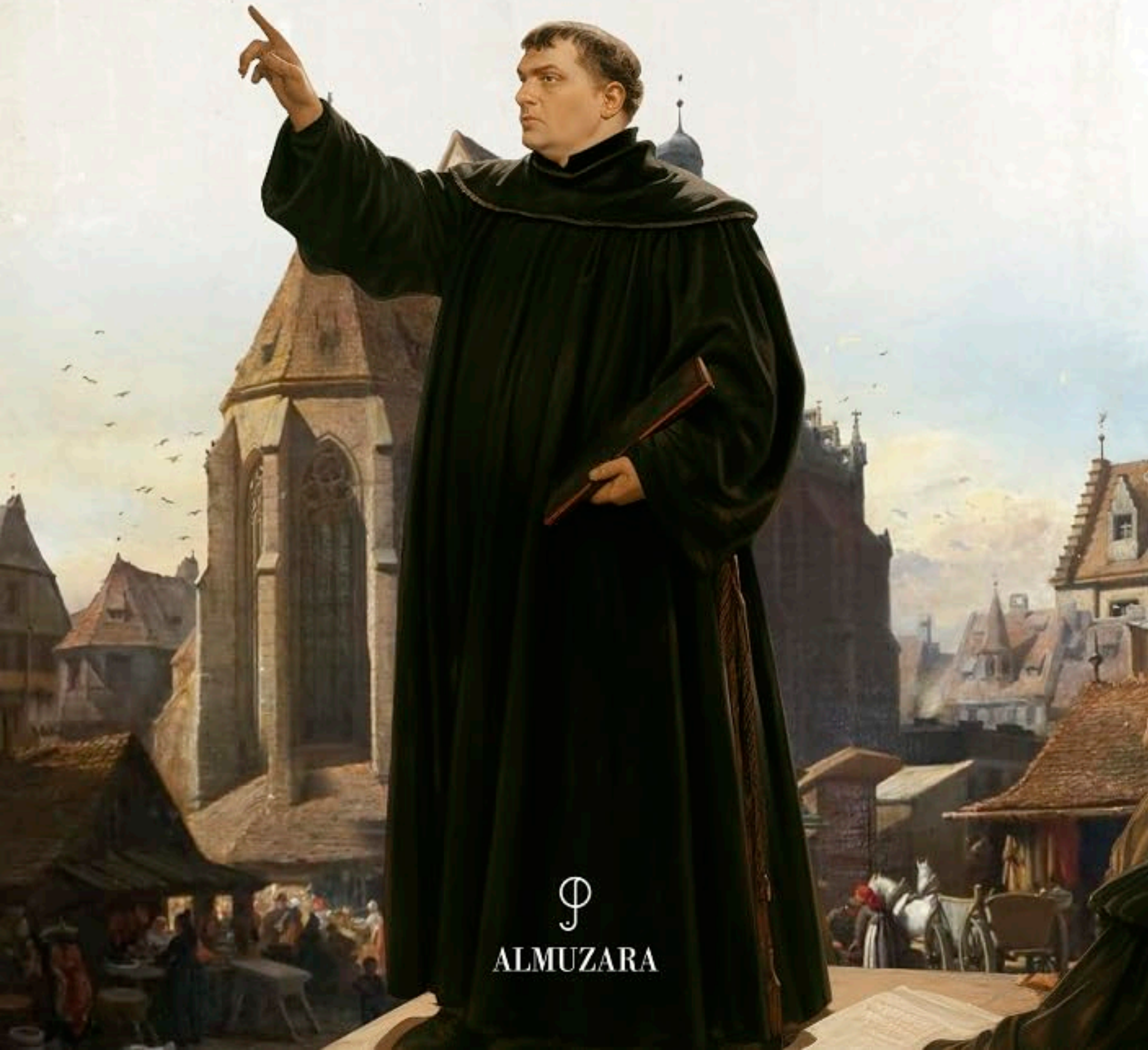
JAVIER BARRAYCOA

PROTESTANTISMO

HISTORIA OCULTA E IMPACTO EN EL MUNDO CONTEMPORÁNEO

¿Sabías que buena parte de la tecnología moderna tiene su origen en el sueño protestante de reconstruir el Paraíso? ¿O que desde el siglo XIX han profetizado anualmente el cumplimiento del Apocalipsis y el fin del mundo?



ALMUZARA

JAVIER BARRAYCOA MARTÍNEZ (Barcelona, 1963) es doctor en Filosofía por la Universidad de Barcelona (1993). Fue profesor de Sociología en la Universidad de Barcelona durante dieciocho años y actualmente es profesor titular de Ciencia Política y Sociología en la Universidad Abat Oliba CEU, desde donde ha desarrollado investigaciones sobre la construcción de la opinión pública o la psicología social. Ha publicado numerosas obras de ámbito sociológico sobre el poder y sus construcciones simbólicas. Ha realizado estancias de investigación, entre otras, en universidades como la University of Berkeley (1999), Harvard University (2004), Universidad de los Andes de Colombia (2010) o Universidad de Chipre (2011). Una de sus líneas de investigación más importantes es la relacionada con la historia de Cataluña y la construcción de imaginarios y estereotipos en torno a ella. En este ámbito ha contribuido con obras como: *Los mitos actuales al descubierto* (2008), *Historias ocultadas del nacionalismo catalán* (2011), *Cataluña Hispana* (2013), *Doble Abdicación* (2014), *Los (Des)controlados de Companys* (2017), y *La constitución incumplida* (2018). De igual modo, ha realizado incursiones en la novela satírica como demuestra su obra *El último Catalán* (2014). Con Editorial Almuzara ha publicado las obras *Eso no estaba en mi libro de Historia de la Cataluña* (2018), *Eso no estaba en mi libro de Historia del Carlismo* (2019) y *Eso no estaba en mi libro de la Revolución rusa* (2020).

JAVIER BARRAYCOA

Protestantismo

Historia oculta e impacto en el mundo contemporáneo

ALMUZARA

© Javier Barraycoa, 2024
© Editorial Almuzara, s.l., 2024

Primera edición: marzo de 2024

Reservados todos los derechos. «No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea mecánico, electrónico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.»

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Editorial Almuzara • Colección Historia
Director editorial: Antonio Cuesta
Editora: Ángeles López
Corrección: Mónica Hernández
Maquetación: Joaquín Treviño

www.editorialalmuzara.com
pedidos@almuzaralibros.com - info@almuzaralibros.com

Editorial Almuzara
Parque Logístico de Córdoba. Ctra. Palma del Río, km 4
C/8, Nave L2, nº 3. 14005 - Córdoba

Imprime: Liberdúplex
ISBN: 978-84-10520-85-1
Depósito legal: CO-262-2024
Hecho e impreso en España - *Made and printed in Spain*

«Los tres grandes elementos de la civilización moderna son la pólvora, la imprenta y el protestantismo», (Thomas Carlyle).

«Un aspecto de la libertad moderna —el aislamiento y el sentimiento de impotencia que ha aportado al individuo— tiene sus raíces en el protestantismo», (Erich Fromm).

«Fingid una ilusión cualquiera, contad la visión más extravagante, forjad el sistema más desvariado; pero tened cuidado de bañarlo todo con un tinte religioso y estad seguros que no os faltarán prosélitos entusiastas que tomarán a pecho el sostener vuestros dogmas, el propagarlos, y que se entregarán a vuestra causa con una mente ciega y un corazón de fuego: es decir, tendréis bajo vuestra bandera una porción de fanáticos», (Jaime Balmes).

A María del Mar y Vanesa.

Índice

Un marco de comprensión a modo de introducción 11
La cristiandad en ebullición: antecedentes de la reforma 29
Mitológicas luteranas y el extermino de los anabaptistas 61
El calvinismo o la democratización teocrática 93
Inglaterra: el país que no quería ser protestante 125
Y el espíritu purificador llegó a América 157
La contrarreforma: paradojas y geopolítica 191
Protestantismo y política: los efectos de la secularización 223
Las derivas culturales del protestantismo 255

Un marco de comprensión a modo de introducción

Nace el siglo XVI. La tan denostada, por algunos, Edad Media parecía agonizar ante un nuevo movimiento intelectual y artístico que se vendría a llamar Renacimiento y que había arrancado un siglo antes. El optimismo de los Erasmo y Thomas Moro, se vería truncado por una convulsión espiritual que nadie esperaba: el protestantismo. Esta sacudida parecía un *revival* de las tormentosas agitaciones que habían estremecido Europa un siglo antes, en forma de crueles guerras religiosas como la de los husitas en Bohemia (1419-1434) o la de los campesinos en Alemania (1424-1425). Ambas provocaron miles de muertos y terrible desolación, a la par que miseria y hambrunas, poniendo en duda las viejas estructuras políticas en torno de las cuales había descansado la sociedad durante siglos. Ello no impidió que ese siglo viera florecer a genios como Donatello, Leonardo Da Vinci o Miguel Ángel. En 1506, por orden del papa Julio II, un pontífice más que peculiar por su carácter y afanes políticos, guerreros y artísticos, se iniciaba de manos del arquitecto Bramante la hercúlea basílica de San Pedro. Pronto le faltó dinero, mucho dinero ante tal colosal Iglesia. Su sucesor León X heredó el problema económico y la necesidad de acabar el proyecto. Para ello se comerció abusivamente con la compraventa de indulgencias en toda la cristiandad con tal de conseguir fondos para tan magna empresa.

Este comercio fue especialmente abusivo en las zonas alemanas del Sacro Imperio Romano Germánico, donde tradicionalmente se protestaba contra los impuestos pontificios. La causa es que estos se sumaban a los gravámenes ya abusivos de los príncipes y señores alemanes. Hasta el siglo XV la práctica de la compra de indulgencias estaba rigurosamente regulada y limitada por la Iglesia a casos

concretos. Paradójicamente, fue el deseo de convertir a Roma en una ciudad renacentista, la que llevaría al pretexto que desencadenaría el origen formal del protestantismo. La cuestión de las indulgencias fue la excusa para que un fraile católico alemán, Martín Lutero, hiciera llegar a su obispo 95 tesis teológicas, al respecto, para su discusión pública. La creencia popular dice que las clavó en la puerta de la Iglesia de Todos los Santos, en Wittenberg, en 1517. Todo esto forma parte de una leyenda áurea que se fue construyendo posteriormente en torno a Lutero, pero no pasa de un mito. Este era monje católico, fraile agustino para más *inri*, y la propuesta se hizo por escrito y por la vía reglamentaria a su obispo, como era costumbre.

No se puede desdeñar que la venta de indulgencias también causaba entusiasmos inenarrables en una parte de los creyentes, especialmente en Alemania, donde los fieles hacían lo imposible por adquirirlas. Ejemplo de ello es la figura del fraile dominico Johann Tetzel, fallecido en 1519, que fue conocido por sus prédicas entusiastas y aplaudidas a favor de las indulgencias. Sus seguidores se contaban a miles. Incluso frente a las tesis de Lutero, se publicaron las llamadas *50 tesis de Tetzel* para rebatir sus opiniones sobre el asunto. Ciertamente, la cuestión de las indulgencias, la corrupción y decadencia del clero, la acumulación excesiva de bienes por parte de la Iglesia, fue un mal habitual que periódicamente provocaba descontento. Había levantado críticas, movimientos de protesta más o menos violentos y también intentos de reforma en el seno de la Iglesia. De ello queda constancia en innumerables concilios convocados para intentar resolver estas cuestiones. Pero, por este tipo de asuntos, nunca se produjo una fractura como la que viviría la cristiandad en el siglo XVI, exceptuando el Cisma de Oriente del siglo XI en la que la Iglesia oriental se separó de la latina.

Lutero encendió una llama que prendió porque las sociedades europeas del siglo XVI habían cambiado notablemente respecto a las anteriores épocas. Surgen entonces las nuevas aspiraciones del poder secular (que poco a poco se iban encaminando al despotismo ilustrado que vería su culmen en el siglo XVIII) o la emergencia de nuevas fuerzas sociales y políticas que configurarán —a la larga— la modernidad. En el siglo XVI había emergido una potente clase comercial y productiva, urbana y necesitada de una espiritualidad, que legitimara la ruptura con las formas productivas gremiales medievales

cristianas. El hundimiento de la cristiandad forjará la Europa de las naciones, que tuvo su trágico esplendor en las revoluciones del siglo XIX y las guerras mundiales del XX. En el surgimiento de ciertas formas radicales de protestantismo, tuvieron también incidencia las crisis endémicas del campesinado que llevarían a que Europa estallara en un sinfín de convulsiones. A diferencia de las crisis de siglos anteriores, las consecuencias espirituales y materiales que trajo la Reforma serían irreversibles y llevarían a finiquitar la Edad Media. Esa revolución espiritual que inicialmente se circunscribía a las fronteras del viejo Sacro Imperio Romano Germánico, inesperadamente desbordaría sus fronteras. Si bien Lutero quiso presentar una alternativa al catolicismo romano, pronto tuvo que competir a su vez con decenas de reformadores, cada uno con su propia doctrina e intenciones políticas. Desde su origen, el protestantismo se tornó un movimiento complejo y multiforme del que manaban divisiones y más divisiones.

No hay que engañarse. En el siglo XVI no emergió propiamente una reforma de la Iglesia católica, sino una revolución político-espiritual que convulsionaría el viejo mundo. Algunos han interpretado que la Reforma fue la continuidad del Renacimiento. En cierta manera sí y en cierta manera no. En ambos movimientos hubo una actitud de ruptura frente a la vieja cristiandad. Y en ambos se planteaba una superación por *regresión*. El Renacimiento quería beber en las olvidadas fuentes de griegos y romanos, mientras que el protestantismo proponía, como excusa, el regreso al espíritu de la Iglesia primitiva. Ambos, no obstante, se presentaron de forma opuesta: el primero como un movimiento optimista y humanista; y el segundo como una actitud pesimista, por considerar la naturaleza humana como absolutamente corrompida por el pecado original. Antes de proponer el protestantismo como la continuación del Renacimiento, sería más propio decir que abortó el Renacimiento. El humanismo fue sustituido por un pensamiento teocrático que fundía lo religioso con lo político, o invertía la tradicional relación de poderes forjada en la Edad Media. Igualmente, lo que aparentemente era un movimiento de regeneración eclesial, se convirtió en una nueva praxis de espiritualidad que partía de una peculiar antropología negativa. Por ello, el protestantismo acabó siendo algo ontológicamente distinto a las habituales crisis eclesiales vividas en los siglos anteriores.

El actualmente institucionalizado nombre de *protestantes*, tuvo su propia historia. Un jovencísimo Carlos V, emperador del Sacro Imperio Romano Germánico, convocó a Lutero a la Dieta de Worms, en 1521, para que se retractara de las tesis teológicas que tanto revuelo estaban causando. Ni el emperador ni muchos eran conscientes de la magnitud del problema que se les venía encima. Para Carlos V y sus teólogos este encuentro tenía como intención una reconciliación que se les antojaba fácil, pues ¿cómo un fraile se iba a enfrentar a la máxima autoridad secular de la cristiandad? Pero Lutero no se retractó y se mantuvo altivo. Dicen que lanzó frases que han pasado a la hagiografía protestante como: «¡No puedo hacer otra cosa; esta es mi postura! ¡Que Dios me ayude!». No en vano, un año antes, en 1520, había recibido una bula papal, la *Exsurge Domine* del papa León X, en la que, sin pelos en la lengua, definía al reformador con estos términos: «un cerdo salvaje ha entrado en la viña del Señor». Y se ordenaba que las obras de Lutero fueran quemadas, dándole 60 días para retractarse y someterse a la autoridad de Roma. En respuesta, Lutero quemó públicamente la bula. Este acto de rebeldía

Martín Lutero quemando la bula papal contra su persona.

sólo lo pudo ejecutar porque se sentía protegido por algunos príncipes alemanes, especialmente el de Sajonia que lo tenía acogido. Ya desde sus inicios, la Reforma tendría este sutil carácter político, pues encontraría protección en aquellos poderes que se oponían al del emperador o al estado de cosas presente.

Como la disidencia iba progresando, Carlos V decidió convocar otra dieta, la primera de Spira (1526). En ella se llegó a un acuerdo provisional para evitar una guerra civil, en las lindes interiores del Imperio, entre los partidarios de Lutero y sus adversarios. En espera de la convocatoria de un concilio que estableciera la doctrina cristiana ortodoxa, se permitió que, en función de las creencias o intenciones de cada príncipe elector, se pudiera enseñar y practicar el luteranismo o el catolicismo. El lema rector que ha pasado a la historia fue: *Cuius regio, eius religió* («de quien rija, la religión»). Tres años después, en 1529, se volvería a convocar en Spira una segunda dieta. Carlos V, queriendo zanjar definitivamente el tema, lanzó un edicto por el que se anulaba la tolerancia religiosa provisional que se había concedido a los principados alemanes. Ello provocó un documento en el que seis príncipes y catorce ciudades libres alemanas del Sacro Imperio Romano Germánico *protestaban* por el edicto. Nacía así, en su terminología, el *protestantismo*. El término en principio era despectivo, pero luego fue asumido con orgullo por los acusados. Más adelante se expondrá cómo el protestantismo se fue dividiendo en cientos de confesiones diferentes y opuestas entre sí. Pero algo siempre las mantuvo unidas: la protesta contra Roma. El pensador español Jaime Balmes quiso sintetizar así este fenómeno: «Mirando el globo del protestantismo, sólo se descubre en él un conjunto de innumerables sectas, todas discordes entre sí, y acordes en un solo punto: en protestar contra la autoridad de la Iglesia».

¿EL PROTESTANTISMO COMPARADO CON EL CATOLICISMO?

El protestantismo comparado con el catolicismo, es una de las obras más idiosincráticas de Balmes y quizá una de las primeras en lanzar un análisis sobre el protestantismo más allá de lo meramente teológico. Al contrario que la obra de Balmes, en este libro que el

lector tiene entre sus manos, no se pretende establecer una comparativa entre protestantismo y catolicismo. Y tampoco este quiere ser un texto de profundidades teológicas y filosóficas. Estas páginas son de divulgación histórica, pero es inevitable establecer ciertas comparativas, realizar ciertas reflexiones más allá de la historia y, eso sí, constatar los efectos que ha producido el protestantismo sobre la cultura y la organización política occidental. Especialmente a esto se dedicarán los dos últimos capítulos de la obra. El protestantismo, evidentemente, fue analizado, criticado y combatido desde el catolicismo. Pero también lo fue desde el marxismo, que distinguía muy bien las implicaciones del fenómeno protestante respecto al catolicismo. Se encuentra en la doctrina marxista una curiosa interpretación que enlaza muy bien con fenómenos parejos a la revuelta religiosa. Así, se puede leer en el *Diccionario filosófico marxista*, de 1946, la siguiente curiosa y contundente definición: «El protestantismo es una variante burguesa del cristianismo».

El juicio del marxismo pone el acento en tres dimensiones del protestantismo que se irán revisando en diversos capítulos. Por un lado, las iglesias nacionales creadas por el luteranismo prefiguraron los estados nacionales modernos cada uno con su propia *religión nacional*. Allí donde triunfaba el protestantismo moría la idea de la universalidad de la fe para circunscribirse a una doctrina permitida en una jurisdicción, reino o Estado. En resumidas cuentas, las iglesias nacionales imponían *fieles nacionales*. Por otro lado, el protestantismo, a la larga, provocaría una secularización religiosa que permitiría la concepción del *ciudadano* como un sujeto ligado primeramente al Estado y no tanto a una confesión religiosa. Pero antes de este proceso, por obra y gracia del protestantismo, se produjo una *teocratización* de la sociedad. Marx acusaba a Lutero en estos términos: «Lutero derrotó la fe en la autoridad, porque restauró la autoridad de la fe. Convirtió a los frailes en laicos, porque convirtió los laicos en frailes». Así, desde la doctrina marxista se reconocía que la reforma protestante fue causante de la divinización del Estado moderno, en cuanto que paso previo a su profunda secularización. Una ley universal de la historia es que la pérdida del sentido de lo religioso, siempre viene antecedido de una sobredimensión o hipertrofia de lo sacro que pretende anular lo *natural*. Y esto es lo que significó el protestantismo para el cristianismo.

En el protestantismo también se descubre que, contra la universalidad del cristianismo, se identifican ciertas espiritualidades con ciertos grupos sociales. Por ejemplo, el calvinismo, una forma de protestantismo distinta del luteranismo y menos conocida para el gran público, sería, en boca de Engels, la doctrina apropiada para «los más intrépidos burgueses de la época». Para él, el calvinismo era «la expresión religiosa del hecho de que en el mundo comercial, en el mundo de la competencia, el éxito o el fracaso no dependen de la actividad o de la aptitud del individuo, sino de circunstancias independientes de él». Engels se refería al dogma de la predestinación a la salvación (nuclear en la teología protestante) como un condicionante que determinaba quién debía ser rico y quién pobre. No es de extrañar que las burguesías nacientes en potencias comerciales como Holanda se acogieran al calvinismo como una espiritualidad ajustada a su idiosincrasia. También, para el marxismo, las expresiones más radicales de protestantismo, los llamados movimientos disidentes, prefiguraron los posteriores movimientos revolucionarios en los que se reflejaba el marxismo. Estos grupos revolucionarios, bajo forma de sectas radicales enfrentadas a las propias formas de protestantismo institucionalizado, querían purificar la Reforma y alcanzar el cristianismo primitivo más originario.

La obra referida de Balmes, diametralmente opuesta al análisis marxista, es una respuesta a la obra del protestante calvinista François Guizot, titulada: *Historia de la civilización en Europa. Desde la caída del Imperio romano hasta la Revolución francesa.* Guizot fue ministro de finanzas, tras la revolución burguesa de 1830 en Francia, protagonizada por Luis Felipe de Orleans, un miembro de la realeza a la par que liberal revolucionario. A Guizot se le atribuye aquella frase lanzada a los franceses tras la instauración de la monarquía constitucional-liberal: «¡Enriqueceos!». Para algunos, amanecía ahí el espíritu del capitalismo moderno. La tesis que defendía Guizot en su obra era muy sencilla: el protestantismo había traído a Europa el progreso y la prosperidad. Por el contrario, el catolicismo había sido una rémora para el bienestar de Occidente. El clérigo y apologeta Balmes, no pudo menos que escribir su ya inmortal texto para rebatir esa tesis. Es interesante leer en paralelo ambas obras pues ofrecen una perspectiva interesante de cómo se autoanalizaban y comparaban, en el siglo XIX, el protestantismo y el catolicismo.

Naciendo el siglo XX, se hicieron famosas dos obras de Max Weber, editadas juntas y tituladas *Ética protestante y El espíritu del capitalismo* (1904-1905). La tesis defendida ha llenado páginas y páginas de comentarios en libros y artículos. Según Weber, el calvinismo, bajo el arbitrario dogma de la existencia en la voluntad divina de una predestinación a la salvación para unos y a la condenación de otros, provocó terribles angustias en sus seguidores sobre su destino final tras la muerte. Si bien para Lutero la salvación no dependía de las obras, sólo de la fe, para el calvinismo ya ni siquiera la fe podía salvar al creyente. Para el calvinismo, el destino eterno del alma estaba predestinado antes de su creación. Según Max Weber, el éxito profesional podría ser un predictor de estar entre los elegidos a la salvación y ello habría causado una ética necesaria para la aparición del capitalismo. Esta breve explicación es evidentemente una burda simplificación, pues la exposición de Weber incluye elementos más complejos que normalmente son obviados. También se suele olvidar que la obra de Weber fue respondida por otro gran sociólogo alemán, Werner Sombart, con su libro *El burgués* (1913). Sombart propone otros elementos explicativos de la aparición del capitalismo, aparte del calvinismo, ya arraigados incluso en la Edad Media. En otra obra suya, *Los judíos en la vida económica*, explica que el enriquecimiento de Holanda en la época calvinista sólo fue posible por la llegada unas décadas antes de los judíos expulsados de España por los Reyes Católicos y no tanto por la *ética* calvinista. Con esto se significa que la discusión sobre la relación entre protestantismo y capitalismo, sigue abierta.

El protestantismo es un fenómeno complejo, extremadamente complejo, y todo intento de simplificarlo en estereotipos llevaría a una falsificación interpretativa. Por ello, y debido a la naturaleza de este texto de aproximación, tampoco se ha querido descartar reflexiones que permitan comprender mejor el presente de Occidente como fruto de la Reforma protestante y su secularización. Tras la redacción y relectura de estas líneas, el autor llega a la conclusión de que este es un libro de *pistas* sobre el protestantismo para que el interesado en algunas cuestiones pueda tener un cabo del que tirar e investigar por su cuenta. La inmensidad del fenómeno, el espacio y tiempo que enmarcan los límites del escritor y exigen las editoriales, obligan a esbozar más que a elaborar una obra de profundidades

explicativas. Aun así, hay que plantear las paradojas que suscita el fenómeno de la Reforma, en la medida que han tenido una profunda trascendencia para explicar nuestro presente.

Hay que explicar por qué, con los siglos, las sociedades protestantes generaron lo contrario que soñaban. Allí donde se pretendió establecer una teocracia, el gobierno del pueblo de los escogidos, la Nueva Jerusalén, será donde surgirán las revoluciones liberales laicizantes. La sublimación de lo religioso acabó en su esterilización. Y esta es la paradoja que se plantea el famoso psicólogo Erich Fromm en su obra *El miedo a la libertad*: «el hombre moderno [fruto del protestantismo] parece impulsado, no por una actitud de sacrificio y de ascetismo, sino, por el contrario, por un grado extremo de egoísmo y por la búsqueda del interés personal. ¿Cómo podemos conciliar el espíritu del protestantismo y su exultación del desinterés, con la moderna doctrina del egoísmo?». Hay que explicar por qué donde se negó la libertad y la necesidad de buenas obras como indispensables para la salvación, es donde siglos después florecerá la exaltación de la libertad cívica o el voluntarismo, expresado en la obcecación por el trabajo y el éxito. En el mundo protestante, en general, el deseo de una vida austera acabaría siendo sustituida por el ansia del enriquecimiento y el materialismo más procaz. Donde reinó la intransigencia moral puritana más insoportable para cualquiera que la experimentase en nuestros días, se convirtió, a la postre, en el foco de la doctrina de la tolerancia y la libertad de pensamiento.

Igualmente, donde se afirmó que la naturaleza humana estaba muerta por el pecado, acabaron surgiendo las teorías del hombre «bueno por naturaleza» que permitieron la construcción de la arquitectónica política moderna. El pacto de los escogidos con Yahvé, acabó siendo sustituido por el pacto de las voluntades individuales con una voluntad *general* y suprema que constituía el *pueblo*. Por otro lado, la divinización del pueblo, propia de la modernidad, tiene un antecedente en la doctrina del derecho divino de los reyes. Esta tesis es defendida por John Figgis, en su obra *El derecho divino de los reyes*. En ella demuestra cómo los teólogos ingleses partidarios de la separación de Inglaterra de la Iglesia romana, pergeñaron esta teoría. La intención era dotar al poder político de una sacralidad que lo igualara con el del Papa. Aunque esta tesis existiera antes de los Tudor y Enrique VIII, Figgis expone que fue en su época cuando se

El capitalismo erigiéndose sobre el derecho divino de los reyes.

defendió y articuló con mayor furor. Sólo así pudo justificarse que la cabeza de la Iglesia de Inglaterra fuera el rey y no el Papa. Pero, como escribiría en el siglo XIX el anarquista Max Stirner, la modernidad consistiría en sustituir el inventado derecho divino de los reyes, por el derecho divino de los pueblos. La posmodernidad, por el contrario, acabaría sustituyendo el derecho divino de los pueblos, por el inmanente absoluto derecho a todo del individuo inmerso en su propia soledad.

En el siglo XIX, surgió de los ambientes protestantes alemanes un extraño filósofo panteísta y pesimista, Eduard von Hartmann. Se hizo famoso por su primera obra *La filosofía del inconsciente* (1869). En ella se encuentra el intento de resolver el drama que tres siglos antes habían planteado los primeros reformadores: la soledad de una conciencia liberada a sí misma. Según su argumento, la felicidad individual era imposible, pero el autor deseaba encontrar un mecanismo por el que liberar al inconsciente de su perpetuo sufrimiento existencial. Pará él, y a diferencia de Schopenhauer que propuso buscar la felicidad en burdos placeres, el hombre debía abandonar la terrible sensación de soledad y dejarse mecer por el orden moral social. Este «orden social» no le daría la felicidad, pero le aliviaría existencialmente (un orden social protestante, claro está). En otro escrito, titulado *La religión del porvenir*, presenta el protestantismo como una fase agotada y muerta del cristianismo, pero necesaria para que devenga una nueva civilización. Así, sentencia: «El protestantismo no es más que la estación de descanso en la travesía del cristianismo auténtico, muerto decididamente para las ideas modernas. Es un tejido de contradicciones desde su nacimiento a su muerte, porque en cada fase de su vida se tortura por conciliar lo inconciliable». Entre estas contradicciones psíquicas anunciadas está la ruptura entre la conciencia individual y el comportamiento colectivo. La necesidad de pertenecer a una comunidad de escogidos, con unos códigos morales y públicos manifiestos, combinada con la profundidad de una conciencia sin otro límite que la *sola fides*, sólo podía llevar a paradojas vitales. En la medida que agoniza el carácter comunitario de la fe, el protestantismo parece prefigurar la posmodernidad en su insoportable soledad subjetiva y el rechazo de la objetividad universal de la razón. No en vano, escribía Nietzsche: «El protestantismo es la hemiplejía del cristianismo y de la razón».

El *Deus absconditus* («Dios escondido») que exaltó Calvino, contribuyó a ello. El protestante pasó, de sentirse miembro de una Iglesia universal (como los católicos), a sentirse miembro de una comunidad o congragación de escogidos. Pero aun viviendo entre la *comunidad de santos*, nada garantizaba su salvación pues existía una predestinación —a la salvación o a la condenación— previa de la que ignoraba su contenido. Se hace difícil entrar en esas psiques, pero todo apunta, y así lo argumenta Erich Fromm, que fueron las primeras en sentir el individualismo moderno. En su clásico tratado sobe el suicidio, Émile Durkheim intenta explicar por qué las tasas de suicidios son siempre más altas entre protestantes que entre católicos. Una causa que apunta es el individualismo más exacerbado en los primeros: «si el protestantismo —explica Durkheim— da mayor importancia al pensamiento individual que el catolicismo es porque cuenta con menos creencias y prácticas comunes. [...] cuanto más se abandona un grupo confesional al juicio de los individuos, más ausente está de la vida de estos y menos cohesión y conferencia tiene». Son muchos los análisis de otros tantos autores que han sabido entrever las consecuencias del protestantismo en la elaboración de una psique especial y algo se traslucirá a lo largo de los próximos capítulos.

El individualismo será al abono sobre el que fermentará otra de las características principales del protestantismo: la ausencia de un principio de autoridad. Ello llevará a que, irremisiblemente, la Reforma estuviera condenada a perpetuos procesos de división y enfrentamientos. Jaime Balmes ya describió el hecho: «Llevados los primeros reformadores de su espíritu de oposición a la Iglesia romana, reclamaron a voz en grito el derecho a interpretar las Escrituras conforme el juicio particular de cada uno [...] proclamado este derecho sin explicación ni restricciones, las consecuencias fueron terribles». La cuestión no era tanto el cómo interpretar las Escrituras, sino afirmar que no había más principio que el no tener principio de interpretación. En potencia, y llevando esta postura a su último extremo, cada cristiano se podía llegar a convertir en una Iglesia en sí mismo. La naturaleza social del ser humano llevó a que no se llegara a ese extremo, pues siempre se buscan complicidades, incluso en lo espiritual. Si la Reforma buscaba pretendidamente volver a la Iglesia originaria, su propia lógica la llevó a constituir innumerables, contradictorias e incompatibles entre sí «Iglesias de Cristo». Sólo en Estados

Unidos, hoy en día, hay registradas más de 1500 confesiones y congregaciones protestantes diferentes. Se cumple así lo que Balmes profetizara: «El principio esencial del protestantismo es un principio disolvente; ahí está la causa de sus variaciones incesantes».

EXTRAVAGANCIAS, PACIFISMO Y RADICALISMO

Las variaciones del protestantismo llevaron a que este, a lo largo de los siglos, adoptara las más diversas y contradictorias formas. Muchas veces se llegará a la extraña situación de que los reformadores acabaron defendiendo lo que previamente criticaron. Erasmo de Rotterdam, humanista, católico pero simpatizante con la causa protestante, no podía menos que criticar: «Según parece, la Reforma viene a detener la secularización de algunos frailes, y al casamiento de algunos sacerdotes; y esta tragedia termina al fin por un suceso muy cómico pues que todo se desenlaza, como en las comedias, por un casamiento». Con estas palabras se refería a muchos sacerdotes católicos que criticaban de la Iglesia la corrupción del clero, su escandalosa vida en concubinato, pero luego abandonaban ellos mismos el sacerdocio para casarse. No debe extrañar este hecho pues, nuevamente, Balmes enseña una ley universal de la naturaleza humana: cuando la razón quiere moverse sin sujetarse a ninguna autoridad, entonces el ser humano adopta posturas que van «desde el fanatismo a la indiferencia».

Extraña ver cómo se incluyen en el protestantismo desde movimientos pacifistas, como los cuáqueros, a violentos revolucionarios como los anabaptistas. Actualmente se asocia el protestantismo a comunidades prósperas y modernas, pero, como señala Weber: «El protestantismo de Lutero, Calvino, Knox y Voët, en sus inicios, casi nada tenía en común con lo que ahora se conoce por *progreso*. Indudablemente, era contrario a muchos aspectos de la sociedad moderna». Si bien algunas confesiones protestantes, como los mormones, quedan asociadas a clases altas y tecnológicas, otras congregaciones como los amish parecen haberse quedado detenidas en el siglo XVII. En lo teológico, hay Iglesias reformadas unitaristas —que rechazan la existencia de la Santísima Trinidad— y otras que han conservado la doctrina trinitaria, como

el anglicanismo. Unas conservan la jerarquía episcopal y a otras les repugna toda estructura jerárquica. La disparidad teológica es tal que incluso se dan todas las variaciones posibles en el número de sacramentos aceptados por las diferentes confesiones.

Lo que en un principio, por parte de los primeros reformadores, fue una búsqueda de la *verdad*, que había sido *sustraída* al cristianismo por parte de Roma, se terminó convirtiendo en la defensa de la primacía de la subjetividad. La búsqueda de la verdad, se convirtió en la búsqueda de *mi* verdad. Y, ¿cómo crear una fe común si cada reformador estableció un credo ajeno al de los otros? En definitiva, la unidad del protestantismo sólo pudo consistir en la *protesta* contra Roma. De ahí que Balmes señalara como casi esencial a la Reforma una constante tendencia a ciertas explosiones de fanatismo en el seno de esa pluralidad de creencias. Escribe que, esta tendencia a la radicalidad, anida latente en el corazón de la naturaleza humana. El problema se presenta cuando se producen las circunstancias para que se manifieste. Así, sentencia: «Fingid una ilusión cualquiera, contad la visión más extravagante, forjad el sistema más desvariado; pero tened cuidado de bañarlo todo con un tinte religioso; y estad seguros que no os faltarán prosélitos entusiastas que tomarán a pecho sostener vuestros dogmas, el propagarlos y que se entregarán a vuestra causa con una mente ciega y un corazón de fuego: es decir, tendréis bajo vuestra bandera una porción de fanáticos». Esta reflexión encaja perfectamente con lo que representó el protestantismo en sus primeras fases. Pero, también sirve para entender a los telepredicadores que salpican el territorio de los Estados Unidos o extrañas sectas cristianas, incluso destructivas, que siguen surgiendo en pleno siglo XXI como por arte de magia.

Por mucho que en la actualidad se quiera presentar una visión ecuménica de las diferentes confesiones cristianas y se quiera dulcificar la imagen de algunos grandes reformadores, no se puede negar la realidad. Entre los reformadores y fundadores de confesiones religiosas, tenemos abruptas personalidades, ímpetus descontrolados, muchas veces mentes obstinadas, por no decir obsesivas, arranques de genio y malgenio o toques de humanitarismo mezclados con actitudes, muchas veces, profundamente tiránicas. Y, posiblemente, sin esas características hubiera sido imposible crear casi de la nada una confesión religiosa que luego, durante siglos, seguirían millones de

fieles. Es absurdo ocultar los arranques histriónicos de Lutero que llegó a lanzar un tintero contra el diablo que le *acosaba* en su habitación o que proclamaba sus filípicas contra los campesinos alemanes llamando a los príncipes electores a exterminarlos como a perros rabiosos. O cómo Calvino, en un arranque de ¿celos? mandó enviar a Miquel Servet a la hoguera. Ni la historia puede olvidar la obsesión casi enfermiza de Cromwell contra lo católico, expresada en sus sangrientas campañas en Irlanda, o contra la monarquía a cuyo representante mandó cortar la cabeza. O resalta, ya entrados en el siglo XIX, la trágica historia del fundador de los mormones, Joseph Smith. Según él se le habría aparecido Juan el Bautista confiriéndole el sacerdocio bíblico de Aaron, pero ello no impediría que muriera asesinado a mano de otros protestantes que lo consideraban un loco peligroso y polígamo.

La Gran Ramera del Apocalipsis con tiara papal.

Se podría argumentar que en el seno del catolicismo también hubo muchos personajes, incluso papas, que adolecían de los mismos resortes histriónicos. A la mente vienen rápidamente los Borgia. Calixto III, el primer papa Borgia, dejó preparado el terreno para que su sobrino Rodrigo le sucediera. Este, siendo cardenal, ya contaba con al menos siete hijos conocidos con más de una mujer. Consiguió ser elegido como papa con el nombre de Alejandro VI. De él dijo Maquiavelo: «no hizo nunca otra cosa que engañar al prójimo». Sin lugar a dudas era ambicioso, traicionero, manipulador y cruel. De paso escandalizó a los romanos montando una corrida de toros *a la española* en la Ciudad Santa. Sus degeneraciones, que le llevaron a su supuesto envenenamiento, sin embargo no derivaron en arbitrarios cambios doctrinales del credo católico, ni en la intención de reformular lo que debía ser la Iglesia o los sacramentos. Y mucho menos defender que su palabra estaba por encima de las Escrituras.

Por el contrario, hombres y mujeres virtuosísimos en su comportamiento externos, como Ellen G. White, una de los sostenes del Adventismo del Séptimo Día, casta, vegetariana y madre ejemplar (todo lo contrario que los Borgia) y que decía tener visiones sobre el final de los tiempos, fundó una nueva iglesia según sus criterios. Sus escritos, para ella y sus fieles, pasaron a rango de *inspirados*, estando al mismo nivel que los libros de la Biblia. Con esa *autoridad*, un buen día decidió que el precepto cristiano debía cumplirse el sábado y no el domingo. Ningún Borgia, con su poder, crueldad y desmedidos vicios, se hubiera atrevido a parecidas transformaciones en las creencias y tradiciones cristianas. Baste analizar la figura de san Francisco de Asís para descubrir en él a un potencial loco, sectario o hereje. Fundada ya su orden, camino de Tierra Santa, quiso convertir al sultán de Egipto al cristianismo. Para ello invitó a sus imanes a entrar con él en una gran hoguera, para así demostrar qué religión era la verdadera. Los *mulás* rechazaron horrorizados la propuesta. Entonces se ofreció al sultán a entrar solo y le retó que, si salía ileso, se convirtiera al cristianismo. Una propuesta que el sultán le prohibió ejecutar. El poderío del de Asís y sus seguidores, los *poverellos*, era más que suficiente para haber montado su propia reforma y separarse de la Iglesia, pero nunca se le pasó por la cabeza. Eso lo harían posteriormente muchos de autoproclamados *seguidores* del espíritu de san Francisco, como los Hermanos Apostólicos de Dulcino

(1250-1307) o los rebeldes *fraticelli* que, en nombre de san Francisco y su pobreza, agitaron las aguas espirituales de Europa con sus actitudes revolucionarias, allá por los siglos XIV y XV. De estas agitaciones beberían también muchos reformadores protestantes.

La historia del protestantismo es una historia compleja y apasionante, pues es el relato de las pasiones del espíritu que, queriendo volar a veces demasiado alto, cayeron en algunas profundidades insondables; queriendo vencer al mundo, a veces se adaptaron perfectamente a él e incluso lo impulsaron con una eficacia inusitada. El protestantismo en cuanto tamiz espiritual que adoptó mil formas, acompañó desde su origen a la modernidad en una extraña relación. Decía Gustavo Bueno que el protestantismo quedó atrapado en la conciencia subjetiva que conduce al pietismo y al nihilismo, y que de Lutero se va a Hegel, Nietzsche y Hitler (pasando por Lessing, Herder, Fichte, Bismarck y su Kulturkampf). Con esta última reflexión, se iniciará un recorrido por su historia, advirtiendo de antemano que sólo se podrán revisar algunos de sus pliegues y otros quedarán en el tintero. Pero la intención última es un primer conocer y sorprenderse con la realidad del protestantismo y esbozar cómo este fenómeno, que quebró la vieja cristiandad, ha influido de manera insospechada en la forja de nuestros días.

La cristiandad en ebullición: antecedentes de la reforma

En los primeros siglos de la Alta Edad Media, no faltaron almas y predicadores, religiosos o laicos, en los que anidaba el afán de *recuperar* la pureza y santidad de la Iglesia primitiva. Esta motivación reposaba tanto en hombres y mujeres equilibrados y de probada bondad, como en entusiastas desbordados por sus propias pasiones espirituales y muchas veces carnales. Nunca podemos despreciar la fuerza de una realidad fundante convertida en un mito estereotipado y abrazado hasta la irracionalidad más absoluta. Tampoco podemos descartar cómo una de las grandes fuerzas transformadoras de la realidad presente, es la alucinación de un futuro inmediato que satisface, teóricamente, los deseos más profundos de la humanidad. En el orden de la espiritualidad cristiana este futuro había quedado profetizado e inmortalizado en lo relatado por el Apocalipsis de San Juan, que se acabaría convirtiendo —en sus malinterpretaciones— en uno de los textos más revolucionarios de la historia. En el deambular en el tiempo, la Iglesia que fundara Cristo tuvo que verse sometida a las tensiones provocadas por dos extremos: los deseos de una vuelta al pasado originario o el deseo de que se culminara la historia en una eclosión cósmica que sacudiera la tierra en el último combate entre el mal —bajo la forma del Anticristo— y del mismísimo Cristo. Estos dos extremos, pasado y futuro, acabaron muchas veces sintetizándose a modo de una extraña esperanza: una vuelta a la pureza primitiva de unos escogidos desencadenaría el combate final de la historia. Y este es el esquema mental que heredarán muchas formas de protestantismo.

En medio de estas tensiones espirituales, la realidad histórica proseguía. Albio Tibulo en su libro *Elegías*, escritas más o menos

coincidiendo con el nacimiento de Cristo, acuñó el término de Urbs Aeterna (Ciudad Eterna). Medio cristianizado el Imperio romano, san Agustín sospechó que la Urbs Aeterna estaba condenada a su declinar y que el cristianismo debería continuar su trasiego por la historia abandonando un mundo en ruinas. Y así aconteció. Hoy no podría entenderse la Europa que surgió de las cenizas de Roma sin hombres como san Benito de Nursia que, en pleno siglo VI, fue un verdadero visionario en un tiempo quebrado por la caída del Imperio romano. La civilización, tal y como había sido conocida, parecía condenada a la más terrible de las barbaries. En la mente, alma y corazón de los padres del monacato no estaba tanto restaurar un mundo perdido como forjar un mundo nuevo. En la Regla de san Benito, puede leerse respecto a los monjes: «cuando viven del trabajo de sus manos, como nuestros padres y los apóstoles», se comprueba ese deseo de fidelidad a las raíces cristianas, pero no romanas. Ciertamente, Benito perteneció a una familia senatorial y su figura enlaza el Imperio romano con el origen de la cristiandad. De hecho, si el Imperio romano occidental caía oficialmente en el 476, la fundación del monasterio de Montecasino, en el 529, puede considerarse el inicio de la esperanza de una Europa que sería frecuentemente arrasada por múltiples formas de barbarie. Paradójicamente, Montecasino sería salvajemente bombardeado y destruido sin motivo por los aliados en 1944, en plena Segunda Guerra Mundial. Es toda una metáfora del principio y fin de una larguísima etapa de nuestra civilización.

Tras la muerte de san Benito, surgieron un centenar de monasterios por toda Europa que serían el fundamento de un renacer civilizatorio ante el caos en el que se hallaban sumergidas las viejas provincias del Imperio romano. El monacato salvó la cultura latina con sus bibliotecas y copistas, colonizó y ganó para el cultivo tierras ponzoñosas, desarrolló técnicas artesanales y arquitectónicas, así como elevó las tendencias musicales y espirituales y asentó nuevos núcleos de comercio. Esta mística espiritual, no eliminaba el carácter también humano de estas obras y por tanto su tendencia a la corrupción e imperfección. La fuerza espiritual de los monjes benedictinos se fue desgastando con el tiempo. Ello implicó reformas que, sintomáticamente, muchas veces fueron promovidas por el poder secular, pues este entendía que la vida monástica era un bien imprescindible

para las sociedades que regían. Es así como nació la reforma del Cluny. Guillermo I el Piadoso, duque de Aquitania, donó en 910 la villa de Cluny al papado para que fundara en ella un monasterio con doce monjes. En muy poco tiempo, esta reforma se extendió por toda Europa, siendo Cluny un nuevo faro de civilización.

Su éxito también fue su debilidad. Los cluniacenses adquirieron gran poder económico y político, y los abades más importantes llegaron a formar parte de las cortes imperiales y papales. Ante la decadencia de la vida monástica austera, reflejada en la Regla de san Benito, apareció una nueva reforma de la orden: el Císter. En dicha ciudad, a finales del siglo XI, se fundaba una abadía. Su impulsor, san Bernardo de Claraval, buscaba apartarse de la indisciplina y el relajamiento en el que había caído la vieja reforma de Cluny y el regreso a la vida contemplativa. Al fallecer, Bernardo había fundado 68 monasterios. Con este excurso se quiere dar a entender que antes de la aparición de Lutero, Calvino, Zwinglio y otros tantos reformadores, en la Iglesia que decían querer reformar siempre habían surgido efectivos movimientos renovadores. Ni Lutero ni Calvino fueron originales en su deseo de reformas, ni en criticar la decadencia de las estructuras eclesiales y sus hombres. La propia Iglesia siempre fue consciente de su debilidad y necesidad de constantes esfuerzos por regenerarse ante el inevitable desgaste del paso por la historia.

Al margen de estas iniciativas reformadoras, en el seno de la Iglesia brotaron siempre multitud de entusiastas que se sentían llamados a recuperar la pureza evangélica y sin encomendarse ni a Dios y ni al diablo, iniciaban las más arduas y portentosas críticas contra el estado de la Iglesia y el mundo secular. A diferencia de las reformas monásticas a las que se ha hecho referencia, estas almas inquietas fueron incapaces de sujetarse a cualquier regla o autoridad que no fuera su propia intuición, originalidad o sentir visionario. Recorrían Europa predicando el Evangelio según dictaban sus entendederas. Con más o menos fortuna, a veces eran considerados santos y, las más de las veces, vividores y libertinos disfrazados de austeros predicadores. Su gloria era casi siempre efímera y con su muerte —natural o por ejecución— finiquitaba su movimiento purificador. Será en ellos, y no en san Benito o san Bernardo, en quienes encontraremos el estereotipo o los antecedentes de muchos de los reformadores protestantes.

En la *Historia Francorum*, de san Gregorio de Tours, tenemos un privilegiado registro de acontecimientos que hoy nos parecerían fruto de la desbordante imaginación de un guionista de Hollywood. Cuenta el texto, por ejemplo, la aparición en el año 591 de uno de los muchos *mesías* que tendría que conocer Europa durante siglos. Se trataba de un vecino de Bourges que enloqueció cuando, al adentrarse en un bosque, se vio rodeado de un enorme enjambre de moscas. El impacto que sufrió fue tal que durante dos años se le tomó por loco integral. Tras ese periodo postraumático, tuvo un arrebato místico y marchó a Arlés donde, a imitación de san Juan Bautista, vivió como ermitaño vestido con pieles de animales y sumido en la oración. Esta catarsis le llevó a convencerse de que estaba revestido de dones sobrenaturales, como el de curación y profecía. Y ahí empezó la movida. Recorrió las tierras francesas presentándose simplemente como Cristo. Y para que no cupiera duda, tenía como compañera a una tal María, cuyos seguidores la consideraban un auténtico ser divino. Este Cristo, cual imán, atraía a multitudes para ser sanadas simplemente tocando sus manos. En medio del entusiasmo sanador, profetizaba horrores sin fin y terribles catástrofes para la sociedad. Ello, en vez de ahuyentar a las gentes, parecía encantarles y era reclamo para atraer masas entorno suyo. Relata san Gregorio, que cuando hubo reunido unos 3000 seguidores, entre los que se encontraban incluso numerosos sacerdotes, decidió organizarlos a modo de ejército a los que exigía que le adoraran como si fuera el auténtico Cristo.

Sus seguidores acabaron pronto atracando a caminantes y asaltando villas. El oro y plata de los botines se iban acumulando y su organización iba creciendo. Pronto fueron capaces de entrar a la fuerza en grandes ciudades donde todo el mundo, incluyendo las más altas autoridades eclesiales, debían adorar a su mesías. Llegados a tal punto, era evidente, el asunto no podía acabar bien. Arribando a la población de Le Puy, ciudad episcopal, acampó a las afueras el ejército mesiánico y envió al obispo mensajeros. Hay que señalar que los emisarios iban desnudos y dando cabriolas para llamar la atención de los ciudadanos. En respuesta, el obispo le envió una partida de hombres armados que apresaron al peculiar mesías y sin mediar

juicio lo descuartizaron. Escribe San Gregorio: «cayó y murió ese *cristo*, que merecía el nombre de Anticristo». El santo conoció y registró muchos casos así en los que, no pocas veces, estos brotes espirituales estaban encabezados por mujeres. Las autoridades eclesiásticas, ante tanto iluminado, creían ser testigos de aquellas palabras de Cristo en referencia a los últimos tiempos: «Entonces si alguno dijere: Mirad, aquí está el mesías, o allí, no le creáis, porque se levantarán falsos mesías y falsos profetas y exhibirán grandes señales y portentos». Pero ni el fin de los tiempos estaba llegando, ni los falsos mesías dejaron de aparecer uno tras otro.

Siglo y medio después, san Bonifacio, recorriendo tierras francas en una misión papal, se topó con Aldeberto. En él se cumple el estereotipo de los falsos mesías del siglo VI. Este era de origen humilde al igual que sus seguidores. Practicaba la pobreza evangélica y se le atribuían hechos milagrosos. Pretendía predicar en las iglesias de Soissons, pero el obispo del lugar se lo prohibió, a pesar de que él insistía (falsamente) estar ordenado como sacerdote. Había convencido a sus incondicionales de que tenía a su servicio un ángel que le traía desde todo el orbe reliquias milagrosas, las cuales él repartía entre sus entusiastas. Para colmo, afirmaba tener una carta que le había escrito el mismísimo Cristo. El pergamino —supuestamente— había caído del cielo en Jerusalén desde donde se lo había llevado esmeradamente el arcángel san Miguel. Ante estos *milagrosos* hechos, muchos abandonaron la Iglesia, especialmente una multitud de mujeres, para seguirle. A sus secuaces les repartía recortes de sus uñas y cabellos para que los conservaran como reliquias. La movida de Aldeberto fue lo suficientemente gorda para que se convocaran varios sínodos episcopales, incluso uno presidido por el papa san Zacarías, en los que se reiteraron interdictos y excomuniones. Pero ni caso. Perseguido por las autoridades consiguió escapar y siguió predicando hasta que murió de muerte natural (algunas versiones dicen que asesinado). Hechos como este nos indican, contra lo que se suele pensar, que ni el poder eclesiástico ni el civil eran tan poderosos en esos primeros siglos de la cristiandad, pues grandes esfuerzos les costaba contener este tipo de alocadas disidencias que florecían sin parar.

Siglos más tarde, la Iglesia tenía que competir con los señoríos feudales en su pleno apogeo, con los que se solapaban jurisdicciones.

Además, el clero estaba en constante peligro de mundanizarse al estar mal preparado espiritual y teológicamente. Un papa que luchó especialmente por la regeneración del clero fue san Gregorio VII (1020-1085), artífice de la llamada Reforma gregoriana. Fulminó constantemente la simonía (compra-venta de oficios eclesiásticos), prohibió a los curas amancebados oficiar la misa y luchó por dignificar el ministerio sacerdotal. Ese ambiente de relajamiento contra el que luchó, no era muy distante del que criticarían los reformadores del siglo XVI. Como en siglos pretéritos, en el siglo XII aparecieron multitud de personajes con ínfulas de reformadores, pero que acabaron todos en los delirios más profundos. Uno de ellos fue el monje Enrique de Lausana, cuyos seguidores fueron conocidos como los *enricianos* o *henriquistas*. Enrique abandonó su monasterio y recorría Europa predicando *sus* doctrinas. El miércoles de ceniza de 1114 legó a la ciudad de Le Mans. Le precedían dos discípulos portando una cruz. Fue bien acogido por el obispo, aunque pronto se arrepintió. El *profeta* Enrique, como un nuevo san Juan Bautista, portaba luengas barbas y se cubría con una pelliza, empezó a predicar contra el clero local sin piedad alguna. El efecto fue tal que, tras las prédicas, el pueblo inició una caza de sacerdotes para apalearlos y revolcarlos en el fango.

Predicaba contra los excesos sexuales y persuadía a las mujeres para que quemaran sus ricos atuendos y ornamentos. Pretendía reformar a las prostitutas incitándolas a casarse con sus amantes. Los que estaban en su contra, que no eran pocos, lo acusaban de pervertido y licencioso. Entre sus doctrinas predicaba la negación de la presencia real de Cristo en la eucaristía y la ineficacia del resto de sacramentos, mientras negaba cualquier autoridad a la Iglesia. Interpretaba que la única vida cristiana posible era la de la pobreza tal y como él la vivía. Y, eso sí, era el único intermediario autorizado entre Dios y los hombres. Predicó con ardor por el norte de Italia y la Provenza. Como efecto de su labor, tenemos el testimonio autorizado de san Bernardo de Claraval: «¡Cuánto mal ha hecho y hace todos los días, a la Iglesia de Dios, como lo hemos sabido y visto nosotros mismos, el hereje Enrique! Los templos están vacíos, el pueblo sin sacerdotes, los sacerdotes sin honra y los cristianos sin Cristo. Las iglesias son reputadas sinagogas; se niega que el santuario de Dios sea santo; los sacramentos no son más tenidos como

sagrados, los días de fiesta privados de toda solemnidad; los hombres mueren en sus pecados y las almas son llevadas, una tras otra, ante el tribunal sin estar reconciliadas por medio de la penitencia, ni munidas de la santa comunión. Se niega la vida a los niños al negárseles la gracia del bautismo». Este testimonio, nos muestra la importancia e influencia de estos personajes.

Por esos mismos tiempos, aparecerá Eudo de Stella (Eudes de l'Etoile), también conocido como el Cristo bretón. El fiable cronista medieval, William de Newburgh, nos dará cuenta de él. Hacia 1145, Eudo (en algunos registros Eón) empieza a predicar al aire libre, vestido pobremente y mostrando una personalidad magnética. Era un simple seglar, lo cual no le impedía *oficiar* una misa medio inventada. Sus conocimientos teológicos eran más que precarios, como los de tantos otros profetas y mesías que florecían en ese siglo. Ello no le impidió montar su propia *iglesia*, incluso con obispos a los que les imponía estrambóticos nombres, y en la que creían vivir como los primeros apóstoles en la Iglesia primitiva. Para darse cuenta de su incultura y atrevimiento (suelen ir juntos), estaba convencido de

Eudo de Stella, códice en miniatura de la época.

que su nombre Eudo, estaba prefigurado en la liturgia católica. Pues las oraciones cristianas en latín acababan siempre así: «per *eundem* Dominum nostrum Jesum Christum» («por el *mismo* Jesucristo nuestro Señor») y que el traducía libremente: «por Eudo Jesucristo Nuestro Señor». Este era el argumento de peso para declarar ante sus seguidores que él era el mismísimo Hijo de Dios. En descargo del personaje, puede decirse que el invierno en que inició su prédica fue especialmente duro y la hambruna recorría la región. Los campesinos abandonaban sus tierras yermas y la esperanza mesiánica de Eudo fue su única ilusión vital. El número de seguidores y sus desmanes para conseguir pertrechos fue tal que el obispo de Rouen organizó un ejército para frenarlo. Pero justo durante esos días apareció un cometa en el cielo. Este fenómeno astronómico le autoconvenció, aún más si cabe, que era el mesías. Con un báculo —a modo de Moisés medieval— empezó a predicar convenciendo a los oyentes que con ese palo ordenaba el universo entero. En 1148 fue detenido por las tropas del obispo y acabó prisionero en una torre de Rouen, donde encontró pronta muerte.

Las que, siglos después, serían tierras protestantes calvinistas, los Países Bajos, verían nacer también en los inicios del siglo XII a la figura de Tanchelmo. Era hombre culto, al contrario que los anteriores personajes reseñados. Sabemos de él por las protestas que llegaban desde Utrecht al obispo de Colonia. Su elocuencia era extraordinaria y su fama de indubitable santidad. Como tantos otros predicadores espontáneos estaba fuera de la autoridad de cualquier obispo y criticaba la relajación de los clérigos, especialmente aquellos que vivían en concubinato. Este celo puritano, que después recogería el protestantismo, sirvió de excusa para radicalizar sus prédicas, argumentando que los sacramentos eran ineficaces si eran administrados por sacerdotes pecadores. Y claro, como todos los sacerdotes eran pecadores, ningún sacramento era válido. Sus seguidores pronto abandonaron las iglesias. La crítica a los diezmos también fue eficaz, pues su pago era impopular. Hay que apuntar un dato sociológico que quizá ayude a explicar el éxito de estos personajes. Las ciudades o poblaciones donde surgían, eran prósperas y veían como una rémora las estructuras feudales. De ahí que toda voz disidente contra los viejos poderes seculares o eclesiásticos ya tenía de antemano una cierta simpatía.

El paralelismo de estas poblaciones con la Liga Hanseática, forjada a partir del siglo XII, es notable. Esta Liga la formaba una confederación de ciudades donde había florecido el artesanado y su riqueza les permitía mantenerse prácticamente independientes de otras estructuras políticas, aunque debían rendir pleitesía al emperador del Sacro Imperio Romano Germánico. De hecho, la palabra Hanseática viene de *hansa* que significa gremio en alemán. Estas ciudades se distribuían por lo que hoy sería los Países Bajos, norte de Alemania, Suecia, Polonia, Letonia y Estonia. La estructura de esta Liga parece moderna y avanzada, pero en realidad era medieval. Por ejemplo, los miembros dirigentes de los gremios debían llevar una vida célibe y no casarse, lo que nos recuerda la vida monástica. Su declive devino precisamente por la presión de los nuevos países protestantes como Inglaterra u Holanda y la fuerza que tomarían en Alemania los príncipes electores luteranos. Las ciudades que quisieron librarse de las jurisdicciones feudales y eclesiales, acabarían luego subsumidas en los Estados modernos que irían apareciendo. Este conflicto entre un mundo emergente y el antiguo, sería caldo de cultivo para el protestantismo.

Una parte importante de las revueltas religiosas de la Baja Edad Media —y como posteriormente pasaría con la Reforma protestante, especialmente la calvinista— fueron promovidas por emergentes comerciantes y burgueses que deseaban reivindicar su lugar. Unas masas exaltadas plenas de entusiasmo místico, vueltas contra todo tipo de vieja autoridad por su mesías, se convertían en palancas perfectas para remover las estructuras sociales. Estas combinaciones de motivaciones espirituales e intereses político-económicos, podían crear verdaderos engendros incontrolables. Y uno de ellos fue Tanchelmo, quien declaró que sólo sus seguidores eran la verdadera Iglesia y, consecuentemente, no debían obedecer a nadie más que a él. Logró, a ojos de sus seguidores, transformarse en un rey mesiánico, de tal forma que para sus *oficios religiosos* ya no usaba la cruz sino unos estandartes reales que se había sacado de la manga. Su *teología* fue derivando en afirmaciones como que él estaba en comunión con el Espíritu Santo al mismo nivel que este lo estuvo con Cristo. El colmo de sus excentricidades fue cuando mandó traer un cuadro de la Virgen María y organizó una ceremonia en la que *se casó* con el cuadro ante sus fieles. Ahí es poco. En la *boda* se pusieron

sendos cofres para que los devotos hicieran ofrendas crematísticas en honor de la Virgen —su reciente *esposa*— y de él mismo. Los testimonios confirman que los seguidores se volcaron dadivosamente en las ofrendas.

Pero el asunto no había hecho más que empezar. Cuando Tanchelmo se bañaba, el agua del recipiente se distribuía entre sus fieles. Unos la bebían a modo de comunión, otros la guardaban piadosamente como un divino tesoro o reliquia. Como en tantos otros casos que posteriormente se revisarán, el nuevo mesías se dotó de una guardia personal que, según leyendas que no han podido ser corroboradas, se dedicaron a perpetrar matanzas sin más. Rumorologías aparte, el caso es que el poder territorial que consiguió en Brabante y Flandes fue inmenso. Ello lo prueba las quejas de los canónigos de Utrecht, que llevaron a que el arzobispo de Colonia mandara detenerle. Cuando fue puesto en libertad siguió predicando. Su muerte se produjo durante una de esas prédicas en la que se desató un tumulto y un desconocido —posiblemente un sacerdote— acabó con su vida.

Otro fenómeno que fue reapareciendo cada cierto tiempo en la cristiandad fue el *adamismo*. En el siglo II la designación de adamita fue atribuida a los herejes que practicaban, entre otras cosas, el nudismo completo del cuerpo en público o en sus conventículos. Su localización principal fue en el norte de África que, en esos tiempos, ya estaba muy cristianizada. El argumento de los adamitas era bastante simple: consideraban que —sólo ellos— habían recuperado la inocencia perdida por Adán y Eva y, por ende, podían pasearse por la tierra como Dios los trajo al mundo, al igual que los primeros padres rondaban por el paraíso. Pocos siglos después de su aparición, nos vuelven a dar cuenta de la existencia de adamitas san Epifanio y san Agustín. Los padres de la Iglesia debatían si eran *gnósticos* (una herejía antiquísima que, con la excusa de morir a la carne, siempre acababan regocijándose en ella) y por tanto se sentían *liberados* del yugo de la moralidad; o bien si eran simplemente unos descarriados libertinos, como argumenta san Clemente de Alejandría. En el siglo XIII reaparecen en los Países Bajos y son conocidos bajo la denominación de los Hermanos del Espíritu Libre.

Esta Hermandad es un claro antecedente de lo que se denominará como protestantismo radical o disidente, que eclosionará en el siglo XVI bajo muchas formas de *anarquismo espiritual*. Antecederán

a Lutero en afirmar que la relación con Dios no requiere mediación eclesial alguna. Como consecuencia última de este principio, la *comunión* directa con Dios permitía que un cristiano *de verdad* pudiera vivir plenamente libre sin ningún tipo de restricciones morales. No hay que decir que las consecuencias podían ser bastante salvajes y anticipaban lo que en el siglo XIX conoceríamos como el movimiento anarquista ateo y revolucionario. En 1317, el obispo de Estrasburgo escribía sobre el ideario de los miembros de esta hermandad: «todas las cosas son propiedad común, de donde deducen que el robo les está permitido». De paso, negaban que la autoridad fuera algo natural. La consecuencia inmediata era que no había que obedecer a nadie. Rechazaban también la existencia del pecado y, por lo tanto, la existencia de los sacramentos se volvía absurda. Cuentan los cronistas que practicaban el amor libre, el nudismo y la magia. Se extendieron por Europa y fueron conocidos como *bons enfants, amaurinos* o *pauperes Christi.* En el siglo XIV se les conocía en Alemania como los *beghards*, o begardos, de los que hablaremos más abajo. En Bohemia, epicentro de infinidad de movimientos revolucionarios espirituales, se les conocería como los *picardos* (discípulos de Picard).

Los Hermanos del Espíritu Libre no eran ni mucho menos una *Iglesia* organizada como llegaría a serlo en su momento el luteranismo o el calvinismo. Más bien era un *sentir popular* o estado de espíritu que, si se daban las condiciones apropiadas, se extendía con la rapidez del fuego, generando convulsas consecuencias y, cuando parecía apagarse, rebrotaba donde menos se esperaba. De ahí que no se puedan distinguir claramente muchas veces si sus líderes eran visionarios mesiánicos o simples transmisores de un entusiasmo colectivo. Aparecen nombres de maestros como Amauri de Bene u Ortlieb de Estrasburgo, Johann Tauler (1300-1361), Jan van Ruysbroeck (1294-1381), Heinrich Suso (1300-1366) o Johannes Eckhart (1260-1327). El historiador de Arte Wilhelm Fraenger, afirma que el mismísimo Bosco (1450-1516), neerlandés, era un cripto-adamita y ello quedaría reflejado en sus enigmáticas pinturas de *El jardín de las delicias.*

El cronista del siglo XV, Laurence de Brezova, escribió sobre los adamitas: «Vagando por bosques y colinas, algunos de ellos cayeron en tal locura que hombres y mujeres se quitaron la ropa y quedaron desnudos, diciendo que vestirse era una costumbre que siguió al

pecado de los primeros padres, pero que ellos estaban en un estado de inocencia. Con la misma locura ellos creían que no pecaban si alguno de sus hermanos tenía relaciones con una de sus hermanas, y si la mujer quedaba embarazada, ella decía que había sido concebida por el Espíritu Santo». Otro testimonio que tenemos es de Enea Silvio Piccolomini, el futuro papa Pío II (1458-1463), que se refirió a las actividades sexuales de un grupo dirigido por un autodenominado Adam (Adán) «Ellos se entregaron a las relaciones sexuales promiscuas, pero ninguno podía tener relaciones sin el consentimiento de Adam, su anciano jefe. Cuando uno de esos hermanos deseaba ardientemente a una hermana él la cogía de la mano y la llevaba ante el anciano jefe diciendo: mi alma está ardiendo de amor por esta mujer. A lo cual el anciano respondería: ve, sed fecundos y multiplicaos y llenad la tierra». Era evidente que este modo de vivir sólo podía despertar pasiones enconadas entre los que aspiraban a la libertad absoluta del espíritu (y de paso del cuerpo) y entre los que veían en estas actitudes un peligro inminente de desintegración social. Inocencio III decía de ellos que atentaban contra «el buen orden de la sociedad cristiana», lo cual era indiscutible.

HUSITAS, UTRAQUISTAS, TABORITAS Y OTRAS DISIDENCIAS

Los adamitas o Hermanos del Espíritu Libre iban a encontrar sus peores enemigos en unos teóricos aliados, los husitas. Estos eran los radicales seguidores de Jan Hus (1396-1415), un sacerdote de orígenes sencillos que había llegado a ser decano en la facultad de Filosofía de Praga, en el entonces reino de Bohemia. En Hus encontramos sintetizadas prácticamente todas las tesis que posteriormente defenderá Lutero: crítica a las indulgencias y la simonía, a la corrupción papal, comunión en las dos especies de pan y vino, búsqueda de la última autoridad teológica en las Sagradas Escrituras, despecho hacia el latín y un largo etcétera de proposiciones similares. También ambos personajes gozaron de un fuerte carácter que les convertía en imponentes predicadores ante sus seguidores. A Hus se le conocía por platicar «sermones violentos». Desde su cátedra en la Universidad de Praga exhortó a la pobreza evangélica (un clásico en este tipo de

movimientos) y a la desobediencia a la jerarquía. Ello era fácil pues, enseguida lo trataremos, en ese justo momento se estaba viviendo el Cisma de Occidente por el que la Iglesia se encontraba dividida en dos obediencias: una al papa de Roma y otra al papa de Aviñón. Hus también se asemeja en algo a Calvino por su puritanismo, predicando la prohibición de bailes y las manifestaciones de excesiva alegría, como posteriormente haría el reformador de Ginebra.

Pero no hay que ser inocentes, tras las disputas teológicas se escondía también una cuestión política. Se trataba, en este caso, de la reacción patriótica checa en el reino de Bohemia que tomó a Hus como líder espiritual contra la minoría dominante alemana. Y ello se visualizaba en la lucha por el control de la Universidad de Praga. Por invitación del emperador Segismundo, Hus acudió al Concilio de Constanza (1414) para que defendiera sus tesis y ahí se negó a rechazar las doctrinas del heresiarca inglés Wycliffe (otro precursor del protestantismo del que ya se tratará), al cual seguía en cuestiones teológicas. Tras tiras y aflojas, el emperador mandó que Hus fuera sentenciado a muerte y ejecutado en la hoguera y así se hizo inmediatamente. Sus cenizas fueron esparcidas por el Rin y aún hoy en día puede verse en Constanza (actual Alemania) una placa en el lugar donde fue ejecutado. Su muerte fue tomada por los nobles bohemios como una ofensa a la nación checa y enviaron a Constanza una protesta escrita. Esta fue contestada por el emperador con la amenaza de aniquilar a todos los partidarios de Wycliffe y Hus. La resistencia bohemia no pudo ser contundente pues el bando husita se dividía, a su vez, en dos corrientes: *utraquistas* y *taboritas*. Los primeros eran combativos, pero siempre presentaban propuestas moderadas y conciliadoras para con el emperador. Su nombre derivaba del latín *sub utraque specie*, es decir, eran partidarios de comulgar en las dos especies de pan y vino (algo que no permitido en la Iglesia católica). Pertenecían a la baja nobleza bohemia y eran apoyados por la burguesía y la Universidad de Praga.

Por otro lado, los *taboritas* se llamaban así porque provenían de la ciudad de Tábor. Eran más radicales y entre su credo estaba no reconocer ninguna autoridad del tipo que fuere, eran antinobiliarios y antigermánicos, y deseaban liberar Bohemia del dominio e influencia del emperador del Sacro Imperio. Tras la ejecución de Hus todo se tensionó. El 20 de julio de 1419, se produjeron unos incidentes

en una manifestación prohusita en Praga. La multitud entró en el ayuntamiento y lanzó por una ventana a varias autoridades que fueron despedazadas por la turba. Muchos alemanes, la mayor parte representantes del poder imperial, fueron expulsados de las ciudades. El conflicto se hizo inevitable pues al fallecer el rey de Bohemia, Wenceslao II, el emperador Segismundo quiso imponer su candidato al trono. Esta tensión provocó que, entre 1420 y 1436 se produjeran cinco guerras husitas. En lo esencial fueron libradas por un ejército constituido principalmente por campesinos con escasa experiencia militar y liderados por la baja nobleza. La alta nobleza no intervino, viéndolas venir y esperando aliarse con el bando ganador. Casi todas las batallas de esta contienda fueron ganadas por los husitas, gracias a Jan Žižka, un gran líder y un notable estratega militar. Pero la guerra se acabaría perdiendo.

El principio del fin de la rebelión checa llegó con la firma de los Acuerdos de la Compactata en julio de 1436. Estos compromisos supusieron un pacto entre *utraquistas* moderados (conocidos como *calicistas*) y católicos. Sin embargo, este compromiso fue rechazado por los sectores radicales, los *taboritas*. Ello supuso la fractura total del movimiento husita que ya había dado muestras de división y enfrentamientos fratricidas. Por ejemplo, no supieron aprovechar la fuerza de los adamitas, que se habían extendido hasta Bohemia y se habían sumado a las huestes husitas. Siendo los *taboritas* radicales, acusaron a los adamitas de prácticas excesivamente disidentes y escandalosas, incluso para ellos. En 1421, los adamitas fueron expulsados del ejército husita. Durante el verano y el otoño de ese año, Jan Žižka, organizó ataques sin piedad contra los adamitas, matando o capturando a casi todos sus seguidores. Los cautivos fueron posteriormente quemados como herejes. Pero el destino es cruel y el mismo fin sufrieron los verdugos. Los *taboritas*, una vez derrotados, serían enviados a la hoguera de manos de sus viejos aliados los *utraquistas*, que los habían traicionado en favor del emperador. Unos pocos husitas, tras mil peripecias, lograron sobrevivir.

Otros husitas especiales fueron los *orebitas* (que tomaban su nombre del monte Oreb). En su mayoría eran nobles moravos partidarios de la llamada Hermandad Morava. Esta se distribuía a lo largo de Moravia, una región de Bohemia y enlazaba —a través de Wycliffe y Hus— con la tradición valdense (la herejía de Pedro Valdo) iniciada

dos siglos antes. Los moravos fueron de los primeros en acoger más tarde las tesis luteranas e incorporarse a la Reforma protestante. Tras las convicciones religiosas disidentes, que seguro que en muchos casos eran sinceras, encontramos nuevamente la fuerza de las causas políticas. Los nobles moravos protegieron la Hermandad como excusa, pues querían desmarcarse de la Viena de los Habsburgo que tenía sobre ellos aspiraciones territoriales. Durante la guerra de los Treinta Años (1618-1648), donde se dirimiría el futuro religioso de Europa, fueron acogidos en la Holanda calvinista, donde prácticamente desaparecieron. A modo de argumento a favor del carácter político de este movimiento religioso es que, en el siglo XIX, el movimiento husita resurgió gracias al auge de los nacionalismos en Europa. Tras la Primera Guerra Mundial se creó Checoslovaquia.

Jan Hus.

Era una unión contra natura entre dos realidades muy diferentes. Por un lado, estaba Bohemia y Moravia (Chequia) que, bajo el dominio austriaco, eran centros industriales de habla checa y tradición luterana. Por otro lado, Eslovaquia había formado parte de Hungría y era una región campesina y de tradición católica.

Paradójicamente, tras la caída del Imperio austrohúngaro, se generó una fuerte corriente nacionalista en la Chequia protestante, liderada por un grupo de sacerdotes católicos que formaron la denominada Unidad de Espiritualidad Católica y empezaron a buscar su identidad antiaustracista en las raíces husitas. Empezaron a exigir a Roma poder oficiar en lengua vernácula (aún no había llegado el Concilio Vaticano II) y aceptar proposiciones modernistas. Esta *renacida* iglesia husita —gracias a curas católicos nacionalistas— se posicionó contra el régimen hitleriano, no por nazi, sino por germánico. Por el contrario, Eslovaquia —una autonomía forzada dentro de la República Checa— estuvo presidida por el sacerdote católico Josez Tiso. Durante la Segunda Guerra Mundial, este proclamó la República Eslovaca Independiente que, a la postre, fue aliada de los alemanes. Tras la invasión soviética fue detenido, condenado a muerte y ahorcado en 1947. Analizando esas evoluciones históricas, se impone la lógica de afirmar que tanto en el movimiento husita, como posteriormente en el protestantismo, subyacían también cuestiones políticas y sociales.

LOS FLAGELANTES Y EL CISMA DE OCCIDENTE

Los flagelantes, como no podía ser menos, es otro de tantos movimientos espirituales de extrema complejidad para comprender y explicar. Su fecha de bautismo podría ser en 1260 (fecha apocalíptica como enseguida veremos) cuando un ermitaño de Perugia propuso penitencias colectivas a *imitatio Christi* (a imitación de Cristo). Humanamente se puede explicar este fenómeno como reacción a las sucesivas pestes que fue viviendo Europa y que eran tomadas como un castigo divino. La lógica no deja de ser sencilla: los pecados colectivos necesitaban ser reparados colectivamente. Ello sería la razón de que se provocaran estos entusiasmos, de grupos numerosos, por flagelarse en público. Pero sin contar con otros factores,

especialmente psicológicos, no se podría explicar en su plenitud el fenómeno. Los movimientos flagelantes inicialmente estaban dirigidos por clérigos y se mantenían dentro de la vigilancia y acompañamiento de la Iglesia católica. Los clérigos escoltaban a multitudes de hombres y mujeres que peregrinaban de población en población para ejercer penitencia pública por los pecados de todos. Al llegar a una ciudad, se paraban en la primera iglesia que encontraban y comenzaban a flagelarse durante horas. Ante una escena tan dantesca resalta Norman Cohn, en su obra *En pos del milenio*, los efectos que producían eran los siguientes: «Los criminales confesaban, los ladrones restituían sus botines, los usureros el interés de sus préstamos, los enemigos se reconciliaban y las querellas eran olvidadas. Incluso los dos sectores enemigos en que estaba dividida Italia, los güelfos que apoyaban al papa y los gibelinos que apoyaban al emperador, abandonaron por un momento su beligerancia».

Se ha de recordar que el año 1260 era tenido por el incipiente *joaquinismo* como el momento de la manifestación de los dos testigos que relata el Apocalipsis, que se han de enfrentar al Anticristo y morir asesinados por él. Joaquín de Fiore (1135-1202), un monje cuya influencia será notabilísima en los movimientos milenaristas desde la Edad Media al protestantismo decimonónico, estableció un marco teológico *definitivo* para anunciar la llegada de un Reino de Dios en la historia: la futura etapa del Espíritu Santo, tras la de Dios Padre (Antiguo Testamento) y Dios Hijo (Nuevo Testamento). Al difundirse sus doctrinas, pronto los entusiastas de cábalas y números se pusieron a calcular cuándo acontecería ese momento. Sin ánimo de complicar la exposición, básicamente argumentaban con el Libro de Daniel. Según este, se profetizan tres años y medio de abominación en el Templo de Jerusalén (cuarenta y dos meses de gobierno del Anticristo). Si cada mes tiene treinta días de media, cuarenta y dos meses representan 1260 días. Tomando los días por años (cosas de la hermenéutica bíblica), el año 1260 fue señalado como el año en el que se manifestaría el Anticristo. Esa fecha causó mucha más tensión que la pretendida fecha mítica del año 1000. Volviendo al tema, el movimiento de los flagelantes que se había iniciado en Italia, se fue desplazando a Alemania y las ciudades del Rin. En la película maestra de Ingmar Bergman, *El séptimo sello* (1957), se ilustra el efecto catártico que podían causar estas procesiones.

Lo que se había iniciado como un movimiento de penitencia colectiva aceptado por la Iglesia, fue derivando en una secta incontrolable. Los flagelantes alemanes tenían sus rituales, cantos e incluso sus propias formas uniformadas de vestirse. Todo empezó a complicarse cuando difundieron la idea de que poseían una carta entregada misteriosamente por Pedro el Ermitaño desde Tierra Santa. Lo malo es el desfase temporal. Pedro el Ermitaño fue un famoso clérigo francés que había vivido doscientos años antes, y que había predicado la llamada «cruzada de los pobres». Esta se produjo a finales del siglo XI intentando conquistar Tierra Santa y acabando en desastre total, pero que sirvió de preludio a la primera cruzada oficial de la cristiandad. La susodicha carta en poder de los flagelantes *afirmaba* que *recientemente* había descendido sobre el altar de la iglesia del Santo Sepulcro una tabla de mármol que resplandecía con luz sobrenatural. Junto a ella se había aparecido un ángel y había leído el mensaje que el mismo Dios había impreso en ella. Se trataba de un aviso cargado de significación apocalíptica. La segunda venida de Cristo estaba cerca y había que prepararse con fuertes penitencias. Y para eso estaban ellos. El movimiento flagelante perduró dos siglos. Hechos trágicos como las pestes de 1348-1349, en las que murió aproximadamente un tercio de la población europea, no dejaban indiferente a nadie. Cada conato de desgracia que caía sobre Europa, despertaba a los flagelantes que, en grupos que iban de entre 50 a 500 personas o más, recorrían los caminos exhibiendo sus penitencias. Cuando las procesiones empezaron a ser dirigidas por laicos, llamados «padres» o «maestros», empezaron las extravagancias y desórdenes psicológicos y teológicos. Los laicos empezaron a oír en confesión a los penitentes y les absolvían e imponían penitencias, sin tener ninguna potestad para ello. Durante los largos peregrinajes, los penitentes no podían tener trato con mujeres, ni lavarse, ni hablar, ni dormir en cama blanda, lo cual les daba un aspecto siniestro.

Como hemos dicho, en algunos lugares el clero consiguió encauzar los movimientos flagelantes, pero en otras muchas partes fueron derivando en delirios milenaristas. En 1348 corrió el rumor por Alemania, impulsado por los flagelantes, de que pronto llegaría un emperador resucitado que acabaría con el clero y obligaría a los ricos a alimentar a los pobres. Otros, embebidos de la astrología, anunciaban que ese mismo año un emperador destronaría al papa. De las

ideas alocadas se pasaron a los hechos. Grupos de flagelantes que recorrían Alemania, Bohemia, Holanda y otras partes de Europa ya ni siquiera creían en la presencia de Cristo en la eucaristía, ni en las bienaventuranzas, ni en nada. Simplemente animaban a sus miembros a matar a ricos y nobles. Como tantos otros movimientos radicales de la época eran profundamente antisemitas y en las ciudades a las que llegaban promovían su persecución y exterminio. Las matanzas de 1348-1349 dejaron muy pocos judíos vivos en Alemania, pues muchos tuvieron que dispersarse por el resto de Europa. El carácter disolvente que iba tomando este movimiento, convertido en hordas que arrasaban las ciudades, llevó a que Felipe V de Francia prohibiese las procesiones de flagelantes. El 20 de octubre de 1349, el papa Clemente VI publicaba una bula en contra de ellos y, poco a poco, en Europa se les empezó a poner freno. De hecho, en muchos lugares las autoridades civiles, llevadas por su entusiasmo y deseo de venganza, dieron orden de decapitarlos ahí donde se capturaran. Ante este cambio de paradigma, muchos flagelantes pidieron su reingreso en la Iglesia y, oh paradoja, algunos acabaron flagelándose ante el papa para demostrar su sincera conversión.

Entre los flagelantes surgió un grupo secreto que ha sido conocido como los «flagelantes secretos de Turingia». Estaban liderados por Konrad Schmid, un laico culto y leído en temas teológicos especialmente apocalípticos. Como el que no quiere la cosa, Schmid interpretó que las profecías mesiánicas de Isaías se referían *evidentemente* a él, que no era otro, oh sorpresa, que el mismísimo Cristo. Este caudillo de flagelantes no tuvo reparo en proclamarse rey de Turingia y en afirmar que era el emperador Federico Barbarroja (el que la superstición popular pensaba que resucitaría para gobernar Alemania). Para entrar en el grupo secreto de flagelantes, el candidato debía realizar una confesión general con Schmid, recibir una flagelación de sus manos y jurarle lealtad absoluta. A partir de ese momento le debían tratar con el título de «Padre Nuestro». Nuevamente las pestes, como la de 1368, animaron a más y más seguidores a apuntarse a la movida del *rey* de Turingia. Cuando las autoridades eclesiásticas consideraron que la cosa había pasado a mayores, enviaron a la Inquisición; fue juzgado y quemado junto a otros seis herejes. Contra todo pronóstico, la organización secreta de los flagelantes de Turingia y las creencias

de Schmid se mantuvieron un siglo inalteradas. En el siglo XV aún se fueron descubriendo núcleos secretos de flagelantes. No deja de ser sintomático que en Turingia triunfara un siglo más tarde la Reforma luterana, prohibiéndose en 1520 el catolicismo y que, en ese lugar, viviera uno de los protestantes más estrafalarios: Thomas Müntzer, del que se tratará más adelante.

Como se ha apuntado, este fenómeno y muchos otros estuvieron inequívocamente influenciados por algo que había alterado totalmente la vida de la Iglesia: el Cisma de Occidente o también llamado Cisma de Aviñón. El periodo comprende desde 1378 a 1417. ¿Qué hacían los papas de aquel entonces en Aviñón y no en Roma? La cosa venía de lejos. A principios del siglo XIV se produjo uno de los múltiples roces entre el rey de Francia y el papa correspondiente. En este caso de trataba de Felipe IV (el Hermoso) y Bonifacio VIII. El rey de Francia quería cobrar más impuestos a la Iglesia y Bonifacio respondió con una bula que le arrebataba al rey todos los privilegios eclesiales concedidos a sus antepasados. La respuesta fue una carta contra el papa, al que el rey le acusaba de: «sodomía, simonía, hechicería y herejía». Y no contento con eso, envió sus tropas a Roma y secuestró al pontífice.

Procesión de flagelantes en Doornik (actual Bélgica), siglo XIV.

Esperando el secuestro, el papa estaba refugiado en la población de Anagni. Al ver aproximarse a dos hombres, Nogaret y Colonna, para apresarle, les dijo: «he aquí mi cabeza, he aquí mi tiara; moriré, es cierto, pero moriré siendo papa». Nogaret se alejó impresionado, pero Colonna se abalanzó sobre Bonifacio, de 68 años, golpeándole con su manopla de hierro. Corría en año 1303 y Bonifacio falleció como consecuencia de la agresión. El hecho causó tal conmoción, que el episodio fue contado por Dante Alighieri en la *Divina Comedia*: «Para que menos se vea el mal futuro y pasado, veo en Anagni entrar la flor de lis y en su vicario quedar Cristo encarcelado. Véolo ser de nuevo burlado; veo renovar el vinagre y la hiel, y entre vivos ladrones ser occiso» (Purgatorio, Canto XX, 85-9). Se tuvo que celebrar un cónclave en Perugia para elegir nuevo papa. Felipe IV consiguió a base de presiones que saliera elegido el francés Clemente V. Este, ante las insistencias del rey de Francia, fijó su residencia en Aviñón (ciudad cercana al condado de Venaissin, feudo papal pero en territorio francés). Fruto de estas presiones se entiende la supresión y aniquilación de los templarios (1314) que eran otro contrapoder al rey de Francia.

Aunque hoy no pueda parecerlo, Aviñón estaba situado en un lugar privilegiado y estratégico en la Europa del siglo XIV. Juan XXII, sucesor de Clemente V, fijó finalmente la residencia papal en Aviñón. A él le sucedieron una saga de pontífices que tuvieron que lidiar contra los cátaros, el inicio de la guerra de los Cien Años entre Francia e Inglaterra, los conflictos con los emperadores del Sacro Imperio Romano Germánico y miles de conspiraciones cortesanas. Por fin, Gregorio XI (1370-1378), aun siendo francés, decidió regresar a Roma. La causa fue la insistencia de una mujer analfabeta, Catalina de Siena, que llegaría a ser canonizada y proclamada doctora de la Iglesia. En esos momentos el papado había entrado en conflicto bélico con Florencia, a la que tuvo que excomulgar en pleno. La llegada del papa a Roma no solucionó los problemas eclesiales, sino que se agravaron con su muerte. En nuevo cónclave fue elegido un italiano, Urbano VI, apoyado principalmente por alemanes e ingleses, que tomó medidas tan impopulares que hasta santa Catalina de Siena le hacía llegar sus azoradas protestas.

La crisis de Urbano VI fue aprovechada por sus rivales políticos y montaron otro cónclave y eligieron a Clemente VII, apoyado

por franceses y los reinos mediterráneos. La división duró 40 años y tuvieron que celebrase dos concilios para resolver el grave asunto. En el Concilio de Pisa (1409) cardenales independientes decidieron elegir otro papa: Juan (XXIII), que no logró apoyos políticos suficientes y se le consideraría antipapa. En un nuevo concilio, el de Constanza (1414-1418), se destituyó a los anteriores y se consiguió la relativa paz deseada. De por medio, el Papa Luna, Benedicto XIII, se instaló en Aviñón reivindicando ser el sucesor de Clemente VII. Todo lo narrado hasta aquí es un relato más de dramas, necedades y miserias humanas varias. Pero el caso es que esta crisis en la cúpula de la Iglesia no podía menos que llevar a su desprestigio, a la pérdida de autoridad y, en consecuencia, al incremento de movimientos espirituales que, alejados de instrucciones, normas y consejos, podían desbordarse fácilmente en entusiasmos descontrolados. Y eso es lo que estaba ocurriendo en el siglo XV. Otros factores a tener en cuenta son que, tras los apoyos a un papa u otro, estaba latente la guerra de los Cien Años que durante el siglo XIV había destruido media Europa en la pugna entre ingleses y franceses. Cada bando quería a *su* papa, para obtener más influencia política para competir contra el emperador del Sacro Imperio Romano Germánico, al que se oponían. Y ello no podía menos que seguir desgastando a la Iglesia.

LA ANTESALA DE LA REFORMA Y UN PROBLEMA FILOSÓFICO

George H. Sabine, en su clásica *Historia de la teoría política*, señala la importancia de las discusiones filosóficas que llevaron finalmente a la Reforma protestante. Muchas veces es difícil discernir si las pasiones políticas las despiertan cuestiones teológicas o bien es al revés: las discusiones doctrinales sólo son justificaciones para legitimar las ambiciones políticas. El caso es que en la antesala de la aparición del protestantismo encontraremos todo un debate sobre la naturaleza del poder político, el poder espiritual y su conveniente relación. Durante la estancia de los papas en Aviñón, se establecieron diversas controversias al respecto. Y fueron tan importantes que ya conforman parte del acervo del pensamiento político clásico.

Siendo Juan XXII papa residente en Aviñón se encontró con la terrible situación de la vacante del trono del Sacro Imperio Románico Germánico. Había dos candidatos en disputa: Federico, hijo de Alberto I de Habsburgo y Luis de Baviera. Los dos candidatos acudieron al pontífice reclamando su reconocimiento. Los Estados Pontificios llevaban dos siglos atragantados con el problema de los gibelinos (partidarios de la primacía del poder temporal del emperador sobre el del papa) y los güelfos (partidarios de la primacía papal sobre el emperador). La cuestión tenía enfrentadas a las ciudades-república y reinos del norte de la península itálica, que se posicionaban en uno u otro bando, manteniendo constantes guerras entre ellos. En septiembre de 1322, Luis de Baviera vencía en la batalla de Müldorf a Federico de Austria. Inmediatamente quiso ejercer sus derechos sobre el norte de Italia. Con apoyo alemán, los gibelinos obligaron a las tropas papales a levantar el cerco de Milán y el papa excomulgó a Luis de Baviera en marzo de 1324. En respuesta, Luis de Baviera remitió al papa un escrito acusándolo de «hereje» y otras lindezas. En Alemania los movimientos de los denominados «franciscanos espirituales» en nada ayudaban a pacificar las tensiones. Los llamados *espirituales* y los *fraticelli* eran unas corrientes espirituales rigoristas, radicales y revolucionarias que protestaban contra el papa acusándolo de hereje. Tras la eclosión del protestantismo, algunas corrientes reformadas quisieron imitar su espíritu que combinaba el ideal de la pobreza con el de las revoluciones sociales y políticas en favor de los pobres.

En medio de esto, llegaron a la corte del emperador bávaro dos parisinos: Marsilio de Padua y Juan Jandún, que acababan de elaborar un libro que se convertiría en una de las referencias en las futuras discusiones entre católicos y protestantes. Se trataba del *Defensor pacis* (1324). La obra era un ataque radical contra la autoridad temporal del pontificado y a su primacía sobre el emperador. En cierto modo, este libro señala la muerte del concepto de cristiandad que, *de facto*, se produciría dos siglos después con Lutero. Hay que recordar que pocos años antes, Dante había escrito su *De Monarquia* (1313). Aunque el autor de la *Divina Comedia* era güelfo (partidario de la autoridad del papa sobre el emperador), fue uno de los más moderados y, sorprendentemente, en su obra acaba otorgando la primacía del emperador sobre el poder secular restándosela al papa. Algunos

dijeron de Dante: «era güelfo, pero actuaba como un gibelino». Según el *Defensor pacis*, el papado no es una institución de derecho divino, sino humano, que ha usurpado la autoridad del sacerdocio. Además, su autoridad procede del pueblo que le elige, de tal forma que corresponde al Concilio de la Iglesia universal la potestad última. Tenía el papado, según Marsilio, una potestad únicamente espiritual que debía estar sometida al Imperio en todo lo temporal. Sin lugar a dudas este texto representó una auténtica revolución filosófico-teológica. En la obra de Marsilio de Padua encontramos un principio político que el protestantismo, especialmente el luterano, aplicará para conseguir que los príncipes alemanes sean aceptados como cabezas, no sólo políticas sino también espirituales, de la Reforma en sus jurisdicciones. La cuestión que posteriormente plantearía el luteranismo, Marsilio de Padua ya la había resuelto con una frase: «no hay motivo para distinguir lo espiritual de lo temporal: no existe sociedad específicamente espiritual. El Estado debe proveer a las necesidades espirituales de sus miembros».

Para acabar de redondear el percal, a Marsilio de Padua, en la corte de Pisa de Luis de Baviera, se unieron el superior de los franciscanos Miguel de Cesena y el mismísimo Guillermo de Ockham. La verdad sea dicha, una parte de los franciscanos estaban bajo sospecha debido a los antecedentes revolucionarios de los *fraticelli* y de los *espirituales*. Guillermo de Ockham, franciscano, no sólo con sus escritos defendía al emperador contra el papa, sino que su escuela nominalista estaba resquebrajando la vieja escolástica. No es cuestión de explicar en estas páginas la importancia del nominalismo, pero sólo decir que la vieja ontología aristotélico-tomista se iba a quebrar y las nuevas modas filosóficas traerían nuevos paradigmas que se confrontarían a la teología dominante. Pero lo que ahora ocupa es la coincidencia de Marsilio de Padua y Ockham en la misma corte del emperador. Se supone que, en agradecimiento a su protección, este último escribió *Breviloquium de principatu tyrannico papae*. O sea, un tratado —de corte diferente al de Marsilio— que pretendía limitar la jurisdicción del papa y reivindicar la libertad de conciencia. La libertad de conciencia será otro de los temas claves y a la vez conflictivos que estarán presentes en todas las discusiones de la Reforma protestante. Ya sólo en el prólogo de la obra de Ockham se postula una declaración de intenciones: «es lícito disputar, componer libros

y publicar a los ignorantes la verdad para que se llegue a conocer la verdad sobre el poder del papa que se entromete en todas las causas espirituales y temporales».

Todo este ambiente social, político e intelectual contra la *plenitudo potestatis* papal, iba a tener consecuencias prácticas, a no muy largo plazo, que explicarían el apoyo de algunos de los príncipes electores alemanes a Lutero. En 1338, se producirá un hecho que ha pasado desapercibido, pero que será de crucial importancia en el futuro. Los electores del Imperio realizaron la llamada Declaración de Rense. En ella se afirmaba y declaraba que una elección imperial no requería la confirmación pontificia. De esta manera se incorporaba al derecho público germánico la tan anhelada independencia del poder papal, se quebraba el espíritu de la cristiandad e indirectamente se reforzaba el poder político al eliminar uno de sus

Guillermo de Ockham.

contrapoderes más importantes, el religioso. En 1356, se refrendó la llamada Bula de Oro, por la que se instauraría un procedimiento para las elecciones imperiales en el que se excluía toda referencia a la sanción papal. El llamado «cautiverio» de los papas en Aviñón y el posterior Cisma de Occidente que ya hemos relatado, no ayudaban precisamente al papado a ganar las polémicas contra el emperador.

Tras el Concilio de Constanza y el fin del Cisma de Occidente, la Iglesia parecía llamada a recuperar la tranquilidad y su prestigio. Pero nada más lejos de la realidad. Aparece en ese momento otro de los grandes de la historia del pensamiento político: Nicolás de Cusa. Por resumir la cuestión, se puede decir que se había posicionado contra la *plenitudo potestatis* papal y había puesto al mismo nivel el poder político que el espiritual. Para justificar esta nivelación se había hecho hincapié en el fundamento divino del poder secular, pero por mediación del pueblo (una especie de precedente democratista). Nicolás de Cusa quiso aplicar el mismo principio democratista al poder papal. El coctel estaba servido. Otto von Gierke, en su obra *Teorías políticas de la Edad Media*, sintetiza: «es este [Nicolás de Cusa] quien desarrolla de forma más completa el principio de la soberanía popular en la Iglesia, ya que establece un paralelismo pleno entre Iglesia y Estado». Estas ideas de Nicolás de Cusa quedaron expresadas en su obra *De concordantia católica* (1434). Dante, Marsilio de Padua o Nicolás de Cusa, eran hombres que cabalgaron entre la Edad Media y el Renacimiento, eran formalmente católicos, pero sus obras fueron fruto de su tiempo, donde la vieja cristiandad se tambaleaba ante los poderes políticos y pronto se abriría paso el protestantismo.

Décadas antes de la llegada de la Reforma, las ideas de estos autores se iban traduciendo en hechos políticos. En Francia, el 7 de julio de 1438, el rey Carlos VII, reunido con las autoridades eclesiásticas francesas, declaraba la Pragmática Sanción de Bourges. Por ella el rey se declaraba guardián de los derechos de la Iglesia de Francia, se acordaba la libertad de las elecciones eclesiásticas, la apelación a la Santa Sede únicamente después de haber apelado a todos los demás tribunales franceses, la anulación de los impuestos pontificios y quedaba en manos del clero francés la fijación de los gastos de la Iglesia. Se afirmaba, además, que el papa no poseía ningún poder, ni directo ni indirecto, sobre el rey en las cosas temporales. Con la Pragmática

Sanción nació lo que se conoce como el galicanismo, que exigía para la Iglesia de Francia la libertad de administrarse y, para el rey, el derecho de control sobre la Iglesia nacional. En la Dieta Imperial de Maguncia, en 1439, con menos éxito, el Imperio intentó hacerse con el mismo poder. Por su parte, Roma quiso recuperar terreno, pero no precisamente con el ejemplo. Llegaron los tiempos de Alejandro VI, el papa Borgia (1492-1503), al que se le acusaba de haber conseguido su elevación al papado mediante el soborno general de los cardenales. A él le sucedería Julio II (1503-1513) que se enfrentó a muerte contra el rey de Francia. Fue un papa guerrero que, a base de victorias, llegó a someter a los disidentes y a la vez fue un entusiasta renacentista y mecenas de los mejores artistas de su época, como Miguel Ángel. A él se deben las pinturas de la Capilla Sixtina. Una magnífica película de 1965, titulada *El tormento y el éxtasis*, recoge la relación entre Julio II y Miguel Ángel y el ambiente de la época. Su sucesor León X, en el quinto Concilio de Letrán (1517) conseguía restaurar —en papel— la discutida autoridad papal. Pero, a los pocos meses se daría a conocer un monje llamado Martín Lutero que pondría todo patas arriba.

BEGARDOS, BEGUINAS Y *DULCINISTAS*

Cuando analizamos la historia, se corre siempre el riesgo de quedarse en los epifenómenos y no percibir deslizamientos estructurales que nos pueden predecir y explicar mejor los acontecimientos. Sin caer en complejos análisis, sí que es importante tener unas pocas ideas claras de lo que estaba sucediendo estructuralmente en los tiempos descritos. La hostilidad que hemos detallado en muchos movimientos espirituales contra la Iglesia institucional, no era especialmente por una cuestión de creencias. Muchas veces estos movimientos, al igual que el protestantismo, mostraron una radicalidad que dejaban a los seguidores de la *ortodoxia* católica como unos tibios y relajados moralmente. Esos movimientos no se presentaban como una propuesta de moderación sino lo contrario, como una exacerbación de lo religioso y lo moral (ello no quita que muchos acabaran en formas de libertinaje salvaje). Pero, dejando de lado esta cuestión, una parte del problema era que por el desarrollo lógico de la cristiandad,

fruto de una reconstrucción social tras la caída del Imperio romano, la Iglesia había asumido muchas funciones sociales e incluso políticas de aquella vieja estructura política. En la nueva civilización, a partir del siglo XV, la Iglesia aún mantenía muchos derechos feudales legítimos a los que no quería renunciar. Los sacerdotes, abades y obispos no sólo eran autoridades espirituales, sino que muchas veces ejercían también de señores feudatarios, a quienes se debían prestaciones personales, cánones de servidumbre, diezmos e impuestos.

Estas cargas hubieran sido relativamente soportables si a ellas no se sumaran las de una nobleza que quería seguir manteniendo su estatus contra las nuevas monarquías que iban emergiendo en Europa y, para ello, mantenía sus privilegios y cargas sobre la sociedad. No es de extrañar que Juan Hus justificara los ataques a las autoridades eclesiásticas señalando que el pueblo: «ve que los sacerdotes ricos tienen mejores vestidos, más bellos caballos, mayor abundancia de bienes, mujeres más hermosas, armas y armaduras». En estas palabras suena el eco de un cierto resentimiento, por eso no hay que dejarse engañar por las constantes apelaciones a la pobreza espiritual por parte de estos disidentes. Era precisamente una sociedad en la que estaba emergiendo una nueva clase burguesa, que cada vez tenía más fuerza y competía por poder y prestigio contra los viejos estamentos feudales y eclesiales. Paralelamente, en ese interregno hasta que llegase la modernidad, las formas de organización territorial se iban estabilizando e iban surgiendo en Europa los primeros proto-Estados en torno a dinastías cada vez más sólidas y que buscaban sus espacios de poder entre el burgo, la nobleza y la iglesia. Los monarcas tenían que tratar de aliarse con las nuevas clases burocráticas y estamentos populares, para deshacerse de los controles de los viejos señores feudales. La Iglesia era un agente más en la organización social, pero que, poco a poco, tendía a perder su lugar antaño privilegiado. Y entre todas estas tensiones, las clases campesinas también buscaban su liberación tras siglos de servidumbre para con la nobleza feudal. Según se desenvolvieran los pactos y alianzas de las fuerzas en juego, el protestantismo iría recorriendo unos caminos u otros. Por eso es interesante analizar movimientos populares espirituales, como los begardos, en los que descubriremos ciertas lógicas que luego se reproducirán en el protestantismo.

En el siglo XII aparecieron en los Países Bajos los bergardos y las beguinas. Los términos de Beghard o Beguine, pueden ser una derivación del *beghen* flamenco que significa orar. Dejando de lado posibles significados, las beguinas eran mujeres que no eran consagradas, aunque tampoco se casaban. Vivían solas, se dedicaban a obras de caridad y no pedían limosna, sino que vivían de su trabajo. En el siglo XIII empezaron a organizarse en pequeñas comunidades, pero sin una casa madre, ni reglas al estilo de los conventos. Con el tiempo, no hubo ciudad importante en Holanda que no tuviera una o varias comunidades de beguinas. Muchas de ellas, cuando aún no había aparecido el protestantismo, se hicieron de la orden terciaria carmelitana. Estas mujeres, que eran ortodoxamente católicas y que veían bien una reforma eclesiástica, se parecían mucho a las *beatas* de España y a las *humiliatas* de Lombardía. En definitiva, como los conventos de mujeres estaban más que llenos, las mujeres piadosas que no podían entrar en ellos comenzaron a vivir como religiosas, bien solas o bien en el hogar paterno o reunidas en pequeños grupos. Hay estudios que apuntan que, en países como Holanda o la actual Bélgica, las beguinas podían llegar a representar un 5% de la población.

A este modelo de vida le siguieron muchos hombres, los begardos, que crearon también pequeñas comunidades. Si bien las beguinas podían pertenecer a todas las clases sociales, los begardos se reclutaban entre hombres desfavorecidos por la vida. O bien se habían quedado solos por desgracias familiares, o por enfermedades, o por ser pobres tras haber sido soldados de fortuna. Una parte de ellos, aunque de extracto humilde, habían tenido relaciones con el mundo gremial, aunque ya lo habían abandonado por envejecimiento. Como todo en la vida, estas formas de convivencia tenían cosas buenas y otras no tanto. Al no estar sometidos a disciplina eclesiástica ni a una regla monástica o conventual, en algunas de estas comunidades se desató un sospechoso misticismo de carácter panteísta y anarquizante y se llegaron a constituir sociedades secretas. A lo largo de ese siglo se celebraron numerosos sínodos en Holanda para tratar las *desviaciones* de los begardos y beguinas y las medidas disciplinarias a las que someterlos. En el siglo XIV ya se habían extendido por la agitada Alemania, donde las autoridades eclesiásticas miraron de meterlos en cintura. Pero ciertamente la situación debía ser

algo ambigua, pues a veces aparecían bulas papales protegiendo a algunas de estas comunidades y reconociendo su recta intención. No obstante, otras comunidades eran fulminadas por las autoridades eclesiásticas.

Los begardos *heréticos* recorrieron como vagabundos las provincias alemanas. De hecho, acabaron relacionándose más con cátaros y valdenses que no tanto con los begardos *ortodoxos*. Acabaron sufriendo la influencia de los Hermanos del Espíritu Libre y se les fue denominando con diferentes términos como los *apostólicos*, o los *amalricanos*, *discípulos panteístas* o *quietistas* de Amaury de Bine, en el norte de Francia. Inevitablemente se les acabaría confundiendo con los *espirituales* o *fraticelli*. Estos grupos querían vivir la radicalidad de la pobreza franciscana, pero ello los llevó a convertirse en comunidades de revolucionarios anómicos. Estaban extendidos por Italia, la Provenza y en el norte de España, sobre todo en la Corona de Aragón. En Francia eran conocidos como *bisets* o *hermanos grises*, por su hábito de lana no teñida. Por la Inquisición de la Corona de Aragón, y debido a la persecución a que los sometieron en el siglo XIV, podemos saber de sus doctrinas.

Nos consta que, en 1323, un begardo seguramente de origen francés, Durán de Baldach, fue condenado en Gerona. El inquisidor Fray Arnaldo Burguet acusó a este grupo de estar en contra de la propiedad privada y el matrimonio. A mediados de siglo, en el pontificado de Clemente VI, se detectó un gran número de begardos en Valencia liderados por un tal Jacobo Juste. El inquisidor Fray Nicolás Rosell los procesó. Del juicio se entresacan sus creencias: 1) el hombre puede alcanzar en la presente vida tal perfección y que se torne impecable; 2) de nada aprovechan al hombre la oración ni el ayuno después de llegar a la perfección, y que en tal estado pueden conceder libremente al cuerpo cuanto pida, ya que la sensualidad está domeñada y sujeta a la razón; 3) los que alcanzan la perfección y el espíritu de libertad no están sujetos a ninguna obediencia humana; 4) el hombre puede llegar a la final beatitud en esta vida; 5) cualquiera naturaleza intelectual es por sí perfectamente bienaventurada y que el alma no necesita de los resplandores de la gracia para ver a Dios en vista real; 6) los actos virtuosos son muestra de imperfección, porque el alma perfecta está sobre las virtudes; 7) el acto carnal es lícito, porque a él mueve e inclina la naturaleza, al paso que el

ósculo es ilícito por la razón contraria; 8) se pierde la pura contemplación al meditar acerca del sacramento de la eucaristía o la humanidad de Cristo, etc., por lo cual condenaban la veneración a la hostia consagrada. En definitiva, ni la Iglesia ni los sacramentos servían para nada.

Al igual que otros movimientos espirituales como Los Hermanos del Espíritu Libre, sufrieron las agitaciones religiosas del siglo XVI, pero entraron en decadencia y prácticamente desaparecieron tras la Revolución francesa, ya que las últimas comunidades se habían concentrado en Bélgica (dominada por Francia) y los jacobinos no estaban para muchas tonterías. Pero no se puede cerrar este capítulo

Dulcino.

sin hacer referencia a los *dulcinistas*. Las doctrinas adamitas, la de los Hermanos del Espíritu Libre, la multitud de flagelantes, mendicantes, disciplinantes, begardos y beguinas, herederos de cátaros y albigenses, crearon el clima perfecto para que un tal Dulcino (1250-1307) forjara un movimiento milenarista, donde el triunfo de los pobres precedería la segunda venida de Cristo, que se preveía inmediata. Apenas sabemos nada de los orígenes de Dulcino. Nacido en el Piamonte, región que acogió tantas herejías, dicen que fue hijo ilegítimo de un cura. Se unió a una secta dirigida por todo un personaje, Segarelli, del que las autoridades eclesiásticas decían: «ese mendigo loco y sodomita». Este grupo se dedicaba esencialmente al robo (bajo pretexto de la dignidad de los pobres) y a la práctica del sexo libre. Al morir Segarelli, Dulcino se hizo con el mando del grupo, que fueron conocidos a partir de entonces como los Hermanos apostólicos. En su momento más álgido los seguidores sobrepasaron el número de 5000. El papa Clemente V montó una cruzada contra ellos que supuso su práctica exterminación y el posterior juicio y ejecución de Dulcino y su amante.

En la película basada en la novela *El nombre de la rosa*, de Umberto Eco, sale una curiosa referencia a los *dulcinistas*. En la abadía visitada por Guillermo de Baskerville (una sutil alusión al nominalismo de Ockham y al empirismo de Sherlock Holmes), un atormentado monje acogido ahí farfulla *penitenziagite* (*poenitentiam agite*) que era el grito de guerra de los *dulcinistas* en sus correrías. En la novela y la película, el personaje más tétrico es un monje llamado Jorge de Burgos que frente al nominalismo de Ockham y las *ligerezas* de los franciscanos, representa la *rigurosa* filosofía aristotélico-tomista. Toda una declaración de intenciones de Umberto Eco. Este era, en fin, el ambiente social, político y religioso que antecedió la Reforma protestante y muestra claramente que no fue un fenómeno que aparece de golpe en la historia, sino que ya existía un humus y un ambiente propicio sin el cual el protestantismo hubiera sido un capítulo más en la historia de la Iglesia. Pero no fue así.

Mitológicas luteranas y el extermino de los anabaptistas

Jaime Balmes, en referencia al protestantismo, propone que: «es un error el suponer que de causas muy pequeñas pudiesen resultar efectos muy grandes [...] Una leve chispa produce tal vez un espantoso incendio, pero es porque encuentra abundancia de materiales inflamables». Con ello quiere plantear un problema interpretativo. ¿Por qué en el siglo XV, a pesar de las enormes agitaciones espirituales que se han repasado, no se produjo algo tan radicalmente transformador como el protestantismo? Fue un siglo sacudido por manifestaciones religiosas disidentes, pero tarde o temprano las aguas espirituales volvieron a su cauce institucional. En cambio, en el siglo XVI, las protestas de unos pocos prohombres, normalmente eclesiásticos, causaron unas convulsiones que desbordaron las estructuras eclesiales existentes y, tras su paso, ya nada volvería a ser igual. Balmes se pregunta qué había cambiado en la cristiandad para que eso acaeciese. Casi toda la historiografía sobre el protestantismo insiste en la importancia de la crítica a la corrupción eclesial, visibilizada en la compraventa de las indulgencias. Pero Balmes, sorprendentemente, resta importancia a este tema. Argumenta que la simonía, o compra de bienes espirituales, fue un mal desde los orígenes de la Iglesia. De hecho, es la primera herejía descrita en los Hechos de los Apóstoles, cuando Simón el Mago pretende comprar a san Pedro el poder para curar. Son innumerables los concilios —argumenta Balmes— que se manifestaron en contra y condenaron la simonía, buscando soluciones para erradicarla.

Incluso se puede afirmar que el problema de la simonía, en el siglo XVI, era bastante más moderado que en siglos anteriores. Por ejemplo, en el siglo XI, san Pedro Damián (1007-1072), cardenal, obispo

benedictino y doctor de la Iglesia, inició una reforma sacerdotal exigiendo que los clérigos fueran disciplinados, castos y no practicaran la simonía. En ese mismo siglo, el papa San Gregorio VII (1020-1085), antes monje cluniacense, acabó con la venta de cargos eclesiásticos durante la llamada Querella de las Investiduras. Este asunto era una herencia de siglos anteriores, donde el feudalismo de la Alta Edad Media había intentado domeñar la Iglesia, no tanto en sentido doctrinal pero sí en el económico y jurisdiccional. Muchos nobles medievales consideraban que las iglesias y sus propiedades, rentas y bienes les pertenecían a ellos. Por eso, por ejemplo, los príncipes alemanes estaban acostumbrados a otorgar la investidura episcopal y decidir a qué señores pertenecían las parroquias rurales y a cobrar rentas por su usufructo. El problema tenía alcances mayores que pondrían en peligro la esencia de la Iglesia. En 962, el emperador germánico Otón I obtuvo, por presión, del joven papa Juan XII la prerrogativa de designar a los papas. Por ello, entre otras cosas, al siglo x se le llamó el «siglo oscuro o de hierro», donde el feudalismo se impuso por la fuerza de la espada. La Santa Sede, y buena parte de la Iglesia, fue cayendo en manos de clanes nobiliarios y quedó sometida temporalmente al tiránico dominio de grandes familias que llegaron a lograr el derecho a la elección para pontífice según sus intereses.

El siglo XI, coincidiendo con una renovación espiritual en la Iglesia, el surgimiento de la escolástica en el ámbito del conocimiento y la aparición de papas con genio y prestigio, como Gregorio VII, se revirtió la situación. Entre este último y el emperador Enrique IV, estalló la Querella de las investiduras (1075-1122), en la que se jugaba quién tenía poder para elegir obispos, cargos eclesiásticos incluso la sucesión papal. Todo acabó cuando el emperador se doblegó ante el papa en la llamada Humillación de Canossa. Respecto a la simonía, entre 1008 y 1048, tuvieron lugar ocho concilios regionales en Francia, Italia y España para intentar eliminarla. El papa Nicolás II (1058-1061) prohibió a los clérigos que aceptaran la entrega de una iglesia por parte de un laico y la obtención de cargos eclesiásticos a cambio de dinero. Calixto II (1119-1124), en el Concordato de Worms (1122), logró resolver definitivamente la querella de las investiduras en acuerdo con el emperador Enrique V. Este renunciaría a su *derecho* a las investiduras, dejando a la Iglesia plena libertad

de elegir y consagrar obispos. Gregorio IX (1227-1241) continuó la lucha contra la simonía y contra las ambiciones del emperador, llegando a excomulgar a Federico II. Otros concilios que trataron el tema fueron el Concilio Laterano IV (1215) y el Concilio de Ravenna (1317). Ya metidos en el siglo XV, el papa Julio II declaró inválidas las elecciones papales simoníacas. Los abusos fueron muchos, pero los intentos de reforma fueron constantes. Por eso, la protesta de Lutero no era nada nuevo y a nadie cogió por sorpresa, siendo tomada como una de tantas.

Dejando de lado la simonía, otros quisieron dar razón del éxito de la Reforma precisamente al fuerte carácter de los reformadores. Balmes se refiere a «la fogosa violencia de los escritos y palabras de Lutero» o a la «sofística astucia, al estilo metódico, la expresión elegante de Calvino». Pero la teoría del genio aquí no aplica totalmente. No sólo fueron los rasgos de personalidad de estos dos hombres los que provocaron la Reforma, sino que fue la Reforma la que permitió que afloraran sus peculiaridades y genios. Algunos pretenden explicar el fenómeno por las ansias de reforma de los cristianos en la Iglesia, en una teórica época donde los fieles gozarían de una mayor libertad de pensamiento. Pero sería una extraña paradoja que esas ansias de libertad fueran encauzadas por una nueva teología —la de Lutero y Calvino— que negaba la libertad humana y afirmaba el determinismo bajo dogma de la predestinación. Lutero defendió que en el hombre habitaba un *servo arbitrio* (una libertad esclava) por culpa del pecado original y así tituló uno de sus escritos. Esta obra era una contestación al *De libero arbitrio* de san Agustín de Hipona en la que intentaba explicar precisamente la compleja relación entre la libertad del hombre y la gracia divina que lo salva.

Sin denostar los considerandos precedentes, hay que buscar alguna causa catalizadora que logró el inesperado éxito de Lutero y el resto de reformadores. Balmes propone una especie de ley universal en el comportamiento humano, referido al principio de resistencia y al de sumisión. En la historia de la Iglesia, expone el filósofo español, las herejías y los cismas siempre han estado ahí y, con profunda psicología, advierte: «el error excitará desde luego simpatías, encontrará defensores, acalorará entusiastas, se extenderá, se propagará con la rapidez de un incendio, se dividirá luego, y tomarán sus chispas direcciones muy diferentes». Y eso es lo que aconteció a gran

escala con el protestantismo. Pero este tipo de comportamientos colectivos tampoco explica por completo el origen y rápida extensión de la Reforma. El apologeta español recurrirá entonces a una explicación sociológica. El siglo XVI se diferenciaba de los anteriores por la gran unidad entre las sociedades —muy diversas— que comprendían la cristiandad y el creciente entramado de intensas redes culturales, comunicativas y comerciales. Esta unidad era también posible gracias a que se mantenía una lengua franca: el latín, contra el que después se sublevaría Lutero. La imprenta, además, fue sin lugar a dudas un instrumento de transmisión del saber auténticamente revolucionario. Las *95 tesis* de Lutero fueron impresas y recorrieron Europa con una velocidad inusitada. Aunque también lo fueron las bulas que las condenaban.

Pero no hemos de caer en explicaciones meramente materialistas del fenómeno. Balmes señala lo que es a su entender el principio activo que desató la gran revolución protestante: el principio de *libre examen* que impuso Lutero sobre las Escrituras. Ante él, ninguna autoridad, ninguna tradición, podía imponerse. El subjetivismo había nacido. Este sería el germen de disolución ante cualquier forma de autoridad espiritual e incluso política de su época. Y, como se dijo más arriba, ciertas propuestas —como la del *libre examen*— fueron rápidamente adoptadas por grupos sociales disidentes y ejerciendo un atractivo especial para las muchedumbres. Madame de Staël, la escritora romántica francesa de origen ginebrino, reconocía que «el derecho a examinar lo que debe creerse es el principio fundamental del protestantismo». Abrirse a las profundidades del espíritu para sumergirse en un libre examen de las propias creencias es, sin lugar a dudas, una de las fuerzas psicológicas más atractivas que se ha desencadenado en la historia de la humanidad.

Pero, evidentemente, pronto se verían las consecuencias no tan deseables de la aplicación sin restricciones de este principio. Por un lado, podía llevar, como así aconteció en algunos casos, a una anarquía en la doctrina protestante incapaz de fijar dogmas y doctrinas universales. Cada individuo, bajo el majestuoso amparo del libre examen, podía decidir libremente su credo y la forma de relacionarse con Dios. Por otro lado, el principio del libre examen, liquidando la autoridad de la Iglesia, indirectamente reforzaba la de los gobernantes que llegarían a establecer, en muchos lugares, cuál era

el credo que «según libre conciencia» todo el mundo debía aceptar bajo su jurisdicción. Y eso es lo que ocurrió con los príncipes alemanes que decidieron aceptar el luteranismo como religión propia para ellos y sus súbditos.

MITOLÓGICAS LUTERANAS: UNA BIOGRAFÍA SUBLIMADA Y DISCUTIDA

La figura de Martin Lutero, actualmente tenido como héroe nacional alemán, ha germinado como ese fraile que, el 31 de octubre de 1517, clavaba sus tesis teológicas en la iglesia de Wittenberg. La imagen está estampada en libros de historia o religión y, especialmente, en el imaginario colectivo. Sin embargo, esa escena nunca se produjo. Lo que verdaderamente ocurrió es que el futuro reformador envió una carta bastante respetuosa al arzobispo Albrecht de Mainz, en Magdeburg (Alemania). En ella se incluían 95 tesis o propuestas a modo de queja por la venta de indulgencias en Wittenberg y las consecuencias teológicas de la simonía. También planteaba que las indulgencias compradas eran ineficaces sin el arrepentimiento real de los pecados o llevaban al olvido del deber cristiano de dar limosna para reparar los pecados, y así otros considerandos. El lamento era teológico y no tanto por el mercadeo de las indulgencias para costear la construcción de la basílica de San Pedro. Las tesis eran más una crítica de lo que hacían con ellas los obispos y sus consecuencias teológicas. La carta con las 95 tesis era una petición a su obispo para abrir un debate teológico al respecto. Cosa, por cierto, muy habitual en la época y una costumbre aceptada por las autoridades eclesiásticas como una forma de entablar legítimas discusiones sobre temas teológicos.

La dinámica eclesiástica imponía a los clérigos, y en especial a los profesores de teología como era Lutero, enviar —previamente a su publicación— todo escrito que se quisiera debatir para su consideración anterior por los censores. Y ese fue el proceso seguido por el futuro reformador. Las tesis eran eso, tesis para un debate, sobre las que un año más tarde daría sus propias opiniones en su obra *Explicaciones del debate sobre el valor de las indulgencias* (1518). Entonces, ¿de dónde proviene el mito de las tesis clavadas en la puerta

de la iglesia de Wittenberg? El primer relato ficcionado procede del prefacio escrito por Felipe Melanchthon (el gran teólogo aristotélico que secundó a Lutero) para el segundo volumen de la colección de obras de Martín Lutero. La edición data de 1546, casi 30 años después del supuesto suceso. Entre medio, extrañamente, no hay ningún testimonio ni publicitación del mismo. Melanchthon justifica su inclusión en el prefacio diciendo que escuchó este relato de boca del mismo Lutero. Pero es raro que hasta ese momento nadie más hubiera tenido noticia de ello. Conociendo la personalidad de Lutero y su tendencia a la exageración, la autocomplacencia y a hablar desmedidamente de todas sus experiencias, es sintomático que esa gesta juvenil no la hubiera divulgado él mismo hasta la saciedad.

Es significativo que Lucas Cranach, pintor y amigo íntimo de Lutero (quien sirvió como casamentero entre él y la exmonja Katalina von Bora) tampoco nunca representara pictóricamente esta escena, la cual hubiera sido un magnífico instrumento de propaganda. Se ha de tener en cuenta que Cranach, en ataques de entusiasmo, había representado pictóricamente a Lutero al pie de la cruz o sentado con Cristo acompañando la celebración de la última cena con sus discípulos. Si el pintor hubiera tenido noticias de un relato tan épico, seguro que lo hubiera reproducido. Todas las pinturas de Lutero clavando las 95 tesis son posteriores a 1546, coincidiendo con la publicación del dudoso relato de Melanchthon. Como se ha dicho, leyendo las tesis, nada indica confrontación o enfado contra el obispo, más bien respeto y sumisión. En el párrafo introductorio dice al obispo: «Padre en Cristo e ilustrísimo príncipe: Perdonadme que yo, el más humilde de los hombres, ose escribir a Vuestra Sublimidad. Nuestro Señor Jesucristo es testigo de que me doy perfecta cuenta de mi insignificancia y mi indignidad. Me he atrevido a tanto debido a la obligación de fidelidad que debo a Vuestra Paternidad. Quiera Vuestra Alteza mirar hacia este grano de polvo y escuchar mi súplica de clemencia de vos y el papa». Nótese la diferencia de tono con el que usará años después acusando al papa de ser el Anticristo.

Al recorrer su itinerario, se descubre que son muchos los aspectos de la vida de Lutero que fueron exagerados o desvirtuados por él mismo o sus seguidores. Por ejemplo, tenía la manía de presentar a su padre como pobre minero y a su madre como una «recogedora de leña». En realidad, su padre fue un próspero empresario minero con

aspiraciones políticas y su madre nunca tuvo que recoger leña para calentarse. Los testimonios históricos revelan que sus padres formaban una acomodada familia burguesa y que el itinerario escolar de Lutero recorrió varias ciudades, donde la familia materna tuvo siempre un reconocimiento social y un buen nivel económico. Este estatus social explica que Lutero hubiera tenido tan buena formación. La leyenda rosa lo ha querido presentar como un reformador de orígenes humildes y, por ello, alineado con los más pobres. Pero no fue así. Lo que queda acreditado y nos aproxima mejor al personaje es cuando, el 2 de julio de 1505, cerca de Stotternheim y durante una tormenta, le cayó cerca un rayo. Muerto de miedo gritó: «¡Ayúdame, santa Ana; me haré fraile!». Por entonces, había comenzado los estudios de Derecho en la Universidad de Erfurt. Y sí, finalmente se hizo fraile agustino. Un biógrafo, Dietrich Emme, señala que la llegada al convento fue debida a otro motivo menos prosaico y más trágico. Estudiando para *magister*, mató en duelo a un compañero, Jérôme Buntz, y sólo entrando en un convento podía librarse de la justicia secular. En una de sus prédicas de 1529, se oyó su propia confesión: «Yo fui, de fraile, uno que quería ser seriamente piadoso. En cambio, me hundí aún más: fui un gran malvado y homicida».

Es imposible resumir siquiera someramente la biografía del reformador, así que se destacarán algunos puntos de su vida. Hay que adelantar que ni siquiera Lutero se concebía como un reformador. Solía decir que estaba haciendo un «mejoramiento» de la Iglesia. Pero indudablemente su obra llevó a una ruptura. ¿Cuándo se puede decir entonces que Lutero rompió con Roma? Tras el asunto de las 95 tesis se había hecho un famoso controversista. Sus opúsculos, escritos y fama corrían una parte de Europa e incluso llegaron a Roma. El pontífice de entonces, León X, hizo examinar sus escritos que fueron condenados como heréticos ya que, entre otras cosas, negaban la autoridad del papa, la libertad humana y su cooperación con la gracia para la salvación y otras importantes cuestiones teológicas. Ello no impidió, más bien alentó, a que estudiantes de toda Europa viajaran a Wittenberg para escucharle. La controversia de Leipzig (1519), entre Andreas Karlstadt, Martín Lutero, Philip Melanchthon y Johann Eck (este último dominico, el único ortodoxamente católico del encuentro), le llevó a negar públicamente la autoridad papal lo que acrecentó su fama de disidente. Los ecos de esta controversia

le permitieron entrar en contacto con los grandes humanistas de su época, como Erasmo de Rotterdam. Animado por su fama, redactó una obra titulada *A la nobleza cristiana de la nación alemana* (1520), considerada una de las obras claves del nacionalismo alemán, en la que por primera vez acusa al papa de ser el «Anticristo». En respuesta, León X publicó la bula *Exsurge Domine* («Levántate, Señor») condenando a Lutero y dedicándole una alusión especial: «un cerdo salvaje ha entrado en la viña del Señor». Le concedía 60 días para retractarse y someterse a la autoridad de Roma. En respuesta, Lutero quemó la bula públicamente junto con otros libros que eran considerados «los peores proponentes de las doctrinas papistas».

Guerra de los campesinos alemanes.

El último intento de reconciliación sería en la Dieta de Worms (1521) ante el mismísimo emperador Carlos V, todavía siendo este muy joven. Dice la leyenda que se presentó el reformador diciendo «¡Aquí estoy!, no puedo hacer otra cosa, Dios me ayude. Amén». Este «*¡Aquí estoy!*» es apócrifo, pero hoy si uno visita Wittenberg puede comprar recuerdos con esta frase grabada: «Aquí estoy», a modo de reto. El caso es que no hubo retractación y así se iniciaba un viaje de no retorno. Tras la ruptura, Lutero escribió enfebrecidamente multitud de opúsculos deshaciendo toda la teología católica, especialmente la sacramental, y haciendo hincapié en el rechazo del celibato para los clérigos. No en vano, en 1525 se casaría con una exmonja agustina, Katharina von Bora, para escándalo de algunos compañeros también disidentes. Como había negado el carácter sacramental del matrimonio, y al considerarlo algo meramente humano y no sobrenatural, la ceremonia fue de lo más trivial. La formalidad consistió en un intercambio de anillos durante una cena entre amigos, a los que se dirigió con estas palabras: «Con esto me caso con Catalina de Bora. Desde ahora estoy preso, atado a mi Cata. Pero si la *señora* no quiere, que venga la criada», dijo medio en broma para regocijo de los presentes. Desde el lado católico la crítica fue evidente: su matrimonio era fruto de la lujuria, la depravación y la falta de autocontrol del reformador. Pero la justificación que dio el mismo Lutero fue bastante más curiosa y nos demuestra su personalidad compleja. Llegó a afirmar que se había casado «para burlarme del diablo y de sus escamas, los hacedores de obstáculos, los príncipes y los obispos, puesto que son bastante locos para prohibir a los clérigos que se casen. Y de muy buena gana suscitaría un escándalo todavía más grande, si conociera otra cosa que pudiese complacer más a Dios y ponerlos más fuera de sus casillas».

Con estas palabras venía a decir que su matrimonio tenía dos finalidades: la primera era un medio de afrontar los ataques de Satanás en sus frecuentes crisis espirituales y, la segunda, para escandalizar todos los agentes del maligno que no eran otros, a su entender, que los obispos, los monjes, los cardenales y el papa. La cuestión de casarse por amor no era mentada. Esto nos lleva al papel del diablo en la teología luterana. La biografía de Lutero de Heiko Oberman, titulada *Lutero. Un hombre entre Dios y el diablo* nos muestra un personaje totalmente obsesionado con el diablo. En sus escritos no para de hablar de él. Contaba a sus íntimos que, desde su infancia,

era molestado por diablos, demonios y todo tipo de espíritus malévolos. Estando recluido en el castillo de Wartburg, protegido por el príncipe sajón Federico el Sabio, manifestó grandes angustias y depresiones que achacaba a constantes ataques diabólicos. Corre la leyenda que, en uno de esos ataques, alejó al tentador arrojándole un tintero. Hasta el siglo pasado, los turistas que pasaban por el castillo podían contemplar en el cuarto de Lutero un manchurrón de tinta, atribuido a la gesta antidiabólica. Otro biógrafo de Lutero, Licinio Rangel, describe que tenía de por sí un temperamento extremamente mórbido y neurótico y que, tras su rebelión, su neurosis alcanzó límites extremos. De igual opinión era Roland Dalbies, en su biografía *Angustia de Lutero,* en la que describe sus arranques de rabia o sus estados de ánimo ciclotímicos.

Las actuales biografías de Lutero están más que edulcoradas. Apenas hacen referencia a los últimos momentos de su vida. O bien se repiten las versiones hagiográficas. Del lado protestante se impuso la de Melanchton, que describe su muerte en una suave y larga agonía, como confirmación de su obra reformadora. Uno de sus amigos, afirmaba que Lutero siempre le había pedido a Dios un «hermoso momento final» y poder resistir a los ataques del maligno. Otro luterano, Justus Jonas, tomó prontamente la pluma para describir los últimos días del reformador. Fueron, según él, días felices en los que había viajado a Eisleben para mediar en unas cuestiones teológicas. Deseoso de regresar a Wittenberg, presagiaría su muerte diciendo a sus acompañantes: «Cuando regrese a Wittenberg, me introduciré en mi ataúd y daré de comer a los gusanos un orondo doctor». Melanchton recibió la muerte de Lutero dando clases. Ante sus alumnos y en referencia al carro de Elías, con el que según la Biblia subió a los cielos, dijo: «Ha muerto el auriga del carro de Israel». Pronto, entre católicos y luteranos empezaron a correr versiones diferentes de su muerte. Como señala Oberman: «Lo que estaba en juego en la controversia sobre su muerte no era sólo Lutero, engendro del diablo o don de Dios, sino también la legitimidad de la Reforma». De hecho, el primer biógrafo de Lutero, Johann Cochlaeus, fue católico y no luterano, presentándolo como el dragón de siete cuernos. Y reducía la Reforma a una disputa entre dominicos y frailes agustinos.

Se entiende pues que, durante mucho tiempo, en el mundo católico se explicara otra versión menos idílica de su muerte. Según

esta, extendida en los tiempos inmediatos a su muerte, Lutero se habría suicidado tras una opípara cena. De hecho, eran conocidas sus pantagruélicas comilonas, especialmente en los últimos años de su vida, en las que siempre acababa ebrio. Respecto al suicidio, así lo atestiguó su criado personal, Ambrosio Rudtfeld, cuyo testimonio fue publicado en 1606 por Enrique Sédalius: «Martín Lutero, en la noche que antecedió a su muerte, se dejó vencer por su habitual intemperancia, y en tal exceso, que fuimos obligados a cargarlo totalmente embriagado y a colocarlo en su lecho. Después nos retiramos a nuestro aposento sin presentir nada de desagradable. Por la mañana volvimos a nuestro patrón para ayudarlo a vestirse, como de costumbre. Pero, ¡qué dolor! Vimos a nuestro patrón Martín colgando de su cama y estrangulado míseramente. Tenía la boca torcida y la parte derecha del rosto oscura; el cuello morado y deformado. Ante tan horrendo espectáculo, fuimos invadidos por un gran terror. Corrimos sin demora a los príncipes, sus convidados de la víspera, para anunciarles aquel execrable fin de Lutero. Ellos quedaron aterrorizados como nosotros. Y luego se empeñaron con mil promesas y juramentos, que observásemos, sobre aquel acontecimiento, eterno silencio, y que colocásemos el cadáver de Lutero en su cama, e anunciásemos al pueblo que el maestro Lutero había, imprevistamente, abandonado esta vida».

Un aluvión de escritores y estudiosos escribieron sobre el asunto en su momento. Todos coinciden en la versión del criado Rudtfeld. Lo recoge Jean Marie Vicent Audin, en su *Vida de Lutero*. Th. Bozio, en su De *Signis Ecclesiae*, de 1592, escribe que aprendió de un doméstico de Lutero que su señor fue encontrado ahorcado de las columnas de su lecho. Le siguen Lorrenz en *El fin de Lutero*; Stalinaus Hosius, Juan Harén, Lorenzo Surius, Tomás Malvendra, Teodoro Pevtrejus, el sabio alemán Majunke y Manhart. También el Dr. G. Claudin, en la *Cronaca Medica* (1900) y más recientemente, Luigi Villa, en su obra *Martín Lutero, homicida y suicida*, ha retomado la tesis del suicidio. Es evidente que la figura de Lutero, tanto en vida como en muerte, fue controvertida y revestida de mitos.

Otro aspecto polémico sobre la figura de Lutero era respecto a su personalidad. Un pensador neutro, el psicólogo judío Erich Fromm, realizará una disección psicológica: «Lutero, como persona, era un representante típico del "carácter autoritario". Habiendo sido

educado por un padre excepcionalmente severo y gozando cuando niño de muy poca seguridad o amor, su personalidad se desengarzaba en una constante ambivalencia con respecto a la autoridad; la odiaba y se rebelaba contra ella, pero al mismo tiempo la admiraba y tendía a sometérsele. Durante toda su vida tuvo siempre una autoridad a la cual se oponía y otra que era objeto de su admiración: cuando joven, su padre y sus superiores en el monasterio; el papa y los príncipes más tarde. Se hallaba henchido del sentimiento extremo de su soledad, impotencia y perversidad, pero, a la vez, de la pasión de dominio. Se veía tan torturado por las dudas como sólo puede estarlo un carácter compulsivo, buscando constantemente algo que le diera seguridad interior y lo aliviara de los tormentos de la incertidumbre. Odiaba a los otros, especialmente a la "chusma", se odiaba a sí mismo, odiaba la vida, y de todo este odio se originó un apasionado y desesperado deseo de ser amado. Todo su ser estaba penetrado por el miedo, la duda y el aislamiento íntimo y era sobre esta base personal que debía llegar a ser el paladín de grupos sociales que se hallaban psicológicamente en una posición muy similar». Esta perspectiva del personaje, fuera de la militancia católica o protestante, es interesante para intentar objetivar una personalidad ciertamente compleja y su odio hacia el poder del papa y su docilidad respecto a la autoridad de algunos príncipes alemanes.

EL DESCUBRIMIENTO DEL ABISMO DEL SUBJETIVISMO

La teología de Lutero se entremezcla con su propia vida y fuerte personalidad. Una reciente biografía del reformador, escrita por Angela Pellicciari y titulada *La verdad sobre Lutero*, destaca algunos rasgos de su personalidad que afectarían a su teología: «Hablaba como si fuera el auténtico intérprete de Jesucristo, se consideraba a sí mismo un *alter Christus*, y presentaba al papa como el Anticristo». Para él la Iglesia católica era la Gran Prostituta de la Babilonia referida en el Apocalipsis. Muchas veces, como manifestación de una personalidad expansiva, solía firmar como Notharius Dei (Notario de Dios). Estas son algunas de sus propuestas teológicas con importantes consecuencias en el orden práctico:

- **La Gran Babilonia.** Lutero engendró un odio visceral a Roma. Sus llamadas a la revuelta, a la guerra, a la rebelión contra el papado son constantes. En el trasfondo del recelo de Roma estaba el sempiterno conflicto entre el mundo germánico y el latino. Enfrentarse al papa implicaba enaltecer a los príncipes electores del Sacro Imperio Romano Germánico. De ahí que el reformador haya pasado a la historia como el padre de la nación alemana moderna. Lo que ahora llamamos Alemania en realidad era una parte, a su vez dividida en diferentes jurisdicciones, del Sacro Imperio Romano Germánico, unido a Roma por fidelidad y tradición (a pesar de todos los conflictos de las investiduras que ya se explicaron). Lutero separa a Alemania de la comunión con Roma, traduce la Biblia al alemán y se convirtiéndose en el «profeta de Alemania». Al respecto hay una mitología que conviene desvelar. Es el mito de que Lutero fue el primero en traducir la Biblia al alemán. De hecho, se tienen registradas al menos dieciocho traducciones de otros autores anteriores a la suya.

- ***La libertad esclava* y la *sola fide*.** La antropología de Lutero se fundamenta en su obra *De servo arbitrio* (*La libertad esclava*). Su visión del hombre se resume en afirmar que el ser humano tiene una voluntad esclavizada. Decía que el alma era un caballo montado por dos jinetes. Si la cabalga Dios, quiere lo que Dios quiere. Pero si la guía Satanás, irá irremisiblemente en la dirección que Satanás señala. La consecuencia teológica y moral es sencilla: el hombre no es responsable de sus acciones, así que no podría haber para él ninguna recompensa o condena. Esto implica la doble predestinación según la cual, unos sin méritos se pueden salvar y, otros, con méritos se pueden condenar. Ello convierte a Dios en un ser absolutamente arbitrario, ante el que sólo un acto de fe nos salva: la *sola fides* sin obras. Por ello, Lutero llega afirmar tajantemente: «Incluso si fornico mil veces al día y mil veces asesino, eso no puede apartarme de Cristo. La sola fe me salva». La *sola fides* y la *sola scriptura*, antecederán el sentimiento de soledad y el individualismo moderno. El citado Erich Fromm, propone que: «Lutero dio al hombre independencia en las cuestiones religiosas; despojó a la Iglesia de su autoridad, otorgándosela en cambio al individuo; su concepto de la fe y de la salvación

se apoya en la experiencia individual subjetiva, según la cual toda la responsabilidad cae sobre el individuo y ninguna sobre una autoridad susceptible de darle lo que él mismo es incapaz de obtener». Ello implica que «un aspecto de la libertad moderna —el aislamiento y el sentimiento de impotencia que ha aportado al individuo— tiene sus raíces en el protestantismo».

- **El hombre es malo y Dios también.** Lutero escribía a Erasmo: «Tú, Erasmo, fuiste el único en comprenderme acertadamente. A mí no me importa lo del comercio con las indulgencias, ni lo del purgatorio y el papado, sino única y principalmente el asunto de la voluntad esclava. No es el hombre el que es culpable, sino el Dios injusto». Y Lutero continúa: «Dios dejó que Adán cayera, Dios determinó que Judas fuera un traidor, Dios es malo y nos creó por aseidad [atributo de Dios, por el cual existe por sí mismo o por necesidad de su propia naturaleza] del mal. Dios tiene que volverse primero diablo antes de poder volverse Dios». La grandilocuencia de las ideas expresadas por Lutero, siempre han llevado a interpretaciones difíciles. Que, para Lutero, el hombre no fuera responsable de sus pecados, no implicaba que fuera bueno. Nuevamente Fromm interpreta su pensar: «El hombre posee una naturaleza mala y depravada (*naturaliter et inevitabiliter mala e vitiata natura*). La depravación de la naturaleza del hombre y su absoluta falta de libertad para elegir lo justo constituye uno de los conceptos fundamentales de todo el pensamiento de Lutero». Por eso, la fe en Lutero no es equiparable a la fe en la Iglesia católica. Fromm afirma que: «La búsqueda compulsiva de la certidumbre, tal como la hallamos en Lutero, no es la expresión de una fe genuina, sino que tiene su raíz en la necesidad de vencer una duda insoportable», sobre la propia salvación. Indudablemente, el luteranismo fue asentando una antropología del pesimismo sobre la naturaleza humana que tuvo importantes connotaciones en la modernidad, como se verá en los últimos capítulos.

- ***Pecca fortiter.*** Por activa y por pasiva, Lutero repetía que la sola fe (*sola fides*) salvaba y que no hacían falta las obras. La contradicción teológica es evidente: si ya estamos predestinados

o condenados a la salvación, para qué tener fe. Peor aún, y el mismo problema lo planteará Calvino, si ya estoy predestinado a la salvación da igual tener fe, da igual realizar obras malas. De ahí que para convencer a sus seguidores de que estaban entre los elegidos, les animaba a que pecaran para demostrarse que sólo la fe bastaba. Este fue su famoso y polémico criterio: *pecca fortiter,* (peca fuertemente). Esta recomendación la encontramos en una carta a Melanchton en la que escribe: «Sé pecador y peca fuerte, pero confía y alégrate más fuertemente aún en Cristo, vencedor del pecado, de la muerte y del mundo. Hay que pecar mientras vivamos aquí». Por ello, para Lutero, el arrepentimiento de nuestras obras malas y perdón por la confesión,

Retrato de Martín Lutero.

eran absurdos. En realidad —interpretaba Lutero— el arrepentimiento es una maliciosa insinuación del demonio, ya que la sola fe, y no nuestras obras, es lo que nos asemeja a Cristo y nos da la vida eterna.

- **Fornicar para fastidiar al diablo.** Alma von Stockhausen, que fue destacada filósofa de la prestigiosa Gustav-Siewerth-Akademie, sintetiza perfectamente las ideas de Lutero respecto a la sexualidad: «Lutero cree que la prostituta llega antes al cielo que un santo, pues la prostituta no es hipócrita. Para él, los santos son hipócritas. Lutero creía que el hombre no puede hacer otra cosa que fornicar, pues es su naturaleza. Debe hacerlo; Dios lo obliga a hacerlo. Dice que fornicaría diariamente mil veces de pensamiento. Y también dice: Junto a mi Cata [Catalina, su mujer] tengo a tres más en los brazos. Y si la *señora* no quiere hoy, entonces agarro a la criada». Esta visión está en consonancia con el *pecca fortiter* y su idea de pecar para *fastidiar* al diablo, primero pecando *fortiter* y luego creyéndose igualmente salvado. En Wittenberg, Lutero tenía un joven discípulo llamado Jérôme Weller, inclinado como él a la melancolía y a la tristeza. Entre otros, le dio estos consejos: "Cada vez que el demonio te atormente con estos pensamientos de tristeza, busca enseguida la compañía de tus pares, o ponte a beber o a jugar, y habla de cosas licenciosas, ¡y busca divertirte! Debemos cometer incluso algún pecado, por odio y desprecio hacia el demonio, ¡para no darle la ocasión de crearnos escrúpulos por nada!"». Nada tendrían que ver estos consejos con la austeridad absoluta que predicaría Calvino.

- **La Iglesia sin Iglesia.** Para Lutero ya no hay una Iglesia con sacramentos (sólo reconoció dos: el bautismo y *la última cena*) y tampoco la Iglesia estructurada jerárquicamente cuya máxima autoridad fuera el papa. En su eclesiología sólo hay laicos y el sacerdocio es común. Entonces, todos pueden reunirse y perdonarse mutuamente los pecados. Para Lutero, la misa —entendida como el sacrificio real de Cristo en la cruz— era «el mayor de los horrores». Según él, «el horror de la misa» es la causa de que exista el papado, que supervisa y dispone la ordenación sacerdotal. La misa *romana* era tan odiada que llegó a exclamar: «¡Yo declaro que los

prostíbulos, los homicidios, los robos, los asesinatos y los adulterios son menos malvados que esa abominación que es la misa papista!». Ello no quita que, como Lutero sabía que esta era una idea difícil de digerir para los cristianos de entonces, en los oficios luterano de *la última cena*, permitía a los files arrodillarse en la consagración y que creyeran en la presencia real de Jesucristo en la eucaristía. En cuanto a la estructura de la nueva Iglesia apareció la figura del *landesbischof* u obispo. Martín Lutero pidió a los gobernantes (reyes o príncipes) que asumieran las funciones episcopales en sus territorios. Los nuevos *landesbischof* se apoderaron de los derechos de los obispos católicos, incluyendo el dominio de tierras. Sólo tras la Primera Guerra Mundial y la caída del II Reich, los obispos luteranos empezaron a ser elegidos entre los pastores de cada iglesia y no designados por el poder político.

Entregando el poder eclesial al poder político es como Lutero respaldó la teoría del inmediatismo, según la cual es por la voluntad inmediata de Dios por la que gobiernan los príncipes. Estos habrían sido elegidos directamente por Dios y desobedecerles sería ir contra la mismísima voluntad divina. Lutero llega a afirmar que si los príncipes son tiránicos y atentan contra el pueblo es porque el pueblo se lo merece y así Dios lo ha dictaminado para su castigo. En sus escritos, especialmente contra los campesinos alemanes, argumenta que toda rebelión o resistencia contra el poder político, es una resistencia a la voluntad de Dios: «el que la autoridad sea mala e injusta no excusa el motín o la rebelión. Castigar la maldad no corresponde a cualquiera sino a la autoridad secular, que lleva la espada». Se dio la incongruencia de que, al retirar todo carácter divino a la organización eclesiástica, le transmitió al poder político esa sacralidad. Mientras que Lutero pergeñaba su teología, Alemania volvería a caer en las agitaciones vividas en el siglo XV. Esta vez ya no se trataba de extraños herejes a los cuales los príncipes alemanes no tenían reparos en aplastar, sino que eran súbditos que se habían pasado en masa al protestantismo. Pero su forma de entender el protestantismo no iba a gustar precisamente ni a Lutero ni a los príncipes que le protegían. Lutero tuvo que enfrentarse con su propia proyección de rebelde reformador: llegaban los terribles anabaptistas a los que tuvo que combatir y aplastar.

THOMAS MÜNTZER Y LA GUERRA DE LOS CAMPESINOS

Entre 1524 y 1525, estalló en Alemania la guerra de los Campesinos. Esta representa un movimiento popular que involucrará la nada despreciable cifra de unos 300000 campesinos del Sacro Imperio Romano Germánico. Hasta la Revolución francesa no volverá a verse una movilización de masas semejante. En la más pura tradición de los husitas o los Hermanos del Espíritu Libre, numerosos predicadores e iluminados llamaban a la revolución del «hombre común» (campesinos católicos que se habían pasado al protestantismo). Gracias a la labor de Lutero, en muchas zonas de Alemania se habían derrocado los obispados y las estructuras eclesiales, pero nadie había pensado en las consecuencias. Sus riquezas fueron disputadas entre ambiciosos nobles y campesinos desfavorecidos. Las fricciones entre el campesinado y la nobleza se intensificaron hasta que un amigo de Lutero con una personalidad impredecible, Thomas Müntzer, lanzaría una proclama a los campesinos que iba a ser todo un programa político-religioso y a la vez un grito de guerra: «No seáis pusilánimes. Decidíos ya y librad la batalla del Señor. El momento ha llegado [...] Ya han despertado Alemania, Francia e Italia enteras [...] Cuatro monasterios han sido destruidos en Fulda durante la semana de Pascua. Ya se han levantado tres mil campesinos en Kiettgau y Hegau, en la Selva Negra, y la multitud crece día a día. ¡Adelante, adelante! No permitáis que vuestra espada se enfríe». Era un llamamiento a derruir el viejo régimen de cosas y la opresión de los príncipes alemanes, fueran católicos o luteranos.

En 1523, Müntzer fijó su residencia en Allstedt (Sajonia), donde se casa con Ottilie von Gersen, una monja exclaustrada con la que tiene un hijo y que será su más eficaz y entusiasta colaboradora. En esta pequeña villa ultimó su reforma litúrgica, traduciendo los textos de la misa al alemán e introduciendo cantos en esa lengua. Sus iniciativas tenían gran poder de convocatoria y cada domingo acudían a Allstedt cientos de personas de las comarcas cercanas. Pronto se hizo con una imprenta que utilizaba para difundir su peculiar reforma. En sus homilías y escritos, defendía que los hombres podían encontrar el camino hacia Dios y salvarse sin necesidad de intermediarios, dejando en entredicho los privilegios de la Iglesia. Fustigaba

sin parar a todo tipo de autoridades a las que consideraba causantes de los males sociales y su radicalidad entusiasmaba a los que se le acercaban. Reunió en su entorno una *liga secreta* con la que iniciaría una guerra campesina contra la nobleza alemana y, en definitiva, contra todo lo que significase jerarquías y diferencias. Se estaba preparando una revolución en toda regla, alimentada por un exaltado espíritu religioso y dirigida por un caudillo visionario y carismático. El drama estaba a punto de comenzar y temblarían tanto católicos como luteranos.

Como demuestra Hubertus Mynarek, en su obra desmitificadora *Luther ohne Mythos,* Lutero había participado de las ideas revolucionarias de su joven amigo y veía en la jerarquía eclesiástica y los príncipes alemanes el enemigo a batir. Este entusiasmo duró hasta que algunos de los príncipes le acogieron y simpatizaron con su causa porque iba contra el emperador. Entonces la nobleza germánica pasó de ser el enemigo a derrotar, a la autoridad que había que obedecer ciegamente. Müntzer contaba, en cambio, con el apoyo de labradores, mineros, obreros de las ciudades e incluso pequeños burgueses. Estaba convencido de estar llamado a librar la histórica y apocalíptica batalla final entre el bien y el mal: el Armagedón del Apocalipsis. Para ello envió emisarios a las regiones próximas a que buscaran apoyos para una «gran sublevación alemana» cuyo programa era, como el que no quiere la cosa, un llamamiento al comunismo: «*Omnia sunt communia*, y cada uno debe recibir según sus necesidades y de acuerdo con las circunstancias», rezaba su propuesta. En 1524, Lutero hizo un viaje a Sajonia del sur intentando disuadir a los rebeldes. Pensaba que su prestigio los aplacaría, pero se puso a predicar contra Müntzer en Orlamünde y los campesinos le empezaron a apedrear. La ruptura ya era definitiva. Lutero escribió una carta a los príncipes suplicándoles matar al «Satán maldito de Allstedt». En la carta lo trata de: «espíritu devorador del mundo», «demonio mendaz», «Satán por antonomasia», «espíritu mendaz» o «demonio expulsado».

Müntzer, en agosto de 1524, acosado por la nobleza se ve obligado a huir de Allstedt. Establecido en Mühlhausen (Turingia), publica un opúsculo con abundantes citas tomadas del Antiguo Testamento y del Apocalipsis. Lo titula *Denuncia expresa de la fe errada del mundo infiel* y en él justifica la guerra en nombre de Dios.

Nuevamente expulsado, residirá en Núremberg y recorrerá la Selva Negra incitando a la insurrección. De regreso en Mühlhausen, ya en 1525, funda una milicia armada para defender el *Reino de Dios* y elige para ella una bandera blanca con un arcoíris y la leyenda: «La palabra de Dios durará para siempre». A finales de abril, toda la región de Turingia ardía. Un año antes, el movimiento había estallado cuando un grupo de campesinos, alentados por los sermones radicales del teólogo local Jörg Creutzer, tomó el control de la ciudad alemana de Forcheim e instauró un gobierno municipal *inspirado* en el cristianismo primitivo. A la mañana siguiente, medio millar de campesinos de las inmediaciones se refugiaron en la población atraídos por el nuevo régimen. Esta primera explosión de fuerza fue caótica, sin organización, fines e ideario definido y acabó represaliada.

Mas adelante, un sacerdote luterano, Cristoph Schappeler, un peletero llamado Sebastian Lotzer y el abogado Wendel Hipler, elaboraron un programa de reivindicaciones que otorgaría identidad político-religiosa a la revuelta de los campesinos alemanes. Era el Programa de los Doce Puntos que reclamaba, entre otras cosas, la elección del pastor por parte de la comunidad, la reducción de las cargas fiscales y de las obligaciones feudales y el libre acceso a los recursos naturales por parte de los campesinos. Cuando se publicaron estas demandas la revuelta había alcanzado su punto álgido y afectaba a Alsacia, Württemberg, Franconia, la Alta Suabia, el Saar y algunas zonas del Tirol y de Baviera. En la guerra de los Campesinos hubo una primera oleada de protestas y violencia —envueltas en una mística bíblica— donde los campesinos saqueaban castillos de la nobleza y recintos monacales. En una segunda oleada, se notó la motivación doctrinal-teológica que había impregnado el Programa de los Doce Puntos o los escritos de Müntzer. En esta fase, las propuestas de transformación social iban tomando forma. A los campesinos se les sumaron miembros de la baja nobleza, por motivos tanto religiosos como económicos, y se ganaron las simpatías de una parte de la burguesía urbana, deseosa de romper la estructura feudal y hacerse con nuevos espacios de poder. En 1525, un movimiento rebelde en Baviera, creó la Confederación de la Alta Suabia. Sus integrantes pretendían trasladar a Alemania la organización política de Suiza y deshacer así el Sacro Imperio Romano Germánico.

La guerra tomaba tintes cada vez más crueles y dramáticos. En una batalla se apresó al duque Ludwig von Helfenstein, tío del emperador Carlos V, junto a una docena de caballeros a su servicio. Los seguidores de Müntzer les hicieron pasar entre dos filas de hombres armados, que los apalearon y acuchillaron hasta matarlos. A este hecho se le conoce como la Masacre de Weinsberg. Bajo el manto de lo religioso se estaba produciendo una auténtica revolución política. Engels, tres siglos después, escribiría su obra *La Guerra campesina en Alemania* y alabaría así a los campesinos: «Hubo un tiempo en el que Alemania producía hombres que se pueden comparar con los mejores revolucionarios de otros países». Ante el peligro que suponía que este movimiento se extendiera por toda Europa, tanto católicos como luteranos se unieron en la Liga Suaba, que contó con el apoyo de la alta burguesía alemana y del propio Lutero, contra los campesinos. El choque decisivo se produjo en Frankenhausen, ciudad que había estado tomada por Müntzer y los suyos. Ahí se presentó el ejército de la Liga Suaba. Müntzer alentó a los campesinos

Monumento a Thomas Müntzer y las guerras campesinas en Zwicau (Alemania).

a la lucha. La mañana del combate, de repente, se vio en el cielo un arco iris. Considerándolo una señal divina, exhortó a sus hombres: «Ya veis que Dios está de nuestra parte, ahora que nos hace una señal. ¿No distinguís el arco iris en el firmamento? Significa que Dios quiere ayudarnos a nosotros, a la vez que promete juicio y castigo a los vesánicos príncipes». Pero a los primeros cañonazos, la resistencia de los campesinos se desmoronó huyendo en desbandada y feneciendo cientos de ellos a manos de los lansquenetes alemanes. El líder campesino fue detenido, torturado y posteriormente decapitado. Su cadáver fue empalado y su cabeza clavada en una estaca a las puertas de Mühlhausen, donde se mantuvo durante años como advertencia para otros.

Tras su muerte, se desató una durísima represión contra los campesinos ejecutándose a los cabecillas que iban siendo capturados. Las tropas imperiales quemaron pueblos e incluso ciudades como Weinsberg. Como escribe el pensador marxista Ernst Bloch, admirador de Müntzer: «el potro de tortura, la horca, la espada, el fuego, la rueda de tormento, los ojos reventados y las lenguas cortadas» fueron los procedimientos aplicados. Algunas fuentes cifran en cien mil las víctimas de esta implacable represión. Gracias a la guerra campesina, la nobleza luterana salió fortalecida y envalentonada para enfrentarse al emperador y al mismísimo papa. Lutero, con motivo del conflicto, se convirtió en un gran propagandista al servicio de los príncipes, desarrollando sus actitudes literarias más exaltadas. Escribió una *Amonestación por la paz en los doce artículos del campesinado de Suabia,* en la que califica a Müntzer de «príncipe de los demonios que no hace otra cosa que robar, asesinar y derramar sangre». En otro escrito titulado *Contra las hordas asesinas y ladronas de campesinos* (1525), defiende que los campesinos están endemoniados y, por tanto, es lícito matarlos a todos.

De ellos dice: «Nada más venenoso, dañino y demoníaco que esta gente, que sólo impulsan actividades satánicas [...] que sirven al demonio bajo la apariencia de Evangelio [...] de ahí que se merezcan una y mil veces la muerte corporal y espiritual, son peones del demonio y conforman una federación satánica de maldad y perdición». Y sin piedad, insta a los príncipes alemanes a aniquilarlos: «Quien puede y quiere ahogar a un rebelde hace bien en ejecutarlo, puesto que ante un rebelde público toda persona es dos cosas: juez

y verdugo. Igual que pasa con un fuego, que el mejor es quien primero lo sofoca [...] De igual manera aquí, quien pueda debe destruir, ahorcar y asesinar, en secreto o en público [...] Como ocurre quien se ve obligado a matar un perro rabioso, un cristiano piadoso debiera sufrir cien veces la muerte, si fuera menester, antes de aceptar lo más mínimo en el tema de los campesinos». Tras los trágicos hechos, Lutero fue transmutando su teología. Pasó de defender una Iglesia invisible y misteriosa de los verdaderos creyentes (que habían de haber encarnado los campesinos), a defender una Iglesia amparada por el poder secular.

Los príncipes alemanes practicaron una especie de *cesaropapismo* a su medida, convirtiéndose en los nuevos representantes de Dios en la tierra. Marx llegó a interpretar esta situación: «Lutero ha transformado los curas en laicos porque a los laicos los ha convertido en curas». El reformador, en un ataque de megalomanía, se sintió llamado a transmitir a los príncipes la orden de Dios de golpear y aniquilar a los campesinos: «Los predicadores son los mayores criminales, ya que exhortan a la autoridad a que, en función de su cargo, castiguen a los impíos malvados. Yo, Martín Lutero, he matado a todos los campesinos rebeldes, pues he llamado a matarlos; que toda su sangre caiga sobre mis hombros. Pero yo la remito a nuestro señor Dios, que me ha ordenado transmitir este mandato suyo». Como se ha apuntado más arriba, para él, desobedecer a los príncipes era como enfrentarse a Dios. Con toda solemnidad lo manifestó en 1528 al escribir que «el mandato de Moisés "honra a tu padre" se refería a estos príncipes». A los campesinos les exigió obediencia a cualquier precio. Pero la brutal represión de los príncipes no conseguiría apagar completamente la llama religioso-revolucionaria.

LOS ANABAPTISTAS Y LA LLEGADA DE CRISTO A MÜNSTER

El desgraciado Thomas Müntzer era un anabaptista. Pero, ¿en qué consistía esta doctrina? Más que de anabaptismo, tenemos que hablar de sectas anabaptistas. No constituían una Iglesia *institucionalizada* al estilo del luteranismo, sino que eran hombres y mujeres que participaban de unas creencias más o menos comunes

y que se dejaban arrastrar por el primer líder carismático que aparecía y era capaz de ofrecer las más inverosímiles metas. En primer lugar, eran milenaristas y estaban convencidos de la inmediata segunda venida de Cristo que liquidaría el mundo tal y como lo conocían. Muchos tenían la certeza, o se lo hacían creer a los demás, de que sabían la fecha exacta del acontecimiento. No aceptaban el bautismo recibido de niños y se *rebautizaban* (de ahí su nombre de anabaptistas). Según su doctrina, sólo los rebautizados sobrevivirían en una Nueva Jerusalén una vez llegara Cristo a castigar a la humanidad e imponer la justicia. Entre todos los grupos anabaptistas, los liderados por los holandeses Jan Matthys y Jan van Leiden fueron los más famosos, en cuanto que continuadores de la guerra de los Campesinos y por la tragedia que caería sobre ellos y sus seguidores. Habían calculado que el fin del mundo llegaría la Semana Santa de 1534, por lo que debían encontrar la Nueva Jerusalén donde aterrizaría Jesucristo recién bajado del cielo. El movimiento anabaptista había sido prohibido en todo el Sacro Imperio Romano Germánico en 1529, por tanto, la acción de estos holandeses iba a ser una manifestación de radical disidencia política y religiosa.

Para los anabaptistas, Lutero o Zwinglio no eran verdaderos reformadores pues se habían apoltronado junto al poder. En cambio, ellos aspiraban a restaurar el verdadero cristianismo en el que se uniría el espíritu de la Iglesia primitiva con la segunda venida de Cristo. De ahí la confrontación a muerte entre luteranos y anabaptistas, que se manifestaría en su pleno apogeo con los hechos de Münster. Es en esta población donde aparecen los dos protagonistas de la tragedia. Jan Matthys era un panadero de Haarlem que se destacó por el radicalismo de sus prédicas y por su gran capacidad proselitista, habiendo creado una gran comunidad anabaptista. En noviembre de 1533 consiguió ganar para la nueva fe a Jan van Leiden, un sastre, que se convertiría en su mano derecha. 1533 había sido el año en que otro iluminado, Melchor Hoffman, había predicho el fin del mundo y la llegada de Cristo. Hoffman había estado predicando en Estrasburgo y reuniendo a su alrededor una multitud que no paraba de mirar al cielo esperando el acontecimiento. El hecho es que como no sucedió lo esperado, fue detenido, encarcelado y murió al cabo de diez años en prisión.

Pero Jan Matthys no estaba dispuesto a que le pasara lo mismo. Su pronóstico debía ser el bueno y corría prisa encontrar una ciudad apropiada para la llegada de Cristo. Envió emisarios a buscarla y regresaron con un nombre: Münster. Se trataba de una localidad alemana de unos 7000 habitantes, situada a pocos kilómetros de los Países Bajos. Había sido una ciudad-Estado independiente gobernada por un obispo que, con la Reforma luterana, había sido expulsado y sustituido por un burgomaestre y un consejo de ciudadanos. Dicho y hecho ahí fueron Jan Matthys y sus seguidores. Nada más llegar se presentó como el mismísimo profeta Enoc y se puso a predicar la inmediata llegada de Cristo. En pocos días se le habían sumado 1500 neófitos. El entusiasmo era grande, quizá demasiado, pues algunos decían haber visto en los cielos a Cristo galopando con una espada en mano. Por esas casualidades, el 23 de febrero de 1534 se celebraban elecciones al gobierno de la localidad y, evidentemente, las ganó Jan Matthys. Ello le convenció, en cuanto nuevo burgomaestre, de la necesidad de purificar la ciudad de sus pecados y vicios. Organizó un ejército, secundado por Jan van Leiden, y se dedicaron al saqueo de iglesias, quema de imágenes y profanación de las tumbas de los obispos.

A la fuerza, rebautizaron 2000 ciudadanos, los demás, tanto luteranos como católicos, huyeron de la ciudad. En pocos días Münster se transformó radicalmente. Todos los ciudadanos tenían que llevar una chapa de cobre colgada del cuello con las letras DWWF, era el acróstico de *Das Wort ward Fleisch*, («el Verbo se hizo carne»). Se prohibió cerrar las puertas de las casas, por lo que cualquier *policía religioso* podía entrar en cualquier momento para constatar que nadie se diera a vicios inapropiados. Y ya puestos, en un acto de comunismo del estilo Pol Pot, se abolió el dinero. En este caso el argumento era teológico: en la verdadera Iglesia de Cristo nadie podía tener más dinero que otro. Con la requisa de dinero y joyas se compraron alimentos en espera de la tan ansiada venida del Salvador. Matthys mandó quemar todos los recibos de deudas, los libros de contabilidad, los contratos, los certificados de propiedad y las sentencias judiciales, pues de nada servirían en el inminente reino de Cristo. Contra todo pronóstico, el entusiasmo se apoderó de los que se habían quedado en Münster. Se pusieron a escribir como descosidos a familiares y amigos para que acudieran a la ciudad,

invitándolos a presenciar el gran acontecimiento. En escasas semanas dos millares de personas acudieron desde poblaciones cercanas y desde Holanda.

También llegaron a la ciudad las tropas del depuesto obispo que, de acuerdo con sus viejos enemigos luteranos, sitiaron la ciudad. Ello llevó a Matthys a establecer un sistema de rígida disciplina donde no se toleraría la disidencia. Uno que se atrevió a decirle que tenía el diablo en el cuerpo, fue ejecutado inmediatamente. Ello no quita que la ciudadanía se estuviera convirtiendo en una especie de colectivo en constante éxtasis místico y alegría desbordada. El Viernes Santo, los ciudadanos recorrieron las calles de Münster cantando y celebrando el inminente regreso de Cristo. Ya sólo quedaban dos días según la profecía de su líder. Dios mismo iba a llegar a instaurar su reino en el que desaparecería el hambre, la enfermedad, incluso la muerte. Arribó por fin el día señalado y, evidentemente, nada ocurrió. Matthys debió justificarse ante la población congregada para explicarles que ya no era Enoc, sino Gedeón (el gran juez y líder del Antiguo Testamento que había derrotado a los enemigos de Israel). Tras un fervoroso discurso, mandó abrir las puertas de la ciudad y se dirigió, con un pequeño grupo de adeptos, hacia las sorprendidas huestes del obispo y las luteranas. Lógicamente en un tiempo más que breve las tropas de mercenarios acabaron con el líder anabaptista, le decapitaron y clavaron su cabeza en una pica. La cabeza fue puesta frente a las puertas de la ciudad para que fuera contemplada por sus fanáticos seguidores.

La lógica racional debería llevar a una conclusión: Matthys les había engañado a todos, el mesías no vendría y lo mejor era pactar con el obispo y los luteranos para evitar que los pasaran a cuchillo. Pero cuando los espíritus están desaforados, la lógica racional no suele funcionar. Al caer la tarde, Jan van Leiden se presentó ante una devastada asamblea y les volvió a tomar el pelo. Les dijo a los congregados que hacía una semana el mismísimo Dios le había revelado la inminente muerte de Matthys. El Señor había de venir con premura pero, más listo que su predecesor, no puso fecha concreta. Esta huida hacia adelante funcionó perfectamente (tal debía ser la desesperación de los anabaptistas). Una multitud de entusiastas místicos recorrió las calles de la ciudad cantando y lanzando alabanzas al cielo y exhibiendo sus espadas dispuestos a la lucha. Jan van Leiden designó

a doce hombres que fueron tenidos como los «jueces de las tribus de Israel». Sustituyeron la figura del burgomaestre y del consejo de la ciudad y se redactó un nuevo código penal copiando la ley mosaica. Penas como la blasfemia, la avaricia o simplemente la envidia serían castigadas con la pena de muerte. A modo del comunismo moderno, los jueces establecieron cuántas prendas de vestir podía poseer cada persona. Se prohibieron los adornos y se repartieron las ropas de los ricos entre los pobres.

Leiden enviaba constantemente emisarios a ciudades donde residían anabaptistas invitándoles a la defensa de la ciudad. Pero en mayo de 1534, el obispo decidió lanzar su primer ataque. Durante cuatro días los cañones bombardearon Münster, aunque los sitiados supieron resistir. De hecho, las tropas del obispo eran algo precarias. Animado por esta primera victoria, Jan van Leiden tomó la decisión de reintroducir las costumbres del Antiguo Testamento. Se decretó la legitimidad de la poligamia en la ciudad y, cómo no, él fue el primero en predicar con el ejemplo. Se casó con la viuda de su predecesor y en los meses siguientes contrajo matrimonio con otras 15 mujeres. La poligamia fue posible, pues tras la victoria del luteranismo muchos católicos habían huido, pero habían dejado a sus mujeres para garantizar la titularidad de sus propiedades en la ciudad. Por tanto, la desproporción entre mujeres y hombres era muy alta.

Fue obligatorio que los *escogidos* se casaran con tantas mujeres como fuese posible. Incluso obligaron a niñas de once años a contraer matrimonio. Para unos, esta decisión fue entusiasmante, otros en cambio protestaron ante la inmoralidad. Había padres que se negaban a entregar a sus hijas y no faltaron las mujeres que decidieron huir antes que ser obligadas a casarse. El descontento se aplacó recurriendo a la ejecución de los disidentes. En julio de 1534 un grupo de 150 conjurados decidió acabar con el nuevo profeta, pero la rebelión fracasó y fueron pasados a cuchillo. Mientras, el obispo había aumentado sus efectivos y decidió un nuevo ataque. Este también acabó en fracaso, provocando el delirio de los anabaptistas que se creyeron invencibles. Jan van Leiden, aprovechando la locura colectiva, reunió a la población para comunicarles que Dios quería que le proclamaran rey. Y tras una fastuosa ceremonia fue ungido. Se instaló —junto a sus 16 esposas— en una mansión de la plaza de la Catedral, a la que bautizó Monte Sion. Los hermanos anabaptistas

que soñaban con la igualdad perfecta, de la noche a la mañana se convirtieron en súbditos. Ante ellos, el nuevo rey se presentaba montado a caballo sobre una silla con espuelas de oro, provisto de un cetro y una corona, y con lujosos ropajes. Presidía los servicios religiosos sentado en un trono flanqueado por dos muchachos que portaban una Biblia y una espada.

Las noticias de esta locura colectiva llegaban a todos los rincones de Alemania y Holanda. Münster se había convertido en un peligro para todo el protestantismo institucionalizado. Ni Lutero ni los príncipes alemanes podían seguir tolerando la situación. A principios de 1535 católicos y luteranos llegaron a un pacto para acabar con esa paranoia colectiva. Tras un recio asedio, el hambre apareció en Münster y empezaron a desaparecer los caballos, los gatos y, finalmente, las ratas. El *rey*, para levantar la moral de la ciudad, organizó banquetes, con las reservas que quedaban, acompañados de música alegre. El espectáculo era dantesco, una muchedumbre de famélicos bailaba feliz pensándose ser los elegidos del Señor. Pronto las dudas entre los anabaptistas volvieron a surgir. Incluso una de sus mujeres,

Das neue Gottesreich der Wiedertäufer und deren König Jan Bockhold in Münster 1534.

Jan Van Leiden autoproclamado Rey en Münster.

Elisabeth Wantscherer, criticó a su señor. La esposa fue inmediatamente decapitada en la plaza del Mercado. Jan van Leiden pisoteó su cabeza ante los asombrados espectadores.

El 25 de junio de 1535, algunos anabaptistas revelaron al ejército del obispo el punto débil de las defensas de la ciudad y por fin pudieron entrar al asalto. Los soldados no tuvieron piedad. La masacre duró tres días. Jan van Leiden y dos de sus hombres de confianza fueron juzgados y sentenciados. Seis meses más tarde en la plaza del Mercado de Münster un verdugo amarró a los tres condenados a unos postes. Durante horas se dedicó a arrancarles la carne de los huesos con unas tenazas incandescentes. Luego les cortó la lengua y finalmente les clavó una daga al rojo vivo en el corazón. Los tres cadáveres permanecieron décadas expuestos públicamente dentro de unas jaulas colgadas de la torre de la iglesia de San Lamberto (hoy en día aún se exhiben las jaulas en la torre). Pero, como pasa tantas veces en la historia, los espíritus derrotados acabarían resurgiendo y el radicalismo del estilo anabaptista nunca abandonaría al protestantismo.

EL NUEVO ANABAPTISMO Y LA VERSIÓN PACIFISTA DE LOS AMISH

Lo acontecido en Münster sacudió toda Europa, pero no terminó con el movimiento anabaptista, aunque sí con sus estrategias violentas. Años antes del episodio que hemos relatado, el anabaptismo había empezado a florecer en diversas partes de Europa. En enero de 1525, en un suburbio de Zúrich, unos cristianos decidieron rebautizarse unos a otros y se autodenominaron con el nombre de Hermanos Suizos. Se extendieron rápidamente por el Sacro Imperio Romano Germánico y ahí, tanto católicos como luteranos, los vieron como un factor de disolución social. Así fue promulgada la ley imperial del 23 de abril de 1529 que ordenaba «quitar la vida a todo rebautizado, hombre o mujer, mayor o menor, y ejecutarlo según la naturaleza del caso y de la persona, por fuego, por espada o por otro medio en cualquier lugar donde fuere hallado». A pesar de esta cruel ley, se mantuvo una cierta tolerancia hasta los acontecimientos de Münster. De hecho, los Hermanos Suizos siempre se declararon pacifistas y rechazaron explícitamente la *experiencia*

anabaptista münsteriana. En Holanda, en 1537, un exsacerdote católico, Menno Simons, se pasó al anabaptismo llegando a convertirse en uno de sus más famosos líderes. Sus seguidores serían conocidos como los *menonitas*. Teniendo en cuenta que los suyos estaban en interdicto, logró desarrollar una gran labor proselitista organizando comunidades en Holanda, Alemania y Polonia. Se permitió entablar fuertes y agrios debates teológicos contra luteranos, calvinistas e incluso contra los grupos anabaptistas *unitaristas* (los que negaban la Trinidad de personas en Dios). Una característica de Meno fue su defensa del pacifismo frente al revolucionario Müntzer y la locura de Münster. Pero ello no evitó las persecuciones.

Menno Simons, inspirador de los Amisch.

Entre las peculiaridades de estos grupos anabaptistas, una de ellas es que se acostumbraron a formar comunidades que eran capaces de desplazarse a otros lugares ante cualquier eventualidad y eso permitió su expansión y supervivencia. Ante las presiones de los poderes públicos, en el siglo XVII se fueron trasladando hacia la Europa oriental, llegando a ser acogidos en Rusia donde se les conoció como los «alemanes de Rusia». Debido a su carácter pacifista, Catalina II de Rusia les eximió de la obligación de prestar el servicio militar y pudieron continuar hablando su idioma que era una derivación del alemán. Entre los menonitas se habían creado, cómo no, grupos y subgrupos que se habían reconciliado y separado en un proceso de constantes cambios. De estas divisiones surgieron los Old Order Mennonites (Menonitas de la Antigua Orden) o también conocidos como los famosos amish (seguidores de Jakob Ammann, un líder que se escindió de los Hermanos Suizos y fusionó su grey con los menonitas). Los amish llegaron a América en dos oleadas, entre 1730 y 1880, fruto de las persecuciones primero en Alemania y posteriormente en Rusia. Actualmente se consideran fieles a la tradición primigenia, rechazan la tecnología y se rigen por un reglamento interno, el Ordnung, que puede variar según cada comunidad. La comunidad elige a su obispo (o anciano) quien será el que dirimirá las cuestiones problemáticas.

Una de las prácticas más asombrosas que mantienen los amish consiste en sacarles todos los dientes a los niños y jóvenes de la comunidad para reemplazarlos por una dentadura postiza. Con ello demuestran que no les interesa la apariencia física sino la belleza espiritual y por eso también tienen prohibido sacarse fotografías. Es lo que llaman el rechazo al *hochmut* (orgullo, arrogancia, altivez). Otra característica de estas comunidades es que deben obedecer a sus padres en todo, al menos hasta que lleguen a la adolescencia. A cierta edad pasarán lo que se llama *rumspringa*. Ello significa que durante una temporada abandonan la comunidad y *experimentan* lo que es el mundo. Pueden beber, incluso drogarse, usar las tecnologías y tener las experiencias de cualquier *pagano*. Después, son los propios adolescentes quienes deciden si quieren bautizarse en la congregación amish y seguir viviendo allí o dejar la comunidad para siempre. Actualmente comprenden unos 700 asentamientos ubicados en Estados Unidos y Canadá y otros países hispanoamericanos.

A grandes rasgos los anabaptistas se dividen entre *conservadores* y *modernos*, Entre los primeros están los amish de la antigua orden, menonitas de la antigua orden, antigua colonia de los menonitas de Rusia y *huteritas* o hermanos huterianos. Estos últimos fueron fundados por Jacob Hutter, un tirolés, en los primeros tiempos del anabaptismo. Fue otro de tantos fundadores que acabó mal pues fue traicionado en 1535 y entregado a las autoridades. Siendo interrogado, lo torturaron y ejecutaron, quemándolo públicamente en la hoguera en 1536. Su esposa Katherina también fue ejecutada dos años más tarde. La persecución general que sufrieron en Austria los llevó a Moravia. Décadas después fueron nuevamente perseguidos y emigraron a zonas como Transilvania, para acabar en Ucrania. Entre sus creencias tenían el pacifismo absoluto que implicaba no participar en ningún tipo de conflicto o siquiera tocar armas y el uso común de los bienes materiales.

Cuando Rusia decretó el servicio militar obligatorio se vieron obligados a marchar, junto con los amish, a América. Por otro lado, la rama de los *modernos* actualmente viven como una iglesia protestante tradicional. La mayoría de las comunidades ya no hablan en alemán y aceptan la vida moderna, aunque con limitaciones de algunas de sus *ventajas* tecnológicas. Según la comunidad de pertenencia, pueden rechazar la radio, la televisión, internet, la informática, los ordenadores, tener coche propio, móvil o aceptar algunas tecnologías. Los anabaptistas que comenzaron siendo un grupo radical y revolucionario, en algunas de sus ramas ha acabado siendo una confesión religiosa pacifista y considerada como ultraconservadora. El luteranismo y sus enconados enemigos anabaptistas, sólo habían de ser una de las muchas versiones del protestantismo. En Calvino encontraremos otra nueva fuerza espiritual que se desparramó por una parte de Europa y Norteamérica, creando innumerables confesiones y congregaciones.

El calvinismo o la democratización teocrática

Marx interpretó correctamente que el luteranismo sirvió a la centralización del poder que convergería en el futuro Estado alemán. Y así queda expresado en el *Diccionario filosófico marxista*: «Los príncipes, los caballeros, los ricos ciudadanos, querían someter la Iglesia y apoderarse de sus bienes». Pero se encontraron que los agraviados en este embate fueron las clases bajas que se adhirieron a una forma de protestantismo disidente. Por eso, el mismo diccionario apunta que: «El ideólogo de los campesinos y de los pobres de las ciudades fue Tomás Müntzer, quien planteó la demanda de la igualdad general, la abolición de la propiedad privada; su filosofía religiosa se aproximaba al ateísmo, y su programa político estaba cerca del comunismo». Ernst Bloch, en su obra dedicada a Müntzer, dice de él que: «se manifiesta en lo esencial como comunista dotado de conciencia de clase, revolucionario y milenarista». Ya se sabe el resultado del enfrentamiento de ambas formas de entender la Reforma. Los príncipes alemanes acogieron y domesticaron una dócil Iglesia luterana mientras que reducían a escombros las sublevaciones campesinas.

La derrota anabaptista tuvo como consecuencia un aletargamiento de la radicalidad de este movimiento y la institucionalización del luteranismo como religión de Estado. El ansia milenarista de la llegada del reino de Cristo se apagó, al menos momentáneamente. Bloch describe este proceso de apaciguamiento psicológico y material: «La libertad se tornó invisible, intentó restañar sus heridas refugiándose en actitudes evasivas, particularizantes, exentas de ejemplaridad y subrepticias, en un interés por lo efectivo, en la soledad del alma [...] Así, pues, desapareció la orientación belicosa, ocultándose, sombría y humillada». Sólo así el anabaptismo sobreviviría. Y volvería a radicalizarse en los

movimientos disidentes surgidos en el seno del puritanismo inglés en el siglo XVII. Y entre todos los disidentes ingleses, los *diggers* (de los que hablaremos en el próximo capítulo) serían los más fieles seguidores del primer anabaptismo. Este espíritu, encarnado en un sector radical de los puritanos, llegaría a las trece colonias y conformaría parte del espíritu fundacional de los futuros Estados Unidos.

Mientras que el luteranismo iniciaba una exitosa expansión hacia los reinos del norte de Europa y creía que su único rival de entidad sería el catolicismo, aparecería uno de esos hombres que, al igual que Lutero, son capaces de cambiar la historia: Jehan Cauvin o Jean Calvino. Su reforma parecería situarse en un punto intermedio entre el obediente luteranismo y el anarquismo anabaptista. Incluso es un lugar común afirmar que la reforma calvinista supuso, a modo de punto intermedio, una prefiguración de los que luego sería el ideal democrático occidental. Como argumentos se propondrían: la tendencia de los calvinistas a formar congregaciones no jerarquizadas; la elección de los propios presbíteros y la promoción de la subjetivación de la experiencia religiosa. Esta última dinámica provocaría la exaltación del individualismo propio de las sociedades democráticas.

Paradójicamente, estos rasgos *democráticos* no son incompatibles con la otra cara de la moneda que supondría por parte del calvinismo, al contrario que en el luteranismo, un control del poder secular por parte del poder religioso. Mientras que se exaltaba la experiencia religiosa subjetiva, paradójicamente, cada congregación religiosa se convertía en un mecanismo de control social más exigente y descarnado que las formas eclesiales que el calvinismo rechazaba. De forma misteriosa, el *democratismo* calvinista se entrelazaba con formas modernas de teocracia. Y así lo reconoce Max Weber: «para nosotros no cabe imaginar una forma más intolerable de dominio eclesiástico sobre la vida individual, como habría de serlo el calvinismo, en el siglo XVI, tanto en Ginebra como en Escocia y en gran parte de los Países Bajos antes de terminar aquel y en el curso del siguiente, y también en la Nueva Inglaterra y aun en la propia Inglaterra durante parte del siglo XVII». Analizaremos pues el calvinismo desde esa perspectiva de un régimen teocrático que adquirió formas democráticas, o viceversa, con todas las incongruencias que ello comporta. Pero antes, hay que repasar la gran expansión del luteranismo hacia el norte de Europa.

LA EXPANSIÓN DEL LUTERANISMO HACIA LOS REINOS DEL NORTE

El luteranismo, bajo la autodenominada como Iglesia evangélica, tuvo su expansión hacia el norte de Europa. Reinos como el de Dinamarca o Suecia, que ya estaban bajo la influencia de los territorios fronterizos del Sacro Imperio Romano Germánico, pronto se vieron tentados por la nueva forma de establecer la relación entre la Iglesia y el Estado y por los beneficios que podían reportar para el poder político. Las formas de expansión en estos dos reinos son muy parecidas, aunque guardan sus características propias. En 1517, Martín Lutero publica sus 95 tesis y, en 1523, el noble sueco Gustavo Vasa es coronado rey gracias al apoyo de la nobleza. Suecia nacía como reino moderno tras la expulsión de los daneses. Un momento crucial para este nuevo Estado será la Dieta de Vasteras (1527) donde el Parlamento sueco autoriza al rey Gustavo a confiscar los bienes de la Iglesia y repartirlos entre la nobleza que lo había secundado. Básicamente, el procedimiento era el mismo que se había aplicado en parte de Alemania y al que recurrirá Enrique VIII diez años más tarde. El Parlamento expulsará a las órdenes religiosas o no les permitirá que ingresen novicios para llevarlas a la desaparición. En 1528, el monarca empieza a nombrar obispos luteranos en las sedes vacantes. La estrategia, al igual que en Alemania, consistía en que los fieles no se percataran que se estaba transformando la religión tradicional. Se mantuvo una liturgia muy parecida a la católica, con apenas variaciones. Durante algunos años se conservó la devoción a la Virgen María y a lo que los luteranos llamaban *la última cena* se le siguió llamando *misa*, así como a los *pastores* se les siguió llamando *sacerdotes*.

Todo parecía ir bien para el luteranismo sueco hasta que en 1542 estalló una revuelta campesina liderada por el católico Nils Dacke contra Gustavo I. La causa en un principio fue el proceso de centralización del Estado sueco y los impuestos que atribulaban al campesinado en favor de la alta nobleza y la nueva administración estatal. De hecho, los campesinos ya se habían empobrecido por la Reforma protestante pues al pasar las propiedades de monasterios e iglesias a la alta nobleza, esta se mostró tremendamente más exigente y depredadora a la hora de cobrar tributos. Nils Dacke era uno de tantos

Monumento a Nils Dacke en Virserum (Suecia).

campesinos afectados por las opresivas medidas. Pero lo que hizo saltar la chispa fue la prohibición de negociar entre campesinos suecos y daneses. Los campesinos de ambos lados de la frontera que separaba los reinos habían logrado una cierta autonomía propia y los beneficios económicos les permitían un *modus vivendi* independiente de un Estado que se iba haciendo cada vez más fuerte. Por ello fue en esas zonas fronterizas donde la revuelta estallaría con más fuerza.

Al poco de iniciarse la insurrección, esta era un éxito y Dacke obtuvo el reconocimiento de los campesinos en Småland (comarca del sureste de Suecia) como su libertador. El rey se vio obligado a pactar la paz un 8 de noviembre de 1542. Nils Dacke se convirtió en el gobernante *de facto* de la comarca, restableció el comercio con Dinamarca y restauró el catolicismo, pues tras las cuestiones económicas también se escondía un malestar religioso. No deja de ser curioso que fueran ahora los campesinos católicos los que se revelaban contra la nobleza. También una buena parte de los burgueses de las ciudades se posicionaron con Dacke, pero las tropas mercenarias alemanas contratadas por los luteranos suecos les obligaron a mantenerse al margen. Este aislamiento llevó a la derrota y captura del líder campesino que moriría, en agosto de 1543, a manos de soldados alemanes cerca de la frontera con Dinamarca. Por si acaso, su cuerpo fue de nuevo *ejecutado* póstumamente y su cabeza fue expuesta en una pica junto a la de otros rebeldes. Gustavo I, sin inmutarse, ordenó la ejecución de toda su familia. Tras la guerra, no hubo amnistía para los campesinos participantes en la revuelta. Durante muchos años se reprodujeron conatos de rebeliones, pero desorganizadas y sin fuerza suficiente como para revertir la imposición del luteranismo. Tras siglos de silencio sobre el primer alzamiento católico campesino, en 1952, se recuperó la figura de Dacke. Actualmente en Småland se han erigido estatuas suyas y anualmente se celebran actos conmemorativos de su revuelta.

Una de las consecuencias de esta guerra fue el fortalecimiento de la monarquía sueca. En la Asamblea de Västerås (1544), se dictaminó que la monarquía sería hereditaria en vez de electiva. Medio siglo después, en 1593, en la Dieta o Sínodo de Uppsala, se decretó por parte de cuatro obispos y 300 pastores luteranos la doctrina de *Sola Scriptura*. Se adoptaba así la confesión luterana de Ausburgo

de 1530. Lo que hasta entonces había sido una situación *de facto*, el establecimiento del luteranismo como religión oficial, se consumó legalmente. Desde ese momento, en Suecia sólo se podía profesar la religión luterana y se prohibía drásticamente la práctica del catolicismo, así como el calvinismo o seguir las doctrinas de Zwinglio. Pero el catolicismo aún no estaba muerto. Tras unos líos sucesorios entre hermanos, llegó al poder el rey Juan III. Aunque luterano, se acercó al catolicismo que sobrevivía gracias a las peleas internas y cuitas entre luteranos. Juan concedió ciertos privilegios a la Iglesia católica y educó a su hijo Segismundo bajo la doctrina católica, con el fin de convertirlo en heredero de la Corona polaca (sobre la que Suecia tenía ascendencia). En 1587, Segismundo fue nombrado rey de Polonia y Juan pudo establecer una alianza política con los polacos. Esta reorientación hacia el catolicismo llevó a crear una liturgia luterana que se aproximaba a la católica, pero al final esta contrarreforma fue imposible.

La causa fue el estallido de una guerra civil entre Juan III y su hermano anticatólico Carlos, que sería ganada por este último en 1599. Siendo coronado como Carlos IX, hará ejecutar a buena parte de los últimos nobles católicos que aún se oponían al protestantismo. Sería en 1617, en la Dieta de Örebro, cuando nueva y definitivamente el Parlamento sueco prohíbe a todos los súbditos practicar cualquier religión que no sea la luterana oficial del Estado. Se prohibía la entrada de cualquier sacerdote católico y se determinaba que los suecos que aún mantenían la fe o prácticas católicas fueran despojados de sus bienes y expulsados del país. Cualquier ciudadano que se convertía al catolicismo era considerado traidor y ejecutado. Es de destacar la crueldad de Gustavo II Adolfo, rey de Suecia en la guerra de los Treinta Años (1618-1648), por su odio visceral al catolicismo al que consideraba: «idolatría, invención humana y engaño, completamente contraria a la palabra de Dios y a las Sagradas Escrituras [...] ese partido del diablo, los jesuitas, han sido la causa de la terrible tiranía que hay en España, en Francia y en otros países». En el siglo XVII, aún se ordenaron ejecuciones, como la del alcalde de Estocolmo, Zacarias Anthelius, y la del secretario de la cancillería real, Goran Bähr, por asistir a misas católicas clandestinas.

En 1655 se produjo un mayúsculo escándalo cuando Cristina de Suecia, hija del beligerante Gustavo II Adolfo, se convirtió al

catolicismo. Ella era la que había llamado a Descartes para enseñar en la corte sueca (donde murió de una pulmonía al poco de llegar). De hecho, su conversión se hizo pública una vez había abdicado ante la presión del Parlamento por su negativa a casarse con su primo luterano. La noticia fue recibida en Suecia, así como en otros reinos protestantes, con estupor pues era la hija del León del Norte, Gustavo II Adolfo, el paladín del protestantismo en esas latitudes. Murió en Roma y su tumba es la de la única mujer que se halla en la cripta de los papas del Vaticano. Su sucesor, Carlos X Gustavo, renovó el estatus del luteranismo como religión del Estado. Los pastores tenían el deber de inspeccionar la vida de las familias a su cargo hasta tal punto que no podían cambiar de población sin su permiso. Las conversiones al catolicismo siguieron goteando y las embajadas española, francesa y austriaca ayudaban a los conversos, pues sólo en ellas se permitía escuchar la misa católica. En 1781, se proclamó el Edicto de Tolerancia religiosa pero sólo para los extranjeros. Según el edicto, Roma pudo mantener un solo sacerdote legalmente en el país escandinavo. Por esas carambolas de la historia, sería una nieta de Napoleón, Josefina de Leuchtenberg (1807-1876), reina consorte en Suecia y católica criada en Italia, la gran valedora del catolicismo en Suecia en el siglo XIX. Ella llevó al reino, en 1833, al primer obispo católico desde la Reforma, Jacob Studach. Este escribía: «Me he encontrado una iglesia en disolución, sin templos, sin escuelas, sin casas, sin profesores, sin catequesis, sin dinero. Sólo tenemos un grupo de niños, pobres y desharrapados». Pero erigió en Estocolmo la primera iglesia católica del país levantada en trescientos años.

Los tiempos iban cambiando y en 1860 se permitió la conversión a otros credos, pero negando a los no luteranos el acceso a la función pública. Ello se logró bajo la llamada Ley de Deserción de 1860 por la que se podía cambiar de Iglesia, pero no hacerse ateo o agnóstico. Sólo en 1951 se estableció Ley de Libertad de culto, excepto para los funcionarios que aún debían ser luteranos. En 1977 los funcionarios ya podían pertenecer a cualquier culto, excepto el rey que obligatoriamente debía mantener la confesión luterana. La Iglesia sueca tuvo un declinar muy fuerte a partir de los años 60 del siglo XX y hoy languidece con un 2% de practicantes. Hay una rama de la Iglesia de Suecia que es la Iglesia Evangélica Luterana de Finlandia. Finlandia había sido conquistada por Suecia y eso llevó a

un proceso de luteranización. El encargado fue Mikael Agricola, el primer obispo que se casó, que había estudiado en la Universidad de Wittenberg con Martín Lutero. Tradujo todo el Nuevo Testamento, y gran parte del Antiguo Testamento, al finés. Además, fue autor de una gran cantidad de textos litúrgicos luteranos. Sin embargo, Finlandia conservó una serie de costumbres católicas, como la celebración de muchos días festivos patronales, incluidos el Día de la Visitación de María y la Santa Cruz, y el uso de la mitra de obispo. Si bien las imágenes y esculturas de santos se conservaron en las iglesias, no podían ser veneradas.

En Finlandia, la pertenencia a la nueva Iglesia luterana era obligatoria, así como la asistencia al culto religioso. La Ley de la Iglesia de 1686 establecía como responsables de la formación de la población a los pastores protestantes. En el siglo XVIII, Rusia invadía una parte de Finlandia, lo que llevó a la Iglesia luterana a dividirse en dos y sólo se reunificaría en el siglo XIX. La secularización a Finlandia llegó muy tempranamente con la Ilustración. Los antaño austeros pastores, ahora ostentaban riquezas que provocaban envidias y resentimientos en sus respectivos rebaños. En el siglo XIX se dieron varios movimientos renovadores como los *rukoilevaisuus* (aquellos que se arrodillan para rezar con frecuencia), fundada por la campesina Liisa Erkintytär o el movimiento pietista, llegado de Alemania que intentaba una vivencia más personal de la fe, fundado por el campesino Paavo Ruotsalainen y creando el *evankelisuus* o neoluteranismo. Finalmente, el siglo XX fue el de la secularización y casi extinción de sus practicantes.

Otra gran iglesia luterana en el norte de Europa fue la llamada Iglesia del Pueblo Danés. Christian III de Dinamarca nació en 1503 y era el hijo del rey Federico I. En 1521 se encontraba en la ciudad alemana de Worms cuando Lutero se dirigió a la Dieta. Se sintió fuertemente impresionado y se convirtió a la nueva fe, a pesar de que Dinamarca aún era totalmente católica. Los misioneros luteranos fueron permitidos a pesar de que, en su radicalidad, intentaron asaltar la iglesia de Santa María de Copenhague y destruir todas sus imágenes sagradas. En 1533 muere Federico I y se produce una situación complicada en el Rigsraard (Parlamento) entre los partidarios de un rey católico y los defensores del protestantismo. El vacío de poder fue aprovechado por la nobleza que pretendían reponer en

el trono al antiguo rey, Christian II, que había sido expulsado y que se encontraba en prisión en el castillo de Soedenborg. Comenzó así la llamada guerra del Conde. La amenaza de la vuelta al trono del tirano Christian II provocó que los miembros del Parlamento se reunieran en la iglesia de Ry para oponerse y se unieron a los obispos católicos que se negaban a que el duque Christian fuera nombrado rey, ya que conocían sus tendencias luteranas.

Pero el Parlamento fue rodeado por una multitud amenazante y los católicos terminaron aceptando que el duque Christian fuera proclamado rey, accediendo al trono bajo el nombre de Christian III. Desde ese momento todos los esfuerzos del monarca se dirigieron a implantar la religión luterana en Dinamarca y en Noruega (que formaba por entonces parte del reino). Los obispos católicos fueron detenidos y, para variar, se expropiaron todas las propiedades de la Iglesia que pasaron a manos de la Corona. Christian III prohibió la práctica del catolicismo, se autoproclamó cabeza de la Iglesia y nombró para las viejas sedes católicas a obispos luteranos. En la línea de otras Iglesias nacionales luteranas, ordenó en 1550 la publicación de una versión de la Biblia traducida al danés. La reforma fue relativamente más tranquila que en otras partes y corrió menos sangre. En el siglo XIX y siguiendo el viento que soplaba de los nuevos tiempos, se permitió nuevamente el culto católico y en el siglo XX ya encontramos el primer obispo nacido en Dinamarca, tras 400 años de Reforma.

CALVINO, UNA COMPLEJA PERSONALIDAD EN UNA COMPLEJA ÉPOCA

No podría entenderse la figura de Calvino sin la de otro personaje que es menos conocido. En la Suiza alemana surgió, algo antes que Calvino, otro reformador: Ulrich Zwinglio (1484-1531). Era un sacerdote católico que fue destinado como predicador a la catedral de Zúrich en 1518, donde pasó gradualmente de pretender purificar la piedad católica a criticar al papa y a la Iglesia romana, con la que rompió en 1523. Su programa político y religioso quedó plasmado en las *67 tesis* de 1523 y su doctrina teológica en la obra *Comentario sobre la verdadera y la falsa religión* (1525). Se había nutrido inicialmente del luteranismo, pero fue radicalizando su postura hasta

romper con Lutero en la Disputa de Marburgo en 1529. En ella se dilucidaron las diferencias teológicas y de propuestas de credos por parte de ellos y sus seguidores. Zwinglio sería el reformador de la Suiza germánica. De él, a su vez, Calvino tomaría los primeros rudimentos teológicos de lo que iba a ser su gran reforma en la Suiza francófona.

Juan Calvino (1509-1564) fue francés de nacimiento bautizado con el nombre de Jehan Cauvin, aunque vivió y falleció en Ginebra, ciudad que transformó en su centro de operaciones y laboratorio de pruebas para su nueva forma de ver la religión cristiana. Al igual que con Lutero, falsas leyendas le atribuyen un origen humilde, pues en realidad era miembro de una familia católica burguesa de Noyon. Su padre fue un famoso procurador, fiscal y escribano del tribunal eclesiástico que, por sus constantes pleitos y disputas contra la Iglesia, acabó excomulgado. Murió pobre y difamado, lo cual influiría en el espíritu cerrado de Calvino y en su resentimiento hacia lo católico. Siguiendo la tradición familiar, incluyendo a su hermano Carlos, Calvino se forjó en el espíritu de pleitear y debatir. Nos dice un contemporáneo que «era un espíritu activo, de gran memoria, de gran destreza y prontitud en asimilarse las enseñanzas, admirable facilidad y hermosura de lenguaje». Sobre sí mismo, dice Calvino: «Me pusieron a estudiar leyes, que me empeñé en aprenderlas fácilmente. Dios, por una providencia secreta me hizo finalmente tomar camino distinto».

Sus coetáneos lo veían como un hombre serio y aplicado. Uno de sus biógrafos, José María Serra de Martínez, añade: «... pero sombrío, taciturno, malhumorado, inquieto y raro; duro con los demás y consigo mismo, y siempre inclinado a la acusación, a la sospecha, a la intriga y al rencor». Este taciturno personaje llega a Ginebra con apenas 27 años, pero ya parece un viejo: «su rostro demacrado, la tez encanecida, el cuerpo encorvado y aquella gravedad sombría de su mirada le habían transformado de joven en anciano». Realmente era un hombre enfermo: fiebres, gota, hemorroides o una tisis que le impedía respirar bien, eran algunos de sus múltiples achaques. Se quejaba con frecuencia de jaqueca y así lo confiesa a un amigo, en carta del 4 de octubre de 1546: «Mi jaqueca me atormenta en tal forma que apenas puedo abrir la boca». Frecuentemente padecía de cólicos nefríticos y debido a unas intensísimas fiebres le sobrevino flebitis gotosa. Para colmo, poco antes de su muerte, tuvo en

la vejiga un cálculo voluminoso acompañando a múltiples patologías agudizadas por una especie de demencia. Calvino escribe el 7 de octubre de 1561: «Mi dolor articular no es ninguna delicia, pues durante dos días he sufrido los más vivos dolores en el pie derecho». En 1559, durante un banquete, le sobrevino una hemoptisis y la sangre emanó de su boca durante 48 horas. Además, la tos se hizo continua y la dificultad de respirar iba en aumento progresivo. No es pues de extrañar que su semblante no resultara simpático y agradable. Y su agriado carácter, andando el tiempo, se transmitiría en su forma de entender la vida y su antropología pesimista.

Hacia 1531, cuando terminaba sus estudios en leyes, tendría su primer contacto con la doctrina y las enseñanzas de Martín Lutero. Ello le marcó sobremanera y comenzaría a formar su propio ideario religioso abandonando para siempre el catolicismo. Hacia el año 1533, Nicolás Cop, quien fuese el rector de la Universidad de París y amigo de Calvino, predicaría un sermón que se supone fue escrito por el mismo Calvino. La prédica fue tan dura que Cop se vio obligado a huir de París. Calvino empezó a residir en Ginebra, pero pronto tuvo que huir a Estrasburgo, con 29 años, por los escándalos que producían sus propuestas de reforma. En Estrasburgo pudo dedicarse a escribir varias de sus obras más destacadas especialmente *La institución de la religión cristiana*, que vendría a ser un «manual teológico de uso» para el que quisiera conocer sus doctrinas y practicarlas. A diferencia de los escritos de Lutero, Calvino fue mucho más sistemático y ello permitió fijar y transmitir mejor su doctrina. En 1540, las aguas teológico-políticas en Ginebra estaban agitadas. El Consejo de la ciudad envió una carta a Calvino (al cual anteriormente había expulsado), pidiéndole encarecidamente que retornase como pastor. Se dice que Calvino retomó su prédica en Ginebra exactamente en el versículo que lo había dejado, cuando se vio forzado a huir de la ciudad en 1538.

En aquel entonces, la República de Ginebra empezó a conocerse como la Nueva Roma o la Jerusalén protestante. Recibía la llegada de refugiados religiosos de todas partes de Europa. Muchos de ellos se convertirían en discípulos y propagadores de la nueva doctrina. Calvino pasó sus últimos años predicando dos veces por día, dando clases como profesor y ejerciendo distintos roles políticos en el Consejo de la Ciudad de Ginebra (aunque nunca ocupó un cargo

108-2660
L1970 : 93(7)

Jean Calvino.

oficial). En este sentido, no sólo se encargó de reformar la Iglesia de Ginebra, mediante la prédica y la enseñanza de su doctrina, sino que, además, estuvo involucrado en una profunda revolución política que acabó fundiéndose con la revolución religiosa. En Ginebra estaba naciendo una teocracia con características formales de una democracia y que tendría impredecibles consecuencias político-religiosas en muchos países. Ya enfermo, el reformador era llevado en una silla hasta el púlpito y, cuando ya no podía salir de su casa debido al frío, sus estudiantes acudían a su habitación a escucharle. Fallecería a los 54 años de edad. Aunque menos conocido, su legado llegaría a tener más trascendencia e impacto que el del propio Lutero.

En su obra *Imperiofobia*, María Elvira Roca Barea presenta a un Calvino intolerante y como el teócrata de Ginebra. En respuesta, José Luis Villacañas escribió *Imperiofilia y el populismo nacional-católico*, donde muestra una leyenda rosa del personaje, afirmando que: «Calvino respetó escrupulosamente la división de poderes en Ginebra, luchó con fuerza y decisión para que la aceptación a la *cena* [la versión calvinista de la misa] dependiera de la propia comunidad eclesial, nunca ejerció cargo político alguno, sólo muy tarde gozó de la ciudadanía y nunca fue señor absoluto de Ginebra. Nadie afirmará que Calvino ejecutara a los opositores, y ni Calvino ni nadie acabó con la disidencia, pues las elecciones no dejaron de tener lugar en Ginebra. Calvino puede ser un personaje antipático, pero convertirlo en un criminal es infundado. La pena más grave era la separación de la comunidad eclesial y siempre manifestó que nadie podía morir por sus creencias. En todo caso, la división de poderes funcionó en Ginebra durante toda la vida de Calvino, y se mantuvo el régimen electoral de formación de los Consejos. La cantidad de exiliados y perseguidos que se refugiaron en Ginebra, venidos de todas partes de Europa, no tenía precedentes ni siquiera en la Roma papal».

María Elvira Roca Barea presenta la visión totalmente opuesta: «En Ginebra, Calvino empezó por eliminar cualquier atisbo de oposición a su doctrina. El procedimiento habitual fue la ejecución de opositores hasta terminar siendo el dueño absoluto de la vida política, económica y religiosa en Ginebra. Las ordenanzas de Calvino proscriben toda forma de disidencia y de disfrute. Se prohíben los días de fiesta, la música, el órgano y hasta las campanas. Los destierros y la hoguera se convirtieron en un paisaje semanal». La

historiografía tiene estas cosas y muchas veces al describirnos los historiadores un personaje o situación, parecen referirse a personas y hechos totalmente diferentes. Pero si nos atenemos a los historiadores más expertos en la época, como André Corvisier en su *Historia moderna,* podemos leer en referencia al reformador: «Aunque sin magistratura oficial, Calvino ejerce una verdadera dictadura, pero esto no sucede sin luchas. Calvino pretende imponer una rigurosa inquisición con respecto a las prácticas católicas, anabaptistas e incluso profanas, como la danza, el teatro y el juego. A partir de 1555, la autoridad de Calvino es indiscutible».

Por su parte, Teófanes Egido López, catedrático de Historia Moderna, en su libro *Las reformas protestantes*, sintetiza la Ginebra de la época de Calvino con esta descripción: «La bibliocracia en que se convirtió Ginebra pudo realizarse gracias a que el Consejo de la república cambió de timón cuando accedieron al poder los partidarios del programa de Calvino [...] El régimen se vertebró en torno a los *pastores* o ministros (rígidamente seleccionados), que son la base de la Iglesia calvinista, interviniendo con los *ancianos* (laicos) en asuntos dogmáticos y de disciplina. La asistencia social se encargó a los diáconos, así como otros ministerios; el de la enseñanza fue confiado a los doctores. Por encima de los ministerios estaba Calvino, que no pertenecía a ninguno de ellos propiamente, que incluso fue extranjero legal en Ginebra. Pero era el profeta, función tanto más poderosa cuanto que no estaba institucionalizada y se cifraba en el carisma personal del reformador. Su presencia e influjo se perciben por todas partes: a través de síndicos partidarios en el gobierno, a través de la Compañía de Pastores de la enseñanza y a través del Consistorio». Veamos qué ocurrió en esa Ginebra comandada por Calvino y de la que los historiadores nos alertan.

GINEBRA: LA CIUDAD TEOCRÁTICA POR EXCELENCIA

La ciudad de Ginebra era sumamente importante en su época, ya que por ella pasaban estratégicas rutas comerciales. Debido a la vieja estructura política medieval, estaba sujeta al obispo católico del lugar y al duque de Saboya. Como ya había pasado en otros

lugares, los grandes comerciantes consideraban que estos poderes eran un obstáculo para incrementar el comercio y su prosperidad económica. Por ello, los nuevos aires de la Reforma fueron acogidos con esperanza. Calvino, en julio de 1536, como ya dijimos, se dirige a Ginebra invitado por su amigo Guillermo Farel. El ambiente reformador era propicio, pero faltaba quien liderara y organizara ese marasmo de nuevas ideas religiosas. Pronto, de simple *lector* de las Escrituras, Calvino se perfiló como el hombre que necesitaban los reformadores ginebrinos. En 1537 consiguió someter a votación de los distintos consejos de la ciudad los estatutos de una nueva Iglesia. Esta debía ser una comunidad forjada a imagen perfecta del Reino de Dios. La Iglesia reformada adquiría el misterioso derecho de excomulgar a todos los que no estuvieran en perfecta comunión con ella. La nobleza, parte de la burguesía aún católica y el obispo de Ginebra, se opusieron a semejante proyecto y emprendieron la persecución contra el nuevo reformador. Es en ese momento cuando Calvino marcharía a Estrasburgo.

Allí se casó con la viuda de un anabaptista belga, Idelette de Bure. En la ciudad se hallaban 1500 franceses protestantes refugiados. Calvino los organizó y creó para ellos una liturgia francesa. Aprovechó para desarrollar su teología y participó en las asambleas de Frankfurt, Worms y Ratisbona. Durante ese tiempo, las cosas habían cambiado en Ginebra. Los protestantes se habían hecho con el Consistorio y el obispo había tenido que huir gracias a la fuerza de las armas de los protestantes suizos. En 1541, los ginebrinos volvieron a llamar a los que habían proscrito. Calvino se estableció en la ciudad donde residiría durante veintitrés años hasta su muerte. Sin ocupar un solo cargo, se convirtió en el regidor absoluto de la vida de los ginebrinos, dominando tanto el aspecto religioso como el económico y político. El poder religioso en la ciudad quedó controlado por cuatro grupos: 1) los pastores, elegidos por el pueblo, que se encargaban de predicar la palabra de Dios y se reunían semanalmente en congregación y mensualmente en sínodo; 2) los doctores, que se dedicaban a la enseñanza; 3) el presbiterio, o conjunto de ancianos, que mantenían la disciplina y 4) los diáconos, que se cuidaban de las tareas asistenciales.

El Consistorio o Consejo de la ciudad estaba formado por seis pastores y doce ancianos que podían sancionar las faltas leves o pasar

la acusación a los tribunales civiles. Externamente se trataba de una organización formalmente democrática. Por ello, muchos han querido adjudicar el origen de la democracia moderna en estas dinámicas calvinistas. Pero hay que advertir que, en primer lugar, Calvino se cuidó mucho en tener controlados los cargos electos. En segundo lugar, estos representantes ejercían una disciplina férrea que se imponía mediante castigos, destierros e incluso la pena capital. La *democracia* ginebrina, *de facto*, era en una forma teocrática de organizar la sociedad. Teófanes Egido describe la Ginebra de Calvino: «En aquellas sociedades sacralizadas e intolerantes se disponía del pasado y del presente de la Inquisición, y esto fue lo que se implantó en Ginebra con otro nombre, con los mismos procederes y penas, pero invadiendo no sólo el ámbito de la heterodoxia, sino también el de la moral. Con el ideal del dominio absoluto divino, Ginebra se transfiguró en la ciudad-Iglesia del rigor y talante reformado, contrastante con el católico, el luterano o el anglicano».

En Münster los anabaptistas buscaban la Nueva Jerusalén donde debía llegar el Señor. Lutero buscó apoyo en los príncipes alemanes para que acogieran sus doctrinas como religión de Estado. Calvino, en cambio, quiso que Ginebra fuera la demostración de que se podía vivir *democráticamente* el cristianismo en una sociedad donde el poder político quedara sujetado e integrado totalmente en el teológico. Los defensores de Calvino admiten su injerencia en asuntos públicos y organización de la sociedad, y lo estricto de las disposiciones, pero lo plantean como un gran adelanto y beneficio para su época. Afirman que las leyes eran tanto para castigar al pueblo como para protegerlo. Aducen que logró que se promulgaran leyes de sanidad y seguridad pública, algunas de las cuales fueron pioneras en Europa. Por ejemplo, no se permitía arrojar basura ni desperdicios en las calles o los balcones tenían que tener barandas para evitar que cayera algún niño. No se podían alquilar habitaciones sin permiso de las autoridades para evitar la prostitución y se exigía a los comerciantes hacer negocios honestos y no cobrar un precio excesivo por sus productos. Ello hizo que Ginebra fuera vista por los forasteros como una ciudad ordenada, limpia y donde, de paso, se podían hacer buenos negocios.

Pero la realidad tuvo también sus aspectos más crudos. El rigorismo empezó con los niños. Calvino intentó que no fueran

bautizados con patronímicos de santos católicos, sino que se recurriera a nombres veterotestamentarios. Su educación estaba totalmente regulada. Los horarios los ocupaban completamente entre escuela, parroquia y casa, para que no hubiera momentos libres para divertimentos, ya que eran considerados fuente de futuras disipaciones. Los jóvenes también eran constantemente vigilados para evitar tentaciones propias de la edad. La diversión en sí estaba proscrita: los bailes, las fiestas, la bebida o los cantos que no fueran los salmos. Como era lógico, las lecturas y libros estaban controlados y censurados. Los libros profanos o *papistas* o de religiosidad popular fueron

Calvino predicando en Ginebra.

quemados. Erich Fromm llega a decir que: «El régimen de Calvino en Ginebra se caracterizaba por un clima de sospecha y hostilidad universales que colocaba a cada uno contra todos los demás». Todo ello era posible porque se aplicaba un principio teocrático de que el derecho y la ley de la comunidad están escritos en la Biblia. La interpretación de esta ley debía ser tarea de los pastores o ancianos (presbíteros) y ese órgano supremo se fusionaba con el Consistorio o Consejo de Ginebra.

El Consejo de Ginebra obligó a la asistencia al culto reformado y, como se ha señalado, todo lo festivo quedó clausurado, incluyendo las tabernas, el alcohol, las comidas copiosas (se determinó el número de platos que podía tener una comida), el lujo, el teatro, los cortes de pelo llamativos y la ropa indecente o lujosa. Evidentemente se prohibió la prostitución, el adulterio, la blasfemia y la idolatría sobre la que pesaba la pena de muerte. La mendicidad fue prohibida por Calvino (años después los puritanos ingleses clamaban: *giving alms is no charity,* «dar limosna no es caridad»). El Consejo de los ancianos se convirtió en una policía religiosa que podían tomar, si era el caso, declaraciones y aplicar uno de los castigos más habituales: la expulsión de la ciudad. Al consistorio le fue concedida la autoridad de citar a todo sospechoso de *mala conducta* o impío. La pena de muerte se aplicó en casos especialmente relevantes como el de Miguel Servet. En cinco años, en Ginebra, que tenía unos 20.000 habitantes, hubo sesenta y ocho ejecuciones. Pero la buena fama de Ginebra, entre los protestantes, se fue extendiendo. La visitaban miles de ellos que quedaban admirados al comprobar que la ciudad era segura y los vicios habían desaparecido de las calles. Así, la república ginebrina se convirtió en un potentísimo aparato propagandístico del propio calvinismo. Lo que no se decía es que a los ginebrinos se les obligó a elegir entre jurar obediencia a la doctrina calvinista o el destierro. Muchos marcharon y, a cambio, la ciudad recibió a reformistas emigrados de Francia, Alemania, Italia, Escocia e Inglaterra.

En la clásica biografía *Miquel Servet* (1945) de Jaume Aiguader, se puede leer: «La Iglesia calvinista lo interviene todo. Se organiza un servicio de espionaje que se adentra hasta la intimidad más profunda de los hogares. Se hacen visitas de inspección casa por casa e interrogan a cada uno de sus habitantes sobre el alcance de su fervor evangélico. Regulan lo que se ha de consumir en cada comida: dos platos,

uno de verduras y otro de carne, sin postres [...]. Calvino, como todos los dictadores, no crea más que desconfianza entre los vecinos. Se evaporan la buena fe y la cordialidad, incluso dentro de las familias. Sólo persisten el recelo y la hipocresía». El control de los resortes de poder era total. Por ejemplo, en febrero de 1555, tras ser elegidos en Ginebra algunos síndicos contrarios a Calvino, este y sus partidarios se organizaron para revertir la circunstancia que les era desfavorable. Desde el púlpito de la vieja catedral, Calvino lanzó durísimas invectivas contra los detractores, los demonizó y estigmatizó ante su audiencia. Tras ataques y contraataques de uno y otro lado, el episodio concluyó con una victoria para el bando calvinista. Se vivió una purga teológico-política, que Denis Crouzet denominaba, en su obra *Calvino*, el «juego calviniano de manipulaciones y contramanipulaciones».

Crouzet describe el resultado del ataque de Calvino: «fueron objeto de persecución sesenta y seis personas en las que, efectivamente, los calvinistas veían enemigos de Dios. De entre ellas sólo fueron ejecutadas ocho, pero porque otras quince, también condenadas a muerte, pudieron fugarse. Cuatro individuos se vieron afectados por destierros de un total de entre tres a diez años... Calvino justificó además todas las sentencias y su propia acción contra [los disidentes] al proclamar que el predicador que no hace de "buena atalaya", que incumple por tanto su vocación de ser centinela de Dios frente a los enemigos, conscientemente o por negligencia, es el primer culpable». Hay que decir que este autor siempre ha sido muy respetado por los calvinistas. Ello no quita que las descripciones sean contundentes: «En Ginebra, el calvinismo se impone gracias a la maquinaria que desarrolla Calvino y a la agresividad bíblica que utiliza para que los *malvados* se sometan al yugo de la ley [...] De manera incansable hay hombres que se lanzan contra Calvino y los suyos. Los años pasan y se parecen, y esas actitudes de rechazo, de agresividad expresa o de violencia contenida pueden explicar la voluntad del reformador, hasta su muerte, de no dejar pasar nada, de someter a Ginebra al nuevo orden mediante una tarea de corrección, de delación y de castigo tanto de la herejía como de la idolatría».

Aunque la mano ejecutora eran las instituciones, la sombra de Calvino era evidente. Él, personalmente, o mediante representantes suyos de toda confianza, estaba presente en las deliberaciones y sentencias aderezadas contra los enjuiciados en el Consistorio, el

Pequeño Consejo y en el Consejo de los Doscientos. Sólo se explica lo ocurrido en Ginebra si consideramos que el reformador tuvo que contar con la colaboración de múltiples fuerzas, eclesiásticas, políticas y ciudadanas que convergían en los mismos intereses. Así, según el intelectual judío Stefan Zweig: «Se terminó en Ginebra toda especie de libertad desde que Calvino penetró en la ciudad», y citando a Balzac, continúa Zweig: «Con razón dice Balzac que el terror religioso de Calvino es aún más estremecedor que la orgía de sangre de la Revolución francesa. La furiosa intolerancia religiosa de Calvino era moralmente más cerrada y menos piadosa que la intolerancia política de Robespierre, y, si le hubiera sido dado un círculo de acción más dilatado que Ginebra, Calvino habría derramado todavía más sangre que el espantoso apóstol de la igualdad política». Hoy en día, en el cementerio de los Reyes de Ginebra hay una humildísima tumba que se dice podría ser la de Calvino. Aunque todo el mundo sabe que lo más seguro es que no, pero así se mantiene el mito de la austeridad del reformador. Y como ironía del destino, en 2009, trasladaron —no sin cierta polémica— al lado de esta piadosa y anónima tumba, los restos de Grisélidis Réal (conocida prostituta impulsora internacional de su *profesión*). En su lápida, al lado de donde teóricamente reposa el puritano reformador, se lee: «escritora, pintora, prostituta». Es la venganza de la historia.

LOS LIBERTINOS ESPIRITUALES Y OTROS ENEMIGOS

Hablando de prostitución, a principios de 1546, apenas cuatro años después del regreso de Calvino a Ginebra, estalló una lucha abierta entre sus seguidores y los libertinos, también llamados libertinos espirituales. Eran un grupo de familias ginebrinas que de forma entusiasta habían conseguido que la República de Ginebra expulsara al obispo, creyendo que se libraban de la *opresión católica*. Pero con la llegada de Calvino y cientos, por no decir miles, de franceses protestantes sintieron perder el control de la ciudad que creían haber liberado. Entre 1546 hasta 1555 la lucha contra Calvino se hizo cada vez más amarga. Félix Bungener, un teólogo suizo decimonónico, describía la situación: «Nueve años él [Calvino] estuvo

en todo momento a punto de ser —no vencido, porque no era de los que pueden ser vencidos—, sino aplastado: durante nueve años fue suyo esperar cada mes y cada semana para ser expulsado de esa ciudad que, sin embargo, continuaba haciendo ilustre y poderosa en el extranjero; durante nueve años guio a Ginebra como un navío en llamas que quema los pies del capitán y, sin embargo, le obedece, y que en el combate no es menos formidable y temido». Calvino, ciertamente, tuvo también que derrotar a los ciudadanos ginebrinos con más pedigrí que se reían de sus reformas.

Los libertinos eran un grupo político-religioso que, como reacción a Calvino, proponían la libertad del espíritu a modo de excusa para complacer los deseos de la carne. Argumentaban públicamente contra los predicadores y pastores reformados, se burlaban de ellos y hasta negaban la resurrección. Se ha dicho que cuando los libertinos defendían que la «comunión de los santos» significaba que los bienes debían ser comunes, incluyendo las esposas de los otros. Sexualmente no tenían reparos en cometer inmoralidades públicas y luego asistir a los oficios calvinistas para escandalizar a los fieles. El historiador del calvinismo, Philip Schaff, distinguía «dos partidos entre los enemigos de Calvino: los patriotas, que se opusieron a él por motivos políticos, y los libertinos, que odiaban su religión. Sería injusto acusar a todos los patriotas de los sentimientos irreligiosos de los libertinos. Pero hicieron causa común para el derrocamiento de Calvino y su detestado sistema de disciplina. Tenían muchos seguidores entre la chusma descontenta y disoluta que abunda en toda gran ciudad, y que siempre está lista para la revolución, sin tener nada que perder y mucho que ganar».

Conocemos algunos de los más famosos libertinos. Cabe destacar a Pierre Ameaux, miembro del Pequeño Consejo de Ginebra, que era fabricante de naipes. Perdió parte de su negocio a causa de las ordenanzas municipales contra el juego de cartas. También protestó al Consistorio por no facilitar su divorcio, pues argumentaba que su mujer se había convertido en una prostituta. El 27 de enero de 1546, Ameaux cometió el error de invitar a unos amigos a cenar. Ante ellos arremetió contra Calvino diciendo que era un malvado seductor, que deseaba ser obispo y que si no tenían cuidado los franceses gobernarían la ciudad. Sus *amigos* tardaron muy poco en denunciarlo ante el Consejo. Se le ordenó que se disculpara públicamente, con la cabeza

descubierta y antorcha en mano como era costumbre. Una familia destacada de libertinos eran los Favre. Francis Favre era un comerciante de alfombras que, cuando fue llevado ante el Consistorio en febrero de 1547 e interrogado sobre su vida disoluta, se negó a responder a los pastores *franceses* (así veían a los presbíteros calvinistas). Uno de ellos le sentenció diciendo que no era una oveja de Cristo, sino un perro. Su castigo fue ir por las calles gritando «soy un perro». Pasó prisión y exilio. Su hijo, Gaspard, en la Pascua de 1546 entró en la catedral y se puso a jugar a los bolos durante el sermón y por ello tuvo que abandonar Ginebra durante casi dos años. Tras su regreso, se involucró en más conflictos y fue encarcelado. El día que lo liberaron fue a echar unas risas y bromas públicas en la catedral de San Pedro mientras predicaba el mismísimo Calvino. Volvió a prisión.

Estatua de Miguel Servet en Hte Savoie, Francia.

El principal líder de los libertinos fue Ami Perrin que ocupaba cargos importantes en la ciudad. El gran teólogo calvinista Theodore Beza, dice que era «un hombre extremadamente tonto pero atrevido y ambicioso». Calvino le apodó «el césar payaso», debido a su vanidad y sus ambiciosas pretensiones. Fue falsamente acusado de tener negociaciones secretas con Francia para invadir Ginebra y fue depuesto de sus cargos de miembro del Consejo y de capitán general. Entre libertinos y calvinistas se suscitaban habitualmente grandes tumultos. En una ocasión, ante una reunión del Consejo de la ciudad, se montó una algarabía. Escribe Beza que los implicados estuvieron «a punto de desenvainar sus espadas y manchar la corte misma con una matanza mutua». La tensión no podía rebajarse. El 23 de junio de 1547, hubo una famosa reunión del Consistorio en la que la esposa de Perrin llamó a uno de los amigos de Calvino «hocico de cerdo». Cuatro días después se encontró pegado al púlpito de la catedral de San Pedro, en el lugar donde Calvino solía apoyarse cuando predicaba, amenazas de muerte contra el reformador. El culpable fue detenido y torturado.

En 1548, la facción que se oponía a Calvino redobló sus esfuerzos. Tocaban campanillas fuera de la casa del reformador por la noche para no dejarle dormir o a sus perros les ponían el nombre de Calvino. El 18 de noviembre de 1548, Perrin fue nombrado capitán general nuevamente y hombres de su confianza ocuparon puestos importantes. Los libertinos parecían triunfantes. Pero los exiliados franceses seguían llegando en gran número a la República de Ginebra y ello descompensaba los equilibrios de poder en una sociedad donde los cargos públicos se votaban. Por ello, los libertinos exigieron que los extranjeros que llegaran no pudieran ocupar cargos públicos en un plazo de diez años. Mientras tanto, las tensiones seguían. Libertinos como Bolsec, un famoso médico ginebrino, iba a las prédicas de Calvino a reírse de él. Fue expulsado de la ciudad. Pero todos los esfuerzos fueron en vano y con el tiempo los libertinos fueron sometidos y acallados por la teocracia ginebrina.

Pero lo que sufrieron los libertinos nada tuvo que ver con la crueldad que se demostró sobre Servet. Denis Crouzet, en la citada obra *Calvino*, parafrasea al reformador cuando dice: «espantar sin enseñar no sirve para nada, pero enseñar sin reprimir puede conducir a que los fieles se acostumbren, llegando a perderlos». En el caso de

Servet perdió hasta la vida. Se ha escrito mucho sobre este asunto. En la obra de Roland H. Bainton, *Servet, el hereje perseguido*, se demuestra claramente que desde el primer momento Calvino tenía intención de acabar con su oponente. Había escrito a Guillermo Farel, el 13 de febrero de 1546, denunciando que: «Servet acaba de enviarme con sus cartas un grueso volumen con sus delirios. Si se lo permitiera, vendría aquí, pero no le empeño mi palabra, pues caso de venir, si es que mi autoridad sirve para algo, no toleraré que salga vivo». Por tanto, se puede afirmar que desde que Miguel Servet es apresado en Ginebra, el 13 de agosto de 1553, su destino estaba decidido. Todo lo demás, el juicio y sus encuentros cara a cara con Calvino, la consulta ginebrina a líderes eclesiásticos y magistrados de otras ciudades suizas eran puro cuento. No le libraría de la hoguera.

La sentencia de muerte contra Miguel Servet, y su cruenta ejecución el 27 de octubre de 1553, ha sido justificada por partidarios de Calvino, los del siglo XVI y los de ahora, como una excepción necesaria o resultado de las violencias propias de la época. Uno de los que lo justificó, en 1565, fue el insigne reformador Theodore de Beza, aseverando: «Hay pocas ciudades suizas o alemanas donde no se haya dado muerte a anabaptistas de acuerdo a derecho: aquí nos hemos conformado con el destierro. Bolsec blasfemó contra la providencia de Dios; Sebastián Castellion blasonó los libros de las Sagradas Escrituras; Valentín blasfemó contra la esencia divina. Ninguno de ellos está muerto, dos fueron desterrados, el tercero fue absuelto con una multa honorable para Dios y para la señoría. ¿Dónde está la crueldad? Sólo Servet fue condenado al fuego. ¿Y quién fue jamás más merecedor que ese desdichado, que durante treinta años de tantas y tantas maneras blasfemó contra la eternidad del Hijo de Dios [...] acumuló la mayor parte de todos los hedores que jamás Satanás vomitara contra la verdad de Dios, sedujo a infinidad de personas?».

Miguel Servet no sólo fue un notabilísimo científico aragonés que por sus extrañas ideas sobre la Santísima Trinidad decidió marchar de España y acudir (equivocadamente) a Ginebra. Ahí se encontró con el terrorífico Consejo de la ciudad. De nada sirvieron sus amplísimos conocimientos de medicina, matemática o astronomía. Como médico, abordó con amplia documentación contrastada, la primera descripción hecha en Occidente de la circulación menor de la sangre. Pero su faceta de polemista teólogo fue la que lo llevó a territorios

peligrosos. Publicó una obra titulada *Los errores acerca de la Trinidad* que le grajeó enemigos múltiples. El 27 de octubre del año 1553 tras un cautiverio durísimo en Ginebra por defender sus ideas, un esquelético Miguel Servet, cubierto íntegramente de sus propias heces y orines, sería llevado al cadalso. Allí fue rodeado de sus propios libros a modo de combustible y con leña húmeda para que ardiera lentamente. Durante una hora sufrió el fuego hasta que un guardia le puso un collar de azufre, pereciendo asfixiado por los mortíferos gases. Por esas cosas de la leyenda negra se hizo creer durante mucho tiempo que Servet había sido quemado por la Inquisición española, pero esta es una de tantas fábulas *negrolegendarias*.

La muerte de Servet no podía quedar impune y fue un asunto que siempre persiguió a Calvino. Es entonces cuando aparece uno de los más grandes polemistas contra él. Se trata de Sebastián Castellio que escribió en 1554 una demoledora crítica a la conjunción de poderes ginebrinos que terminaron con la vida de Servet. El título de la obra es elocuente, *Sobre los herejes y si puede la autoridad civil perseguirlos a muerte*. Sebastián Castellio era un humilde profesor exiliado en Basilea y viejo rival de Calvino. Sus caracteres eran totalmente incompatibles y fue de los que alzó la voz públicamente en contra de este vergonzoso crimen. De él es la famosa frase: «Matar a un hombre no es defender una doctrina, sino matar a un hombre». Cuando los ginebrinos ejecutaron a Servet no defendieron ninguna doctrina, sacrificaron a un hombre. Y no se hace profesión de la propia fe quemando a otro hombre, sino únicamente dejándose quemar uno mismo por esa fe». Castellio había firmado su sentencia de muerte con estas palabras. Pero cuando, por instigación de Ginebra, se le había abierto un proceso judicial por herejía en Basilea, murió sin darles el gusto de que lo ajusticiaran.

En tiempos más recientes, Stefan Zweig dejó una magnífica obra titulada *Castellio contra Calvino* (1936). Se recoge en ella una cita de *La institución de la religión cristiana* de Calvino que justifica: «Toda nuestra justicia es iniquidad. Nuestros méritos, estiércol. Nuestra gloria, oprobio. Y lo mejor que sale de nosotros, está siempre contaminado y viciado por la impureza de la carne y mezclado con la inmundicia». Estas palabras, según el pensador austríaco, podrían aplicarse al propio reformador. La obra de Stefan Zweig fue muy valiente pues se escribió, a modo de crítica contra los totalitarismos,

en pleno auge del nazismo y algunas de sus obras ya habían sido censuradas. En la obra no sólo se cuenta la tragedia que ya hemos descrito, sino que ofrece una proyección muy actual para sus tiempos y para entender los totalitarismos democráticos actuales. Zweig propone que el ascenso de Calvino al poder demuestra que, en momentos de crisis, son muchos los que prefieren esclavizarse bajo un yugo autoritario que defender su libertad si con eso creen que el orden y la prosperidad material volverán a sus vidas. La gente normalmente cree que el sacrificio de la libertad es pequeño a cambio del bienestar prometido. La genialidad de Stefan Zweig es descubrir que, para que Calvino consiguiera un dominio total, debía fundir su voluntad con la de su rebaño en una sola. Y no hay nada que aúne más que la complicidad en el crimen. De hecho, cuanto más injusto y arbitrario es el delito, más sólido también es el lazo que crea entre los cómplices. Calvino ordenó el asesinato de Miguel Servet a modo de sacrificio del chivo expiatorio que le garantizaría el poder absoluto sobre los ginebrinos y su complicidad hasta el día de su muerte.

LA DIFUSIÓN DEL CALVINISMO POR EUROPA Y AMÉRICA

La República de Ginebra se había convertido en el epicentro de la llamada Iglesia reformada que estaba organizando Calvino. La ciudad se convirtió en el punto neurálgico europeo de la impresión de panfletos y libros. Se desarrolló una maquinaria propagandística al servicio de las ideas calvinistas, acaparando un total de 160 imprentas. Pero una de las instituciones que más aportarían a la causa de la Iglesia reformada sería la Academia de Ginebra, fundada por el mismo Calvino. La Academia comenzó con 162 jóvenes, la mayoría franceses. Cinco años más tarde, a la muerte del reformador, la escuela elemental tenía 1200 estudiantes y la Academia propiamente dicha 300. De esta forma, dice Charles Borgeaud, el historiador de la Academia: «[Calvino] había asegurado el futuro de Ginebra haciéndola a la vez una iglesia, una escuela y una fortaleza». De ahí partirían los pastores calvinistas hacia diferentes lugares de Europa y posteriormente del Nuevo Mundo, consolidando una Iglesia reformada que, de otra manera, no hubiera salido del entorno helvético y francés.

A diferencia del luteranismo, el calvinismo no quiso limitarse —aunque a veces lo hizo— a ser una religión de Estado. Su versatilidad le convertía en una fuerza mucho más revolucionaria que el luteranismo. El gran historiador y filósofo George Holland Sabine, en su *Historia de la teoría política*, afirma: «Donde tuvo campo libre, el calvinismo se convirtió en una teocracia, una especie de oligarquía mantenida por una alianza del clero y la nobleza, de la que estaba excluida la masa del pueblo y que, en general, fue antiliberal, opresora y reaccionaria. Tal fue la naturaleza del gobierno del propio Calvino en Ginebra. Los calvinistas continuaron oponiéndose a admitir que el rey fuese el jefe de una iglesia nacional». Mientras que en los países luteranos los gobernantes fijaban las posiciones teológicas, la Iglesia reformada pretendía mantener el poder de sus consejos de ancianos (elegidos entre los fieles) y la libertad de fijar sus cánones de doctrina y moral. Del poder político sólo reclamaban su apoyo para imponer su disciplina a los más recalcitrantes y si había que enfrentarse al poder secular, estaban dispuestos a todo.

Entre muchos de los protestantes que se desplazaron a Ginebra a aprender la nueva doctrina, aparece el escocés John Knox, antiguo sacerdote católico y posterior fundador del presbiterianismo escocés. Su llegada a la capital ginebrina se debió a su huida precipitada de Inglaterra cuando llegó al trono María Tudor y restauró (brevemente) el catolicismo, como se explicará posteriormente. Conoció a Juan Calvino con quien se formó en su doctrina y la organización política de Ginebra. Así se prepararía para extender la Iglesia reformada por Escocia, aunque por entonces aún pertenecía a la Iglesia anglicana. Durante su estancia, Knox formó parte del grupo que publicó la llamada *Biblia de Ginebra*, escrita en lengua vernácula. Fue la primera Biblia con notas al margen, muchas de las cuales no eran más que comentarios de Calvino. Esta vino a ser la versión más común usada entre los puritanos ingleses durante los siguientes cien años y fue la Biblia que los peregrinos del Mayflower llevaron a América. Knox dejó la ciudad para pastorear una comunidad de ingleses anglicanos en Frankfurt, pero ya estaba imbuido de las ideas calvinistas y pronto se evidenciaron las diferencias litúrgicas y de doctrina. Ello liquidó su relación con la Iglesia anglicana y le llevaría a iniciar su *misión*: instaurar la Iglesia reformada en Escocia.

Cuando en el próximo capítulo se analice el complejo desarrollo del protestantismo en Inglaterra, se hablará con más detalle de John Knox. Sólo decir ahora que la implantación de la Iglesia reformada en Escocia, como en otros tantos lugares, sólo pudo realizarse a base de luchas revolucionarias y derrocamientos políticos. En su regreso a Escocia, Knox hizo un pacto con la nobleza protestante escocesa y provocó el derrocamiento de María de Guisa, regente de Escocia en nombre de la pequeña María Estuardo (que estaba en Francia). Una vez tomado el poder impuso la Iglesia reformada de Escocia, ayudando a redactar la nueva confesión de fe y organizar el nuevo orden eclesiástico de la que se conocería como la Kirk (la nueva Iglesia reformada). Por su parte, la Iglesia reformada en Suiza, puede decirse que ya existía antes de ser llamada así y de la llegada

Escultura de John Knox en Edimburgo.

de Calvino a Ginebra. La reforma, inicialmente, fue obra de Ulrich Zwinglio (exsacerdote católico) del que algo ya se ha dicho. La llama empezó en Zúrich y se extendió por los cantones suizos, aunque siete permanecieron católicos. Ello provocó guerras cantonales, las llamadas guerras de Kappel, que serían las primeras guerras de religión en Europa de una larga serie que se prolongaría 30 años. Curiosamente, la Iglesia reformada de Zwinglio se inició con el llamado Caso de las salchichas (1522). Zwinglio era pastor de Grossmünster, en Zúrich, y provocó una revuelta al presentarse a una comilona de salchichas en casa de un amigo en plena Cuaresma. Ello llevó a un duro debate en el que el futuro reformador, por influencia luterana, argumentó a favor de comer salchichas durante el ayuno y la abstinencia prescritos por la Iglesia. El pastor defendió esta posición en un sermón llamado *Von Erkiesen und Freiheit der Speisen* («Con respecto a la elección y la libertad de los alimentos»), que se hizo famosísimo.

El gran argumento teológico, desde la doctrina de la *sola scriptura* de Lutero, fue que «los cristianos son libres de ayunar o no ayunar porque la Biblia no prohíbe comer carne durante la Cuaresma». Dejando de lado esta disputa gastronómica que le dio fama, en Zúrich sus ideas fueron recibidas favorablemente, especialmente por los comerciantes y los gremios que veían la posibilidad de aprovecharse de los bienes de la Iglesia si eran requisados. En la Disputa de Zúrich (1523), el Consejo de la ciudad decidió convertirse al protestantismo. Las propiedades de la Iglesia fueron incautadas y hasta una madre superiora entregó su convento y posesiones... y al año siguiente ya estaba casada. Zwinglio había coincidido en Basilea con Erasmo y ahí había adoptado posturas más radicales que las de Lutero. Un intento de reconciliación en la Disputa de Marburgo (1529), entre luteranos y partidarios de Zwinglio, fracasó. De las innovaciones teológicas de este último, alejadas del luteranismo, bebió Calvino. La gran promesa reformadora de Zúrich, sin embargo, falleció abruptamente en combate durante la segunda guerra de Kappel (1531).

Las reformas de Zwinglio y Calvino corrían riesgo de disolverse con la muerte del primero. Por eso zwinglianos y calvinistas hicieron un esfuerzo por ajustar sus respectivos esquemas teológicos y llegar a un acuerdo. En 1549 se alcanzó el *Consensus Tigurinus* («Consenso de Zúrich») basado fundamentalmente en negar la presencia real de Jesucristo en la eucaristía que pasaría a llamarse,

como en los luteranos, *la última cena*. Las tensiones religiosas entre los cantones suizos llevaron a constantes peligros de confrontación entre católicos y reformados. Pero la Confederación Suiza se salvó de las desgracias generalizadas en Europa por la guerra de los Treinta Años. Los cantones, que contaban con sus propias alianzas y mercenarios contratados, se neutralizaron entre sí y decidieron que no les convenía entrar en una guerra religiosa. La *Tagsatzung* (Dieta Federal o gobierno de la Confederación) prohibió que ningún ejército extranjero atravesara su territorio. Así, los pasos alpinos permanecieron cerrados y no se admitieron pactos ni con Carlos V ni con el luterano rey sueco Gustav Adolfo. La neutralidad suiza empezaba a asomar.

En Francia a los calvinistas se les conoce como hugonotes. Se discute sobre el origen de este término y los expertos aún no se han puesto de acuerdo. De ellos se tratará en otro capítulo. Pero ahora conviene esbozar cómo se inició la Reforma en la Francia católica. Ya se dijo cómo la monarquía francesa, con el asunto de los papas de Aviñón, estaba en constante litigio con la Iglesia. Además, los numerosos conflictos entre la Iglesia y la monarquía habían erosionado la fe tradicional en el país galo. Ya de forma muy temprana, antes incluso que la aparición de Lutero y Calvino, se puede poner fecha en Francia a la aparición de la Reforma. Es con la publicación en 1512 de la obra de Jacques Lefèvre d'Étaples con el largo título latino de *Sancti Pauli Epistolae XIV ex Vulgat: adiecta intelligentia ex Graeco, cum commentariis*, en la cual se enseña la doctrina de la justificación por la sola fe. El autor era amigo del obispo de Meaux y le convenció para organizar lo que se conocería como el Cenáculo de Meaux (1521). En él, el obispo Guillaume Briçonnet, acogía a humanistas deseosos de reformar la Iglesia y volver al cristianismo primitivo. Ese mismo año, el obispo se convirtió en el director espiritual de Margarita de Navarra, la madre de aquel Enrique III de Navarra (propiamente el primer Borbón francés) que era hugonote. Es el que se supone que dijo aquella frase «París bien vale una misa», pues hubo de convertirse al catolicismo para ser coronado como Enrique IV de Francia.

Los luteranos habían intentado penetrar en Francia y acabar con la Iglesia católica. Pero su cálculo fue erróneo y no tuvieron fuerza suficiente. León X, el papa al que le tocó lidiar con Lutero, otorgó

poderes especiales a la Universidad de la Sorbona para reprimir al incipiente luteranismo. Todo se complicó con el llamado Asunto de los pasquines (1534) en el que París amaneció un día repleta de pasquines contra la misa católica. El atrevimiento llegó hasta tal extremo que alguno fue colgado en la puerta de los aposentos del rey, Francisco I. Este adoptó una postura beligerante y mandó publicar un edicto de erradicación del protestantismo. La medida contó incluso con ejecuciones, sobre todo en la población de Meux. El nuevo monarca, Enrique II, reactivó la represión contra los reformados, pero estos ya no eran luteranos sino calvinistas que fueron ganando fuerza en el país galo.

Pero quizá, junto a Escocia, donde la Iglesia reformada de Calvino llegó a tener más influencia y fuerza, fue en los Países Bajos. Ahí se asentó en las tierras conocidas como Las Diecisiete Provincias (nombre otorgado por Carlos V), que es como se conocieron los Países Bajos en el siglo XVI. Antes de la formación de una Iglesia reformada uniforme, primero se fueron formando comunidades independientes que, ante la persecución, muchas veces tenían que buscar refugio en territorios luteranos de Alemania. Fue precisamente en la ciudad de Emden donde se produjo un primer sínodo con la intención de unir a esas comunidades. En tierras holandesas, pocos años después, se celebraría el célebre Sínodo de Dort (1578), donde se pactarían los cánones de la nueva doctrina eclesial, se aceptaría la llamada Confesión Belga y el catecismo de Heidelberg. Estos tres documentos fueron conocidos como las Tres fórmulas de la Unidad y viene a ser el acta fundacional del calvinismo de los Países Bajos.

Es imposible separar la historia del protestantismo en los Países Bajos del conflicto neerlandés, primero con Carlos V y luego con Felipe II. Según la historiadora holandesa Mirjam van Veen, el calvinismo caló en los Países Bajos por la concurrencia de una serie de circunstancias y una de ellas fue la identificación de los Habsburgo con las fuerzas invasoras y con el catolicismo. El calvinismo arraigó casi por descarte. Los anabaptistas se habían desacreditado solos en los trágicos sucesos de la cercana Münster. La teoría luterana de la sumisión al poder público tampoco iba con el espíritu levantisco de esas gentes. Por tanto, el calvinismo se acabó asentando como una forma de resistencia e identidad ante lo *español* que era casi sinónimo de *católico*. En la doctrina calvinista, al contrario que la luterana, sí

se admitía el derecho a la resistencia. Además, en esas provincias, el espíritu republicano parecía anidar con fuerza. Todo ello se conjugaba contra los monarcas de España que tenían derechos sobre esas tierras. Paradójicamente, el espíritu republicano de los calvinistas acabaría derivando en una especie de monarquía *de facto,* que daría lugar a la dinastía de los Orange. Esta, llegaría a ocupar, durante un tiempo, incluso el mismísimo trono de Inglaterra.

Inglaterra: el país que no quería ser protestante

Casi un siglo antes de Lutero y Calvino, en la época que surgía el revolucionario y visionario Hus (1370-1415), apareció en Inglaterra un personaje llamado John Wycliffe (1324-1384) y que fue religioso y catedrático de la Universidad de Oxford. Anticipándose a futuros protestantes lanzó sus críticas contra el papa, las riquezas de la Iglesia, la corrupción del clero y tradujo a su modo la Biblia a la lengua inglesa. Todas estas críticas —como luego haría Lutero— las realizó también bajo el amparo del poder político. Se valió de sus contactos personales para acceder a la corte inglesa, siendo el protegido personal del duque de Lancaster, Juan de Gante, y tutor personal del rey Ricardo II de Inglaterra. Como Wycliffe se pronunció abiertamente contra los censos y tributos que exigían la curia papal, su discurso fue aprovechado por el rey para negarse a pagar el tributo que, como feudatario de la Santa Sede, debía entregarle. También desde Inglaterra se aprovechó el posterior Cisma de Occidente, que tenía debilitado al papado, para intentar una desvinculación. Sabemos de la doctrina de Wycliffe por doce tesis que hizo llegar al Parlamento.

En un momento dado, negó la doctrina de la presencia de real de Cristo en la eucaristía, lo que para aquella época fue una afirmación más que escandalosa. Ello causó su expulsión de la corte y perdió su cátedra en la Universidad. Desde entonces, el heresiarca movilizó a sus seguidores, los llamados *lolardos* (palabra de origen despectivo que podría venir de latín *lolium*, malayerba) y los envió por toda Inglaterra predicando sus tesis y propugnando una sociedad igualitaria. Entre sus sermones se esbozaba una especie de dogma de la predestinación, ya que diferenciaba entre la «Iglesia oficial» y la «Iglesia de los salvados». Al igual que en Alemania, sus seguidores asaltaban

propiedades de nobles y conventos, por lo que fueron perseguidos y juzgados. Este hecho fue conocido como el Levantamiento de los campesinos de 1381. El principal líder de la revuelta fue Wat Tyler, considerado por muchos historiadores como el primer revolucionario de Inglaterra. Stephen Basdeo, en su libro, *La vida y la leyenda de un líder rebelde: Wat Tyler*, lo considera «un héroe y un luchador por la libertad, merecedor de un monumento en su honor por su contribución al avance de la libertad». El caso es que este iluminado de la libertad dejó a sus espaldas un reguero de sangre. En un encuentro reconciliador con las autoridades intentó asesinar al alcalde de Londres y por ello fue detenido, juzgado y decapitado. Y así acabó su revuelta.

Siglo y medio más tarde, apareció un segundo personaje decisivo en el posterior nacimiento del cisma de Inglaterra: William Tyndale (1494-1536). Era un sacerdote católico pasado al reformismo. También tradujo la Biblia al inglés, pero no del latín como Wycliffe, sino del griego y del hebreo. Esta traducción fue la primera en usar la fonética Jehová para designar al Señor y, desde entonces, fue el término preferido por los disidentes para nombrar a Dios. Sus relaciones con Enrique VIII fueron contradictorias. Por un lado, el rey usó una obra de Tyndale, *The Obedience of a Christian Man* (*La obediencia de un hombre cristiano*), para inspirar el Acta de Supremacía de 1534, que proclamaba al rey como jefe supremo de la Iglesia en Inglaterra. Sin embargo, en 1535, Tyndale fue arrestado y encarcelado durante más de un año, precisamente por haber traducido la Biblia. Fue condenado a muerte, ejecutado por estrangulación y después su cuerpo fue quemado en la hoguera, por orden del mismo Enrique VIII. Estos, en breves trazos, son los orígenes de la Reforma en Inglaterra que ya de por sí será bastante complicada y llena de sacudidas, guerras y revoluciones. Cabe destacar en todo este proceso, la resistencia del catolicismo a ser expulsado de unas tierras donde llevaba aposentado mil años.

ENRIQUE VIII: DE *FIDEI DEFENSOR* A CISMÁTICO ESCANDALOSO

Inglaterra, a pesar de los precedentes relatados, parecía mantenerse al margen de la Reforma de Lutero. En 1521, con la firma de Enrique VIII vería la luz la obra *Defensa de los siete sacramentos*,

escrito contra las tesis de Lutero (que sólo aceptaba dos sacramentos). Aunque no se sabe a ciencia cierta, la mayoría de expertos suponen que fue redactado, al menos en su estructura esencial, por Tomás Moro. El texto fue un éxito en toda Europa llegándose a traducir incluso al alemán. Estaba dedicado al papa León X, quien premió a Enrique con el título de *fidei defensor* («defensor de la fe») y que se extendió a su esposa Catalina de Aragón. Pero el título fue revocado por el papa Pablo III cuando el rey, años más tarde, se autodenominó jefe supremo de la Iglesia de Inglaterra. Hoy en día la Corona británica sigue utilizando el título. El giro inesperado de Enrique VIII no fue por cuestiones doctrinales contra la Iglesia, sino por un problema de jurisdicción para decidir sobre la validez de su matrimonio y que acabaría llevando, primero a un cisma con Roma y, posteriormente, a la apertura de Inglaterra a los movimientos reformistas y la creación de una Iglesia nacional.

La historia, aunque conocida, debe relatarse brevemente por las consecuencias que tuvo. Catalina de Aragón, hija de los Reyes Católicos, viajó a Inglaterra en octubre de 1501 para casarse con el rey Arturo, hermano mayor de Enrique. Tras la boda, y sólo unos meses después, el monarca contrajo una extraña enfermedad y falleció. Entre ambas familias pidieron dispensa a Roma para que se realizara el matrimonio entre Catalina de Aragón y Enrique VIII y la respuesta fue satisfactoria. El matrimonio se celebró el 11 de junio de 1509 y de los siete embarazos de Catalina, sólo su hija María sobrevivió. Ello exasperó al rey que deseaba un descendiente varón. La vida disipada del monarca no se le escapaba a nadie y, por tanto, no sorprendió en la corte que se enamorara de Ana Bolena, dama de compañía de Catalina. Su deseo de casarse con ella pasaba por anular el matrimonio con su legítima esposa, lo cual a la postre provocaría el cisma.

Enrique VIII puso el asunto de la nulidad en manos del cardenal Wolsey que debía encargarse de conseguir el beneplácito del papa. Se utilizó ante Roma un argumento tomado de un precepto del Levítico que prohíbe a un hombre casarse con la viuda de su hermano. Por su parte, Catalina se opuso alegando que su matrimonio con Arturo no se consumó nunca. Como el papa se negó a conceder la nulidad, Wosley cayó en desgracia y el asunto fue puesto en manos de Thomas Cromwell (principal asesor de Enrique VIII) y Thomas Cramner

(confesor de Ana Bolena y, posteriormente, arzobispo de Canterbury). Ambos propusieron al rey que la única forma de resolver la cuestión matrimonial era rompiendo con Roma. La pasión cegaba al monarca de tal forma que no era consciente que detrás de una decisión así se desencadenaría una revolución religiosa como la que había sido precedida por Wycliffe. En principio, Enrique mantuvo prácticamente sin variaciones la liturgia católica durante su reinado y los reformadores protestantes más radicales apenas pudieron conseguir cambios en las doctrinas y prácticas de la Iglesia de Inglaterra. Pero la semilla de la Reforma crecería de forma imparable.

Enrique VIII.

Cuando la ruptura entre la Iglesia anglicana y Roma se consumó, el nuevo arzobispo de Canterbury, Thomas Cranmer, otorgó validez a la unión del rey con Ana Bolena. Esta le dio al rey una hija, la futura Isabel I. Al no poder tener más hijos, Enrique VIII la acusó de brujería, adulterio, incesto y otras aberraciones. Fue juzgada y decapitada. La tercera esposa de Enrique fue a su vez la dama de compañía de Ana Bolena, Juana Seymur, que le daría su único hijo varón, el futuro Eduardo VI. Pero la nueva esposa murió a los 15 días del parto. La cuarta esposa, Ana de Cláveris, sólo estuvo casada seis meses y no se llegó ni a consumar el matrimonio. Su matrimonio fue anulado de inmediato. La quinta, Catalina Howard, prima de Ana Bolena, también acabó decapitada en la torre de Londres. Y la última, Catalina Parr consiguió sobrevivir a Enrique VIII.

La ruptura con Roma no podía acontecer sin graves consecuencias religiosas, sociales y políticas. El rey y sus adláteres quisieron usar el Parlamento para someter a la Iglesia católica en Inglaterra. Sin embargo, las instituciones como el Parlamento y la propia Iglesia estaban acostumbradas a su independencia y no iban a someterse fácilmente al monarca. En el Parlamento, el obispo Fisher lideró la defensa de la causa de Catalina, hecho que más tarde le costaría la cabeza. Pero las maniobras reales por controlar el Parlamento se fueron sustanciando poco a poco. Enrique VIII se había casado en secreto con Ana Bolena embarazada. Ante el inminente nacimiento de un posible heredero varón le urgía anular su matrimonio con Catalina. Para abordar este tema, el Parlamento aprobó la Ley en restricción de apelaciones, que prohibía recurrir a Roma sobre asuntos eclesiásticos, así nadie podría apelar la decisión unilateral del rey de divorciarse. Algunos señalan que es en este momento cuando se rompe la relación con Roma tras mil años de catolicismo en Inglaterra. Esta se explicitó definitivamente en 1534 con el Act of Supremacy (Acta de Supremacía) promulgada también por el Parlamento. En ella se declaraba que el rey era «la suprema y única cabeza en la tierra de la Iglesia en Inglaterra», y que la Corona inglesa debería disfrutar de «todos los honores, dignidades, preeminencias, jurisdicciones, privilegios, autoridades, inmunidades, beneficios y bienes propios de esa dignidad».

El cisma debía quedar cuidadosamente protegido por la ley. Ese mismo año, el Parlamento también aprobó el Acta de Traiciones que establecía que quien rechazara el Acta de Supremacía, privase al rey

de su dignidad, título o nombre, o afirmara que era hereje, cismático, infiel o usurpador de la Corona, sería considerado reo de alta traición. Ello condenaba a muerte, en la práctica, a aquellos que quisieran mantenerse fieles a Roma. El drama se visualizó especialmente en Tomás Moro, que había sido considerado el padre espiritual de Enrique VIII. El autor de *Utopía* era un teólogo, jurista y reconocido humanista en toda Europa, además de haber alcanzado el cargo de lord canciller. Tras numerosas presiones para que reconociera el matrimonio con Ana Bolena, por fin Enrique VIII mandó juzgar a Moro quien, en un juicio sumario, fue acusado de alta traición y condenado a muerte. Ni siquiera la intercesión de Carlos V logró evitarlo. Actualmente Tomás Moro está canonizado por la iglesia católica y es patrono de los políticos. La película *Un hombre para la eternidad*, dirigida por Fred Zinnemann en 1966, recoge la pugna entre Tomás Moro y Enrique VIII. Pero no fue el único mártir significativo. El obispo John Fischer, que fue firme defensor del matrimonio del rey con Catalina, también vería caer su cabeza. Era otro de los grandes humanistas ingleses que incluso logró llevar a Erasmo para enseñar en Cambridge. Luchador incansable contra la Reforma luterana, a causa del asunto de la boda real acabó en prisión con Tomás Moro. Estando en la Torre de Londres, el Papa Pablo III lo nombró cardenal. Este hecho fue tomado por Enrique VIII como una provocación y lo mandó ejecutar. Su cabeza fue puesta en el Puente de Londres para escarnio público y luego fue arrojada al río Támesis.

Catalina de Aragón permaneció reclusa en varios castillos hasta su muerte, nunca se le permitió ver a su hija María y murió a los 50 años posiblemente envenenada. Nunca reconoció el divorcio y se refirió a sí misma como la reina legítima de Inglaterra. Su prestancia, decían que se parecía mucho a su madre Isabel de Castilla, su fidelidad y religiosidad, le hizo tener muchos partidarios en Inglaterra. Tras la implantación de la nueva Iglesia de Inglaterra, las consiguientes expropiaciones de los bienes de la Iglesia católica y las ejecuciones como las de Moro y Fisher, sublevaron a una parte importante de la población. Hubo revueltas e intentos de revertir la situación. La más importante fue la conocida como The Pilgrimage of Grace (la Peregrinación de Gracia) en 1536. Su líder fue un abogado de York llamado Robert Aske y sus seguidores eran gente común que pretendían la vuelta a la vieja fe católica, el restablecimiento de los

monasterios y que se reconociera como futura reina de Inglaterra a la hija de Enrique y Catalina, María Tudor. En octubre de ese año, Aske dirigió a varios miles de personas (las cifras oscilan según historiadores) que se hicieron con la ciudad de York y el imponente castillo de Pontefract. Desde ahí, los sublevados plantearon por escrito sus pretensiones al rey que, según ellos, estaba aconsejado por «personas de mala voluntad».

En esta revuelta se juntaron circunstancias como el descontento de la nobleza del norte de Inglaterra, que estaba preocupada por las nuevas leyes cada vez más centralistas y nuevos impuestos, sobre todo en un año donde las cosechas habían sido malas. Para el pueblo Ana Bolena era considerada protestante y por lo tanto enemiga de Inglaterra. Habiendo sido acusada por el propio monarca de brujería, hizo que la fama del rey se viera comprometida por su relación con ella. Para los sublevados, Catalina de Aragón era la única reina legítima. Por último, los campesinos eran aún mayoritariamente católicos y, aunque se suele decir lo contrario, se beneficiaban de los arrendamientos baratos de las tierras de los monasterios. Temían que, con la nueva situación y nuevos arriendos más caros, sus vidas se volvieran insostenibles. El éxito de la revuelta fue tal que en York se consiguió que los monjes y monjas volvieran a sus monasterios y conventos, expulsaron a los arrendatarios que el rey acababa de nombrar y volvieron a la observancia católica. Aske llegó a reunir a más de 30.000 hombres en el norte y a Enrique VIII no le quedó más remedio que abrir negociaciones. Prometió que, en un año, el Parlamento trataría todas sus peticiones, pero eso no ocurrió nunca.

En enero y febrero de 1537 estallaron dos rebeliones más: una en Yorkshire, dirigida por sir Francis Bigod, y otra en Cumberland. Ambas fracasaron rápidamente. Fueron levantamientos repentinos, populares y desorganizados. El levantamiento de Bigod no fue secundado por Aske pues el primero era protestante y su lucha era por conservar sus privilegios y no por lo que había motivado el primer levantamiento en York. Bigod y los suyos estaban dispuestos a aceptar la supremacía real sobre la Iglesia. Por otro lado, a los campesinos de Cumberland les motivaba la hambruna que sufrían, pero no la cuestión religiosa. Por el contrario, la revuelta de Aske, fue claramente católica: rechazaban explícitamente la supremacía real, pedían un regreso a Roma y exigían que se reprimiera la

herejía en Inglaterra y se restauraran las libertades de la Iglesia católica. Enrique VIII supo esperar, no cedió en nada y, cuando llegó el momento propicio, se vengó sin piedad. Tras la derrota de la revuelta, cientos de personas fueron asesinadas, incluidos Aske, religiosos y sacerdotes seculares. Los levantamientos proporcionaron la excusa para clausurar los monasterios más grandes del norte de Inglaterra que habían escapado al primer acto de disolución.

Encontramos también el martirio de los monjes de la cartuja de Londres, que fueron condenados a muerte por la Corona, en un periodo que duró desde el 19 de junio 1535 hasta el 20 de septiembre 1537. El rey se cebó con ellos porque quiso contar con su asentimiento a la separación, debido a que gozaban de gran prestigio popular por su austeridad y sencillez de vida. Los priores de cuatros conventos cartujos, junto al sacerdote Juan Haile, fueron colgados y desmembrados en Tyburn el 4 de mayo de 1535. Las ejecuciones se fueron sucediendo y a muchos que se negaban a realizar el juramento de supremacía real eran enviados a la prisión de Newgate, donde se los dejó morir de hambre. Ese 4 de mayo fueron ejecutadas unas 300 personas de las cuales, siglos después, unas decenas fueron canonizadas por Pablo VI y son conocidos como Los cuarenta mártires de Inglaterra y Gales. Años después Juan Pablo II canonizó a 85 más. Donde se situaba la cartuja de Londres, hoy, casualidad o no, se erige el British Museum.

LOS INTENTOS DE RESTAURACIÓN DEL CATOLICISMO

Al fallecer Enrique VIII, y en virtud de la Ley de Sucesión de 1544, la Corona fue heredada por su único hijo varón, Eduardo VI. Tenía sólo nueve años de edad y el poder recayó en un Consejo de Regencia. En caso de que Eduardo no tuviera hijos, sería sucedido por María, hija de Catalina de Aragón. Si esta, a su vez, no tuviera progenie, la corona real la heredaría Isabel, hija de la decapitada Ana Bolena. Finalmente, si Isabel moría sin descendencia, sería sucedida por María Estuardo, sobrina de Enrique VIII, o sus descendientes. Este era el árbol de sucesión y la historia haría que todos pasaran por el trono agitando religiosamente —en un sentido u otro— a Inglaterra.

En sentido estricto, Enrique VIII había dejado una iglesia cismática con tendencias protestantes todavía no fijadas doctrinalmente. Hacia 1535, Enrique trató de negociar con los luteranos y recibió de Melanchthon (el teólogo que era la mano derecha de Lutero) los Artículos de Wittenberg, que daban razón de la doctrina protestante. El monarca inglés los rechazó por considerarlos excesivamente distanciados de la doctrina tradicional católica. En su lugar redactó, en 1536, los conocidos como los Diez artículos. En ellos se reconocían tres sacramentos; se reconocía la presencia real de Cristo en la eucaristía; no se reconocía la justificación por la sola fe, sino que recogía la tesis católica de la necesidad de las buenas obras para la salvación. Los artículos no hablaban del purgatorio, pero admitían las misas por los difuntos y se mantenía del uso de las imágenes y las invocaciones a los santos. Pero, sobre todo, se prohibía severamente criticar el matrimonio del rey.

En 1537, el rey publicó nuevas directrices teológicas en la ley de los Seis artículos, llamada *El látigo de las seis cuerdas* (*The whip with six strings*) donde se alejaba más aún de las posturas luteranas y se acercaba a las católicas. Esta ley reconocía la transustanciación, la comunión eucarística para los fieles bajo una sola especie, el celibato de los sacerdotes, la validez de los votos religiosos, la licitud de las misas privadas y la validez de las confesiones auriculares. Este giro era evidentemente táctico pues permitía crear ilusiones entre sus súbditos, aun mayoritariamente católicos, de una posible vuelta a Roma. Hombres de confianza que habían ayudado al rey a separarse de Roma, como Thomas Cromwell, el duque de Norfolk y otros, cayeron en desgracia y fueron ejecutados. Enrique VIII insistió que quedara clara la postura de la corona respecto a la religión y, en 1543, se publicó el *King's Book* a modo de manual de creyentes. Era de orientación católica, aunque mantenía la tesis de la supremacía del poder político sobre la Iglesia. Interpretaba que el cuarto mandamiento obligaba a honrar ante todo al monarca y se explicaba el Padrenuestro con estas palabras: «Si nuestro Señor el rey dijese a cualquiera de nosotros: tómame por tu padre y llámame así, qué alegría».

Con estas leyes y prescripciones se encontró Eduardo VI (1547-1553) al llegar al trono sucediendo a Enrique VIII. El suyo fue un reinado breve y conflictivo por asuntos como una crisis financiera, aumento de la pobreza, la peste de 1550 y, por último, porque los

protestantes cercanos a su entorno querían atraer correligionarios de Europa y radicalizar las posturas moderadas del anglicanismo que había adoptado su padre. El promotor de esta estrategia fue el arzobispo de Canterbury, Thomas Cranmer, que había colaborado en la anulación del matrimonio de Enrique VIII y había aplaudido el principio de la supremacía real sobre la Iglesia. En las parroquias se hizo obligatorio el *Libro de las homilías* que contenía catequesis protestantes. También se publicó para toda Inglaterra el famoso *Book of Common Prayer* (*Libro de oración común*), escrito en inglés para evitar el latín. Con este devocionario se pretendía unificar el culto anglicano todavía ambiguo y donde confluían muchas tendencias protestantes. De hecho, el libro provocó la llamada Rebelión del libro de oración común, de inspiración católica y en varias partes de Inglaterra. Se pedía el retorno al latín y un giro hacia la liturgia tradicional católica. Pero, nuevamente, la protesta no prosperó.

El Parlamento derogó la Ley contra los herejes, aprobada en época de Enrique VIII, que penalizaba las irreverencias hacia la eucaristía. Una ley confirió a la Corona los colegios, capillas, fundaciones de caridad de todo tipo y los bienes de las cofradías. En 1548 fue publicado el Order of Communion, donde se afirmaba que el *confiteor* (acto de contrición en latín que se rezaba en la misa) servía como confesión sacramental. Se prohibían las misas sin comunión (en aquella época eran muy habituales) y pronto se empezó a celebrar una misa en inglés sin canon, por tanto dejada al libre albedrío del oficiante. Por fin, se aprobó por ley el matrimonio de los eclesiásticos. La misa, como en la doctrina luterana, empezó a llamarse *la cena del Señor*. Se mantenía la consagración, pero no la elevación de las especies del pan y el vino. En definitiva, este intento de *protestantizar* la Iglesia anglicana, al modo del continente, no contentó ni a los protestantes más radicales y enfadó aún más a los que tenían esperanzas en la restauración del catolicismo.

Muerto Eduardo, María Tudor (1553-1558), hija de Enrique VIII y Catalina de Aragón, impuso con facilidad su derecho al trono ante las tretas de los protestantes asustados por su catolicismo. Sus detractores habían inundado Londres con panfletos que advertían que traería a Inglaterra «españoles y papistas». María, sin embargo, fue acogida con entusiasmo por la población aún con un fuerte poso católico, incluso por los protestantes más moderados. Entre el

pueblo llano corría el rumor de que la temprana muerte de Eduardo era un castigo divino por haberse posicionado con el protestantismo continental. Desde el punto de vista político y económico, en el también corto reinado de María, se realizaron reformas financieras, se cambió una devaluada moneda por otra más fuerte y se reorganizó el ministerio de Hacienda, así como la justicia y se dictó, por ejemplo, la primera ley sobre el mantenimiento de las carreteras. En los temas religiosos sería donde todo se volvería espinoso. Una de las primeras decisiones que tomó María I fue la liberación de nobles y prelados católicos que aún permanecían en prisión.

También mandó ejecutar a varios miembros del Consejo del Reino por haber conspirado contra sus aspiraciones al trono. María Tudor sabía que no podía enfrentarse de golpe a los sectores protestantes más radicales, pero ello no quitó para que mandara arrestar a altos cargos políticos y eclesiales anglicanos. Consiguió que el Parlamento volviera a aprobar los Seis artículos promulgados por Enrique VIII (la versión más católica de la Iglesia anglicana). El mismo Parlamento declaró válido el matrimonio de sus padres y abolió las leyes pro-protestantes de Eduardo. Intentó arreglar los asuntos con Roma, pero el gran problema para el retorno de la Iglesia anglicana al catolicismo era que no existía un clero preparado. Muchos sacerdotes estaban ya casados o vivían en concubinato, otros carecían de los mínimos rudimentos teológicos para combatir al protestantismo y los más ya se habían acomodado al anglicanismo. Si hubiera contado con tiempo suficiente quizá lo hubiera conseguido, pero el reinado de María fue excesivamente corto. Para colmo siempre planeó sobre su corona el difícil problema de su sucesión. Con 37 años estaba soltera y sin descendencia. Si moría sin hijos el trono pasaría a su hermanastra Isabel, la hija de Ana Bolena, de simpatías protestantes.

Ante esta delicada situación, a Carlos V se le ocurrió una de sus peores ideas: casar a su hijo, el futuro Felipe II, con María Tudor. Ella era once años mayor que él y Felipe ya había enviudado de María Manuela de Portugal y tenía la descendencia garantizada. La idea, geopolíticamente hablando, era interesante pero la ejecución fue un desastre. Carlos V pensó que ese matrimonio consolidaría la vuelta de Inglaterra a Roma y de paso aseguraría una ruta marítima para llegar a Flandes y así reequilibrar las fuerzas frente a Francia. Los

embajadores intercambiaron retratos de ambos pretendientes (el de Felipe II fue pintado por Tiziano). Ella quedó prendada inmediatamente del joven príncipe y a él el retrato de ella le pareció el de una mujer mayor y fea. El caso es que en cuanto empezaron a correr los rumores de boda, los protestantes iniciaron una campaña contra la reina. Recurrieron al patriotismo inglés y agitaron los temores del pueblo hacia los españoles. Así, estalló una revuelta capitaneada por Thomas Wyatt (1554). Isabel, la hermanastra de la reina, fue encerrada en la Torre de Londres ante la sospecha de haberla instigado.

Las represiones contra los protestantes fueron desproporcionadas debido a la inseguridad de la reina que no confiaba en los que la rodeaban. Hubo ejecuciones y a esa etapa se la conoció como la de las «persecuciones marianas». A pesar de las reticencias hacia el Parlamento, la reina se comprometió a someterle la propuesta de su matrimonio. Ese puso condiciones lógicas para evitar que Inglaterra perdiera su soberanía ante España y por fin el matrimonio se celebró. Uno de los motivos por el que Felipe accedió era para evitar

Isabel I.

que, ante la falta de descendencia de María Tudor, el trono pasara a Isabel (que, aunque iba a misa católica, obligada por su hermanastra, se sentía protestante). Otro riesgo es que la falta de descendencia de María Tudor, abriría las puertas del trono a María Estuardo, reina de Escocia, católica y pretendiente también al trono de Inglaterra. Esta posibilidad —aunque favorecería al catolicismo— pondría en peligro la política internacional, pues María Estuardo estaba desposada con el delfín de Francia, el futuro Francisco II. Y la posible unión de las coronas de Francia e Inglaterra debilitaría a España. La *estratégica* boda entre Felipe y María, no fue muy bien. María tuvo varios embarazos psicológicos que la dejaron atormentada. Felipe acabó decepcionado y pasaba buena parte del tiempo fuera de Inglaterra. Ella, tremendamente enamorada, cayó en depresión y finalmente murió sin haberle dado descendencia. El miedo a Francia era tal que Felipe, al enviudar, le propuso a Isabel Tudor que se casara con él. Pero ella tenía las ideas claras y se negó a entregarse a un príncipe católico.

La Contrarreforma católica que había iniciado María Tudor murió con ella. Le sucedió en el trono su hermanastra Isabel I (1558-1603), pues explícitamente fue designada en el testamento de María. Isabel, la hija de Enrique VIII y de la decapitada Ana Bolena, era una mujer de gran temperamento, instinto político y protestante convencida. Ella optaba por la vía media que llevaría a consolidar la Iglesia anglicana, dejando a un lado a los católicos y del otro a los protestantes más radicales. Isabel, al igual que María, tuvo que obrar con prudencia en sus reformas religiosas. Sabía que la religión católica aún estaba presente en el corazón de muchos ingleses y que, en la Cámara de los Lores, los católicos tenían fuerte presencia. Cuando Isabel hizo aprobar la nueva Ley de Supremacía (de lo político sobre lo religioso), de 16 obispos, 15 se negaron a jurarla y fueron destituidos inmediatamente por otros más dóciles. Impuso de nuevo el *Book of Common Prayer* y se conservó la estructura jerárquica de la Iglesia anglicana, a imitación de la católica, contra las pretensiones calvinistas de eliminar la figura episcopal.

Tras la Ley de la Supremacía y con la redefinición de los Seis artículos convertidos en los Treinta y nueve artículos (1563), podemos decir que se asentaba definitivamente la Iglesia anglicana. Los Treinta y nueve artículos establecían la teología oficial y su equidistancia

entre el calvinismo, el luteranismo y el catolicismo. Era una Iglesia con liturgia parecida a la católica, pero con una doctrina protestante, donde dominaba la *sola scriptura*, la *sola fides*, la predestinación, la negación del purgatorio, contra las indulgencias y sólo reconociendo dos sacramentos: el bautismo y *la última cena*. Si entre los protestantes, María Tudor había sido denominada la Sanguinaria (Bloody Mary) por ejecutar disidentes, Isabel no iba a ser menos. El gran historiador eclesial Ludwig Hertling, sentencia que: «aunque Isabel en tiempos de su antecesora había hecho pública profesión de catolicismo, una vez reina consumó la definitiva introducción del protestantismo en Inglaterra bajo la forma del anglicanismo, para lo cual acudió también a procedimientos muy duros. Bajo su gobierno fueron ejecutados por su fe ciento veinticuatro sacerdotes y sesenta y un seglares».

Con la bula *Regnans in Excelsis* (1570), el papa Pío V aludió a Isabel como «la pretendida reina de Inglaterra y servidora del crimen», condenándola como hereje y llamando a sus súbditos a la desobediencia. Esto puso a los católicos de Inglaterra en el grave aprieto entre obedecer o no a la autoridad secular. Los católicos se dividieron en dos bandos: los partidarios de seguir las indicaciones del papa y los dispuestos a consensuar. Mientras tanto se preparaba una conspiración para deponer a Isabel y sustituirla por María Estuardo de Escocia. Ello acabó con la decapitación de la aspirante, como enseguida se verá. Un año después, en 1588, Felipe II envió la Armada Invencible con la intención de conquistar Inglaterra y devolverla al catolicismo y evitar que se convirtiera en otro «enemigo protestante». Como todos saben, la empresa acabó mal y ello tuvo repercusión entre los católicos ingleses que fueron considerados colaboradores del rey de España. Muchos fueron al cadalso o llenaron las cárceles. Los más afortunados eran multados y no podían acceder a cargos en la administración.

Isabel moriría sin haberse casado y sin descendencia. Con admiración, sus seguidores la llamaban la «reina virgen» (de ahí que una de las colonias en Nueva Inglaterra se llamara Virginia). Su longevo reinado le permitió apuntalar la Iglesia anglicana. Pero nos ha dejado el misterio de por qué dejaba el trono sin descendencia y, por tanto, en manos de una dinastía foránea: los Estuardo. Y más cuando había decapitado a María Estuardo que, a la postre, era su

sobrina. Las razones pudieron ser varias. Una de ellas es que poseía una anomalía congénita conocida como «agenesia vaginal», que le impedía la consumación del acto conyugal. Ni siquiera con su gran amante, Robert Dudley, conde de Leicester, pudo tener relaciones íntimas. Ello explicaría que prefiriese no casarse si no podía tener descendencia. Además, si se hubiera casado, posiblemente la nobleza la hubiera obligado a pasar a un segundo plano como reina consorte, cosa que su personalidad no le permitía. Pero al morir soltera y sin descendencia, el trono pasó al hijo de la decapitada María Estuardo, Jacobo I de Inglaterra y VI de Escocia.

LA CONSPIRACIÓN DE LA PÓLVORA Y LA PSICOSIS ANTIPAPISTA

La historia de la Inglaterra protestante aún se complicaría más. Hertling nos resume la peliaguda cuestión de la sucesión: «Cuando en 1580 subió al trono de Escocia María Estuardo, a los diecinueve años de edad, la mayor parte de la nobleza escocesa se había pasado al protestantismo. María luchó animosamente para defender su trono y su fe católica, pero cometió errores tras errores y al fin tuvo que huir a Inglaterra, donde la tuvieron encarcelada durante diecinueve años, para al fin ajusticiarla [por orden de Isabel I]. Fue rey de Escocia su hijo Jacobo, que había sido separado de ella y educado en el protestantismo. Al morir Isabel de Inglaterra en 1603, extinguiéndose con ella la descendencia de Enrique VIII, Jacobo heredó también el trono inglés. Desde entonces ambos países han estado unidos bajo una dinastía protestante. Sin embargo, en Escocia quedó un número de católicos relativamente mayor que en Inglaterra». Cabe por tanto analizar qué pasó en Escocia en los años que María Estuardo reinaba, desde Francia, a través de la regente María de Guisa, su madre.

La Reforma de Escocia tendrá un personaje central que será John Knox al que se considera el fundador de la Iglesia presbiteriana de Escocia. El término *presbiteriano* vendría a ser la forma anglosajona de denominar a un peculiar calvinismo autóctono. Knox, como tantos otros reformadores, había sido sacerdote católico. En Escocia, en época del padre de María Estuardo, Jacobo V, sobrino de Enrique VIII, los misioneros calvinistas ya habían encontrado apoyo en parte

de la nobleza. Enrique VIII tentaba a su sobrino a imitarle y separarse de Roma, sin embargo, este se resistió. Al fallecer Jacobo V, la nueva soberana, María, era una niña. Se produjeron conspiraciones para ver quien controlaba la regencia. Una de las víctimas de estas conspiraciones fue el cardenal David Beaton que era lord canciller de Escocia, arzobispo de St. Andrews y cardenal primado de Escocia. Él aspiraba a ser el regente y garantizar así el catolicismo en Escocia. Pero un grupo de calvinistas entraron en su castillo, le asesinaron, mutilaron el cadáver y lo colgaron de una ventana. John Knox estaba de alguna manera involucrado y fue exiliado a Inglaterra.

En Inglaterra trabajó para Eduardo VI, colaboró en el *Book of Common Prayer*, y ahí se casó. Cuando accedió al trono la niña María Tudor (católica) —aunque permaneció en Francia—, el reformador hubo de huir al continente, visitó Ginebra y ahí conoció a Calvino y radicalizó sus doctrinas. Eso le alejó de las posturas de la Iglesia anglicana. Volviendo a Escocia, se alió con la nobleza protestante y provocó una revolución. Junto con la nobleza derrocó a la regente María de Guisa y fue uno de los redactores de la nueva Confesión de fe de la Iglesia reformada de Escocia. También estableció cuál sería la nueva estructura eclesiástica con la redacción del *Libro de disciplina*. Cuando ya mayor María Estuardo decidió viajar de Francia a Escocia para salvaguardar su trono, Knox ya era el líder indiscutible de la nueva iglesia, pues el Parlamento escocés había aprobado su Confesión de fe. Así, la católica María Estuardo llegaba a una Escocia que acababa de proclamarse protestante. Los desencuentros y roces con Knox fueron inevitables. Mientras que los católicos intentaron mantener su culto, los protestantes les hostigaban. Por abreviar, todo ello desembocó en el destronamiento de María Estuardo y una guerra civil en Escocia. En 1586, María escapó de su reclusión y huyó a Inglaterra esperando que su tía, Isabel I, la ayudara a recuperar el trono. Pero ya se ha visto dónde acabó su cabeza.

Tras la muerte de Isabel I, el hijo de María, accedería al trono de Inglaterra, con el nombre de Jacobo I. A diferencia de su madre, él ya había sido educado en el protestantismo y asumió un compromiso con anglicanos y presbiterianos (calvinistas). Los católicos ingleses volvieron a poner su esperanza en que España les ayudara a revertir la situación religiosa. Pero España ya había salido escaldada con lo de la Armada Invencible y no quiso entrometerse de nuevo. Así,

Jacobo I se permitió el lujo de aplicar tolerancia cero a los católicos, mandando ejecutar a algunos sacerdotes nada más empezar su reinado. Ante la desesperación, algunos católicos planearon asesinar al rey y de paso cargarse el Parlamento. La fecha fijada fue el 5 de noviembre de 1605, en lo que se conocería como la Conspiración de la pólvora. Los cabecillas fueron Robert Catesby y Thomas Percy a los que se unió Guy Fawkes, recién llegado de guerrear en Flandes para la Corona española. El plan inicial era cavar un túnel desde el que dinamitar los fundamentos del imponente edificio, pero se enteraron que quedaba libre un almacén justo debajo del propio Parlamento. Lo alquilaron y ahí acumularon la pólvora que habían conseguido.

Como montar el atentado era caro, cometieron la indiscreción de solicitar ayuda económica a demasiada gente. Lógicamente la noticia llegó a oídos no deseados. El 26 de octubre lord Monteagle, católico y miembro de la Cámara de los Lores, recibió una carta anónima que le avisaba de que «este Parlamento recibirá un terrible golpe». Puso en alerta a las autoridades que extremaron la seguridad. La noche del 4 al 5 de noviembre Guy Fawkes (encargado de encender la mecha) se dirigió al almacén para verificar que todo iba bien, pero se encontró con una patrulla y fue detenido. El almacén fue registrado

Grabado de la Conspiración de la pólvora.

y se descubrió la pólvora y con ella el complot. Fawkes confesó bajo tortura el nombre y las intenciones de los conspiradores. Catesby y Percy murieron al resistirse a su arresto y el resto de los implicados fueron juzgados y ejecutados. El conocimiento público del complot produjo una furibunda reacción contra los católicos, recayendo las sospechas especialmente sobre los jesuitas y el embajador español.

El estatus de los católicos cayó en picado y pasaron prácticamente a la clandestinidad. Sobre la Conspiración de la pólvora hay muchas especulaciones. Una de ellas es que detrás estaba Robert Cecil, el que fuera uno de los arquitectos de la Iglesia anglicana con Isabel I. Con el nuevo rey veía peligrar su posición como consejero real y habría utilizado el intento de atentado para ganarse puntos ante el nuevo monarca. El caso es que, desde ese momento, por todos lados, se *veían* conspiraciones papistas. A los católicos se les acusó del gran incendio de Londres de 1666 o de las sucesivas crisis económicas. La obsesión culminó con el falso complot papista de Titus Oates en 1678. Este personajillo era un clérigo anglicano expulsado de su iglesia por blasfemar en estado de embriaguez y por sodomía. Necesitaba redimir su condición y se inventó un supuesto complot de un grupo de católicos para derrocar al rey (por entonces ya era Carlos II). Bajo juramento y ante un magistrado, fantaseó una alucinante historia. Declaraba haberse infiltrado en la casa de los jesuitas en Londres donde conoció la existencia de un complot para asesinar al rey.

En estas declaraciones se vio implicado el actualmente canonizado san Claudio de la Colombière. Era un jesuita cuyos superiores le enviaron a Londres como predicador y confesor de María Beatriz de Módena, duquesa de York y esposa del que sería el rey Jacobo II. Ello permitía una pequeña presencia católica oficial en Inglaterra y la esperanza de que pudiera volver el catolicismo algún día al trono de Inglaterra. Claudio de la Colombière predicó con el ejemplo y la palabra logrando la conversión de numerosos protestantes. Por eso, en la corte se formó un movimiento para excluir de la sucesión a la Corona al duque de York, pues se había convertido al catolicismo. La *conspiración* denunciada por Titus Oates llevó a la detención del jesuita que fue acusado de ejercer los ministerios sacerdotales y de practicar el proselitismo católico. La intervención de Luis XIV impidió que fuera ejecutado y lo repatriaron a Francia. La falsa

conspiración fue excusa, nuevamente, para represaliar más si cabe a los católicos. Incluso se aprobaron leyes prohibiéndoles formar parte de las Cámaras de los Lores y de los Comunes. El asunto se saldó con varios cientos de católicos asesinados. Con el tiempo, tras unas investigaciones judiciales, se demostró el embauque de Titus Oates que fue encarcelado por perjurio.

LA REVOLUCIÓN DE CROMWELL: EL PURITANISMO EN MARCHA

Retrocedamos un poco. Antes de esa falsa conspiración, tendrían que ocurrir sucesos igualmente dramáticos. Europa seguía agitada. A Jacobo I no le entusiasmaban mucho las mujeres que digamos, más bien tenía otros intereses. Accedió a casarse por conveniencia con Ana de Dinamarca, que resultó ser católica. Ello volvió a despertar los recelos de sus seguidores protestantes más radicales. Se casaron por poderes y cuando Ana debía desembarcar en Inglaterra una tormenta la alejó a Noruega. Según reconoció el rey, en un «primer y único acto de romanticismo», Jacobo fue a buscarla con 300 hombres y se casaron en Oslo y aprovecharon para visitar Dinamarca. En este país luterano descubrió que las cazas de brujas eran habituales y ello despertó sumamente su interés. De hecho, poco después de volver del reino danés incitó el proceso contra las brujas de North Berwick. Varias mujeres fueron acusadas y sentenciadas por haber empleado la brujería para «enviar una tormenta» contra el barco que transportaba a Jacobo y Ana desde Dinamarca. El rey estuvo obsesionado con la amenaza de la brujería y, en 1597, escribió (o hizo escribir en su nombre) un tratado denominado *Demonología*. Ya en época de la reina Isabel se había iniciado la caza de brujas y proclamando la pena de muerte para quien invocara espíritus malvados.

A Jacobo I debemos otra de las traducciones de la Biblia de referencia en el mundo protestante, la *Versión del rey Jacobo* (también llamada versión *King James* o simplemente *Biblia del rey Jacobo*). Bajo su reinado se afianzó más aún la teoría moderna sobre el «derecho divino de los reyes». Ello quedó expresado en dos obras con su firma: *The True Law of Free Monarchies* (La verdadera ley de las monarquías libres) y *Basilikon Doron* (*El don real*). En ellas se

defendía la supremacía total del poder real y era un ataque, ya no sólo contra el papa, sino a su propio Parlamento. Acostumbrado a un Parlamento tímido y servil en Escocia, Jacobo se encontró con que el Parlamento inglés era combativo y tuvo numerosos encontronazos con él. El ideal de monarquía de Jacobo era el absolutista de Francia, por eso llegó a dejar de convocar al Parlamento con tal de que no se le opusieran. En el *Basilikon Doron*, dedicado a su hijo Carlos de cuatro años, a modo de manual de gobierno, escribía: «No convoquéis Parlamentos excepto por la necesidad de nuevas leyes, lo que debe ser rara vez».

Otra de las cuestiones que afectará de pleno al futuro gobierno de su hijo era la cuestión de los puritanos. El movimiento puritano fue en principio una corriente espiritual más que un partido o una iglesia en sí misma. Este movimiento fue cristalizando entre presbiterianos, los anabaptistas asentados en Inglaterra y los independientes radicales que no comulgaban con la Iglesia anglicana. Su base doctrinal era calvinista y ponían el énfasis en la *purificación* de la Iglesia anglicana de los restos de los rituales y dogmas *papistas* que, a su entender, aún asumía la Iglesia de Inglaterra. Ya habían tenido sus encontronazos con la reina Isabel I, pues estaban representados en el Parlamento por los presbiterianos o también llamados «no conformistas». Cuando fueron suprimidos por Isabel I, muchos emprendieron el camino del exilio a los Países Bajos y de ahí a Nueva Inglaterra. Cuando Jacobo I llegó al trono, en 1603, los puritanos le solicitaron su regularización, pero el monarca se mostró poco solicito y decidió continuar su represión. Su hijo, Carlos I de Inglaterra y de Escocia, les hará frente lo que abocará a Inglaterra a nuevas guerras civiles y a la decapitación del propio rey. Esos tiempos iban a contemplar la emergencia de uno de esos hombres que de vez en cuando surgen para cambiar la historia: Oliver Cromwell.

Nunca habrá acuerdo sobre Cromwell. Para algunos, fue el padre de la moderna democracia inglesa y un adelantado a su tiempo. Para otros, fue un tirano cruel y un fanático religioso responsable de matanzas sinfín y un regicida. Cromwell despuntó tardíamente, a los cuarenta años de edad. Había sido un parlamentario y terrateniente prácticamente desconocido que soñaba con emigrar a América (como nos lo presenta al inicio de la magnífica película *Cromwell,* de 1970, y protagonizada por Richard Harris). Gracias a

un buen matrimonio pudo ascender de estatus entre las congregaciones puritanas, pero empezó a manifestar síntomas de algún profundo trastorno afectivo que le seguiría toda su vida política. Un médico lo registró como «hipocondríaco» y otro como «melancólico». Cromwell de golpe sufrió un revés económico que le llevó a trasladarse a una residencia más humilde. Durante esa época tuvo una conversión religiosa. Se tornó un radical, destacando por su profunda aversión al catolicismo. Según sus propias palabras, era un hombre «renacido». En 1636, gracias a una herencia, pudo volver a vivir de rentas. Aunque seguía soñando con marchar a Nueva Inglaterra, los puritanos le animaron a presentarse a las elecciones del Parlamento. Era el segundo que convocaba Carlos I. El primero había sido para que autorizara su matrimonio con la hija menor de Felipe III de España y le fue denegado. De ahí que la relación entre el Parlamento y el monarca nunca fuera precisamente suave.

El rey, como era habitual, sólo reunía al Parlamento si necesitaba dinero. La convocatoria del segundo Parlamento fue para conseguir recursos y enviar una expedición militar de auxilio a los hugonotes franceses. Estos eran calvinistas que estaban en guerra contra rey Luis XIII que, a la postre, era cuñado de Carlos I, pues estaba casado con Enriqueta María de Francia. El rey inglés sufrió una derrota militar que llevó a que los puritanos, en vez de apoyarle (debido a las simpatías entre puritanos y calvinistas), aprovecharan para recortar su poder. Ante el peligro de un Parlamento hostil, el rey lo disolvió en 1627, lo cual acrecentó las tensiones. La causa de la necesidad de dinero era por vanidad. Carlos, de joven, había visitado España y conocido la corte de los Austrias. Entusiasmado por el lujo quiso que la corte inglesa la imitara, pero eso costaba mucho dinero y los constantes reproches de los puritanos. Apurado por la necesidad de más dinero, volvió a convocar un tercer Parlamento. Pero ello fue aprovechado nuevamente por los puritanos para promover iniciativas contra la corona y entonces el rey dio orden de detener a algunos de los parlamentarios más díscolos. Desde entonces estuvo once años sin volver a convocar al Parlamento.

Así, durante una década, Carlos I evitó las molestas demandas parlamentarias, pero la cuestión religiosa, cada vez más agitada en el reino, obligaría a una nueva convocatoria. En Escocia había surgido el movimiento de los *covenanters* que eran un tipo de protestantes

presbiterianos (calvinistas) que provocaron una revuelta conocida como guerra de los Obispos. Carlos I no disponía de los fondos necesarios para reunir un ejército y se vio obligado a firmar un armisticio. Los términos de la rendición fueron tan humillantes que el rey se arrepintió y decidió enviar una expedición de castigo a Escocia. Para ello se vio obligado a convocar al Parlamento y reclamar el dichoso dinero que necesitaba. En este Parlamento sería cuando aparecería el Oliver Cromwell «renacido». Los puritanos se negaron a ceder dinero al rey para ir contra sus *hermanos covenanters*. Y nuevamente el monarca disolvió la asamblea que pasó a la historia como el «Parlamento corto». Por su cuenta, Carlos intentó atacar Escocia, fue derrotado y los escoceses iniciaron una invasión de Inglaterra. Esta vez se convocó nuevo Parlamento que sí duraría y pasaría a la historia con el nombre de «Parlamento largo». La nueva cámara adoptó una postura incluso más dura que las cuatro anteriores, llegando a proponer casi un nuevo modelo de Estado. El reto de los puritanos al rey era más que evidente.

La situación se fue agriando. Empezaron a correr rumores de que Carlos estaba maniobrando para someter al Parlamento, con ayuda del ejército de ocupación estacionado en Irlanda. La inquietud ante un golpe militar se extendió por toda Inglaterra. Mientras los siseos se sucedían, estallaron conflictos en Irlanda y la sangre de católicos irlandeses y colonos ingleses protestantes del Ulster corrió a raudales. Los puritanos acusaron al monarca de connivencia con los católicos irlandeses, insistiendo en la mala influencia de su esposa católica, y promovieron una iniciativa para desposeer a la reina de su título. El monarca respondió interrumpiendo en el Parlamento con un batallón de lanceros. El reino se dirigía a la guerra civil. Oliver Cromwell tenía cuarenta y tres años cuando estalló el conflicto. Curiosamente su experiencia bélica era nula cuando viajó a su región natal, el condado de Cambridgeshire, para reclutar soldados. Le nombraron capitán de caballería y su primera actuación se produjo durante el verano de 1643 en la batalla de Gainsborough. Cabalgando con sus hombres en uno de los flancos, su intervención fue tan brillante que captó la atención de sus superiores. Batalla a batalla se fue descubriendo su genialidad como militar y acabó siendo designado teniente general de toda la caballería del ejército del Parlamento. Siempre cabalgaba junto a sus hombres en primera línea y los soldados le respetaban

y seguían hasta la muerte. Introdujo eficaces novedades en las cargas de caballería o en las tácticas de las batallas. A ello se sumaba su exultante espíritu religioso y sus arengas antes de la batalla adoptaban tono de profeta bíblico. Se estaba convirtiendo en un líder indiscutible.

Pronto se creyó con autoridad para criticar incluso a sus superiores. Muchos oficiales y combatientes se sintieron representados por Cromwell que, contra todo pronóstico, se había convertido en el portavoz de toda una corriente disconforme dentro del ejército. Demandaba un ejército profesional, móvil y flexible. En 1645, se organizó ese nuevo ejército, llamado New Model Army. Gracias a él, los puritanos ganaron presencia en el ejército. En 1646, Carlos I terminó rindiéndose y el Parlamento hizo prisionero al monarca. La intención de los parlamentarios no era destronarlo. El propio Cromwell se mostraba partidario de mantenerle en el trono, siempre que aceptase todas las condiciones que le fuesen impuestas por los vencedores. El asunto de qué hacer con el rey dividió a los parlamentarios entre los sectores más moderados y más radicales de puritanos. Los

Jinete del New Model Army de Cromwell.

sectores moderados querían disolver el New Model Army. La causa era que en su seno las posturas se iban radicalizando y ya se hablaba de imponer una especie de república popular. Los más radicales eran los *levellers*, o *niveladores*, de los que trataremos en el siguiente epígrafe. Abogaban por la ejecución del rey, lo cual ponía nerviosos a muchos parlamentarios. Finalmente, el Parlamento dejó de pagar las soldadas para así disolver el ejército. Aprovechando la coyuntura, Carlos I intentó huir de Inglaterra pero fue interceptado.

Cromwell se ofreció para negociar en persona con el rey una solución pactada. Ambos acordaron unas líneas generales sobre las que empezar a discutir. Pero cayó en la trampa de una estrategia real para ganar tiempo. El monarca consiguió pactar con sus anteriores enemigos los *covenanters* escoceses. Les prometió que, si le ayudaban, profundizaría en la Reforma protestante que siempre había sido la principal demanda de los rebeldes escoceses. En mayo de 1648, los *covenanters* atacaron el norte de Inglaterra por tercera vez, pero ahora, para pasmo de los ingleses, lo hacían en nombre del rey Carlos y no en su contra. Los realistas y los irlandeses iniciaron revueltas. Comenzaba la segunda guerra Civil. Las guarniciones del New Model Army reactivado no tardaron en apagar las revueltas. Carlos I era derrotado por segunda vez en el campo de batalla. El Parlamento discutió de nuevo si negociar con el rey o no. Pero en el entretanto, algunos partidarios de no negociar, dieron un golpe de Estado. Un contingente del ejército, encabezado por el coronel Thomas Pride, ocupó la cámara del órgano legislativo. Cuarenta y cinco diputados fueron detenidos. El Parlamento que quedó fue apodado *Rump Parliament*, o «Parlamento rabadilla» (en referencia a la inutilidad de este hueso con el que termina la espalda). Empezaba así una forma de dictadura desconocida hasta entonces.

La purga política se extendió a todo el país contra los partidarios del rey. Una de las más célebres ejecuciones fue la decapitación de antiguos generales del mando realista. Estas y otras ejecuciones tenían un carácter ejemplar y las depuraciones sólo podían acabar lógicamente con un juicio contra el propio Carlos I. Cromwell presionó al Parlamento para que aprobara una ley que permitiera enjuiciar al monarca y se creó un tribunal especial para ello. Hubo gran descontento en toda Inglaterra por el juicio, pero el poder estaba en manos de Cromwell y de su ejército de puritanos. El juicio fue una

farsa y con una sentencia predeterminada. La fecha de la ejecución fue fijada para el 30 de enero de 1649 y ese día fue decapitado. Por primera vez en siglos, Inglaterra era un país sin rey y la nación se veía abocada al precipicio. Se iniciaba la Commonwealth of England o República inglesa. Cromwell ejerció de *praeses pro tempore* («presidente temporal») del Consejo de Estado, pero cansado de discusiones sólo duraría en el cargo un mes. Encabezaría una expedición contra Escocia e Irlanda donde mostró su crueldad más sanguinaria, antes de volver a Inglaterra y tomar el poder absoluto como *lord protector.*

DE LOS DISIDENTES PURITANOS A LA REVOLUCIÓN GLORIOSA

El Parlamento escocés decidió unilateralmente reconocer al hijo de Carlos I como su nuevo rey: Carlos II. El Parlamento inglés respondió aprobando la invasión de Escocia. Esta misión fue encomendada a Cromwell en la que rápidamente venció a los realistas escoceses en la batalla de Preston. Aprovechando el conflicto, los irlandeses declararon también su lealtad a Carlos II, lo cual obligó a Cromwell a desembarcar nuevamente en Irlanda. En dos semanas hizo caer la ciudad de Droghda. En su informe al Parlamento reconocía que había prohibido a sus soldados «perdonar la vida a cualquier hombre que portara armas». El ejército puritano pasó a cuchillo a 3000 irlandeses y el terror empezó a recorrer la isla. En Wexford, los irlandeses quisieron pactar con el New Model Army la rendición, pero no se les dio oportunidad y la población fue arrasada. Así ciudad tras ciudad. Mientras tanto, Carlos II había desembarcado en Escocia y se había proclamado rey, lo que obligó a Cromwell a ofrecer un armisticio a los irlandeses y dirigirse nuevamente a Escocia para combatir a las tropas de Carlos II y derrotarlas finalmente.

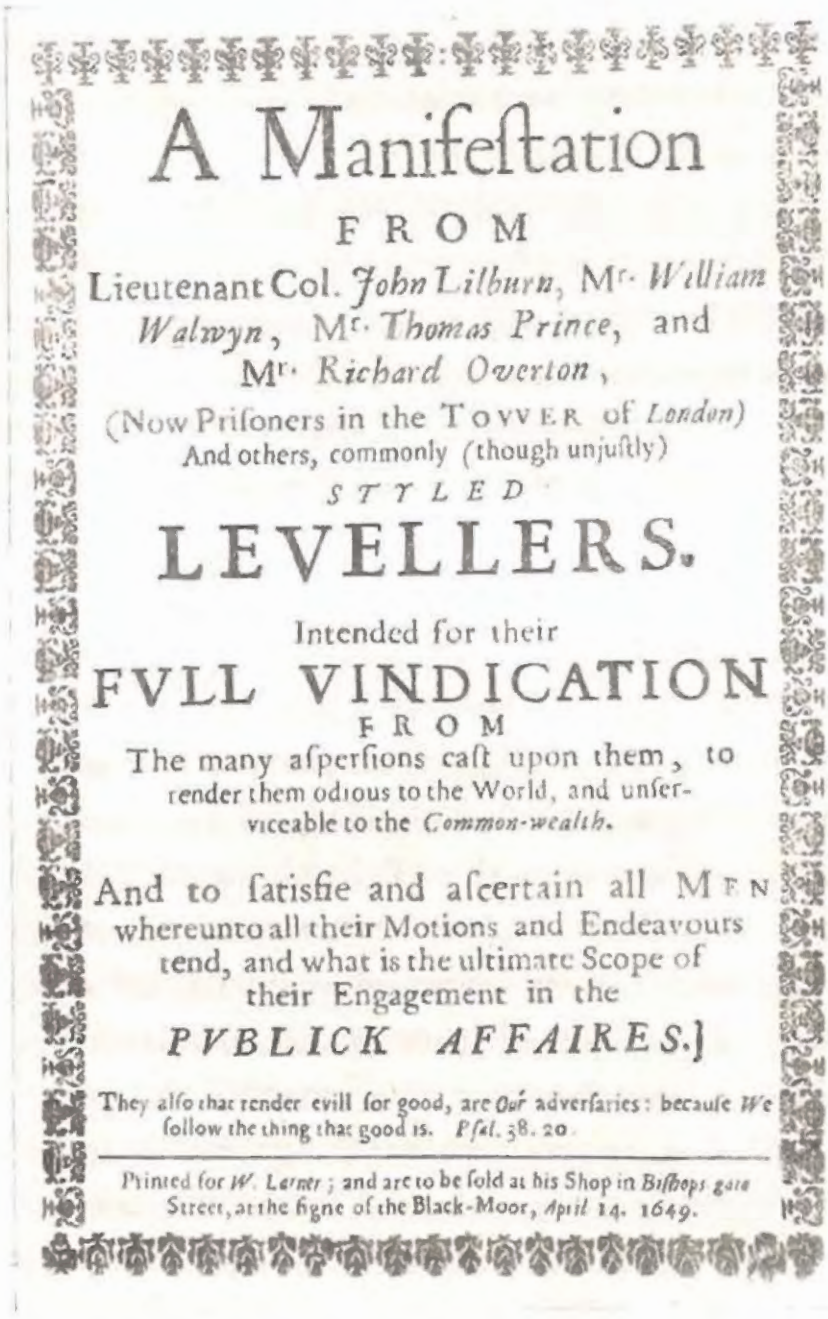
La recién nacida Commonwealth of England se hallaba en la más absoluta inestabilidad militar y política. El Parlamento se convirtió en lugar de debates interminables mientras que el país estaba en crisis permanente política y económica. Ante la falta de rumbo, el 20 de abril de 1653, el ejército volvió a irrumpir en el Parlamento. Esta vez, el golpe lo encabezaba el propio Oliver Cromwell. Obligó

al presidente de la cámara a abandonar su palco y a continuación empezó a gritar a los parlamentarios: «¡Ya habéis hablado bastante! ¡No sois el Parlamento! ¡Yo os digo que no sois el Parlamento!». Empezó a señalar a varios de sus antiguos compañeros lazándoles insultos personalizados: «putero», «borracho», «estafador», «malabarista». Finalmente ordenó clausurar el Parlamento. A Cromwell ya sólo le quedaban sus más allegados oficiales que eran puritanos de confianza. Uno de ellos, Thomas Harrison, sugirió la creación de una asamblea de sabios inspirada en el Sanedrín judío que en la Biblia se describe como una cámara de setenta y un miembros presidida por un sumo sacerdote.

Harrison pertenecía a la secta de los *quintomonarquistas*, cuyos miembros creían que, tras el fin de las cuatro primeras grandes monarquías (Babilonia, Persia, Grecia y Roma), vendría la quinta y definitiva, esto es, el Reino de Dios de los mil años anunciados en el Apocalipsis. Según esta secta milenarista faltaba poco más de una década para que se cumpliese lo profetizado por san Juan: la segunda venida de Jesucristo o parusía. La profecía estaba asociada al número de la Bestia, de lo cual deducían que tal acontecimiento se produciría en 1666. Aunque Cromwell no era milenarista, la idea de una asamblea religiosa le pareció atractiva. Pidió a las iglesias locales que propusieran miembros de sus comunidades para formar parte de la asamblea. Así, estableció un gobierno teocrático con el respaldo del ejército, al que se le siguió llamando Parlamento, aunque popularmente se le conoció como Asamblea de santos. En este punto conviene analizar quiénes eran esos protestantes radicales que superaban a Cromwell en apasionamiento y radicalidad. Eran diferentes grupos que muchas veces han sido considerados precedentes de los revolucionarios comunistas o anarquistas, pero —eso sí— revolucionarios en el nombre de Dios. Estaban los *diggers* (cavadores), *levellers* (niveladores), *ranters* (tembladores), *quintomonarquistas*, *seekers* (buscadores) y un innumerable conjunto de pequeñas comunidades que generaban modos a cuál más radical y estrafalario de interpretar la Biblia.

- Los *levellers* o niveladores, o también se les podría denominar *igualitarios*, sostenían que todos los hombres eran iguales en su relación con la propiedad y la libertad. Estas afirmaciones eran profundamente radicales en su época. Algunos los consideran los

primeros liberales de la historia y otros los primeros socialistas. Rechazaban una religión de Estado, apelando a la libre conciencia y por ello también renegaban incluso del Parlamento que había ejecutado al rey. Su principal líder fue un teniente coronel del ejército parlamentario, John Lilburne, que gracias a sus escritos y publicación de folletos consiguió un gran apoyo entre los miembros del ejército. De hecho, los *levellers* se hicieron famosos por sus agitadores proselitistas. En 1649, con la venia de Cromwell y ante lo insostenible de su constante espíritu de rebelión en el seno del ejército, empezaron a ser encarcelados.



A Manifeſtation

FROM

Lieutenant Col. *John Lilburn*, Mr. *William Walwyn*, Mr. *Thomas Prince*, and Mr. *Richard Overton*,

(Now Priſoners in the TOVVER of *London*)

And others, commonly (though unjuſtly)

STYLED

LEVELLERS.

Intended for their

FVLL VINDICATION

FROM

The many aſperſions caſt upon them, to render them odious to the World, and unſerviceable to the *Common-wealth*.

And to ſatisfie and aſcertain all MEN whereunto all their Motions and Endeavours tend, and what is the ultimate Scope of their Engagement in the

PVBLICK AFFAIRES.]

They alſo that render evill for good, are *Our* adverſaries: becauſe *We* follow the thing that good is. *Pſal.* 38. 20.

Printed for *W. Larner*; and are to be ſold at his Shop in *Biſhops gate* Street, at the ſigne of the Black-Moor, *April* 14. 1649.

Manifiesto de los Levellers.

– Los *diggers* o cavadores fueron un grupo fundado en 1649 por Gerrard Winstanley y constituyó el ala izquierda de los *levellers*, es decir, eran aún más radicales. Abiertamente cuestionaban el derecho de propiedad con lo que ponían en cuestión los cimientos del sistema. Las ideas y las propuestas de los *diggers*, debido a su radicalidad, tuvieron un escaso impacto en la sociedad inglesa. Como señaló, Jacques Droz, autor de la *Historia general del socialismo*, este grupo «no fue más que uno de los aspectos, el más nihilista, del puritanismo inglés del siglo XVII». En un principio se hicieron llamar *true levellers* o «verdaderos niveladores», en una muestra de radicalización. El movimiento se inició ocupando fincas para cultivarlas (de ahí el nombre de cavadores). Citando la vida comunitaria de la Iglesia primitiva, relatada en el libro de los Hechos de los Apóstoles, defendían que los cristianos debían poseer todo en común. Se negaron a la aplicación de la Enclosure Act (una ley por la que se permitía a los terratenientes cercar sus tierras y evitar el tradicional uso medieval de tierras comunales). Esta ley ha sido considerada como la *bendición* legal del inicio del capitalismo oligárquico y el empiece del empobrecimiento definitivo del campesinado en Inglaterra. Por eso los *diggers* se posicionaron contra los terratenientes, especialmente puritanos, que eran los que a su vez controlaban el Parlamento.

Llenaron Inglaterra con folletos como el titulado *La luz que brilla en el Buckinghamshire*, donde se decía: «Llorad, clamad pues, ricos. Dios vendrá a castigaros por toda vuestra opresión. Vivís del trabajo de otros hombres, pero no les dais más que salvado para comer, arrancando de vuestros hermanos alquileres e impuestos enormes. ¿Qué haréis, desde ahora? Pues el pueblo no estará ya sometido a vuestra esclavitud, ya que el conocimiento del Señor le iluminará». En otro se denunciaba a los ricos: «Viven rodeados de riquezas, de honor, de placeres, del clero, de hombres de leyes, de esposas, de niños y de todas las formas culturales exteriores. No se atreven a vivir una vida de amor universal». La formulación más completa del programa de los *diggers* apareció en *Abogado del pobre* de Pedro Chamberlen, folleto publicado en 1649 en el que se proponía la nacionalización de los bienes de la Corona, del clero y de las empresas comerciales. Las tierras de Inglaterra deberían ser cultivadas bajo el control del

Estado por cooperativas, todo ello con el objetivo de redimir a los pobres. Era un programa demasiado extremista para ser digerido por unas élites puritanas ya de por sí radicales, pero terratenientes al fin y al cabo. Las ocupaciones de los *diggers* acabaron en 1652, cuando los propietarios locales decidieron finiquitar el experimento. Sin embargo, como otros tantos grupos radicales, sobrevivieron en las colonias inglesas.

- Los *seekers* (buscadores), o *legatine-Arians* como se les conocía a veces, fueron un grupo «no conformista» o disidente que surgió alrededor de la década de 1620, inspirado por la predicación de tres hermanos: Walter, Thomas y Bartholomew Legate. Consideraban que absolutamente todas las Iglesias eran corruptas y preferían esperar la revelación directa de Dios sobre ellos. Por eso estaban en constante actitud de búsqueda de signos divinos y eran profundamente milenaristas. Pertenecerían a lo que el historiador marxista inglés Christopher Hill llamó una «cultura herética de clase baja». Los buscadores no eran un grupo religioso organizado a la manera de una congregación (con un culto y un credo), sino que se unían informalmente y podían pertenecer a otros grupos. Eran puritanos que iban por libre pero no calvinistas, pues el calvinismo les parecía demasiado institucionalizado. Muchos de ellos se unieron posteriormente a la Sociedad Religiosa de los Amigos (los cuáqueros).

- Los *ranters* (no está claro el origen de la palabra) fueron otros disidentes que no estaban organizados ni tenían líder. Se les considera una especie de protoanarquistas pues lo rechazaban casi todo. Negaban la autoridad de las Iglesias, incluso de las Escrituras, pedían que la gente sólo apelara a la voz interior. En muchos sentidos se parecían a los Hermanos del Espíritu Libre del siglo XIV. Con ellos hay una dificultad historiográfica, porque a finales del siglo XVII a cualquier disidente le caía el apelativo de *ranter*. Norman Cohn, en su obra *En pos del milenio*, tiene un apéndice dedicado a los *ranters* y establece la dificultad para estudiarlos pues apenas dejaron rastro de sus doctrinas. Recoge un testimonio de la época en el que un disidente que fue hecho prisionero, se encontró en la cárcel a unos *ranters* y los describías así: «Cuando entré a la cárcel

donde estaban los prisioneros, un gran poder de la oscuridad me golpeó y me senté quieto con mi espíritu sostenido en el amor de Dios. Al final estos prisioneros comenzaron a delirar, a entristecerse y a blasfemar, ante lo cual mi alma se hallaba profundamente apenada. Ellos dijeron que eran Dios, y al preguntarles si sabían si iba a llover mañana me respondieron que no me lo podían predecir. Yo les respondí, Dios podría saberlo... Después que los hube reprobado por sus expresiones blasfemas, me alejé; porque me di cuenta de que eran *ranters*».

Ciertamente, los *ranters* eran panteístas pues creían que ellos mismos eran Dios y también eran «antinómicos», esto es, creían que el cristiano justificado (salvado en vida) ya no tenía por qué obedecer ninguna ley humana o divina. En una de las pocas obras que conservamos de un *ranter*, *Un solo ojo* (1650), cuyo autor es Laurence Clarkson, se afirma: «Puedo, si es mi voluntad, besar y abrazar a las damas, y amar a la esposa de mi vecino como a mí mismo, sin pecado». Entraron en contacto e incluso rivalizaron con los primeros cuáqueros (tembladores). Estos últimos rechazaban la necesidad de los sacerdotes pues Dios se encontraba en el interior de cada ser humano. George Fox fue su fundador cuando, en 1647, aseguró haber recibido una llamada divina al pasar frente a una iglesia. Esa visión le llevó a fundar la Sociedad Religiosa de los Amigos y comenzó a predicar su doctrina. Los cuáqueros fueron perseguidos por las autoridades inglesas y muchos decidieron partir a América.

Volviendo a la Asamblea de los Santos que organizó Cromwell, el proyecto estaba destinado a fracasar, porque la mayoría de ingleses no se lo tomaron en serio. Era una teocracia asamblearia compuesta de hombres sin la más mínima experiencia en gobernar. La Commonwealth of England quedó sumida en un caos legislativo. Pronto incluso los más disidentes atacaron a ese Parlamento-sanedrín, con lo que sus miembros se vieron obligados a detener a líderes del protestantismo disidente. Ante el desconcierto total, Cromwell decidió, por fin, que era momento de asumir la responsabilidad de la jefatura del Estado, pues siempre había estado entre bambalinas ejerciendo el poder, pero nunca como cabeza visible. Se autonombró *lord protector*. Este gobierno personal de Cromwell iba a caracterizarse por el pragmatismo. Montó una nueva organización territorial basada en

el llamado «gobierno de los generales», donde los nuevos distritos de esta organización serían gobernados por sus generales de confianza que le rendirían cuentas sólo a él. Así, la *república* de Inglaterra se transformó de manera oficial en una dictadura militar.

Cromwell había iniciado su protectorado con un espíritu abierto, pero con el tiempo se hizo el propósito de imponer una moral social implacable. Habiendo elegido a los generales más religiosos para gobernar Inglaterra creó distritos militares y se los asignó. Los generales tenían la orden de que se aplicaran en un programa de *puritanización* de sus respectivos distritos. Al igual que en la Ginebra de Calvino, empezaron a perseguir a quienes bebían en exceso o a quienes mostraban conductas indecentes. Se prohibieron bailes públicos y ferias locales. Lo más radical, si cabe, fue la supresión legal de la celebración de la Navidad lo cual traumatizó a buena parte de la sociedad. En dichas fechas sus tropas recorrían las calles para asegurar que nadie estuviese celebrando comidas navideñas o decorando las casas. Este régimen militar también se desplomó al carecer de legitimidad y aprecio de la gente.

De hecho, cuando el *lord protector* comprendió que el régimen de los generales era detestado por el público, dejó que el sistema cayese por su propio peso. Permitió que las disensiones internas entre parlamentarios y generales hiciesen el trabajo sucio de derrocar la dictadura sin que él tuviese que mancharse las manos. El 4 de febrero de 1657, disolvió los distritos militares y el Parlamento títere, convocando otro al que pidió que redactase una nueva Constitución. Como se ve, el caos en la Commonwealth era endémico. Llegaron a proponer que Oliver fuera proclamado rey y este, en su última época, le dio por vestirse «a la española», o sea con trajes lujosos con los que nadie podía reconocer al antaño austero puritano. Oliver Cromwell murió el 3 de septiembre de 1658. Recibió un funeral de Estado propio de un rey y el país se sumió otra vez en el caos. Por fin, y en uno de esos giros de la historia, un nuevo Parlamento realizó una invitación formal para que Carlos II retornase a Inglaterra como rey. Así, llegó la restauración de los Estuardo y se evitó una nueva guerra civil.

Los realistas *ejecutaron* a Oliver Cromwell, su odiado enemigo, varios meses después de muerto. Desenterraron su cadáver y lo colgaron públicamente de cadenas, antes de separar su cabeza del cuerpo. Después arrojaron el tronco y las extremidades a un pozo y

la cabeza fue exhibida en la punta de una estaca en pleno Londres. Entonces se confeccionó una lista con los regicidas que habían firmado el decreto de ejecución de Carlos I. Según su grado de participación, muchos fueron castigados con la cárcel o la pena de muerte, otros fueron perdonados y no pocos huyeron. Al reinado de Carlos II le sucedió su hermano Jacobo II, un nuevo rey al que su conversión al catolicismo le llevaría al exilio. Durante su reinado estalló, en 1688, la llamada Revolución Gloriosa que terminaría con su derrocamiento y exilio, siendo sustituido por su hija y su yerno protestantes, María II y Guillermo III. Entraba así la dinastía de los Orange en Inglaterra y a esta sucedería la de los Hannover.

Entre 1688 y 1746, se producirían numerosos levantamientos jacobitas con la intención de restaurar la dinastía católica de los Estuardo. El último alzamiento, en nombre de Carlos Eduardo Estuardo, como Bonnie Prince Charlie o El Joven Pretendiente, acabó en fracaso. Sus seguidores, desde entonces, se reunían en secreto para brindar por «El rey sobre el agua», en referencia al último Estuardo que navegaba hacia el exilio en barco y esperando su regreso. Podemos encontrar resonancias de los jacobitas en la literatura británica. Por ejemplo, una de la que dicen ser la mejor novela de aventuras de la historia es *Las aventuras de David Balfour.* Escrita por Robert Louis Stevenson (autor de *La isla del tesoro*). Su argumento tiene como telón de fondo, el siglo XVII, la lucha de los *highlanders* escoceses a favor de los Estuardo. También en la inmortal *La esfera y la cruz* de G.K. Chesterton, el protagonista es Evan McJan, un intransigente católico heredero de los legitimistas escoceses en favor de la dinastía de los Estuardo. Los restos del catolicismo nunca desaparecerían y en el siglo XIX, partiendo del denominado Movimiento de Oxford, empezarían a producirse una serie de conversiones al catolicismo de personajes muy significativos de la Iglesia anglicana. Ello conmocionó al anglicanismo que había empezado su camino de secularización eliminando los escaños del Parlamento que correspondían a representantes de la Iglesia anglicana. Hoy en día, donde es más fuerte el anglicanismo son en las viejas colonias africanas de Gran Bretaña: Nigeria, Uganda, Ghana y otros países. En la metrópoli, a pesar de que el rey sigue siendo la «cabeza de la Iglesia», el anglicanismo ya no es ni sombra de lo que fue.

Y el espíritu purificador llegó a América

El viaje de John Cabot a la costa de América del Norte, bajo mandato de Enrique VII, es la exploración europea más antigua conocida de la costa de América del Norte. Varios países europeos intentaron fundar colonias en estas costas en 1500, pero la mayoría de intentos fracasaron por todo tipo de motivos. En 1513, Ponce de León dirigió la primera expedición europea conocida a la Florida y cartografió la costa atlántica hasta los Cayos de Florida, y el norte a lo largo de la costa del Golfo. Sin embargo, el asentamiento tampoco fue posible. Los fracasos ingleses más notables fueron la Colonia Perdida de Roanoke (1583-1590) en Carolina del Norte y la Colonia Popham —que acabó desapareciendo— en Maine (1607-1608). Francia se establecería en Port-Royal, en 1605, que sería el primer asentamiento permanente de esa nación en América del Norte. España por esa época ya había levantado una civilización en sus dominios.

A fines de 1606, unos colonos ingleses zarparon con una carta de la Compañía de Londres para establecer una colonia en el Nuevo Mundo. La expedición tocó tierra el 26 de abril de 1607, en un lugar al que llamaron Cabo Enrique. Se pusieron a explorar lo que ahora es Hampton Roads y una salida a la bahía de Chesapeake, a la que llamaron James River en honor al rey Jacobo I de Inglaterra. En mayo de 1607 se iniciaba la construcción de un asentamiento fortificado que sería el origen de lo que hoy es Jamestown. Quizás el hecho más favorable de la ubicación era que estaba deshabitada, porque los indígenas cercanos consideraban que el sitio era demasiado pobre como para dedicarlo a la agricultura. A ese punto, una flota de Inglaterra, dañada por un huracán, llegó con meses de retraso

con nuevos colonos, pero sin los suministros de alimentos esperados. Existe evidencia de que los colonos de Jamestown recurrieron al canibalismo durante una época de durísima hambruna. Esas nuevas tierras eran para hombres rudos y, entre los protestantes, los puritanos lo eran más que nadie.

EL ESPÍRITU DE LAS PRIMERAS COLONIAS

Las colonias inglesas de Norteamérica se fundaron como sociedades protestantes con sus rasgos distintivos, con sus propios estatutos y sus mayores o menores grados de tolerancia hacia otros credos. En Virginia, la más antigua de las trece colonias, desde sus inicios la religión fue un tema fundamental que llevó a ser tratada en la primera reunión de la primera asamblea colonial, la llamada Cámara de Burgueses, en 1619. La asamblea aprobó leyes que obligaban a los ciudadanos a cumplir con el «servicio de Dios», incluida la asistencia obligatoria al culto de la Iglesia anglicana que era la oficial de la Corona. Junto a Virginia, las colonias del sur, las más antiguas, fueron de preeminencia anglicana, pero todo cambiaría con la llegada, a partir de 1620, de puritanos disidentes que empezarían a ocupar territorios más al norte. Así eran, en lo religioso, algunas de las colonias más peculiares:

- Massachusetts. Tiene su origen en cuanto asentamiento ya colonial en la llamada Gran Migración, en referencia a las oleadas de puritanos que marchaban a América en búsqueda de tolerancia para practicar su reforma particular, congregacionalista o calvinista, en contraposición al anglicanismo. Esta primera gran migración de puritanos se realizó entre 1620 y 1640. Esos años coinciden con los reinados de Jacobo I y Carlos I. Ya se dijo en el capítulo anterior cómo Cromwell, antes de dedicarse a su revolución, soñaba con emigrar a América junto a esos puritanos. Uno de los hitos de la historia de Estados Unidos es la llegada de los *pilgrim fathers* («padres peregrinos») en el Mayflower. Eran puritanos que habían embarcado en Plymouth (Inglaterra), en 1620. Huían de la persecución de la corona inglesa y antes habían pasado unos años de exilio en Holanda. Querían arribar a la colonia de

Jamestown con el deseo crear una Nueva Jerusalén y purificar así la religión cristiana. Pero una tormenta los desvió unos 800 kilómetros al norte. Donde recalaron fundaron un asentamiento al que se le daría el nombre de Nueva Plymouth y esos territorios más tarde se anexionarían a la colonia de Massachusetts.

Los puritanos estaban divididos en dos corrientes, los independentistas que buscaban una separación total de la Iglesia anglicana y los congregacionalistas que pretendían purificar a la Iglesia oficial de la Corona desde dentro de la legalidad. Los del Mayflower eran de los más radicales. La colonia se caracterizó rápidamente por la disciplina puritana, la frugalidad y una fe radical. Estas exigencias pretendían demostrar públicamente que estaban purificados y por tanto extremaron la moralidad pública, por este motivo siempre se les acusó de hipocresía. Es interesante comprobar cómo sus casas no tenían cercas y permitían la visibilidad desde fuera, como dando a entender que no tenían nada que esconder. De ahí el horror de los puritanos al escándalo y a los vicios públicos. Los primeros puritanos prohibían el lujo, los espectáculos y oropeles innecesarios. El trabajo debía orientarse a la gloria de Dios y el domingo para su santificación. En las primeras colonias puritanas se evitó aplicar la ley inglesa y se ensayó aplicar la ley mosaica, lo cual evidentemente creó muchas tensiones legales.

En 1637 llegó a esas tierras como ministro ordenado John Harvard que ayudó en la primera Iglesia congregacionalista de Charlestown. Cuando murió dejó su biblioteca personal (400 libros) y la mitad de su patrimonio a una escuela, el New College, para formación de pastores. Esta se acabaría convirtiéndose en la Universidad de Harvard (1870). El lema original de la universidad era (en latín): «La verdad para Cristo y la Iglesia». Hoy en día el lema ha sido recortado y se reduce a «Veritas». La Universidad de Harvard, puede decirse, es resultado directo del puritanismo en Nueva Inglaterra. Pero el afán por las letras, no debe ocultar otras realidades más tétricas. Los puritanos desecharon toda posibilidad de tolerancia religiosa en Massachusetts. Los cuáqueros que llegaron a la colonia fueron cruelmente perseguidos. Se les condenaba a destierros, mutilaciones y hasta con la pena de muerte. Igual suerte corrieron los indios *pequot* a los que consideraban paganos irredentos, robándoles sus tierras e intentando

exterminarlos. Los puritanos tenían la conciencia de ser los *elegidos* y eso les daba derecho absoluto sobre las tierras de los indígenas. También los judíos, los católicos, los anglicanos y otras confesiones cristianas eran considerados condenados al infierno y con ellos no se podían mezclar.

- Maryland. Originalmente era una colonia inglesa en América del Norte que existió desde 1632 hasta la guerra de la Independencia en 1776. En su inicio, era una propiedad privada de George Calvert, primer barón de Baltimore, y luego de su hijo Cecilius. La titularidad nobiliaria era irlandesa y en la colonia se acogían a los católicos perseguidos en Inglaterra. La propiedad fue concedida por Carlos I de Inglaterra (el monarca ejecutado por Cromwell). Posiblemente esta concesión fuera una compensación al padre de Cecilius que había tenido que renunciar a su cargo de secretario de Estado al revelar que era católico. La nueva colonia recibió su nombre por Enriqueta María de Francia, esposa de Carlos I. Los condes de Baltimore intentaron demostrar que católicos y protestantes podían vivir juntos promoviendo la Maryland Toleration Act (Ley de Tolerancia de Maryland). Inmediatamente, los puritanos de Virginia fueron invitados por el gobernador de Maryland a establecerse ahí.

  Leonard Calvert, el hermano menor de Cecilius, fue nombrado gobernador de la nueva colonia y zarpó de Inglaterra con trescientos colonos en dos barcos, el Ark y el Dove. El primer grupo de colonos estuvo compuesto tanto por católicos, entre ellos jesuitas exiliados, como protestantes. De las trece colonias originales, Maryland tuvo uno de los gobiernos más tolerantes en cuanto a la libertad religiosa y su trato a los indios. Garantizaba la libertad religiosa a todos y trataba a los indios con respeto pagándoles por sus tierras. En 1642 llegaron los primeros esclavos negros, pues lord Baltimore pretendía que en Maryland se cultivara tabaco. En un principio, los *marylanders* se resistieron a esclavizar a los negros que se convertían al cristianismo. Pero finalmente el pragmatismo se impuso y se legisló a favor de la esclavitud para poder garantizar la mano de obra esclava, ya que las conversiones masivas la ponían en peligro. De hecho, Maryland fue de los estados que se negó, ya en la época de Lincoln, al abolicionismo de la esclavitud.

Desde los orígenes, entre Maryland y Virginia hubo disputas fronterizas. Un plantador de Virginia, estadista y puritano, William Clayborne, había establecido un puesto comercial y un asentamiento en la isla de Kent en 1631. Esa isla correspondía a Maryland. Bien apelando al rey, bien en refriegas con muertos, se solucionaban las periódicas crisis fronterizas. Durante las guerras civiles de Cromwell contra el rey, los Calvert, católicos, apoyaron al rey Carlos I, mientras que muchos protestantes en la colonia y en Virginia, entre ellos William Clayborne, apoyaron al Parlamento. Los puritanos de Virginia en 1644 se apoderaron de Saint Mary y se inició lo que se conoció como la Época del Saqueo, donde la provincia fue periódicamente arrasada por los protestantes y, de paso, se dedicaron a capturar jesuitas para devolverlos prisioneros a Inglaterra. Tras la ejecución de Carlos I, en 1642, Oliver Cromwell otorgó a Clayborne el control de Maryland. Este derogó la ley de Tolerancia Religiosa e incluso logró que la Asamblea de Maryland prohibiera practicar públicamente el catolicismo en la única colonia fundada por católicos. Cuando Cromwell murió, el rey Carlos II apoyó plenamente a lord Baltimore y se reestableció el estatus de los católicos.

- Pensilvania. El nombre deriva de su fundador William Penn. Penn había recibido una carta de propiedad del rey Carlos II para fundar su propia colonia. Pensilvania, situada al norte de Maryland, significa literalmente «el bosque de Penn». La carta no definía bien las fronteras de la colonia y pronto hubo un conflicto con Maryland. Penn empezó a construir su capital, Filadelfia («amor fraternal»), en territorio de Maryland, finalmente como acto consumado acaparó parte de la colonia católica. William Penn era un cuáquero (aquel grupo inconformista de Inglaterra) y las tierras le habían sido concedidas por Carlos II para pagar una inmensa deuda a su padre, el almirante Penn. La propiedad de la colonia estuvo en manos de la familia hasta la guerra de la Independencia de los Estados Unidos, cuando se creó el estado de Pensilvania y se convirtió en uno de los trece estados originales.

  El fundador llamó a su proyecto de colonia El santo experimento. Con sus cuáqueros quería demostrar que se podía crear una organización política con cristianos monoteístas (esto es,

excluyendo a anglicanos y católicos que eran trinitarios) y sin las tensiones que se vivían en Inglaterra. Pactó con los indios y les compró tierras. Penn era un gran emprendedor y su colonia se convirtió en la más próspera de todas, llegando su fama a Inglaterra y otros lugares de Europa (recordemos que Franklin residió ahí). Logró que emigrasen desde Inglaterra, Irlanda y zonas de Alemania, cuáqueros, menonitas y otros creyentes afines. Allí crearon zonas de cultivo emigrantes holandeses y alemanes (llamados *deutsch*). Entre los primeros grupos estuvieron los menonitas, quienes fundaron Germantown, en 1683, y los amish. En 1751 se fundó el Pennsylvania Hospital que fue el primer hospital en las colonias americanas británicas, y se abrieron la academia y la Universidad de Filadelfia (en la América española ya se llevaban casi dos siglos y medio con universidades y hospitales).

Se creó un gobierno que garantizaba derechos como la separación y limitación de los poderes políticos, la libertad de culto (excepto para católicos y anglicanos) y el comercio libre en la

Llegada de los Padres peregrinos a Plymouth.

colonia. En esas tierras tenía que reinar el espíritu de solidaridad y generosidad y el principio pacifista se expresó con el rechazo a tener un ejército. Pensilvania se regía por una asamblea *igualitaria* (de terratenientes) y una bonhomía que inspiraba la legislación, dándole el aspecto de una utopía realizada. Pero, en 1698, una ola de asesinatos sacudió esas tierras y obligó a introducir una reforma profunda en su legislación *buenista*. Los nuevos colonos que iban llegando ya no eran pacíficos y piadosos cuáqueros, menonitas o amish, y la utopía se derrumbó. La nueva legislación fue tan estricta que el propio Consejo del Rey la rechazó y tuvieron que relajarla. Con el tiempo, los cuáqueros fueron perdiendo influencia en la colonia, sobre todo a raíz de su negativa a luchar en las guerras indias o contra los franceses, por eso se retiraron definitivamente de su gobierno en 1756. Los actuales cuáqueros consideran que en esa fecha se acabó El experimento sagrado.

- Otras colonias. Cada una de las colonias llegó a tener sus propias características religiosas. El origen de Rhode Island fue precisamente el acoger a los que escapaban de la puritana Massachusetts. Entre los puritanos de ahí, algunos como el reverendo Roger Williams, eran moderados y aceptaban que se pudieran practicar otros credos protestantes fuera del puritanismo. Por esta opinión, Williams fue arrestado y expulsado de la colonia. Se estableció en Rhode Island donde arribaban, huyendo de Massachusetts, otros puritanos moderados, cuáqueros, católicos, judíos, presbiterianos, anglicanos, incluso ateos. Fundó la ciudad de Providence, en honor de la providencia divina que creía lo había llevado ahí para iniciar «una nueva misión». Por su parte, la colonia de Nueva Jersey fue dominio de los calvinistas holandeses que la denominaron Nuevos Países Bajos y con ellos convivieron una extensa comunidad de judíos. Fundaron Nueva Ámsterdam, en la actual isla de Manhattan, que se la habían comprado a los indios. Posteriormente al ser vendida a los ingleses se convertiría en Nueva York. Desde entonces el asentamiento judío fue fundamental para la prosperidad de la zona. Connecticut puede considerarse una colonia o provincia que fue una prolongación de la colonización de los puritanos y debido a esa expansión se produjo

la guerra de exterminio contra los indios *pequot*. Georgia, cuyo nombre se debe al rey Jorge II, se pensó como una colonia fronteriza para frenar el avance de los españoles por la Florida que ya habían fundado, en 1565, la ciudad de San Agustín. Esta ciudad fue atacada constantemente por ingleses, como Francis Drake, y entró en conflicto con hugonotes franceses que querían asentarse en la Florida. A la postre, fue la ciudad donde esclavos negros de las colonias británicas buscaron refugio y libertad.

Se puede decir que las colonias tuvieron una vida muy autónoma y con dinámicas religiosas muy peculiares, pero el denominador común fue el espíritu protestante que llevó a formar el espíritu de independencia de la metrópoli. La independencia no vino por lo que habitualmente se cree. En el imaginario colectivo está la idea de que se produjo por las represiones contra el Motín del Té en Boston, donde quejosos por los impuestos, colonos disfrazados de indios echaron al mar tres cargamentos de té. Lo que en realidad tensionó las relaciones entre las colonias y Londres fueron las llamadas Intolerables Acts («leyes intolerables»). Se refieren a leyes emitidas por el Parlamento de Inglaterra que los colonos consideraron insultantes. Unas tenían carácter político, otras económico y otras religioso. Por ejemplo, la ley del Puerto de Boston (en territorio puritano) lo cerraba para el comercio. La ley de Gobierno de Massachusetts se promulgó al considerar que la colonia se había convertido en una *mafia* puritana y otorgaba al gobernador la capacidad de elegir jueces y alguaciles del condado, sin la aprobación del Consejo. Ello evidentemente no podía ser aceptado por los puritanos que controlaban la política local. Pero quizá la ley que más agitó los espíritus fue la ley del Quebec. Tras la guerra franco-inglesa en el Quebec (1756-1763) y la victoria británica, esos territorios se integraron a la Corona junto con su población francesa católica. La ley del Quebec concedía «el libre ejercicio de la religión de la Iglesia de Roma»; esto es, libertad religiosa a los católicos. Muchos colonos protestantes, especialmente puritanos, se estremecieron ante la perspectiva de tolerar el catolicismo en América del Norte. Este motivo impulsaría —mucho más que los motivos económicos— la guerra revolucionaria en abril de 1775, que desembocaría en la independencia de las colonias en 1776.

Si hay una fiesta que destaca en el actual Estados Unidos, es el Thanksgiving Day (el Día de Acción de Gracias). En la Inglaterra protestante estas fiestas de acción de gracias —tras la recogida de las cosechas, por ejemplo— se hicieron especialmente populares durante la reforma anglicana de Enrique VIII. Se inventaron estas fiestas, pues había que compensar el gran número de festividades católicas que habían sido suprimidas. Antes de 1536, había 95 días festivos de la Iglesia católica, a los que se sumaban 52 domingos. La reforma anglicana redujo el número de festividades a 27, mientras que los puritanos radicales presionaban para dejar sólo festivos los domingos. En la Inglaterra protestante, los tradicionales días festivos católicos fueron reemplazados por *días de ayuno* o por *días de acción de gracias*. Los primeros se proclamaban ante desastres inesperados: sequías, plagas o cualquier amenaza de un *juicio divino*. Los segundos eran para dar gracias por lo que se consideraban acciones providentes benéficas. Por ejemplo, tras la victoria sobre la armada española en 1588 se celebraron días de acción de gracias. Un día de acción de gracias que se institucionalizó fue tras el fracaso de la Conspiración de la pólvora, en 1605, que se convirtió en la noche de Guy Fawkes, también conocida como la «noche de las hogueras», que aún se celebra cada 5 de noviembre en Inglaterra.

El Día de Acción de Gracias al que nos referimos tiene su lado idílico y su reverso más cruel. Las tierras a las que llegaron los puritanos en el Mayflower habían pertenecido a los indios *wampanoag*. Su número se había reducido sensiblemente pues una expedición inglesa anterior, en 1614, les había contagiado la viruela. De hecho, los primeros puritanos se establecieron cerca de las ruinas de la aldea indígena Pawtuxet (la futura Plymouth) y se alimentaron del maíz que encontraron en los campos abandonados. Por suerte, recibieron la ayuda del único sobreviviente de las epidemias, un indio llamado Squanto que había sido esclavo de los ingleses en Europa y hablaba su idioma. Les enseñó a sembrar maíz y a pescar para alimentarse antes de la primera cosecha. Squanto también colaboró en las negociaciones de un tratado de paz con la tribu Wampanoag. Y así pudieron sobrevivir el primer año tan precario. En 1621 los

puritanos celebraron con los *wampanoag* tres días de acción de gracias por la primera cosecha decretados por el gobernador de la colonia, William Bradford.

Pero este bonito gesto pronto se truncó. Como hemos visto, muchos de los nuevos colonos pusieron cuidado y empeño en comprar las tierras a los indios, pero los puritanos no estaban dispuestos a ello por considerarlos paganos. El gobernador de Massachusetts, John Winthrop, declaró del «dominio público» las tierras no cultivadas, según el derecho de Inglaterra. Paradójicamente los colonos puritanos declararon un Día público de Acción de Gracias, pero no por aquella primara cosecha y celebración con los nativos, sino para celebrar que «ya casi no queda un nombre ni una familia de ellos [los indígenas] y todos han sido muertos o capturados o han huido». Sería dos siglos y medio más tarde, en 1863, cuando se estableció como fiesta oficial en Estados Unidos el Thanksgiving Day. Y el contexto es muy importante porque en ese momento se vivía la guerra civil (1861-1865) y el presidente Lincoln buscaba un mito fundacional —recurriendo más a un relato oral que había quedado, que a una tradición celebrada secularmente—, para recobrar una conciencia colectiva entre los estados en guerra. La celebración cuajó y, actualmente, se celebra el Día de Acción de Gracias el cuarto jueves de noviembre.

Como se ha dicho antes, el sentir puritano sobre la propiedad de las tierras era muy específico. Fue el susodicho gobernador John Winthrop quien decretó: «En cuanto a los nativos en Nueva Inglaterra, no cercan la tierra, ni tienen ninguna población asentada, ni ningún ganado domesticado. Así que no tienen otro que un derecho natural a esas tierras, y si les dejamos suficientes tierras para su uso, nosotros legalmente podemos tomar el resto». O, como se recoge en los registros de la ciudad de Milford, Connecticut (un estado también fundado por puritanos): «la tierra es del Señor, la tierra se da a los santos y nosotros somos los santos». William Bradford (el segundo gobernador de Massachusetts) sostenía que los indios eran «personas salvajes que son crueles, bárbaras y lo más traicioneras», por tanto no había que civilizarlas. No obstante, un cierto paternalismo se expresó en el sello de Massachusetts que contenía la imagen de un nativo suplicando: «¡Ven y ayúdanos!» (*a exterminarnos*, se podría añadir para ser coherentes con la historia).

Las relaciones con los nativos se torcieron seriamente, como se ha señalado, con la guerra de los Pequot (1636-1638). El número de puritanos había crecido exponencialmente por la inmigración masiva. Los *pequot* eran los indios más poderosos de los que vivían en el valle de Connecticut y hacia donde se iban expandiendo los puritanos sin pedir permiso a nadie y ocupando sus tierras. El resultado fue que los indios, inevitablemente, asesinaron colonos entre 1635 y 1636. Los puritanos prepararon una expedición de castigo. Por aquel entonces, el mayor asentamiento de *pequotas* contaba con cerca de cuatrocientos habitantes. Los ingleses se aliaron con otra tribu, los Narragansett, y prendieron fuego al asentamiento; sobrevivieron sólo siete nativos. Los restantes fueron asesinados o esclavizados y trasladados a las Bermudas y las Indias Occidentales. El historiador Curtis Nettels, en su *Roots Of American Civilization* (1938) confirma que los *pequot* fueron «prácticamente exterminados» y sus tierras pasaron a manos de los colonos puritanos. Lejos quedaba ya el Día de Acción de Gracias.

La noticia del triunfo de los puritanos contra la tribu *pequot* recorrió todas las colonias: «los indios del sur de Nueva Inglaterra —apunta Curtis Nettels— quedaron impresionados por el poder del hombre blanco y se interesaron más por el Dios responsable de su éxito». John Eliot, que posteriormente recibió el título de Apóstol de los indios, fue uno de los pocos puritanos que se interesó por su evangelización. Gracias a él, en 1644, el Tribunal General de Massachusetts instruyó a los tribunales locales para que se encargaran de que los indios residentes en sus aldeas fueran civilizados e «instruidos en el conocimiento y culto de Dios». Pero el proceso fue lento y no contó con muchos entusiastas. En 1666, John Eliot, después de estar muchos años estudiando la lengua de los *algonquian*, publicó *La Gramática India Empezada*. En los virreinatos españoles ya se habían elaborado, desde hacía más de un siglo, innumerables gramáticas de lenguas indígenas y en sus universidades había cátedras donde se estudiaban las principales. Por eso, la labor *evangelizadora* de los puritanos debe ser matizada convenientemente.

Lo que pretendía en realidad Eliot y otros misioneros puritanos era constituir con los indígenas lo que llamaban «poblaciones de indios orantes». Su misión era simplemente rezar para que se instaurara el Reino de Dios, pero no para pertenecer a él. En el fondo Eliot era un radical puritano que pretendía que se estableciera una

teocracia pura y dura en Inglaterra y sus colonias. Escribió *The Christian Commonwealth or The Civil Policy of the Rising Kingdom of Jesus Christ* que curiosamente, siendo una justificación de la teocracia, es considerado el primer libro de política escrita por un colono norteamericano. Cuenta también con el mérito de ser el primer libro prohibido por las autoridades coloniales. Escrito en la década de 1640 y publicado en Inglaterra en 1659, su teocracia incluía a «los indios orantes» y proponía un gobierno de jueces, como el que propuso Moisés en el libro del Éxodo, o algo parecido a la Asamblea de los Santos de Cromwell. Se leía en su libro: «Cristo es el único heredero de la Corona de Inglaterra». Con la muerte de Cromwell, el Tribunal General obligó a Eliot a emitir una retractación, prohibió el libro y ordenó que todas las copias se destruyeran.

Los teócratas puritanos también protagonizaron otro de los episodios más oscuros de la historia de las colonias: la caza de brujas. Como se verá en el siguiente capítulo, la caza de brujas fue algo más propio de la modernidad (a partir del siglo XVI) que de la Edad Media. La caza y quema de brujas fue especialmente un fenómeno centroeuropeo que se extendió por los países luteranos, llegó a Inglaterra y de ahí saltó a las colonias. El episodio más conocido es el de las brujas de

Juicio a las brujas de Salem.

Salem, una población a unos 25 kilómetros de Boston. Allí se había trasladado a finales del siglo XVII el reverendo Samuel Parris con sus hijos, Thomas, Elizabeth y Susannah y sobrina Abigail Willians. Les acompañaba una esclava llamada Tituba, junto con su marido, John Indian. El reverendo Parris era un puritano típico de carácter arrogante y que aplicaba una férrea disciplina moral con su familia. A Tituba le gustaba contar historias misteriosas a las hijas del reverendo, así como practicar viejos rituales vudú. Un día, dos de estas chicas fueron sorprendidas bailando desnudas en un bosque. Según cuentan las crónicas de la época, empezaron a sufrir convulsiones en público, a pronunciar palabras y frases sin sentido, a estallar en llantos súbitos y a tener *comportamientos bestiales*. A ellas se unió Ann Putnam, una niña de 12 años, hija de una de las familias más ricas de la población. Ann contó que una vez estando en el bosque: «Luché contra una bruja que quería decapitarme». La imaginación y la sugestión se estaban disparando y eso se volvería contra ellas.

El médico de la población no encontró causas físicas para los fenómenos, con lo cual tuvieron que recurrir a explicaciones espirituales. Como toda la población puritana de Salem creía en las brujas, estas debían ser las causantes del obsceno comportamiento de las mozas. Para evitar la horca, las niñas acusaron a Tituba de iniciarlas en ritos satánicos. En febrero de 1692, se inició un juicio a cargo de los magistrados Jonathan Corwin y John Hathorne para dictaminar el origen de las posesiones diabólicas. Pronto se desencadenó un comportamiento explicable psicológicamente. Las niñas fueron presionadas para que delataran a sus cómplices y lo hicieron acusando a alguien más indefenso o a quien tenían más antipatía. La primera acusada fue Tituba que, para salvarse confesó a su vez: «He visto al diablo en el bosque. A veces toma la forma de un hombre muy alto de pelo negro, o de perro negro, o de cerdo, y he visto a un pájaro amarillo besar el dedo de otra bruja, y Betty, Abigail, Ann Putnam, Sarah Osborne, Sarah Good ¡están al servicio de Satanás! Y he visto el nombre de otros vecinos en el libro del mal».

Tras declararse culpable, Tituba fue condenada a prisión estando un año recluida. Dos de las denunciadas, Sarah Osborne, una anciana, y Sarah Good, una indigente, al no confesar su culpabilidad fueron ahorcadas. Posteriormente, otra mujer, Martha Corey, siguió la misma suerte al ser acusada sin fundamento. Su esposo, Giles Corey,

murió en prisión mientras era torturado. No se salvó de las acusaciones ni el pastor puritano, George Burroughs, que fue acusado por Ann Putnam, que declaró: «Su espíritu aparece en mis sueños y me dice que es el líder de los adoradores de Satanás, que mató a sus dos primeras esposas y que embrujó a los soldados que combatían a los indios en las fronteras de Maine». Otra aldeana, Susanna Martin, fue acusada por un vecino porque creía que había embrujado a sus bueyes, y John Alden, otro de los habitantes de Salem, fue acusado de ser el hombre del sueño de la esclava. El 2 de junio de 1692, el juez envió a la horca a Bridget Bishop, una mujer cuyo único pecado había sido haberse casado tres veces. Otra mujer, Rebecca Nurse, fue también denunciada. El juez, que la conocía bien, la declaró inocente lo que provocó tal oleada de protestas entre la población que el temeroso magistrado tuvo que cambiar de opinión y ordenar que la ahorcaran de inmediato.

Ese verano fueron juzgadas 144 personas, 19 fueron condenadas a muerte por brujería, además de una que murió en prisión durante las torturas. De los 144 acusados de brujería en Salem, 106 eran mujeres. Durante los juicios no se recogieron cultivos y se abandonó el ganado. Los molinos dejaron de funcionar pues los trabajadores asistían a audiencias judiciales por puro morbo. La población cayó en una depresión económica, pero poco importaba ante el espectáculo de las brujas. Las acusaciones traspasaron las fronteras de Salem y se dirigieron contra personas prominentes de Massachusetts. Las denuncias llegaron hasta lady Phips, la esposa del gobernador. Y ahí se acabó la broma. Tras las insinuaciones contra su esposa, el gobernador del Estado ordenó la suspensión de los juicios y absolvió a 49 personas aún detenidas. A partir de ese momento no hubo más matanzas y el delirio, tal como nació, cesó rápidamente. Los hechos de Salem son un indicativo de cómo era el represivo ambiente en algunos lugares que iban a ser el germen de Estados Unidos.

TIERRA DE PROMISIÓN Y LOS *DESPERTARES*

En 1630, el puritano inglés John Winthrop, el ya referido fundador de la colonia de la bahía de Massachusetts, invocó la frase «la ciudad en la colina» (en referencia a Jerusalén) para describir la nueva comunidad que él y sus compañeros colonos debían aspirar a construir al

servicio de Dios Todopoderoso. Desde entonces muchos creyentes que llegaron a las colonias quisieron construir muchas ciudades proverbiales, en muchas colinas. Pero cinco generaciones más tarde, en 1776, Thomas Jefferson (masón y panteísta) escribió la Declaración de Independencia sin mencionar la palabra Cristo. Sin embargo, el alma de Estados Unidos no podría entenderse sin el espíritu protestante que aspiraba a instaurar su Reino en esa tierra de promisión. A mediados del siglo XVIII se produjo el acontecimiento religioso más importante de la América prerrevolucionaria: el Gran Despertar (luego vendrían otros dos *despertares* más). Este fenómeno nos indica la impresión del protestantismo en el sentir colectivo de Estados Unidos sin el que no se podría entender buena parte de su historia.

El Gran Despertar se puede considerar como un acontecimiento fruto del evangelismo norteamericano que ayudó aunar en un mismo espíritu a protestantes de confesiones tan dispares. Este acaecimiento colectivo de renovación espiritual se produjo entre 1740 y 1760. Los primeros fervores de los primeros puritanos, cuáqueros y otros disidentes radicales, se habían ido apagando a finales del siglo XVII. Los descendientes de los primeros colonos estaban más preocupados por acrecentar sus riquezas que por crear la soñada Nueva Jerusalén que había motivado a los padres peregrinos. La Ilustración también había llegado a América y las clases más pudientes empezaban a abandonar la fe primigenia y se codeaban con el racionalismo y la masonería (como quedará demostrado en la redacción de la Declaración de Independencia y de la Constitución). De las 39 firmas que hay en la Constitución de Estados Unidos, hay pruebas suficientes de que 13 firmantes eran masones y posiblemente otros siete también. Pero antes de la independencia se produciría este *despertar* que podemos encontrar en hombres como Theodore Frelinghuysen (1691–1747), ministro de la Iglesia Reformada Holandesa en New Jersey. Una de sus primeras preocupaciones, al constatar que la frialdad espiritual se había adueñado de las iglesias, fue predicar la necesidad de una conversión genuina y la vuelta al espíritu originario.

La predicación de Frelinghuysen influyó en otros pastores, como el presbiteriano Gilbert Tennent (1703-1764). Tennent estaba convencido de que la causa de tal enfriamiento era que muchos reverendos no conocían el evangelio (justo de lo que Lutero y Calvino, dos siglos antes, acusaban a los católicos). Escribió una obra titulada

Sobre el peligro de un ministerio no convertido que causó sensación. En 1727, mientras Frelinghuysen y Tennent experimentaban este renacimiento espiritual, un joven llamado Jonathan Edwards (1703-1758) se dirigía a Northampton, Massachusetts, para hacer de ministro asistente. Este último se convertiría en una pieza fundamental del movimiento espiritual que iba a empezar. En 1741, Edwards predicó a una iglesia fría y apática en Enfield, Connecticut (donde cien años atrás los puritanos ardían en su celo purificador). Su sermón titulado *Sinners in the hands of an angry God* («Pecadores en las manos de un Dios airado») causó una profunda conmoción. Edwards resultó a la par de un potente predicador, un teólogo protestante prolífico escribiendo muchos libros, tratados y artículos. Su labor pronto iba a producir frutos.

En esa época se había creado en los ambientes puritanos el Halfway Covenant o «pacto a medio camino». La finalidad de este *acuerdo* era que los que querían abandonar la congregación porque vivían en situación de «pecado público», no la dejaran. Se permitía a ciertos fieles de la congregación ser parte de ella sin necesidad de un testimonio público de conversión. En otras palabras, se les permitió a los puritanos, en situaciones morales comprometidas, disfrutar de los privilegios de la membresía plena de la comunidad excepto la participación de *la cena del Señor.* Este «medio camino» había llevado a un enfriamiento del espíritu original y radical de los puritanos. Por eso, Jonathan Edwards inició una campaña contra el «pacto a medio camino». Había que estar dentro o fuera de la comunidad de los elegidos. Sus sermones provocaban conversiones y vueltas al espíritu puritano original e incluso llegaron impresos a Inglaterra, donde su lectura también provocaba transformaciones. Una de ellas fue la radicalización de un predicador anglicano, George Whitefield (1714-1770), que removió conciencias por toda Inglaterra y en las colonias. Tenía que predicar al aire libre pues la gente no cabía en las iglesias. Por esas cosas de la vida, Benjamin Franklin (1706-1790) lo conoció y quedó fascinado. Franklin, que sería masón y uno de los padres de la Constitución, no se convirtió con sus prédicas, pero se hicieron amigos y se hizo su editor.

Franklin dejó escrito que estaba maravillado al ver la transformación de las gentes ante los sermones y que parecía que todo el mundo se estaba volviendo cristiano. Llegó a escribir que no se podía

Escultura al puritano Samuel Chapin, en Springfield, Massachusetts.

caminar de noche por las ciudades sin escuchar los salmos cantados en los hogares de cada calle. Un efecto secundario de estas prédicas y el renacer del entusiasmo religioso, fue que los distintos protestantes —de diferentes confesiones— se empezaron a sentir unidos. Ha quedado recogida una de las predicaciones de Whitefield donde decía: «Padre Abraham, ¿a quién tienes en el cielo? ¿Algún episcopal? ¡No! ¿Algún presbiteriano? ¡No! ¿Algún independiente o metodista? ¡No, no, no! Entonces, ¿a quién tienes allí padre Abraham? ¡No conocemos ninguno de esos nombres aquí! Todos los que están aquí son cristianos, creyentes en Cristo». Así, las colonias —independientes unas de otras— empezaron a tejer una conciencia común. Algunos expertos indican que el Gran Despertar fue una de las causas que hizo posible la guerra contra la metrópoli que llevaría a la independencia en 1776. Es como si después de sentirse liberados del pecado interior con su renacimiento espiritual, los colonos también buscaran liberarse de la atadura exterior que representaba la monarquía. No se puede olvidar que el lema de la guerra de la Independencia fue: «¡No hay rey sino rey Jesús!». Y tampoco se puede menospreciar el hecho de que el odio a los católicos, expresado contra las leyes del Quebec, acabó uniéndolos contra la metrópoli.

Whitefield hizo siete recorridos por las colonias y predicó al menos 18.000 sermones. Alrededor de 1742, hubo un debate sobre el Gran Despertar que dividió a los ministros de Nueva Inglaterra. A los predicadores y seguidores que lo abrazaron se les dio el apelativo de *nuevas luces*. Aquellos que eran más conservadores en las formas y de espíritu más moderado fueron denominados *viejas luces*. Pero ya nada podía frenar el movimiento espiritual. Las iglesias protestantes se volvieron a llenar y entre los jóvenes cada vez surgían más vocaciones de pastores y estudiosos de teología y Biblia. Fruto de ello sería los centros formativos de pastores que luego se convertirían en las universidades de Princeton, Rutgers, Brown y Dartmouth. En las colonias se construyeron cientos, por no decir miles, de nuevas iglesias.

Medio siglo después, se produciría el segundo Gran Despertar (1790-1840). Esta corriente espiritual reflejó un triunfo del Romanticismo, en el sentido de apelar al entusiasmo y la emoción de lo sobrenatural sobre el escepticismo, el deísmo y el racionalismo de la Ilustración estadounidense. Algunos historiadores señalan que, aunque el despertar se produjo antes de la guerra de Secesión

(1861-1865), tuvo un fuerte impacto en ella. Pues entre las reformas cristianas que se debatían y pedían, no sólo estaba la prohibición del alcohol o la reforma de prisiones, sino también el abolicionismo de la esclavitud. Influyeron notablemente la llegada desde Europa del *metodismo*, el *pietismo* o la emergencia del *bautismo* como nuevas formas espiritualidad protestante que influyeron en las iglesias ya constituidas. También, en ese contexto, aparecieron confesiones como los *mormones* (Movimiento de los Santos de los Últimos Días), el Movimiento de Santidad o Iglesia Adventista del Séptimo Día. Las nuevas iglesias y denominaciones se multiplicaron. También se recuperaron los *camp meetings* (de antigua tradición escocesa y presbiteriana) que consistía en encuentros masivos de fieles durante varios días en el campo, donde acudían pastores a predicar. Todo Estados Unidos hervía de fe y entusiasmo. Y aunque aparecieron nuevos credos y doctrinas no impidió que se fortalecieran los existentes y sobre todo reinaba una apelación a la experiencia religiosa interior y no tanto a las liturgias y cultos.

Muy brevemente, hay que repasar algunas de las nuevas corrientes espirituales y otras se dejarán para el siguiente epígrafe. Una de ellas fue el *metodismo* fundado en Inglaterra por John Wesley (1703-1791). Esta corriente se dirigió primeramente a obreros, granjeros pobres y esclavos que se consideraban la *low church* («Iglesia baja», o la corriente antijerárquica de la Iglesia anglicana). Wesley y sus seguidores querían reformar la Iglesia anglicana por medio del estudio de la Biblia e intentar que su credo repercutiese en la vida cotidiana del creyente. El término «metodista» era un apodo peyorativo para designar al pequeño grupo de Wesley que se reunía con estudiantes de Oxford para estudiar «metódicamente» la Biblia. Se reunían cada semana, ayunaban regularmente y se abstenían de casi toda forma de entretenimiento y lujo. También visitaban con frecuencia a pobres, enfermos y presos. De Inglaterra el movimiento se extendió a Estados Unidos donde tuvo un grandísimo impacto y hoy en día supone una de las confesiones protestantes más numerosas. Por otro lado, apareció el *pietismo* que se originó en Alemania en ambientes luteranos, en el siglo XVII, pero que, en el siguiente siglo tuvo una gran expansión e influencia, no sólo en los fieles de a pie sino en grandes pensadores, literatos y filósofos como Immanuel Kant, Johann Georg Hamann, Gotthold Ephraim Lessing o Friedrich

Hölderlin. El pietismo daba también más importancia a la experiencia personal con Cristo que al culto y se centraba en el estudio de la Biblia. Para el pietismo cualquier laico sin formación teológica podía dirigir la lectura de la Biblia e interpretarla. Lo cual atrajo, por cierto, a muchísimas mujeres. Algunos señalan que en el pietismo estaría el origen del movimiento feminista.

El tercer Gran Despertar abarca desde 1850 a 1950. Esta vez, en este despertar se mezclaron muchas formas de espiritualidad incluso no cristianas. Cobraron muchísima fuerza las ideas milenaristas, o sea, los que esperaban la inmediata segunda venida de Cristo. Igualmente aparecieron movimientos centrados en el Espíritu Santo como los grupos pentecostales y otras espiritualidades no cristianas como el espiritismo, la teosofía o la ciencia cristiana. Es en esta fase cuando el protestantismo se *hace misionero.* Las Iglesias y denominaciones eran numerosísimas, fuertes y muchas muy ricas. Aprovechando la expansión política y militar de Estados Unidos por el mundo, lanzaron sus misioneros por todo el orbe. En el interior de Norteamérica, los abstencionistas (de alcohol), influidos por los pietistas, que a su vez eran partidarios del Partido Republicano, hicieron una cruzada en nombre de la religión para la prohibición de alcohol, cosa que lograrían en 1920. La Unión de Mujeres Cristianas por la Templanza movilizó a las mujeres para sucesivas cruzadas contra el licor, la pornografía, la prostitución y culminaron con la petición del sufragio femenino. Como se ha expuesto, es imposible deslindar estos *despertares* de las agitaciones políticas que sufrió Norteamérica. Algunos han apuntado que con el presidente Ronald Reagan y la nueva hegemonía del republicanismo, influido por algunas confesiones protestantes y el fenómeno de los telepredicadores, habría empezado de cuarto Despertar.

EL MILENARISMO EN AMÉRICA

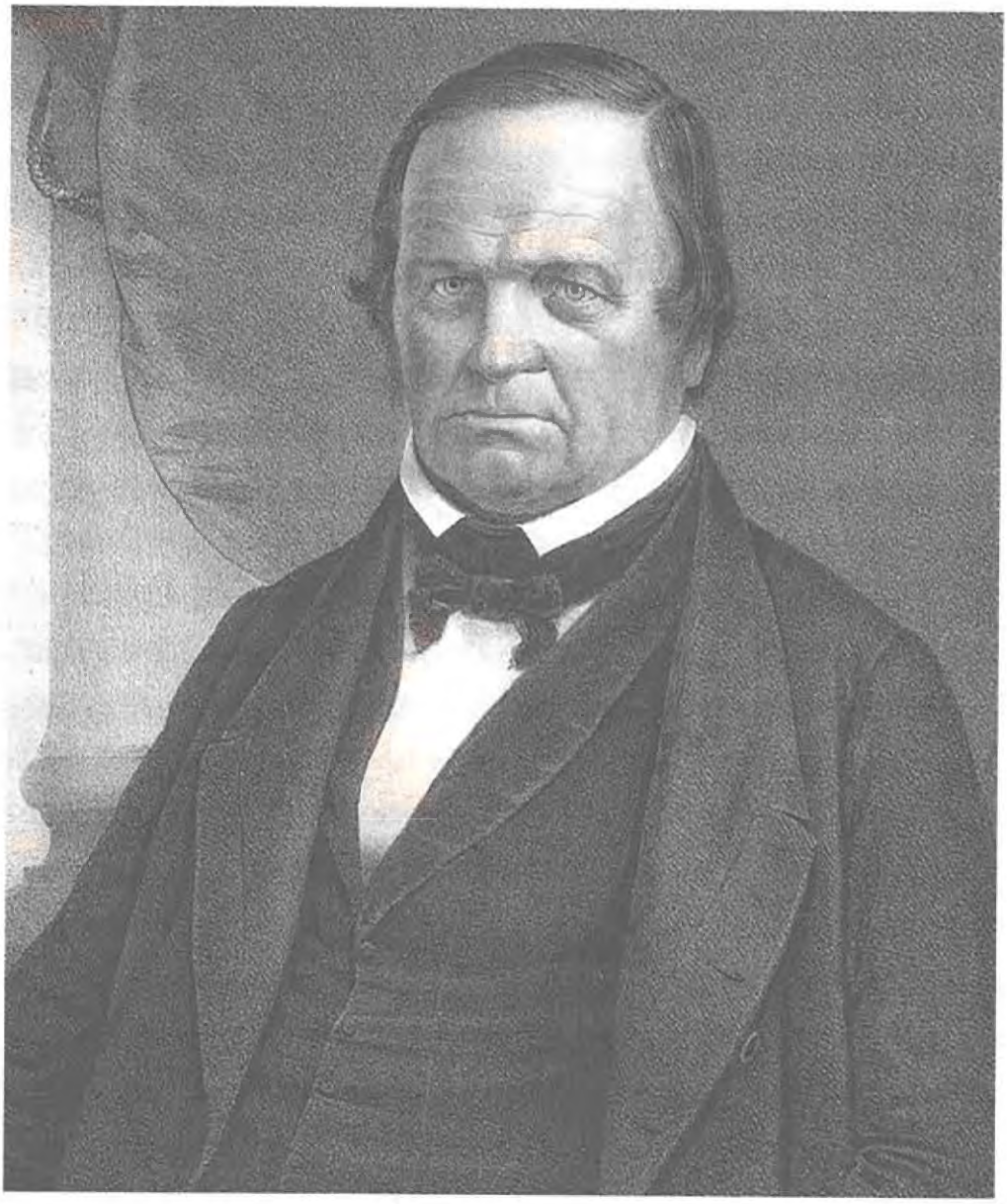
El milenarismo o *quiliasmo* (Del griego *quilio* que significa *millar*) es la doctrina teológica, basada en el libro del Apocalipsis y algunos profetas, según la cual Cristo ha de volver a la tierra para reinar mil años. Este reino acontecería antes del último combate contra el mal y el inicio del juicio final. Las disputas sobre el milenarismo las encontramos ya en el primer cristianismo con la aparición del

montanismo (doctrina y seguidores de Montano). Montano y unas mujeres que se le sumaron se hicieron famosos por profetizar la *inminente* llegada de Jesucristo en su segunda venida. Ordenaron a sus fieles que se congregaran en un lugar practicando ascetismo, oración y penitencia, para esperar una llegada que... nunca se produjo. Este arquetipo de sectarismo se fue repitiendo a lo largo de la historia. Dos siglos después, san Agustín de Hipona nos da cuenta de la existencia de los milenaristas de su época. En el siglo XII reapareció con fuerza el milenarismo con las huestes de los *dulcinianos* (que ya se trató anteriormente), o más tarde con los *taboritas* bohemios y los campesinos revolucionarios de Thomas Müntzer o los anabaptistas de Münster. Su huella está en la revolución puritana de Cromwell y en otros muchos lugares y momentos de la historia. Pero lo que nadie podría haber sospechado es su renacimiento y fuerza en el siglo XIX en Estados Unidos.

Curiosamente el precedente del milenarismo norteamericano decimonónico, lo encontramos en un jesuita chileno, el P. Manuel Lacunza (1732-1801) y su obra titulada *Venida del Mesías en gloria y majestad* (1790). Fue publicada bajo el pseudónimo de Juan Josafat Ben-Ezra. Esta obra tuvo entusiastas seguidores y duros detractores. En 1824, la Iglesia católica condenaba el texto siendo introducido en el Índice de libros prohibidos. Mientras que en el mundo católico la obra se fue perdiendo en el olvido, por contra tuvo una influencia notabilísima en el mundo protestante, donde sus ideas fueron expuestas y debatidas. Uno de los primeros milenaristas decimonónicos fue William Miller (1782-1849). Originalmente fue educado en la fe bautista por su familia, residiendo en el estado de Nueva York. Ya adulto se hizo teísta (creencia en un Dios que existe, pero que ni gobierna ni interviene en el mundo) y posteriormente se hizo francmasón. Tras la participación en la guerra Anglo-Estadounidense de 1812 (un conflicto entre Estados Unidos y las colonias de Inglaterra en Canadá), entró en una crisis pensando en la muerte y en el sentido de la vida. Sufría porque ante la muerte sólo había dos posibilidades: o la nada o el juicio de Dios. Ello le llevó a su fe original y a estudiar la Biblia.

El peligro de estudiar la Biblia por las buenas es que uno se puede hacer más de un lío. Basándose en un versículo del libro de Daniel: «Hasta dos mil trescientas tardes y mañanas; luego el santuario será purificado» (8, 14) y aplicando lo que dice la Biblia que «para Dios un

día es un año y un año un día», para Miller el cálculo de la segunda venida debía ser fácil. La purificación del santuario (o reconstrucción del Templo de Jerusalén, profetizado por Daniel) debía producirse ante la segunda venida de Cristo. Si el 457 a. C, Artajerjes decretó la reconstrucción del templo, 2300 años después se debía producir la segunda venida, esto es, en 1843. Tan peculiar fecha del final de los tiempos la *descubrió* en 1818, por lo que en sus memorias escribe: «Llegué entonces a la solemne conclusión, que en cerca de veinticinco años a partir de esa fecha (1818), todos los asuntos de nuestro estado actual, se colapsarían». Escribió sus conclusiones en forma de tesis en las que reafirmaba su convencimiento de la inminente llegada de Cristo, pero hasta 1831 no se atrevió a publicarlas.



William Miller.

Finalmente lo hizo a través de artículos en el *Vermont Telegraph*, un periódico bautista. Fue tal el éxito y la atención que reclamó, y las innumerables peticiones para que dictara conferencias, que decidió publicar un texto de 64 páginas titulado *Evidencia de las Escrituras y la Historia sobre la Segunda Venida de Cristo, cerca del año 1843: Exhibido en un Curso de Conferencias.*

En sus escritos privados anteriores había dejado escrito: «Yo creo que la segunda venida de Jesucristo está cerca, casi en puerta, aún dentro de veinte años, o antes de 1843». Por eso, cuando sus seguidores le pedían una fecha exacta, él rehusaba darla y simplemente desvelaba aproximaciones. La presión de los seguidores era tal que por fin dejó escrito: «Mis principios en breve son que Jesucristo vendrá otra vez a esta tierra, limpiará, purificará, y tomará posesión de la misma, con todos los santos, en algún momento entre el 21 de marzo de 1843 y el 21 de marzo de 1844». Pero llegaron sendas fechas y nada pasó. Ante la frustración, evidentemente había de dar explicaciones ante sus seguidores. Entonces, aprovechando que en el mundo judaico existen el calendario *caraísta* y el *rabínico* (el que él había tomado como referencia), rehízo el cálculo con el primero. La nueva fecha era el 18 de abril de 1844. Miller escribió para sus seguidores: «Confieso mi error y reconozco mi decepción; pero aún creo que el día del Señor está cerca, casi a la puerta». Algunos entusiastas también rehicieron cálculos y propusieron el 22 de octubre de 1844. Pero nada de nada ocurrió. Otra desilusión caía como una losa sobre sus espaldas. A esa frustración se le ha llamado «la gran decepción». Un entusiasta seguidor, Hiram Edson, que luego fundaría la Iglesia Adventista del Séptimo Día, escribía: «Nuestras más profundas esperanzas y expectativas fueron destrozadas, y un espíritu de angustia vino sobre nosotros como nunca antes había experimentado ... lloramos y lloramos hasta el atardecer».

Miller nunca renunció a sus creencias y, al morir en 1849, seguía convencido de la inminente venida de Cristo. Entre sus seguidores, muchos volvieron a sus antiguas congregaciones e iglesias. Otros siguieron rebuscando en la Biblia y planteando nuevas interpretaciones y fechas inmediatas. Pero todas fallaban. Entre los seguidores de Miller estaba el susodicho Hiram Edson, un metodista al que le llegaron noticias de la segunda venida para octubre de 1844. Desde ese momento sintió la voz de Dios que le mandaba predicar su próxima

venida. Tras el chasco de Miller, manifestó a sus íntimos que, en la fecha anunciada de 1844, él *había visto* entrar a Jesucristo en la segunda estancia del templo celestial, donde «tenía una obra que llevar a cabo en el Lugar Santísimo antes de venir a la Tierra». O sea, reinterpretó a Miller y vino a decir que no se había equivocado, sino que sus seguidores no lo habían interpretado bien. Resulta que la profecía no era sobre la llegada del Mesías a la Tierra sino al santuario celestial. Gracias a esta *visión* todo cuadraba y se explicaba que no se hubiera producido el esperado evento. Edson se embebió de la Biblia y en una serie de artículos reinterpretó el relato de Miller con nuevos argumentos teológicos. Ello atrajo la atención de los seguidores de Ellen G. White, que fue una de las principales promotoras de la Iglesia Adventista del Séptimo Día.

El adventismo estaba en marcha y había que purificarse para la venida del Señor. Anteriormente, Miller había hecho campañas contra el tabaco por considerarlo impuro para el cuerpo. Él mismo había sido buen fumador de pipa hasta que tomó consciencia de que el Señor podía llegar en cualquier momento y pillarle fumando, según dejó escrito. Ahora Ellen G. White predicaba el vegetarianismo. El adventismo fue un movimiento cada vez más radical del que se fueron distanciando las confesiones protestantes más institucionalizadas. Por su parte, los adventistas consideraban que la gran Babilonia del Apocalipsis no era sólo a la Iglesia católica (como tradicionalmente se interpretaba desde la época de Lutero) sino también a todo el protestantismo restante. No escarmentados con los fracasos proféticos de Miller, volvieron al ataque. Oficialmente, por parte de la Iglesia adventista, hubo dos anuncios más del fin del mundo, en 1854 y en 1873. Pero, como siempre, nada acaeció. Ello provocó divisiones en el movimiento: algunos buscaban nuevas fechas y otros se desencantaban y buscaban otros consuelos espirituales. En este momento la figura de Ellen G. White, educada en el metodismo, se volvió clave. Los críticos con su figura afirman que sufría una enfermedad mental debido a un golpe que se dio en la cabeza con nueve años y que tendría relación con la epilepsia. A los 13 años, había asistido a una conferencia de Miller que la adentró en el milenarismo. Fue otra más que, tras el fracaso de la predicción de Miller, tres meses más tarde, dijo haber tenido una visión donde Dios le daba a comprender también lo sucedido ese aciago 22 de octubre de 1844.

Adquirió pronta fama entre los adventistas y se casó, en 1846, con un pastor adventista, James White. A ella se le debe la denominación actual de la Iglesia adventista (Seventh-Day Adventists). *De facto*, muchos la consideran como la fundadora, pues fue la reorganizadora de un caótico movimiento espiritual. En 1863 estableció una autoridad central, la Conferencia General, y durante 50 años gobernó el movimiento con mano de hierro a través de edictos incontestables que se fundaban en las «revelaciones divinas» que afirmaba recibir directamente. Como se ha dicho, fue una adelantada a su tiempo en temas vegetarianos. Cuando su marido enfermó, Ellen definió un programa de vida para contribuir a la salud física de los *justos*, o sea de los miembros de su iglesia. Inauguró así una nueva etapa en el mundo protestante que tendría que ver con las terapias de salud asociadas al progreso espiritual. En 1866 abrió su Instituto para la reforma sanitaria, que sería el primero de una cadena de hospitales, muchos de los cuales perduran hoy. Dos hermanos, John y William Kellogg, que profesaban el adventismo, en consonancia con esta teología de la salud, fundaron la empresa Corn Flakes de Kellogg para que se pudiera desayunar *sanamente* con cereales en vez de con tocino y huevos.

Los escritos de Ellen fueron considerados por sus seguidores como *inspirados*. Ello provocó un choque con otros grupos protestantes que evidentemente sólo podían admitir la Biblia como texto inspirado por Dios. El problema de los textos de Ellen G. White es que caían en una tautología: sus libros eran inspirados porque ella decía que le habían sido inspirados. Entre otras ideas peculiares de su doctrina encontramos las siguientes: el alma no es necesariamente inmortal; los impíos no van al infierno, simplemente su alma será aniquilada; la Gran Ramera de Babilonia descrita en el Apocalipsis es la Iglesia católica; todo el resto de iglesias protestantes son *sectas*; la segunda bestia del Apocalipsis es el gobierno de Estados Unidos o hay que alimentarse según las prescripciones del libro del Levítico. De hecho, los adventistas son considerados como el primer grupo de origen cristiano que aplica una dieta bajo precepto religioso (a ellos les seguirían otros). Otras peculiaridades teológicas que defendían era que Cristo no habría realizado la expiación de los pecados en la cruz, sino que habría esperado hasta 1844 para entrar en el «santuario del cielo»; el precepto religioso se habría de

celebrar el sábado y no el domingo, por eso, despectivamente, algunos protestantes les llaman hoy en día *sabatistas;* o se exige el pago del diezmo a los adeptos (lo que ha llevado a ser acusados por otros grupos protestantes como secta). Por último, decir que ante los conflictos bélicos eran pacifistas y se negaban a coger las armas. En 2016, una película, titulada *Hasta el último hombre*, recogía la heroicidad de un soldado norteamericano de confesión adventista, que se convirtió en un héroe durante la Segunda Guerra Mundial. A pesar de no coger armas, salvó en primera línea a muchos heridos en cuanto que ayudante médico.

Más tardíamente, otro de los grandes grupos milenaristas de Estados Unidos serían los Testigos de Jehová (Jehovah's Witnesses). Formalmente los testigos de Jehová adoptaron una estructura jurídica civil, la Watch Tower Bible and Tract Society of Pennsylvania, que fue fundada en 1881 por Charles Taze Russell, quien la presidió hasta su muerte en 1916. Ya de joven abandonó las doctrinas de su congregación y se sintió atraído por el adventismo y puntos de sus doctrinas como la aniquilación de las almas; también le atraía sumamente la idea de la segunda venida. Russell era un negociante que se había hecho famoso por sus falsas curas contra el cáncer y un *trigo milagroso* que vendía a precios exorbitantes. No había terminado la escuela secundaria y, evidentemente, no tenía estudios teológicos ni conocimientos de griego, latín o hebreo, pero llegó a la conclusión que todos los que habían estudiado la Biblia durante diecinueve siglos, se habían equivocado.

Se autonombró pastor y creó un sistema doctrinal con ideas adventistas e ideas propias, iniciando un movimiento conocido como los Estudiantes de la Biblia. En 1879 fundó la revista *Zion'S Watchtower* («La atalaya de Sion») para aleccionar a la humanidad sobre cómo interpretar la Biblia. Para 1880, ya había más de treinta congregaciones en Estados Unidos asociadas con el movimiento. Sus enseñanzas se alejaban cada vez más de las de los grupos protestantes tradicionales. Adoctrinaba sobre que Jesús había vuelto en una manera invisible y espiritual en 1874. Russell anunció la segunda venida de Cristo, esta vez visible, para el año 1914. En ese año los 144.000 escogidos (que relata el Apocalipsis), debían ser llevados al cielo y dar comienzo el milenio. De nuevo nada pasó, excepto el inicio de la Primera Guerra Mundial que Russell interpretó como la

batalla de Armagedón que se relata en el Apocalipsis. Entonces decidió que la segunda venida sería en 1915 y luego la pasó a 1918. Lo malo es que ese año se murió Rusell y no pudo dar explicaciones del fallo profético.

Tras su muerte, quien tomó las riendas de la asociación fue un abogado llamado Joseph Rutherford. Con toda tranquilidad anunció que la segunda venida sería para 1925. La fecha fue ampliamente publicitada como «absoluta y terminantemente correcta». Pero Jesucristo se resistió a venir. Aunque muchos se desilusionaron, lógicamente, otros seguían creyendo que Rutherford era un hombre iluminado por Dios. Quizá para dar un cambio de imagen a la asociación, por culpa del fracaso de la profecía, a partir de 1931 se empezaron a llamar testigos de Jehová. El gran problema se produjo cuando ya se contabilizaron más de 144.000 testigos de Jehová (esa era la cifra de los escogidos). Rutherford maniobró rápidamente y afirmó que los escogidos eran los que se les habían unido antes de 1935 y los demás quedaban en lista de espera. Así, de funambulismo en funambulismo teológico, la doctrina iba variando. Como en época de Cromwell, prohibió la celebración de la Navidad entre sus seguidores. También prohibió que los testigos de Jehová celebraran los cumpleaños, las transfusiones de sangre y afirmó que Cristo no murió en una cruz, sino en un madero (ello era para no tener que usar el signo de la cruz como hacían las otras confesiones protestantes). Como novedad teológica, sus seguidores consideran la Organización de las Naciones Unidas (ONU) un instrumento del Anticristo para impedir el triunfo del reino de Cristo.

Una variante de estos tipos de milenarismos es el arrebatamiento. La doctrina surgió, y hoy es muy popular, entre grupos evangélicos. Sus orígenes los encontramos también en Europa entre los pietistas, metodistas, anabaptistas y en Estados Unidos entre bautistas, pentecostalistas y carismáticos. Con otras palabras, son los movimientos que más se resisten a institucionalizarse como una Iglesia reformada al uso. La teoría del arrebatamiento surgió de las traducciones de la Biblia que realizó John Nelson Darby (1800-1882). Configuró lo que se ha llamado el dispensacionalismo. Esencialmente, su teología recuperaba la idea de que uno no podía salvarse por sí mismo (contra la «sola fe» del luteranismo), pero mantenía una peculiar idea del milenio. Se basaba en un texto de san Pablo de la primera carta

a los Tesalonicenses, donde se lee: «los que están vivos y permanecen hasta la venida del Señor, serán arrebatados juntamente con ellos [los muertos resucitados] en las nubes para recibir al Señor en el aire».

En definitiva, Cristo arrebatará (raptará) a los suyos al cielo, mientras Satanás se ceba, antes del juicio final, con el resto de mortales en la Tierra. Gracias a la publicación del libro de Hal Lindsey *La agonía del gran planeta Tierra* (1970), que alcanzó una nada desdeñable venta de 15 millones de ejemplares y la difusión de varias películas, hoy la teoría del arrebatamiento se ha convertido en una doctrina muy popular en muchas Iglesias evangélicas (En la famosa serie de *Los Simpsons*, el vecino beatorro Ned Flanders representa a un evangelista que suspira por el rapto). La doctrina del arrebatamiento llevó a que se propusieran nuevas fechas para el acontecimiento y se alentara la esperanza milenarista. Para algunos teólogos protestantes imbuidos de estas ideas, tras increíbles y arbitrarios cálculos cabalísticos, el fin del mundo sería en 1981. Al fallar la fecha, se reiniciaron los cálculos y la siguiente fecha propuesta fue el año 1988. El libro más famoso que promulgó ese año, se titulaba *88 razones por las que el rapto será en 1988* de Edgar Whisenant. Pero ni por asomo acertó. Por ello, tras otra pirueta interpretativa, propuso que sería en 1989. Nueva frustración. Otro entusiasta, Pat Robertson, indicó que la fecha clave de partida para el cálculo era 1967, esto es, cuando se declaró Jerusalén capital de Israel y la fecha para el arrebatamiento debía ser el año 2007, cuarenta años después. Nuevamente Jesucristo se resistía a hacer caso de las cábalas y no acababa de llegar. Y así, hoy en día, cada cierto tiempo a alguien se le ocurre un nuevo argumento y una nueva fecha. Sea como sea, el milenarismo ha dejado una fuerte impronta en la conciencia colectiva norteamericana.

LA ÚLTIMA EXPANSIÓN: HACIA EL SUPREMACISMO WASP

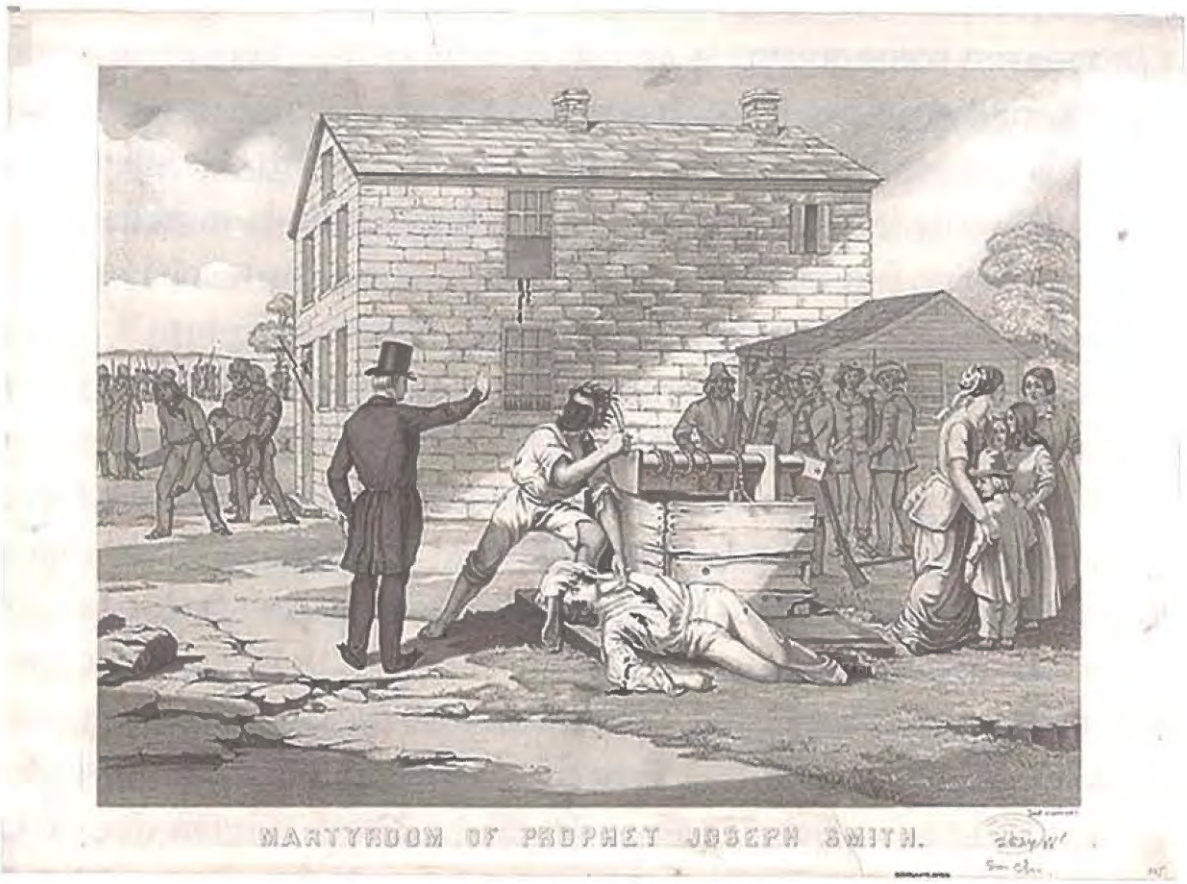
No se puede acabar este capítulo sin una mención al mormonismo o la Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días. Sus orígenes se remontan a 1830 en la región occidental del estado de Nueva York, donde Joseph Smith, todo un personaje, fundó la Iglesia de Cristo. Como tantos otros, su objetivo inicial de crear una Nueva

Jerusalén en Nueva York, a la que llamaría, por su puesto, Sion. Diez años antes, en 1820, Smith tuvo una visión concluyente en Palmyra, a unos 80 kilómetros de Nueva York: Dios Padre y Jesucristo se le aparecieron para desautorizar todos los credos y confesiones protestantes existentes hasta el momento. Por fin se había acabado el problema de tanta división en el seno de la Reforma. Esta es la conocida como la Primera Visión. En 1823 llegaría la Segunda Visión, donde un ángel llamado Moroni le indicó que, en una colina cercana a Palmyra, encontraría unas planchas de oro. Correspondían al Libro de Mormón escrito en un idioma llamado *egipcio reformado* (idioma del que hasta entonces nadie sabía nada) y que Smith supo traducir gracias a unas *piedras videntes* denominadas Urim y Tumim. Este famoso libro describe que Jesucristo, en su ascensión a los cielos, no fue al Padre, sino se fue a América a predicar, sin mucho éxito por cierto. El Libro de Mormón es un texto canónico que está, para sus creyentes, por encima de la propia Biblia. Lo malo es que el ángel Moroni se llevó las planchas al cielo y no se ha podido cotejar la traducción.

En 1831 Smith y sus seguidores avanzaron hacia el oeste a Kirtlan (Ohio). Establecieron un asentamiento y su afán proselitista acabó en enfrentamientos con la población autóctona. Fueron expulsados e intentaron reconquistar la ciudad con las armas. Tras un acuerdo de paz, pudieron permanecer ahí hasta que se denunciaron escándalos de corrupción económica por parte de Smith. Le abandonaron muchos de los suyos y, amenazado, emprendió la marcha hacia el río Misisipi fundando en 1839 la ciudad de Nauvoo. Los mormones se rehicieron numéricamente con nuevos adeptos. Y es ahí donde Smith empezó a introducir la poligamia (a imitación de los patriarcas bíblicos) entre sus allegados y se empezaron a desarrollar unos rituales para *divinizar* a los escogidos. Todo iba bien hasta que entraron en disputa con la población local (se llamó la Guerra mormona) donde John Smith fue detenido y asesinado junto a su hermano por una turba enfurecida. Esto ocurría en 1844. Se desató una crisis de sucesión que llevó a divisiones y luchas hasta que se impuso Brigham Young (1801-1877). Este llevó a sus seguidores a Nebraska y tras una larga marcha al oeste llegaron a Utah. Hoy en día, en la psique colectiva de los norteamericanos, los mormones cruzando las planicies de Salt Lake para encontrar el lugar santo donde asentarse,

representa la imagen de los *pioneers* («pioneros») que fueron conquistando Norteamérica de este a oeste. Es una imagen que ha quedado en la retina de tanto repetirse en los famosos westerns.

El Gobierno Federal de Estados Unidos miraba con recelo a esos pioneros que iban a la suya, tenían creencias extrañas, practicaban la poligamia y que, donde aterrizaban, entraban en conflicto con la población local. El Partido Republicano solicitó enviar el ejército a Utah para acabar con ellos. Ante ello, los mormones decidieron armarse y controlar, por sospechosos, a los colonos que pasaran por sus tierras. La cosa acabó en desgracia cuando un malentendido llevó a que los mormones masacraran a una caravana en la conocida como la Masacre de Mountain Meadows (1855). Tras hacerse justicia y ejecutar al mormón responsable de la matanza, llegó el momento de *legalizar* su situación. Las tierras de Utah acaban de ser arrebatadas por Estados Unidos a Méjico y, salvo algunas tribus, poco más había. Los mormones pidieron que esos inmensos territorios se convirtieran en un estado. Tras varios intentos, al final se legalizó el estado de Utah, en 1851, y Young fue nombrado su gobernador



Asesinato de Joseph Smith.

durante ocho años. Con mano firme, para muchos dictatorial, consiguió fundar ciudades, atraer población europea y crear una de las sociedades más prósperas y ricas de Estados Unidos. En 1875 llegaba el ferrocarril a Salt Lake City, los mormones se integraban en la dinámica económica y política de los Estados Unidos y renunciaban a la poligamia.

Aunque sea políticamente incorrecto decirlo, el Libro de Mormón y otra de las obras clave de los mormones, *Pearl of great Price* (Perla de gran precio), reflejan el supremacismo blanco. Cuando, según el esquema doctrinal de los mormones, Cristo viajó volando para predicar en América, allí encontró a los *lamanitas* (de los que no hay ninguna evidencia arqueológica), que eran los teóricos ascendientes de los indios del siglo XIX que se encontraron los mormones. Por sus pecados fueron maldecidos por Dios *oscureciendo su piel* para hacerlos menos atractivos que los *nefitas*, que conservaron la piel blanca original por haber creído. En el Libro de Mormón se describe que los *lamanitas* que se unieron con los *nefitas* cambiaron el tono de su piel de oscuro a blanco. Los demás se quedaron oscuros, casualmente como los nativos que iban encontrando. Según la *Perla de gran precio*, en el libro de Moisés, Enoc afirma que Dios maldijo a la tierra de Canaán y que advino un color oscuro sobre sus habitantes, siendo despreciados por toda la gente. Joseph Smith interpretaba que el faraón era nieto de Cam, y que «así nació de Cam la raza que conservó la maldición sobre la tierra [en referencia a la raza negra]»; también se señala que el faraón fue maldecido en cuanto al sacerdocio por pertenecer al linaje de Cam, es decir, al ser de raza negra. Estos argumentos *teológicos* fueron los que usaron los mormones hasta 1978 para no ordenar sacerdotes de raza negra en su congregación.

El caso de los mormones nos ilustra el espíritu general del mundo WASP (*white, anglosaxon and protestant;* «blanco, anglosajón y protestante»), donde la población norteamericana de origen europeo y protestante, desarrolló un supremacismo racial frente a los indios, población esclava de origen africano, latinos, católicos, judíos, asiáticos y un largo etcétera de razas y condiciones que no coincidían con ella. Encontramos casos más que paradójicos como el del general Philip Sheridan, del ejército de la Unión que en la guerra civil luchó contra los *esclavistas* confederados. Tras la guerra, participó

en las guerras indias donde se ganó la fama de cruel, y hoy de genocida. A él se atribuye la frase «The only good Indian is a dead Indian» («El único indio bueno es el indio muerto»). Hay muchas expresiones en inglés americano, que surgieron allá por el siglo XIX, pero que hoy la corrección política impide usar. Expresiones como «As mean as an Indian» («tan malvado como un indio»); «Indians will be Indians» («El indio siempre será indio»); «An Indian, a partridge, and a spruce tree can't be tamed» («No se puede domesticar a un indio, una perdiz ni un abeto») o «The Indian will come back to his blanket» («Los indios acaban volviendo siempre a sus costumbres primitivas»), denotan el típico fatalismo puritano y en ellas subyace la idea de la predestinación calvinista.

Durante el siglo XIX, y especialmente tras la guerra de Secesión, las viejas matanzas de indios se reanudaron, centrándose en el oeste llegando hasta California, o sea los territorios arrebatados a México. Las llamadas guerras indias eran levantamientos y sublevaciones de pueblos indios, de baja intensidad por su mínima capacidad bélica, pero que fueron aplastados por un ejército ya fornido, preparado e infinitamente superior en medios y tecnología. De los cientos de matanzas habidas, podemos destacar la masacre del río Bear, que tuvo lugar en Idaho, el 29 de enero de 1863. Un destacamento de voluntarios de California se dirigió contra los indios *shoshone*. Eran una tribu a la que se le había arrebatado sus territorios. Ante la escasez de recursos para sobrevivir habían realizado incursiones para obtener alimentos y suministros de las granjas y ranchos de los colonos que ocupaban sus antiguas tierras. En la razia cayeron asesinados unos 500 indígenas entre hombres, mujeres y niños. Nos han quedado testimonios como: «Varias indias fueron asesinadas porque no se sometieron silenciosamente a ser violadas, y otras indias fueron violadas en la agonía de la muerte». Un mormón de la zona detallaba que se dedicaron a «agarrar a niños pequeños por las trenzas y darles vueltas hasta romperles el cuello».

En la segunda mitad del siglo XIX, este tipo de exterminios fue frecuente en la costa oeste. Se puede hablar de un apoyo institucional por parte de las autoridades que ayudaron y financiaron a mineros, colonos, ganaderos y milicias populares para esclavizar, secuestrar, asesinar y exterminar a la población india. Para los indios desplazados se acuñó el término «excavadores» porque habitualmente

escarbaban en el suelo para encontrar raíces con las que saciar su hambre. La Ley de California para el Gobierno y la Protección de los Indios, de 1850 y derogada en 1863, estipulaba que se podía contratar niños indios para trabajar para los blancos. Se permitía castigar a los indios *vagabundos* y ponerlos en *alquiler* en subasta pública. Esto vino a legalizar una nueva forma de esclavitud en California. Un libro que testimonia esos hechos es de 1864, escrito por John Ross Browne y titulado *Los indios de California*. En él se describe el fraude sistemático, la corrupción, el robo de tierras, la esclavitud, la violación y la masacre perpetrados contra una parte sustancial de la población aborigen.

El anuario *Handbook of the Indians of California* de 1925, estimaba que la población indígena de California disminuyó de unos 150.000 en 1848 a unos 30.000 en 1870. Y cayó a 16.000 en 1900. La desaparición fue causada por enfermedades, hambrunas, asesinatos y masacres, particularmente durante la *fiebre del oro*. El 19 de agosto de 1848, el diario *New York Herald* anunciaba que se había descubierto oro en California. Ello provocó oleadas de colonos en busca de riqueza. Con la excusa de que los *salvajes* suponían una gran amenaza para la soberanía estadounidense, el gobierno de los Estados Unidos aprobó en 1850 una ley que permitía a los colonos poner a trabajar a cualquier indio que no pudiera probar el origen de sus ingresos. El primer gobernador californiano, Peter Hardenman Burnett, había afirmado que «debe esperarse a que se siga librando una guerra de exterminio entre las razas hasta que la raza india se extinga». Para ello armó milicias contra los indígenas. En 1850, estas milicias asesinaron a unos 400 miembros de los indios *pomo*. Se ofrecía dinero público por las caballeras de los nativos y los periódicos informaban sin rubor y con entusiasmo sobre las razias.

Pero no sólo fueron los indios, ni sólo en esa *última frontera* y no sólo focalizado a finales del siglo XIX. Toda la cultura supremacista con ese sustrato WASP estuvo extendida por todos los Estados Unidos. Las sucesivas oleadas de inmigrantes europeos de origen católico, italianos e irlandeses principalmente, dieron lugar a manifestaciones de odio en el mundo protestante. Por poner algún ejemplo, en 1834, una turba le prendió fuego a un convento católico cerca de Boston. Habían corrido rumores de que la congregación había asesinado a una de sus monjas por intentar abandonar la orden.

Evidentemente era falso e incluso la susodicha monja *asesinada* testificó en el juicio contra los incendiarios. Todo lo había provocado un periódico local intencionadamente. Nadie fue a prisión ni siquiera los bomberos que se negaron a apagar el incendio. En esos parajes, en 1854, fueron quemadas dos iglesias católicas y ese mismo año, un sacerdote católico jesuita, el P. John Bapst, fue cubierto de brea y plumas y casi lo matan. Su pecado era enseñar y pastorear a la tribu de los *passamaquoddy* y a los inmigrantes irlandeses. Pero sobre estos temas se volverá en capítulos posteriores. Ahora toca volver al viejo continente, en pleno estallido de la Reforma, para reconsiderar lo que significó el protestantismo, geopolíticamente hablando, para Europa.

La contrarreforma: paradojas y geopolítica

Hay que regresar tres siglos atrás para entender mejor la influencia del protestantismo en la modernidad. Es indudable que la Reforma supuso una revolución y ruptura más que una *evolución* y *modernización* del cristianismo. La Edad Media podía haber evolucionado en sus formas políticas de distintas formas, pero el protestantismo marcó un camino ya irreversible. En el protestantismo se puede reconocer la paternidad de los Estados modernos, tal y como los conocemos. Para Carl Schmitt, ese siglo señala el punto de partida de nuevas formas de poder que se irán cristalizando en el siglo XIX y alcanzarán su apogeo en el XX. Por eso se refiere al Estado moderno como un hecho «inverosímil» e inexplicable sin el protestantismo: «Esta cosa del todo inverosímil [el Estado moderno] que fue instaurar la paz en el interior y excluir la hostilidad como un concepto de derecho. Había conseguido suprimir la guerra privada, institución del derecho medieval, poner fin a las guerras de religión de los siglos XVI y XVII, que ambas partes consideraban como guerras particularmente justas, y establecer la tranquilidad, la seguridad y el orden en los límites de su territorio». Y este hecho hay que explicarlo.

Un Estado moderno es una forma de organización política que se caracteriza por tener un territorio claramente delimitado, una población relativamente constante y un gobierno legitimado por las leyes. En cierta medida, su origen está en el Tratado de Westfalia (1648) que cierra la guerra de los Treinta Años. Con este tratado se acababa definitivamente con el antiguo orden feudal y se daba paso a organizaciones territoriales definidas en torno a un Gobierno que reconocía sus límites y exhibía su nuevo poder, incluso sobre lo espiritual. Se puede decir que la Paz de Westfalia dio lugar al primer congreso

diplomático moderno e inició un nuevo orden en la Europa central basado en el concepto de soberanía nacional, a su vez fundamentado en una identidad que originalmente iba a ser religiosa según lo decidiera el Estado. Esta nueva integridad rompe con la vieja concepción feudataria del poder. Evidentemente que esta transformación no se produjo de la noche a la mañana y, de por medio, provocó crueles convulsiones religiosas y políticas.

Europa tendrá que verse sacudida no sólo por la revolución protestante, luego vendrán el surgimiento de las monarquías absolutas ilustradas que visibilizaban los nuevos Estados («El Estado soy yo» de Luis XIV) y las revoluciones políticas fruto de la francesa de 1789. En el siglo XIX estallaron las insurrecciones nacionalistas y de la *nada* surgieron naciones como Bélgica, Alemania o Italia. La más mínima disputa territorial, aunque fuera por unos pocos kilómetros de tierra, llevó a terribles guerras entre naciones, a las que el desarrollo tecnológico había dotado de instrumentos de guerra cada vez más letales, y de administraciones públicas capaces de movilizar a millones de personas. Las identidades se fueron reforzando con nuevos códigos como la lengua (que impulsó el romanticismo decimonónico) o las razas (que se convirtieron en un argumento *científico* que dirigía la política). No es de extrañar que lengua y raza, y posteriormente la ideología, se convirtieran en los sustitutos de la religión. Pero nada de esto hubiera acontecido, probablemente, sin la emergencia del protestantismo. En este capítulo se revisarán algunas de las implicaciones geopolíticas que trajeron las confesiones reformadas a la nueva Europa que se estaba esbozando.

LA PRE-REFORMA Y REFORMA EN ESPAÑA

Se ha dicho que en España no triunfó la Reforma protestante porque eclesialmente España ya había sido reformada. Eso es en gran parte verdad, aunque no quita que el protestantismo intentará arraigar en estas tierras y que se usaran medios drásticos para evitarlo. La Inquisición española que habían solicitado los Reyes Católicos en 1478 al papa Sixto IV, era una maquinaria engrasada dispuesta a lidiar con las nuevas disidencias a las que se dio el nombre genérico de «luteranos». Pero evidentemente, sin un apoyo social del catolicismo

popular la historia hubiera sido muy diferente. Igualmente, sin personajes como el cardenal Cisneros y otros, la emergencia del protestantismo se hubiera encontrado otro panorama en la península. Cisneros fue ordenado sacerdote en Roma, donde ejerció de abogado. Se enfrentó al arzobispo de Toledo, lo que le llevó a estar encarcelado algunos años. Una crisis espiritual le arrastró a hacerse franciscano y en 1492 aceptaba ser confesor de Isabel la Católica. En 1494 ya es provincial de la orden franciscana, donde promueve una reforma de la orden y tras la muerte del cardenal Mendoza, en 1495, es nombrado arzobispo de Toledo. Se convertía así en uno de los hombres más influyentes de España.

Cisneros era consciente de los males que aquejaban a la Iglesia y en especial al clero. Por ello emprendió una reforma de las órdenes monásticas y mendicantes, apoyando a los observantes frente a los conventuales y acabando con la práctica de los frailes itinerantes que eran causa de escándalo por su bajo nivel moral y teológico. En cuanto al clero secular, dictó y obligó al cumplimiento de normas contra el concubinato y la adicción al juego o la bebida. También ordenó que los párrocos enseñaran la doctrina a sus fieles de una manera regular. Al respecto, comenta Gustavo Bueno: «Cuando Cisneros comenzó la reforma de las órdenes monásticas —reforma que implicaba la observancia estricta del celibato eclesiástico— cuatrocientos frailes andaluces pasaron al norte de África, convirtiéndose al islam, a fin de mantenerse en compañía legal con sus barraganas». Cisneros transformó los Estudios de Alcalá de Henares en una universidad dedicada al estudio bíblico. En 1502 se formó un equipo de trabajo que, en 1520, terminaría la elaboración de la Biblia políglota, en hebreo, griego, latín y arameo. Todo ello muchos años antes que Lutero realizara su traducción al alemán de los textos bíblicos.

Erasmo contaba con grandes simpatías en España y fue invitado por el cardenal Cisneros a dar clases en Alcalá, pero rechazó la invitación con estas palabras: «Non placet Hispania» («No me gusta España»). El rechazo del famoso humanista no quita que la *reforma* espiritual guiada por Cisneros fuera imponente. Hizo donativos para la traducción y publicación de libros de teología a lengua vernácula. Participó en diatribas sobre la vida espiritual contra los *alumbrados* de Toledo, una especie de protestantes a la española. No pudo acudir al V Concilio de Letrán (1512-1517), pero envió un

programa de reformas: descentralización de la curia, evitar la simonía en la elección pontificia, reunión de un concilio cada cinco años, examen de los candidatos a los beneficios eclesiástico, etcétera, adelantándose así a las *preocupaciones* reformistas de Lutero. Cuando muere Fernando el Católico, le sucede su nieto el emperador Carlos I de España y V de Alemania y será quien tendrá que lidiar con el protestantismo que está a punto de surgir en Europa. Un envejecido Cisneros urgió a un joven Carlos a viajar cuanto antes a Madrid para orientarle en los asuntos religiosos que apremiaban. Pero nunca se vieron ya que falleció «aburrido y desesperado por el retraso de la comitiva real».

En España hubo protestantes y, muchos, con una gran capacidad intelectual. Por destacar una figura, femenina para más *inri*, se encuentra María de Cazalla, cordobesa y de ascendencia judía. Es considerada como «la primera protestante». Fue juzgada por la Inquisición como luterana, erasmista y maestra de los *alumbrados*. Tuvo a su vez como maestra a Isabel de la Cruz, también de familia judeoconversa, y una de las fundadoras del *alumbradismo*. Era beata, sujeta a la regla franciscana, y enseñaba un camino de perfección conocido como «dejamiento», esto es, el abandono absoluto a la voluntad y al amor de Dios. Animaba a sus discípulos seglares a abandonar las formas exteriores de devoción y a los religiosos, especialmente franciscanos, a librarse de los ayunos, disciplinas, vigilias y otras penitencias mandadas por la regla. La Inquisición cortó de raíz la difusión del movimiento con la promulgación de un edicto en diciembre de 1524 y con la persecución consiguiente. Hubo *alumbrados* en Toledo, a los que la Inquisición comparó con los husitas. También se dio a conocer, en 1529, el grupo *alumbrado* de Valladolid encabezados por otra mujer: Francisca Hernández. Por tanto, se puede afirmar que España, por muy católica que fuera, no se libraba de las disidencias. Y así lo constata Modesto Lafuente en su *Historia General de España*, cuando señala que: «La España era el país que más se había preservado del contagio de la herejía. Y sin embargo la alcanzó también, y cuando Carlos V vino a reposar de las fatigas de cuarenta años, vio con indignación que el luteranismo no había perdonado al país esencialmente católico, y se había apoderado de las inteligencias de no pocos ilustrados españoles».

Entre tantas mujeres *alumbradas* que fueron apareciendo, cobra mayor realce la figura de santa Teresa de Jesús, pues también era descendiente de judeoconversos y también estuvo a punto de ser detenida por la Inquisición. En su *Vida*, relata con respecto a los inquisidores amigos: «Iban a mí con mucho miedo a decirme que andaban los tiempos recios y que podría ser me levantasen algo y fuesen a los inquisidores». Por aquel entonces, el nuncio del papa, Felipe Sega, la definía como: «Fémina inquieta, andariega, desobediente y contumaz, que a título de devoción inventaba malas doctrinas andando fuera de la clausura contra el orden del Concilio Tridentino y prelados, enseñando como maestra contra lo que san Pablo enseñó, mandando que las mujeres no enseñasen». Sin embargo, ante las incomprensiones incluso de las autoridades eclesiásticas de su época, inició la reforma del Carmelo. Ya había muerto Lutero cuando, en 1562, santa Teresa de Jesús fundaba el convento de San José de Ávila. En 20 años llegaría a fundar 17 conventos más de carmelitas. Esta *reformadora* antes de morir dijo algo que nunca pudo decir Lutero: «Al final, Señor, muero hija de la Iglesia». Siempre se ha de tener en cuenta que las tensiones espirituales, los desencuentros con las autoridades eclesiales, las ansias de reforma se dieron en muchos creyentes. Unos optaron por la vía del encontronazo y la escisión de la Iglesia y otros por la obediencia. Teresa de Ávila fue un ejemplo de esta última vía, pero hay más casos y muy parecidos.

La vida de san Juan de la Cruz corre paralela a la de santa Teresa de Jesús. Su empeño por reformar la orden carmelitana los mantuvo unidos durante décadas. El nuncio Felipe Sega se opuso a la reforma de la orden en su rama masculina que proponía san Juan de la Cruz. En 1577, un grupo de carmelitas calzados y seglares armados entraron donde residía san Juan de la Cruz y otro fraile en Ávila, llevándolos presos al convento del Carmen. Allí fueron azotados. Días después, a él lo llevaron, entre maltratos y engaños, a Toledo. Llegó preso al convento del Carmen de Toledo donde compareció ante un tribunal de carmelitas calzados y se le amenazó para que liquidara su reforma, so pena de excomunión. Sufrió padecimientos, humillaciones y era flagelado públicamente por toda la comunidad cada día. Bajo estos sufrimientos empezó a escribir los primeros versos de su inmortal *Cántico espiritual.* Tras meses de padecimientos pudo escapar. Su obra reformadora estuvo llena de complicaciones

y angustias. Incluso tras su muerte, le siguieron difamando. Uno de sus peores enemigos, un fraile de su orden, escribió al enterase de su fallecimiento: «Si no hubiese muerto, le habría quitado el hábito y no habría muerto en la religión».

Debemos destacar otro personaje que es uno de los hombres más odiados por el protestantismo: san Ignacio de Loyola. El fundador de la Compañía de Jesús, el brazo del papado en su momento contra el protestantismo, también sufrió el ataque personal desde dentro de la propia Iglesia. San Ignacio tuvo que hacer frente a siete procesos incoados por la Inquisición. En cuatro de ellos, entre 1526 y 1527, fue acusado de ser *alumbrado*. Las razones que se adujeron fueron que defendía la oración mental y la comunión asidua, por lo que dedujeron que se trataba de un loco. Igualmente, la Compañía de Jesús había sido amonestada en 1549 y 1554 por «perturbadora de la paz de la Iglesia». La crítica más dura a los jesuitas fue la de un ortodoxo dominico antiprotestante, Melchor Cano. Les acusó de que entre sus miembros había descendientes de judíos conversos y requería que los que habían realizado los *Ejercicios espirituales* no ocuparan responsabilidades eclesiales. El historiador Antonio Domínguez Ortiz explica que, entre otras razones, la animadversión hacia los jesuitas dentro de ciertos sectores de la Iglesia se debía a las novedades que introducían en la vida religiosa: «no tenían largas horas de rezo, no imponían pesadas mortificaciones, tenían buen cuidado de que no los confundieran con los frailes. Propagaban una religiosidad de nuevo estilo, acomodada a la sociedad renacentista y barroca, mientras que las órdenes tradicionales seguían apegadas al legado medieval».

Por su parte, los protestantes desplegaron una fortísima campaña antijesuítica. Uno de los más destacados participantes fue el luterano Johannes Wigand, que publicó un anticatecismo que se hacía eco de la consideración de la Compañía como la encarnación del Anticristo. Cuando murió Ignacio de Loyola, en 1556, el protestante Lucas Oleander afirmó que el fallecido había bajado a los infiernos. A los jesuitas se les acusó de elitistas, pues sus colegios solían acoger a los hijos de las clases dirigentes ahí donde estaban, o también de obediencia ciega al superior o al papa, sin que mediara su conciencia en sus decisiones. Como los jesuitas elaboraron su propio cuerpo teológico, reformulando el viejo tomismo, eso llevó a enfrentamientos

con dominicos y agustinos. No obstante, los jesuitas encontraron apoyos en soberanos católicos y fueron la punta de lanza del papado en la Contrarreforma. De hecho, en el Concilio de Trento que establecerá las bases de la Contrarreforma encontramos juntos a dominicos y jesuitas.

Modesto Lafuente, reflexionaba sobre esas décadas de agitación luterana, afirma: «Dos caminos tuvo Roma para haber ahogado en su principio la voz de Lutero. El uno era la reforma verdadera de sus costumbres, con lo cual habría quitado el pretexto a las declamaciones del fraile de Wittemberg, y tal vez Lutero no hubiera sido hereje; y si hubiera insistido en serlo, no habría encontrado secuaces ni protectores». Respecto al segundo camino hace referencia a que no se empleó con él mano dura hasta que ya fue demasiado tarde. Respecto a la primera, haber reformado la Iglesia, sólo en algunos lugares como España se llevó una reforma a cabo empleando todas las energías. Y, a modo de ejemplo, este es el origen de los Agustinos recoletos. La nueva rama de los agustinos (no hay que olvidar que Lutero fue fraile agustino) surgió cuando el Capítulo de la Provincia de Castilla, celebrado en Toledo en 1588, aprobó la petición de algunos religiosos agustinos para que en algunas casas se llevara un modo de vida más radical y profunda espiritualmente. Mientras que en España se reformaba la religión, en lugares como Alemania el catolicismo se desintegraba.

Concilio de Trento.

Aunque desde los orígenes del cristianismo se condenó la superstición, los hechizos y la magia, en el imaginario colectivo se ha implantado la idea de que la caza de brujas fue algo habitual en la Edad Media, pero nada más lejos de la realidad. Por ejemplo, la quema de magos y hechiceros fue frecuente en el mundo pagano germánico. Una vez convertidos al cristianismo hubo prohibiciones claras de no perseguir a hechiceros. El Concilio de Paderborn del año 785 (y otros concilios) castigaba tanto la creencia en hechiceras como su persecución. Carlomagno luchó también contra esta manía persecutoria que aún quedaba en las sociedades recientemente cristianizadas. El rey Colomán de Hungría (1095-1116) sancionó en una de sus recopilaciones de leyes un artículo que rezaba: «De *strigis* vero, quae non sunt, nulla quaestio fiat» («Sobre las *encantadoras*, ya que estas no existen, no se harán pesquisas indagando por ellas»). De hecho, la palabra bruja (*hexe*), en Alemania, surge tardíamente, allá por el siglo XIV. En Suiza la palabra bruja aparece en los Frevelbüchern (Libros de delitos) de la ciudad de Schaffhausen a finales del siglo XIV. En Lucerna aparece la palabra por primera vez en 1402. Y la expresión «caza de brujas» fue acuñada mucho más tarde, en las primeras décadas del siglo XV.

Podríamos decir que, como realidad social, la caza de brujas fue un fenómeno renacentista y moderno. Se dio en el mundo católico y en el protestante, pero los estudios comparativos señalan diferencias abismales. Según los últimos estudios más detallistas y especializados, la Inquisición española en los 125.000 procesos (sobre todo tipo de cuestiones), que llevó a cabo el Santo Oficio entre los siglos XVI y XIX, condenó a la hoguera por brujería sólo a 59 mujeres en España. En Portugal fueron quemadas cuatro, y en Italia 36. Ello revela que la pena capital no fue tan frecuente como la leyenda negra propone. En España el caso más sonado fue el de Zugarramurdi, una aldea navarra cercana a la frontera con Francia. En un solemne auto de fe, el 7 de noviembre de 1610, seis personas fueron quemadas vivas y cinco en efigie, pues habían muerto fruto de las torturas, todas acusadas de brujería. Y dieciocho personas más fueron *reconciliadas* tras haber confesado sus culpas. Estos hechos han dado lugar a todo tipo de recriminaciones, pero la historia es más complicada. Un

año después, la misma Inquisición ordenó revisar el proceso y poner en entredicho este tipo de juicios. Julio Caro Baroja señala que la Inquisición española se tomó generalmente muy poco en serio las acusaciones de brujería y ello fue gracias a la revisión de este famoso proceso.

Esto es lo que aconteció. En 1608, una criada francesa llegó a Zugarramurdi desde Labort, una aldea del otro lado de la frontera, donde la Inquisición francesa había llevado a cabo una caza de brujas años antes, mandando a la hoguera a 80 mujeres. Esta muchacha, deseosa de notoriedad, denunció a una de las vecinas del pueblo la cual acabó *confesando* y denunciando a otras mujeres tras muchas amenazas. Pero la cosa no parecía grave: los presuntos culpables confesaron un domingo en la parroquia sus supuestas fechorías y el pueblo entero les perdonó. Pero el hecho llegó a oídos del tribunal de la Inquisición de Logroño. Los inquisidores hicieron encarcelar a cuatro mujeres hasta que confesaran y denunciaran a sus cómplices. Al final, las acusaciones afectaron a unas trescientas personas, de las que fueron procesadas como casos *graves* unas 40. Todo concluyó de golpe cuando el obispo de Pamplona visitó el lugar y llegó a la conclusión de que allí no había brujería de ningún tipo, sino sólo mucha superstición, miedo y rencillas entre familias y ajustes de cuentas vecinales.

El Tribunal Supremo de la Inquisición recomendó al de Logroño que revisara las acusaciones y envió a un representante, Alonso de Salazar, para que formara parte del tribunal. El representante quedó impresionado por las irregularidades que detectó. Se dedicó a investigar y, tras meses de trabajo, emitió un informe demoledor en el que afirmaba que las acusaciones eran ridículas y en el que denunciaba los métodos de coacción y amenaza utilizados por sus colegas. Se encargó un nuevo informe a un famoso humanista, Pedro de Valencia, el cual tampoco halló caso de brujería, sino más bien «enfermedad mental» y bastante ignorancia. En agosto de 1614, el Consejo Supremo de la Inquisición dictó un veredicto, basándose en el informe de Salazar, que sentó jurisprudencia para tratar los casos de brujería. Así, se comprende por qué cuando, en 1621, las juntas de Guipúzcoa apelaron a la Inquisición de Logroño para que acabara con otra supuesta plaga de brujas en Azpeitia, el tribunal recomendara a las autoridades que «comprobasen bien» las acusaciones. Y no actuó contra nadie. Lo mismo sucedió con otros casos en

Fuenterrabía y en Vizcaya. Al final, ante la falta de cooperación de los inquisidores, los alcaldes desistían. Según el especialista Carmelo Lison Tolosana en su obra *Brujería, estructura social y simbolismo*, gracias al fiasco de Zugarramurdi, la brujería satánica «desapareció» de España. Esto explica por qué, mientras en el resto de Europa, entre 1540 y 1700 se habla de unas 60.000 ejecuciones de brujas, las cifras fueron tan bajas en España.

En la Europa central, tanto en la etapa de la Inquisición católica como en la etapa protestante, el número de víctimas es absolutamente desproporcionado comparado con el mundo latino. El historiador suizo Michel Porret, en su obra *L'Ombre du Diable*, establece que entre 1580 y 1640 se dieron en Europa 110.000 procesos por brujería, en los que fueron sentenciadas a muerte entre 60.000 y 70.000 personas, de las cuales el 75% eran mujeres. Las ejecuciones se dieron casi siempre en zonas protestantes: unas 30.000 en la Alemania luterana, a la que seguiría la Confederación Helvética (actual Suiza), con más de 10.000 ejecuciones. Escocia registró alrededor de 3000 y gran número en los reinos luteranos de Dinamarca y Suecia. Los historiadores Peter Leeson y Jacob Russ que han estudiado la caza de brujas en la Europa postmedieval, *groso modo*, coinciden con estos datos. Igualmente coinciden en que España, Portugal e Italia, son los tres países donde se iniciaron menos juicios por brujería. Hay varias razones que podrían explicar estas diferencias. En primer lugar, la Inquisición era un sistema de justicia centralizado y, como hemos visto en el caso de Zugarramurdi, los inquisidores locales tenían que rendir cuentas a sus superiores y así se controlaban los abusos. La propia autoridad de la Inquisición dejaba menos margen a los brotes de ira popular tan característicos de Alemania o Suiza. Además, la Inquisición, especialmente la española, estaba centrada en descubrir falsas conversiones de judíos y moriscos, y más tarde de protestantes. Pero el tema de la brujería fue siempre algo muy colateral y que muchísimos inquisidores no se tomaban en serio.

Por eso, el mayor experto mundial en el fenómeno de la brujería, Gustav Henningsen, al referirse a los inquisidores españoles, habla de un auténtico «escepticismo inquisitorial» donde los especialistas en leyes achacaban el fenómeno de la brujería a la ignorancia y a las alucinaciones colectivas. Desde el principio del fenómeno moderno de las brujas, hubo eclesiásticos españoles que descartaron la validez

de los testimonios de las brujas, como el obispo de Ávila, Alfonso de Madrigal, que en 1436 afirmó que los aquelarres eran fantasías producto de alucinógenos. El dominico castellano y obispo de Cuenca, Lope de Barrientos, se preguntaba: «qué cosa es esto que dicen, que hay mujeres, que se llaman brujas, las cuales creen e dicen que de noche andan con Diana, deesa de los paganos, cabalgando en bestias, y andando y pasando por muchas tierras y logares, e que pueden... dañar a las criaturas», a lo que él mismo se respondía: «que nadie ha de tener tan gran vanidad que crea acaescer estas cosas corporalmente, salvo en sueños o por operación de la fantasía».

El historiador norteamericano, Brian Levack, en su obra *La caza de brujas en la Europa moderna*, incide también en la afirmación de que el carácter centralizado de la Inquisición favoreció ciertas garantías procesales para los acusados. El desarrollo jurídico adquirido por la Iglesia impidió que las acusaciones infundadas, basadas en las enemistades personales o la instrumentalización política, tuvieran recorrido en los tribunales inquisitoriales. El corpus legal y la jurisprudencia, contra lo que se suele creer, desincentivaban la tortura, un factor fundamental, según Brian Levack, para que las simples supersticiones folclóricas se transformaran en supuestas conspiraciones diabólicas por medio de la confesión y la delación forzada por torturas. Paradójicamente, fue con la llegada del racionalismo renacentista cuando eclosionó el fenómeno, y así lo atestigua el historiador García Cárcel, autor de *La Inquisición*: «A finales del siglo XVI el problema se agravó porque la intelectualidad europea y racionalista se obsesionó con el demonio y mezcló esta idea con la de las brujas».

En ciudades alemanas, ya luteranas, como Bamberg o Würzburg hubo linchamientos masivos y las ejecuciones de brujas se contaban por centenares. Estas villas parecieron estar poseídas por una suerte de histeria colectiva y, no sólo se ejecutó a mujeres, sino también a niños. Las crónicas de la época hablan de ejecuciones de decenas de niños de tres y cuatro años. Casos semejantes se dieron en otros países, sobre todo en ciudades periféricas, muy alejadas de las capitales de los reinos y, por tanto, con menos control de jueces experimentados. En Burdeos, un juez estaba convencido de que 3000 niños de la ciudad llevaban la marca del demonio. En Inglaterra, un solo juez de East Anglia, Matthew Hopkins, mandó ejecutar a más gente por brujería en tres años que en los cien anteriores en todo el país. Suecia

también poseía una intensa y pagana tradición de hechiceras. Carlos IX, en 1608, promulgó leyes contra las prácticas de encantamientos y conjuros. Diez años más tarde, en 1618, el rey Gustavo I Adolfo promulgó otro decreto en contra de la hechicería, estableciendo castigos para aquellos que utilizaban venenos o cuyas prácticas mágicas dieran lugar a crímenes. En realidad, era un decreto para regular la caza de brujas y evitar los estallidos populares contra supuestas brujas que ocurrían en Alemania. Pero cuando el ejército sueco entró en Alemania durante la guerra de los Treinta Años, y tras la muerte de Gustavo Adolfo, se intensificó la caza de brujas. Los procesos llegaron hasta el siglo XVIII en plena Ilustración. En Dinamarca fue el lugar que, en proporción al número de habitantes, la caza de brujas fue mayor. Según la historiadora Louise Hauberg Lindgaard, la crudeza de la persecución se debe al ensañamiento del rey Christian IV (1577-1648). En 1617 decretó la primera ley contra la brujería que enviaba a la hoguera a quienes practicasen magia negra. En los ocho años siguientes a su promulgación, las persecuciones hicieron estragos. Se ha calculado que cada cinco días, durante su reinado, se quemaba a un brujo o bruja.

Uno de los tratados de caza de brujas que más influencia tuvo fue el *Malleus Maleficarum* (*Martillo de las Brujas*). Publicado en el Renacimiento y popularizado gracias a la imprenta, fue escrito y compilado por dos monjes dominicos alemanes, Heinrich Kramer y Jacob Sprenger. Ciertamente el luteranismo aún no había aparecido, pero no deja de ser sintomático que fuera en el ámbito germánico donde surgiera esta obra utilizada tanto por católicos centroeuropeos, como después por protestantes. No obstante, y hay que decirlo, el *Malleus Maleficarum* fue objeto de duras críticas por parte de teólogos y altos cargos eclesiásticos y el motivo principal era los métodos brutales que defendía. Uno de sus autores, el inquisidor Heinrich Kramer, aprovechó malintencionadamente una bula de Inocencio VIII para revestir su libro de la autoridad pontificia. Pero no sólo teólogos, sino que la propia Inquisición criticó el libro, pues contradecía posiciones oficiales de la Iglesia en cuanto a la magia y la brujería. Kramer también hizo creer que la facultad de Teología de la Universidad de Colonia aprobaba el uso de su manual, cuando nunca fue cierto. Finalmente, Kramer fue denunciado por la Inquisición, aunque finalmente fue absuelto.

En realidad, el *Malleus Maleficarum* contenía una gran cantidad de material *reciclado* de libros de demonología, tratados inquisitoriales e incluso supersticiones orales, como la capacidad de las brujas para volar, siendo esta una de las razones principales por las que muchos teólogos lo criticaron por ser «poco riguroso». Aun así, algunos inquisidores y autoridades seculares vieron en él una fuente de autoridad a la que remitirse. He aquí un punto importante a distinguir entre el mundo católico y el protestante. La Inquisición era un tribunal que finalmente entregaba sus reos al poder secular que

Ein erschröcklich geschicht vom Tewfel
vnd einer vnhulden/ beschehen zu Schilta bey Rotweil in der Karwochen.
M. D. XXXIII Jar.

Acta de 1533 en la que se documenta la ejecución de una bruja.

acataba los resultados de inocencia o culpabilidad emitidos. En el mundo protestante nunca estuvo clara esa distinción de funciones y tanto un pastor, como un gobernante secular o el propio pueblo enfurecido, podían hacer *justicia*. Y eso explica las explosiones colectivas de violencia contra las brujas, alentadas además por la creencia en ellas de Lutero y otros reformadores. En 1657, una nueva bula papal, la *Pro formandis*, prohibió la caza de brujas. Cuarenta años después, en 1692, se producían los hechos de Salem en las colonias inglesas.

Es obligatorio decir que entre el mundo protestante también hubo voces que se levantaron contra esa locura. Es el caso de los pastores protestantes Anton Praetorius (1560-1613) y Johann Matthäus Meyfart (1590-1642), que se opusieron rotundamente a la persecución y tortura de las víctimas. Pero eran voces que se ahogaban entre las de los fanáticos. En la ciudad alemana de Würzburg, en 1629, se produjo una caza masiva de brujas. Un cronista cuenta: «Hay niños de tres y cuatro años, hasta 300, de los que se dice que han tenido tratos con el diablo. He visto cómo ejecutaban a chicos de siete años, estudiantes prometedores de 10, 12, 14 y 15 años. También había nobles». El mismo cronista, entusiasmado con la persecución sigue relatando: «el diablo en persona, con 8000 de sus seguidores, mantuvo una reunión y celebró misa ante todos [los condenados] administrando a sus oyentes cortezas y mondaduras de nabos en lugar de la Sagrada Hostia». Desgraciadamente estos delirios fueron relativamente frecuentes y se prolongaron en el tiempo. En 1782, en la población suiza de Glarus, Anna Göldi, una sirvienta doméstica fue acusada de infanticidio mediante magia negra. El ya citado Michel Porret afirma que la última persona ejecutada por brujería murió en 1793 en el Gran Ducado de Posen, en plena Ilustración.

EUROPA TRAS LUTERO: LA GUERRA DE LOS TREINTA AÑOS

La terrible guerra de los Treinta Años (1618-1648) fue librada en la Europa central, principalmente en tierras del Sacro Imperio Romano Germánico. Este conflicto marcó el futuro del conjunto de Europa en los siglos posteriores. Inicialmente era la consecución del conflicto político-religioso provocado por la aparición del luteranismo,

pero poco a poco se fueron involucrando distintas potencias con lo que se convirtió en una crisis global. Provocó la devastación en territorios enteros que fueron esquilmados por los ejércitos participantes. Se sucedieron continuos episodios de hambrunas y enfermedades que diezmaron la población civil, además de llevar a la bancarrota a muchas de las potencias implicadas. La guerra puede dividirse en cuatro etapas: la revuelta bohemia, la intervención danesa, la intervención sueca y la intervención francesa. Fuera de Alemania, los conflictos adquirieron forma de guerras locales: la guerra de España con los Países Bajos, la guerra de Sucesión de Mantua, la guerra de la Valtelina, la guerra de los Grisones suizos, la guerra Anglo-española, la guerra Anglo-francesa, la guerra Ruso-polaca, la guerra Polaco-sueca, la guerra Polaco-otomana, la guerra Franco-española, la guerra de Torstenson, la guerra de Restauración portuguesa y otras muchas más.

Un año antes de la muerte de Lutero, se había convocado el Concilio de Trento (1545-1563) con el que la Iglesia católica se rehacía de la debacle tras la explosión protestante. Con la Paz de Augsburgo (1555) las fronteras internas de Sacro Imperio Romano Germánico parecían consolidarse. La hegemonía en Europa, a pesar de todo, seguía en manos de los Habsburgo divididos entre la dinastía española y la austriaca. A principios del siglo XVII, la rama española de la casa poseía el Reino de España, Portugal, los Países Bajos del Sur, el Franco Condado, el poderoso Ducado de Milán junto a las coronas siciliana y napolitana, y también tenía a su disposición un enorme imperio hispano-portugués. Los Habsburgo austríacos aseguraron las coronas del Sacro Imperio Romano Germánico, Bohemia, Hungría, Croacia y la propia Austria. Por otro lado, quedaban reinos luteranos como Dinamarca y Suecia, el eterno conflicto entre España y los Países Bajos (guerra de los Ochenta Años) o el pulso entre el emperador Carlos V y los príncipes alemanes. Pero lo que distorsionó todo el equilibrio fue la pugna de Francia por tener un papel preponderante en Europa, con lo cual llegó hasta aliarse con el Imperio Otomano con tal de debilitar a la Europa de los Habsburgo.

Al iniciarse el siglo XVII se intensificaron las tensiones entre las fronteras internas de Europa. España estaba interesada en los principados alemanes debido a que Felipe III, nieto de Carlos V, tenía territorios fronterizos con ellos (Flandes y el Franco Condado). Francia

también estaba interesada en ellos porque soñaba recuperar la vieja hegemonía del lejano Imperio carolingio que siglos antes se había extendido por tierra germánica. Suecia y Dinamarca estaban interesadas en los Estados germánicos del norte a orillas del mar Báltico, y temían que las zonas luteranas alemanas volvieran a la influencia católica. Tras la Paz de Augsburgo (1555), las tensiones entre católicos y protestantes se habían ido incrementando. En muchos lugares de Alemania los católicos contratacaban destruyendo iglesias protestantes y poniendo limitaciones a su culto. Por otra banda, el calvinismo empezó a extenderse por tierras germanas reavivando un protestantismo combativo. Cuando el príncipe elector de Colonia se convirtió al calvinismo, en 1582, estallaron fuertes conflictos que anunciaban la futura gran guerra de los Treinta Años.

Otro de los muchos conflictos se produjo cuando en la ciudad alemana de Donauwörth, en 1606, la mayoría luterana obstaculizó los intentos de los católicos de realizar una procesión y provocaron así una revuelta violenta. Todo indicaba que la paz pactada no podría durar mucho. Los príncipes alemanes, en función de su confesión religiosa, buscaron alianzas internacionales y así se configuró una liga protestante y otra católica. Es prácticamente imposible resumir este conflicto, pero se han de esbozar unas pinceladas. En 1618 estalló la guerra de Bohemia contra Austria, en el corazón del propio Sacro Imperio Romano Germánico. Los protestantes, de orientación calvinista, llegaron a poner sitio a Viena. España tuvo que intervenir ante la perspectiva de un Sacro Imperio Romano Germánico dominado por luteranos y calvinistas. La intervención de España preservó Bohemia en la órbita católica y disipó los temores que hacían recordar las revueltas husitas de dos siglos antes.

La guerra del Palatinado (1621-1625). Estalló cuando el príncipe elector del Palatinado (una de las regiones de Baviera), siendo protestante, se levantó contra el emperador consiguiendo la ayuda de calvinistas holandeses y el de la República Checa. Nuevamente los ejércitos imperiales con la ayuda de España vencieron y el Alto Palatinado fue devuelto a la católica Baviera. Luego llegaría La intervención holandesa-danesa (1625-1629). El rey de Dinamarca, con apoyo de Holanda y la incomprensible aquiescencia de Francia, declaró la guerra al Sacro Imperio con la intención de apropiarse de las zonas de la actual baja Sajonia. Dinamarca consiguió que poco

a poco se formara una gran alianza contra los Habsburgo, aunando a los Saboya, la República de Venecia, Suecia e incluso Inglaterra. Los Saboya se comprometieron a sabotear el *camino español*, una ruta que permitía desplazar rápidamente los tercios españoles del Milanesado a los Países Bajos en caso de conflicto. Todo parecía perdido para los Habsburgo, pero una revuelta interna en Francia de los hugonotes (calvinistas franceses) en la Rochelle, debilitó a este aliado imprescindible para los intereses protestantes. Los holandeses reiniciaron su guerra contra España, pero los daneses ya cansados se retiraron. Otros intentos de sublevación, por parte de los bohemios calvinistas acabaron también en derrotas.

La fase italiana (1629-1631). El norte de Italia fue un territorio estratégico para Francia y los Habsburgo durante siglos. El control de esta área permitió a los Habsburgo amenazar las provincias del sur de Francia y proteger el *camino español*. La zona se convirtió en teatro de operaciones de guerra que se extendió a las fronteras de los cantones suizos católicos y protestantes. Finalmente, los franceses aceptaron la Paz de Ratisbona (1630) que les proporcionó condiciones favorables en Italia a pesar de sus reveses militares. Mientras tanto se iniciaba La intervención Sueca (1630-1635). Polonia, que tenía una grandísima extensión territorial que llegaba al mar Negro, era aliada del Sacro Imperio y estaba en liza contra

Ejecución de prisioneros en la Guerra de los 30 años.

Suecia especialmente por la zona conocida como la Prusia polaca. Los suecos pactaron con varios príncipes protestantes encabezados por Sajonia. Las armas volvieron a ser favorables a los imperiales y en 1635 se pactó la Paz de Praga.

La intervención francesa (1635-1638). Francia, aunque era un país católico, rivalizaba con la casa de Habsburgo y entró en la guerra nuevamente al lado del bando protestante. El cardenal Richelieu, primer ministro de Luis XIII, aspiraba a arrebatar a los Habsburgo varios territorios en la frontera este de Francia y frenar la influencia de España sobre los Países Bajos. Las tropas francesas iniciaron la ofensiva en Alemania y Holanda, mientras que las fuerzas suecas se establecieron nuevamente en el norte de Alemania. La suerte de las armas se iba decantando de un lado a otro y sacudiendo zonas como el Piamonte que entró en guerra civil al dividirse en el apoyo de los bandos. En 1639, los españoles contraatacaron e invadieron territorio francés, arrasaron las provincias francesas de Champaña y Borgoña, e incluso amenazaron París. Con el *camino español* bloqueado, los españoles enviaban sus tropas a Holanda por mar, pero eran atacadas por la flota holandesa con éxito. En 1643, las tropas de Felipe IV se tienen que enfrentar a una sublevación en Cataluña y posteriormente son derrotadas en la batalla de Rocroi (La película *Alatriste,* de 2006, recrea esta batalla que algunos consideran el inicio del declive de los tercios españoles). La debilidad española venía a raíz de los triunfos holandeses en Flandes y a las políticas del regente cardenal Mazarino (Luis XIV aún era un niño), para animar a Cataluña y Portugal a sublevarse contra la monarquía hispánica.

La Paz de Westfalia se estuvo negociando cuatro años y finalmente de firmó en 1648. Francia salió fortalecida logrando importantes ventajas territoriales y convirtiéndose en pleno derecho en una potencia europea que sabrá recoger y ampliar Luis XIV. El ducado de Brandemburgo-Prusia, aunque quedó destrozado, se iría transformando en una nueva potencia europea, logrando mantener un ejército permanente (elemento clave para las futuras guerras europeas). Baviera retenía el Alto Palatinado, aunque la fuerza de la historia le llevaría, en el siglo XIX, a la unificación con la Prusia protestante en la nueva Alemania. Suiza consiguió el reconocimiento de su soberanía. En Westfalia el calvinismo logró el reconocimiento de Iglesia reformada, que hasta entonces sólo tenía el luteranismo. Las

guerras religiosas tal y como se habían conocido en el siglo XVI, desaparecieron formalmente. A partir de ahora las guerras serían *nacionales*. Además, Inglaterra y Holanda se afianzaron como potencias marítimas, lo cual les llevaría a un gran desarrollo comercial y colonial pero también a una rivalidad militar entre ambas.

En definitiva, en 1648 se pusieron los cimientos geopolíticos de la actual Europa: el Estado-nación de Francia, los comienzos de una Alemania unificada, un bloque austrohúngaro cada vez más separado del Sacro Imperio, una España disminuida pero aún significativa, Estados pequeños pero más independientes como Dinamarca, Suecia y Suiza, junto con una división de los Países Bajos entre la República Holandesa y lo que se convertiría en Bélgica en 1830. El 6 de agosto de 1806, el Sacro Imperio Romano Germánicos desaparecería formalmente cuando su último emperador, Francisco II, derrotado por Napoleón, decretó su supresión con la clara intención de impedir que Napoleón se apropiara del título y la legitimidad histórica que este conllevaba. El siglo XIX sería el de los Estado-nación y también el de las grandes guerras entre ellos. Sólo había subsistido el Imperio austrohúngaro que desaparecería víctima de la Primera Guerra Mundial.

Por último, decir que la España que salió de la Paz de Westfalia tuvo que lidiar contra Francia durante casi dos siglos hasta la invasión napoleónica. Tras la paz, Cataluña se convirtió en el teatro de operaciones de una guerra que duró diez años más y acabó en el Tratado de los Pirineos (1658), en el que se cedió a Francia el Rosellón, el Conflent, el Vallespir y una parte de la Cerdaña. Por último, el final en España de la dinastía de los Austrias, con el fallecimiento sin descendencia de Carlos II, llevó a que el trono pasara a manos del nieto del tan odiado Luis XIV: Felipe V. Ello provocó la guerra de Sucesión (1701-1713). Los Habsburgos reclamaron la corona y obtuvieron la alianza de sus antiguos enemigos, los ingleses y holandeses. Cuando en medio de la guerra al archiduque Carlos se le abrieron las puertas del trono del Imperio, abandonó la causa hispana que quedó perdida para los austracistas. El Tratado de Utrecht (1713) fue desastroso para una España que cedía Menorca y Gibraltar a la Corona inglesa. Gran Bretaña puede considerarse vencedora, ya que se hizo con estratégicas posesiones coloniales y puertos marítimos que fueron la base de su supremacía futura y de la forja del Imperio británico. A la larga este sustituiría al español.

El protestantismo francés fue especialmente calvinista y a sus seguidores se les conoció como hugonotes. El origen de la palabra hugonote es incierto, aunque algunos dicen que procede del alemán Eidgenossen («confederados bajo juramento»), que ya había sido usada en Ginebra para referirse a los calvinistas. Se llamó guerras de Religión de Francia a las ocho guerras acontecidas en el Reino de Francia y de Navarra entre hugonotes y católicos, que fueron desde 1562 a 1598. El contexto político francés en el siglo XVI ha sido perfectamente estudiado por el historiador Jacques Bainville que puso de relieve el carácter intrínsecamente revolucionario del protestantismo en general y el calvinismo en particular. Afirma certeramente: «en Francia es sobre todo la burguesía y la nobleza las que se adhirieron al protestantismo, mientras que la población rural, a salvo de la crisis económica, permaneció hermética. El partido protestante, conspiró contra la corona y esperó un cambio de dinastía después de la muerte de Francisco II (1544-1560), y por lo tanto la abolición de la monarquía. Un estado de espíritu revolucionario se propagaba». Los hugonotes, sin lugar a dudas, representaban perfectamente ese «estado de espíritu revolucionario».

Las confrontaciones empezaron a partir de 1540 cuando los hugonotes aplicaron sus creencias iconoclastas destruyendo reliquias, custodias e imágenes de santos en las iglesias católicas. A finales del reinado de Enrique II, el conflicto se politizó y, al morir el rey en 1559, los partidos religiosos se organizaron para iniciar una prolongada guerra civil que se detuvo provisionalmente con el Edicto de Nantes (1598). Estos estallidos de violencia son complejos, pues en ellos se mezclan las diferencias religiosas con intereses de diferentes grupos sociales. La monarquía, al morir Enrique II, estaba debilitada y carecía de una administración propia y centralizada, dependiendo de una nobleza con la que estaba en conflicto casi permanente. Durante el reinado de Francisco II (1559-1560) los hugonotes se apoyaron en los Borbones frente a los Guisa (alta nobleza que dominaba la corte de los Valois). La pronta muerte del rey llevó al trono a Carlos IX (1560-1564). Por entonces, el calvinismo en Francia estaba en su apogeo y hubo desde conspiraciones a intentos de reconciliación, interrumpidos por estallidos de violencia y contantes refriegas.

El 18 de marzo de 1562, el duque de Guisa y sus hombres dieron muerte en circunstancias oscuras a 23 protestantes reunidos en una granja para celebrar su culto. Fue la llamada Matanza de Wassy. Al regresar a París, el duque fue recibido como un héroe por el pueblo que pedía a gritos una cruzada contra los hugonotes y en todo el reino se desató la violencia contra ellos.

Por su parte, Luis de Condé, abanderado hugonote, abandonó la capital y con sus tropas se apoderó de Orleans. Degollaron a muchos católicos, sobre todo a sacerdotes, saquearon las iglesias y destruyeron los altares, los crucifijos, los ornamentos, las reliquias, los cuadros y las estatuas de los santos. Las guerras de Religión habían comenzado. El protestantismo fue ganando fuerza entre la nobleza y en las ciudades y aspiraba a dominar el trono de Francia. Pero la Matanza de San Bartolomé, en 1572, cortó de golpe esa ilusión. La carnicería se produjo en medio de un acontecimiento teóricamente reconciliador. Había acabado la tercera guerra de religión entre católicos y hugonotes. Para afianzar la paz entre los dos partidos religiosos, se concertó el matrimonio con Margarita de Valois, hermana del rey Carlos IX de Francia, con el príncipe hugonote Enrique de Navarra, futuro rey Enrique IV de Francia. La ceremonia se celebraría el 18 de agosto de 1572. El evento hizo que acudieran a París un gran número de protestantes y la mayor parte de la población no vio con agrado su llegada. Los frailes predicaron contra el matrimonio de la princesa de Francia con un protestante. Incluso el Parlamento parisino protestó por este matrimonio. El 22 de agosto de 1572 se perpetró un atentado con arcabuz contra el almirante hugonote Gaspar de Coligny, líder del partido de los hugonotes que había acudido a París para la boda.

La presencia en las afueras de la capital del cuñado de Coligny, al mando de unos 4000 hombres acampados, hizo temer a los católicos de que se preparaba una venganza a causa del atentado. Entonces Carlos IX, de forma preventiva, decidió eliminar a los cabecillas hugonotes. Una parroquia tocó las campanas a rebato a modo de señal y, de inmediato, los hugonotes empezaron a ser masacrados por las calles. El almirante Coligny fue asesinado en su lecho y el cuerpo arrojado a la calle por una ventana del palacio. De madrugada, el pueblo continuaba persiguiendo a los protestantes allí donde se escondían y la carnicería continuó durante varios días. La

matanza de San Bartolomé desembocó en la cuarta guerra religiosa a la que le seguirían otras. Enrique IV acabaría siendo coronado rey de Francia en la catedral de Chartres el 27 de febrero de 1594. Pero antes hubo de convertirse al catolicismo y de él dicen que salió la famosa frase «París bien vale una misa».

En 1620, Luis XIII, descendiente del converso Enrique IV, conquistó la región hugonota del Bearne. Los hugonotes se reunieron en La Rochelle, el 25 de diciembre, y decidieron establecer un «estado dentro del Estado», con un mando militar e impuestos independientes bajo la dirección de Enrique de Rohan. Hasta entonces los hugonotes siempre habían declarado mantener su fidelidad al rey de Francia, aunque fuera católico. En ese momento amenazaban con hacerse con un territorio francés e independizarse como lo había hecho Holanda. Luis XIII tras una serie de batallas permitió que los hugonotes mantuvieran las fortalezas Montauban y La Rochelle, pero tuvieron que desmantelar la de Montpellier. En 1625 se produciría un nuevo alzamiento hugonote y en 1627 otro más. En este último intervino Carlos I Estuardo (paradójicamente el que fuera decapitado por Cromwell) pero la ayuda inglesa acabó en fracaso. Por la Paz de Alais (1629), los hugonotes perdieron sus derechos territoriales, políticos y militares, pero conservaron la libertad

La matanza de San Bartolomé.

religiosa concedida por el Edicto de Nantes. Sin embargo, Luis XIV emprendió en la década de 1670 la persecución contra los restos de hugonotes revocando, en 1685, el Edicto de Nantes. Y así acabaron las aspiraciones calvinistas por dominar Francia.

El fin de la tolerancia hacia los hugonotes provocó uno de los éxodos más importantes de la historia de Francia. Buscaron refugio principalmente en países protestantes que les permitieran practicar su culto. La mayoría emigró a Suiza, Países Bajos y Gran Bretaña. También hubo una fuerte emigración hacia Prusia y Escandinavia o a las colonias del sur de África o de Nueva Inglaterra. Allí donde se aposentaban, demostraron su gran capacidad de emprendimiento, como habían hecho los calvinistas holandeses. Los hugonotes que quedaron en Francia aún tuvieron que sufrir persecuciones. En 1702 se produjo la revuelta de los *camisardos* que eran hugonotes de la región aislada y accidentada de Cevenas. Hubo otras persecuciones de 1745 a 1754. En 1789, con el surgimiento de la Revolución francesa (1789-1799), la Asamblea Nacional les concedió la libertad religiosa y la admisión a todos los cargos y profesiones antes vedados. Paradójicamente, tras el asentamiento de la revolución, se inició una persecución contra los católicos como nunca se había vivido en Francia.

No hay que pensar que la monarquía francesa tenía de por sí uno odio visceral a los hugonotes. La lógica para su persecución era otra. Muchos hugonotes formaban parte del ejército y estaban curtidos en el uso de las armas al servicio del rey francés de turno. Sólo cuando pusieron en peligro la autoridad de la monarquía es cuando ella los aplastó. Durante décadas, los militares hugonotes prestaron buenos servicios a la corona contra España. Francia estaba inmersa en un proceso de hacerse un lugar entre las potencias de Europa y para ello estaba dispuesta a pagar el precio que fuere. De ahí que, siendo una monarquía católica, tampoco tuviera ningún reparo en establecer la llamada alianza franco-otomana, entre Francisco I y el sultán del Imperio otomano, Solimán I el Magnífico. El objeto de la misma fue combatir el poder de los Habsburgo. Ello causó gran escándalo en la vieja cristiandad. Carl Jacob Burckhardt la llamó «la unión sacrílega del lirio y la luna» (la flor de lis y la media luna). Esta alianza no fue esporádica, sino que duró durante más de dos siglos y medio (hasta la campaña napoleónica en el Egipto otomano, en 1798-1801).

Todo arrancó de cuando Francisco I de Francia aspiraba a ocupar el trono de Sacro Imperio Romano Germánico, pero la Corona imperial recayó finamente, en 1520, sobre Carlos I. Francisco I enrabietado montó una campaña contra España en Italia que acabó en uno de los mayores desastres en la historia de Francia: la batalla de Pavía (1525). En ella cayó hecho prisionero el propio Francisco I (un cuadro de Augusto Ferrer Dalmau, recuerda este humillante hecho para Francia). Fue llevado preso a Madrid y firmó un tratado por el que renunciaba, a favor de España, al Milanesado, Génova, Nápoles, Borgoña, Artois y Flandes. Una vez en Francia tomó la decisión de recuperar lo perdido en el Tratado de Madrid y para ello el rey *cristianísimo* dio luz verde a la alianza con el sultán. Francisco seguía la estela de su madre que, en su ausencia, había convencido a Enrique VIII de Inglaterra, todavía católico, para que finiquitara su alianza con Carlos I a cambio de una inmensa compensación económica.

En respuesta a la petición de alianza, Solimán derrotó a la coalición imperial y húngara en la batalla de Mohács, que supuso la desaparición de hecho del reino magiar hasta el siglo XIX y un golpe a la única potencia balcánica que resistía al avance musulmán. Los turcos estuvieron a punto de conquistar Viena, en 1529, y se repitió el intento tres años después. La alianza de Francia y el Imperio otomano, llevó a que ambos países se coordinaran en las ofensivas contra el Imperio español y sus aliados a partir de entonces. Mientras las fuerzas imperiales contenían a los turcos en Hungría en 1527, Francia montó una alianza contra el emperador junto a Venecia, una parte de Suiza e incluso involucró al papa Clemente VII. Era la Liga clementina que tenía como objetivo expulsar a los españoles de Italia. Carlos I intentó convencer sin éxito al papa de que era mejor centrarse en frenar la acometida musulmana que enfrentarse entre católicos. Pero ante la obcecación del pontífice, el emperador se vio obligado a dar un golpe de efecto entrando con sus tropas en la mismísima Roma. Corría el año 1527. Las tropas imperiales, los famosos *lansquenetes* alemanes muchos de ellos mercenarios luteranos, dieron un pésimo ejemplo saqueando la Ciudad Santa. Pero el hecho es que el papa comprendió donde estaba realmente el peligro y cambió radicalmente su *política exterior.*

En 1536, tuvieron lugar varias expediciones marítimas franco-otomanas contra los territorios hispánicos en Italia y las islas Baleares.

Las flotas turcas ayudaron en el ataque francés a Niza y otras poblaciones aliadas de España en 1542. Tras incendiar Reggio, la flota del corsario Barbarroja fue recibida entre gritos de júbilo en el puerto de Marsella. Todos los puertos franceses en el Mediterráneo estaban abiertos para los berberiscos durante estas operaciones. El historiador Cesáreo Fernández Duro describe la estancia de Barbarroja en Tolón: «No era allí huésped [en Tolón]; era amo. No consentía que se tocaran campanas en las iglesias; de noche ponía en tierra destacamentos a correr los caseríos y veredas, con objeto de secuestrar campesinos para reemplazo de los remeros que morían; cometía toda especie de violaciones». Y así, el pueblo católico tenía que soportar sin rechistar el comportamiento del aliado del francés.

A la muerte de Francisco I la alianza se mantuvo en pie. Enrique II heredó de su padre el odio hacia España y su amistad con los otomanos. Ello explica la ausencia de Francia en la Santa Alianza entre Roma, España, Génova, Venecia y otras repúblicas italianas, que dio lugar a la batalla de Lepanto el 1571. Tras la derrota musulmana, Francia y los holandeses vendieron materiales para que la flota del sultán pudiera ser reconstruida cuanto antes. La política antiespañola de Francia sirvió de ejemplo a los príncipes alemanes luteranos. En una carta de Solimán fechada en mayo de 1552, el sultán manifestó al elector de Sajonia, al duque de Prusia y a otros príncipes protestantes que «no tienen nada que temer de Turquía». El sultán incluso estudió ayudar a los luteranos en su reforma religiosa, lo cual hizo de forma indirecta debilitando a sus enemigos. En el siglo XVII, el país galo, a pesar de soportar un siglo de guerras religiosas entre calvinistas y católicos, con el cardenal Richelieu a la cabeza, no tuvo escrúpulos a la hora de aliarse con el bando protestante en la guerra de los Treinta Años. De hecho, pactó con holandeses, suecos y demás fuerzas protestantes contra los Habsburgo españoles y los austriacos.

HOLANDA: JUDÍOS Y CALVINISTAS

Tres Estados europeos actuales —Bélgica, Países Bajos y Luxemburgo— en el siglo XVI se encontraban bajo la soberanía de los duques de Borgoña. Conformaban un mosaico de 17 provincias. Gozaban de parlamentos, leyes y administración propias. Cada una

de las provincias estaba liderada por un *stadhouder* o gobernador auxiliado por sus consejeros. En 1515, al llegar a la mayoría de edad, Carlos I asumió el gobierno de los Países Bajos. Poco después heredó otros reinos, entre ellos las coronas de Castilla y Aragón y fue elegido emperador germánico. Carlos, había nacido en Gante, hablaba francés y neerlandés y estaba apoyado por los nobles flamencos. No así Felipe II que salió de esas tierras para España con tres años y ya no regresó más. Las causas de la independencia de las provincias de Flandes se han analizado hasta la saciedad. Se apuntan razones económicas, como que el oro que llegaba de América pasaba por Castilla para llegar a Flandes que se había convertido el nódulo de la economía continental. Ello provocaría un enriquecimiento de las élites de los Países Bajos que aspiraban a comerciar directamente con América sin rendir cuentas a Castilla.

Otro motivo apuntado es claramente religioso. El calvinismo se expandió por los Países Bajos y fue rápidamente adoptado por buena parte de las élites, especialmente en las provincias del norte. Felipe II intentó frenarlo multiplicando el número de obispados e impulsando las normas aprobadas por el Concilio de Trento. Pero ello provocó un estallido iconoclasta, en 1566, que iniciaría un conflicto que duraría ocho décadas. Ese año, en agosto, grupos de calvinistas asaltaron cientos de iglesias destruyendo cuadros y esculturas de santos. Hay una palabra holandesa, *beeldenstorm*, que se puede traducir como «tormenta de estatuas», que sería sinónimo de furia iconoclasta. Felipe II optó por la política de mano dura y los tercios españoles recibieron la orden de desplazarse a los Países Bajos bajo el mando del duque de Alba. En Bruselas, el duque llevó a cabo una represión a través de la creación de un tribunal de excepción, el Conseil des Troubles. El príncipe de Orange, Guillermo de Nassau, calvinista, logró exiliarse a Alemania. Dos años después estallaba otra revuelta. Se creó así el ya mencionado *camino español* que, desde Milán, a través algunos valles alpinos seguros y el Franco Condado, permitía a los tercios llegar a Flandes con una rapidez inusitada. España se había enzarzado en la llamada guerra de los Ochenta Años. No se trató de un período bélico continuado, sino más bien de un ambiente de constante tensión y hostilidades esporádicas, a veces de bajo perfil, a veces en forma de combates en toda regla. La nobleza y el clero católico del sur de los Países Bajos,

preocupados por las tendencias republicanas y calvinistas que dominaban en el norte, se reagruparon en la Unión de Arras (1579). La respuesta calvinista fue la Unión de Utrecht (1580), formada por las siete provincias del norte de los Países Bajos (conocidas entonces como Provincias Unidas), lideradas por la de Holanda.

Los ingleses apoyarían a las Provincias Unidas sobre todo por su afinidad anticatólica, lo que dará una especial relevancia a la guerra marítima por el control del canal de la Mancha y de los accesos a los puertos principales de Flandes. Los franceses también apoyaron a los rebeldes para desgastar a los Habsburgo. En 1609 se acordó la llamada Tregua de los Doce Años por la que la monarquía hispánica reconocía la personalidad jurídica de las Provincias Unidas, renunciaba al culto católico en las provincias del norte y, sobre todo, aceptaba la expansión comercial neerlandesa en las colonias portuguesas y su comercio de las especias. La ruta de las especias se convirtió en un rentabilísimo monopolio holandés a partir de la creación de la Compañía de las Indias Orientales, en 1602. Así empezaría el llamado siglo de oro neerlandés. La Compañía de las Indias Orientales fue el modelo de explotación más perfeccionado que combinaba capital privado y poder político. Por una parte, era una sociedad anónima con una amplia participación de la población en acciones. Los dividendos generados, distribuidos con gran capilaridad social, eran la causa de la prosperidad y de la estabilidad social de ese incipiente capitalismo. Por otra parte, las autoridades y los buques de guerra holandeses garantizaban a la Compañía el monopolio del comercio con sus factorías en el Índico.

Las Provincias Unidas, sin embargo, tenían una estructura política republicana inestable. El poder de los *stadhouder*, que además asumían el cargo de jefe del ejército en su provincia, era muy grande. Guillermo de Orange era un *stadhouder* que logró hacer hereditario el cargo. Los Orange fueron centralizando la administración de las Provincias Unidas, a pesar de la oposición de otros *stadhouders* locales. Guillermo se convertiría así en el fundador de la realeza holandesa. Mientras, el calvinismo holandés sufrió una escisión entre los *gomaristas* y los *arminianos* (dos formas de entender el calvinismo defendidas respectivamente por Gomaro y por Arminio). La Casa de Orange-Nassau era *arminiana*. En 1618, el *stadhouder* Mauricio de Orange-Nassau dio un auténtico golpe de Estado. Consiguió la

prohibición del *gomarismo*, la expulsión de sus adeptos de las instituciones y la ejecución de Oldenbarnevelt, el líder *gomarista*, acusado de traición. Mauricio de Orange-Nassau, en 1621 (coincidiendo con la coronación de Felipe IV) y controlando todo el poder en las Provincias Unidas, rompió la Tregua de los Doce Años con España. Europa acaba de empezar la guerra de los Treinta Años y eso llevaría a una espiral de conflictos que no acabarían hasta la Paz de Westfalia.

Una de las causas de la capacidad de gestionar la riqueza financiera por parte de los Países Bajos fue porque, ya desde tiempo de la expulsión de los judíos de España con los Reyes Católicos, aquellos se habían refugiado principalmente en Holanda. Werner Sombart, en su obra *Los judíos y la vida económica*, da más importancia en el florecimiento económico de Holanda a la labor de los judíos que no a la «ética y espíritu protestante» que proponía Max Weber. De hecho, cuando el Parlamento inglés derrotó a Carlos I Estuardo, y ante la necesidad de recuperar su maltrecha economía, se abolió una ley de 350 años de antigüedad que prohibía la estancia de judíos en la isla. Con ello trataron de atraer a los judíos holandeses que habían contribuido a enriquecer las Provincias Unidas. En los orígenes de las colonias inglesas en América, los holandeses fundaron Nieuw-Neederland, o Nueva Holanda. La capital de la colonia, Nueva Ámsterdam, fue fundada en 1624 y —como ya se vio— estaba ubicada en el extremo sur de la isla de Manhattan siendo un importante centro económico y financiero. Este es el origen de la actual Nueva York. En la llegada de los holandeses a América, los acompañaron judíos que, desde entonces y hasta ahora, tendrían un papel fundamental en su sistema financiero. Muchos de estos judíos eran sefardíes de origen español y portugués. Se establecieron también en Filadelfia, Charleston (Carolina del Sur), Savannah (Georgia) y Newport (Rhode Island), donde la sinagoga Touro, dedicada en 1763, sobrevive como la sinagoga más antigua de Estados Unidos. Curiosamente los luteranos alemanes, incitados por su fundador, manifestaron una aversión a los judíos que se analizará en siguientes capítulos.

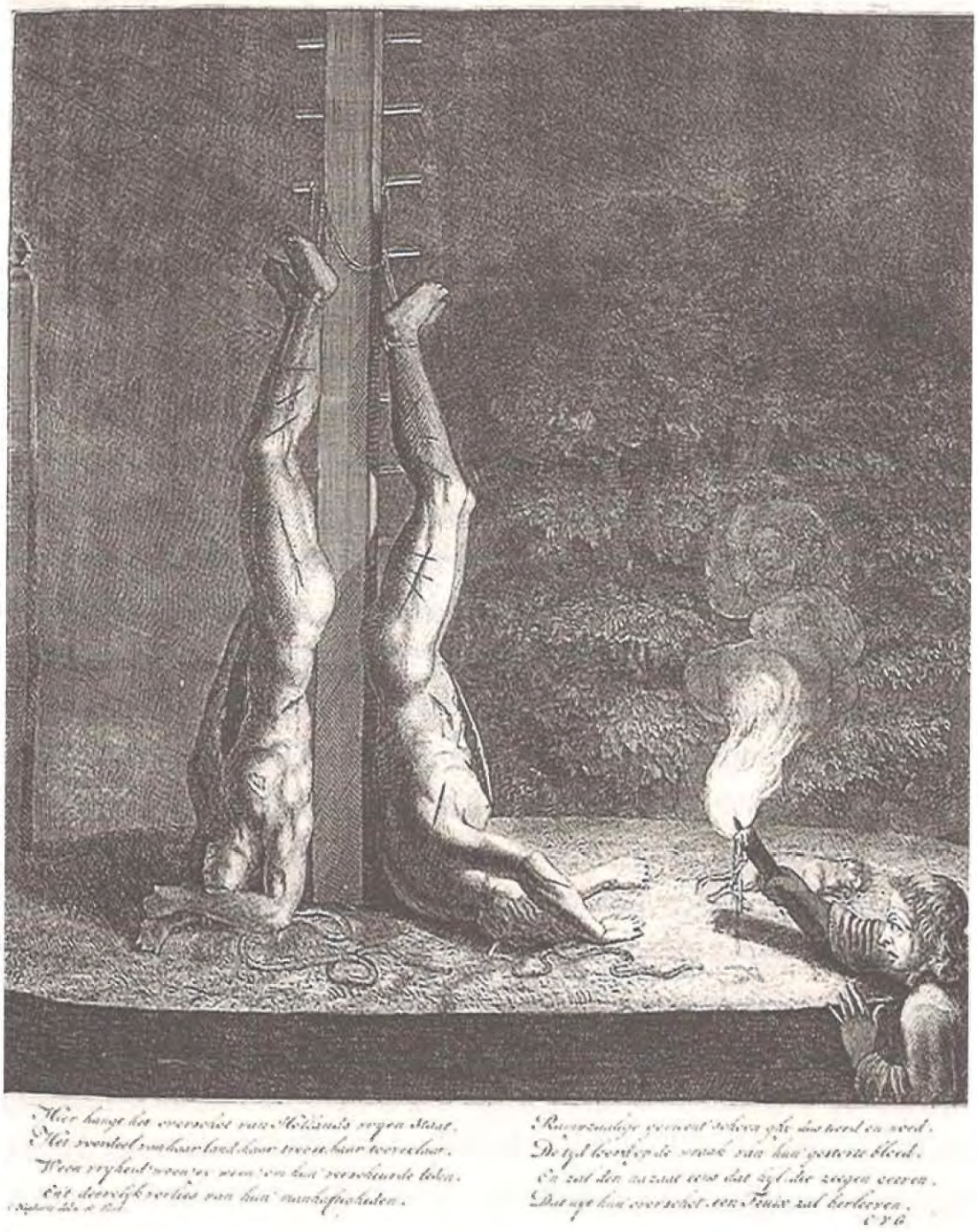
Mientras tanto, en el continente, las prometedoras Provincias Unidas empezarían a deteriorarse. Los Orange ya se habían convertido *de facto* en una dinastía. Cuando el hijo de Guillermo II de

Orange, Guillermo III, se acercaba a la edad de 18 años, los orangistas se enfrentaron a los prorrepublicanos. Estos consiguieron la promulgación del Decreto Eterno (o Edicto Perpetuo), que proscribía que el capitán general o almirante general de los Países Bajos pudiera servir como *stadhouder* en ninguna provincia. Era un ataque evidente contra los Orange que siempre heredaban el cargo de capitán general. El líder de los republicanos era Johan de Witt. Para su desgracia era profrancés y su reivindicación coincidió con el *rampjaar* («año catastrófico») neerlandés de 1672. Ese año fue cuando Francia e Inglaterra atacaron a los holandeses durante la guerra Franco-holandesa (o tercera guerra Anglo-neerlandesa).

Para los orangistas, Witt era un traidor al servicio de Francia y organizaron su asesinato. Le descerrajaron un tiro en el cuello y su cuerpo desnudo fue colgado y mutilado mientras le trinchaban el corazón para exhibirlo. A su hermano le dispararon, lo apuñalaron, lo destriparon vivo, lo colgaron también desnudo e incluso lo cocinaron y se lo comieron parcialmente, según rezan las crónicas. Durante años los orangistas exhibieron los restos de los corazones de los dos hermanos. El filósofo Baruch Spinoza, que era amigo de Johan de Witt, quedó desolado y en secreto puso en el lugar del crimen un pasquín con el título de *Ultimi barbarorum* («El colmo de la barbarie»), para condenar el hecho. El siglo de oro neerlandés se acababa en las últimas décadas del XVII. La decadencia fue paulatina frente al auge de Francia e Inglaterra. Como ya vimos, Guillermo II de Orange (Guillermo III de Inglaterra), por estar casado con una Estuardo accedió al trono de Inglaterra y cerró el paso a la restauración del catolicismo ahí. Su breve dinastía sirvió de puente para la entrada de los Hannover en la isla que culminarían su esplendor con la época vitoriana.

Los privilegios que Guillermo concedió a los colonos protestantes de Irlanda del Norte fueron tantos que se formó ahí un partido orangista. En 1795, se fundó en Irlanda del Norte la Leal Institución de Orange o la Orden de Orange para conmemorar esas prerrogativas y, en particular, su victoria en la batalla del Boyne frente al rey católico Jacobo II, el 1 de julio de 1690. La orden de Orange fue sucesivamente prohibida y restaurada y se enfrentó constantemente a los irlandeses católicos. Cada año desde hace siglos organiza una marcha por Belfast para reclamar el dominio protestante de Irlanda del

Norte. Normalmente acaba en disturbios y, en los años de plomo con el IRA activo, la marcha culminaba en verdaderas guerras campales con incluso muertos. Son destacables los disturbios de Irlanda del Norte de 1969 donde, tras la habitual marcha, los enfrentamientos entre protestantes y católicos causaron la muerte de ocho personas y centenares resultaron heridas y fueron quemadas cientos de casas, tanto de católicos como protestantes (estos años quedaron reflejados en la excelente película *En el nombre del padre* de 1993).



Asesinato de los hermanos Witt.

Los neerlandeses consiguieron su pequeño imperio comercial que se extendió por todo el globo. De hecho, fueron los primeros en colonizar África del sur. Se conocieron posteriormente como bóers o afrikáners. El calvinismo por esas tierras tomó caracteres especiales. Se creó un estilo de vida similar al patriarcado descrito en la Biblia y su fervor religioso era intenso, por no decir exaltado. Cuando a partir de 1835 fueron desplazados por los británicos hacia el interior, en la Gran Trek o Gran Marcha, se radicalizaron más si cabe en cuestiones religiosas. Se sentían como el verdadero pueblo elegido, con el que Dios había concertado una alianza y cuya misión era llevar la civilización occidental y el calvinismo al sur de África. Para ellos, los negros eran descendientes de Cam, hijo maldito de Noé, e incluso los tenían considerados como seres carentes de alma. A finales del siglo XIX entraron en guerra contra el Imperio británico y los ingleses fundaron Sudáfrica sobre la vieja colonia neerlandesa tras dos guerras entre bóers y británicos. Para entonces, los bóers habían conseguido mantener sus raíces y tradiciones calvinistas. Un ejemplo fue el general afrikáner Petrus Jacobus Joubert, héroe de la primera guerra de los Bóers (1880-1881), que era un descendiente de hugonotes franceses que habían marchado de Francia en el siglo XVII y seguían manteniendo intacto el espíritu de sus antepasados. Viendo casos como el de los *afrikáners* uno puede hacerse una idea del fuerte impacto de las ideas reformadas que, a través de los siglos, fue configurando estructuras políticas y culturales que —aunque bajo forma secularizada— han llegado hasta nuestros días.

Protestantismo y política: los efectos de la secularización

Las reflexiones de Ernst Bloch sobre la relación entre la religión cristiana y las revoluciones, muestran una sorprendente tesis. Según esta, la religión protestante había tenido un papel fundamental para el desarrollo de las ideologías revolucionarias. Y así lo había analizado en las revueltas de Müntzer y sus anabaptistas. Retomando esta argumentación, podríamos afirmar que las categorías religiosas, una vez secularizadas y vaciadas de su contenido religioso, sobreviven bajo forma política. La modernidad política, en boca de Bloch, se convertirá así en una «trascendencia sin transcendencia». Y el único cristianismo aceptable sería el que se sumara al ateísmo a modo de «utopía concreta» o realizada. De ahí su extraña afirmación de que: «lo mejor de la religión es que produce herejes», porque —argumenta— su espíritu disidente permite transformaciones sociales. Por eso, desde su ateísmo, el filósofo marxista manifestaba su admiración por el protestantismo radical. Sin embargo, el protestantismo no forjó las sociedades igualitarias, pacíficas y solidarias, con las que soñaba Bloch. Antes bien, la «espiritualidad herética» sirvió muchas veces a estructuras segregadoras, jerarquizantes y competitivas. Con otras palabras, sirvió más al capitalismo que al soñado comunismo.

Secularizando el cristianismo, la Reforma sacralizó el poder político. De ello era consciente Lutero y lo manifiesta así en su correspondencia con el príncipe elector de Sajonia, al recordarle que cada ámbito de poder que perdiera el papado recaería sobre el poder secular. Esta sacralización de lo profano también llegó, en palabras de Arnold Toynbee, a la ciencia y la técnica, como se verá más abajo. La fundación de la Royal Society en Inglaterra, en 1662, señalará el inicio del reinado de la ciencia empírica sobre la teología. Durante los siguientes

siglos, la ciencia aún mantendrá lazos con la religión, pero cada vez más débiles. La secularización abarcará círculos cada vez más amplios y concéntricos: la conciencia, la familia, la cultura, el Estado. Para muchos, esta secularización que trajo el protestantismo es el cumplimiento del ideal kantiano de la «mayoría de edad» del hombre, donde este ya no necesita de la tutela de la religión institucional, sino que puede autoconstituir su propia espiritualidad. Pero este sueño humanista no iba a ser tan satisfactorio como se esperaba. Se analizará en este capítulo algunos de los efectos secundarios de la evolución del protestantismo en el orden social y especialmente político.

ANARQUÍA, DEMOCRACIA Y UTOPÍA Y SUS ECOS PROTESTANTES

Ernst Bloch, en su obra *El principio de esperanza* (1959), intenta superar el burdo materialismo colectivista de Marx y deja caer una aplastante opinión: «por dignidad personal me niego a que el hombre acabe igual que el ganado». Por ello recupera la idea de esperanza como algo misterioso e intrínseco al hombre. Este sería un ser esencialmente insatisfecho y poseído irremediablemente de «sueños diurnos» de felicidad. Con otras palabras, defiende que en el hombre anida la ilusión de una vida mejor que, de forma más o menos consciente, dirige esos deseos hacia un horizonte de cambio social. Esta idea quedó esbozada en su obra *Thomas Müntzer, teólogo de la revolución* (1921), donde resalta el carácter revolucionario del anabaptismo. Es evidente que el mesianismo milenarista —propio de muchas corrientes protestantes— organizó las íntimas estructuras mentales de los deseos y las esperanzas. La estructura de deseo, una vez vaciada de contenido religioso, daría lugar a las modernas ideologías revolucionarias.

Bloch, audazmente, en su obra *Ateísmo en el cristianismo* afirma que sólo es posible el cristianismo desde el ateísmo y que «sólo un ateo puede ser un buen cristiano». Sin entrar en discusiones filosóficas, se puede plantear esa relación al revés: sólo desde el protestantismo pudo aparecer el ateísmo tal y como ha sido formulado en Occidente. Norman Cohn, en *En pos del milenio*, daba cuenta de un grupo de disidentes ingleses conocidos como los *ranters*. Ellos preconizaron el

anarquismo bajo principio religioso, al afirmar que su fe les había liberado de todos los mandamientos de Dios y, por tanto, de cumplir también cualquier ley humana. Igualmente, para demostrar su certeza de estar entre los *escogidos*, se jactaban de blasfemar contra Dios o de negar su existencia. Ni el mismísimo Dios podía castigarlos en sus despropósitos pues ya los había predestinado para la salvación y Él no podía contradecirse. Paradójicamente, en esta temeridad teológica se encuentra las semillas del ateísmo moderno.

También se ha debatido el papel del protestantismo en la aparición de la democracia moderna. Estudiando la radicalidad del protestantismo en sus muchas variantes y su tendencia a la fusión y confusión de las leyes seculares con las religiosas, se hace difícil entender su paternidad sobre la democracia actual. Sin embargo, hay que entender que al presente espíritu moderno se llega por diferentes procesos de secularización de estos movimientos religiosos. Nicolai Berdiaev lo resumía en una contundente frase: «La democracia es una teocracia secularizada». Ello se deduce porque en los ambientes calvinistas se recurrió frecuentemente a la figura de la alianza o pacto con Dios para justificar la existencia de la comunidad religioso-política y su sometimiento a la ley divina. Entre sus comunidades se despreciaban las jerarquías eclesiales y los pastores se elegían democráticamente. Ese pacto entre los hombres y el poder divino, constituía la comunidad de los escogidos. Esencialmente este será el esquema que seguirían los filósofos políticos contractualistas que diseñarían la teoría democrática.

En el siglo XVII, un presbiteriano escocés, Samuel Rutherford, escribía *Lex Rex* (*La ley, el rey*). En esta obra abogaba por el gobierno limitado y contra el derecho divino de los reyes. No hay que olvidar que la teoría del derecho divino de los reyes fue elaborada precisamente por anglicanos anticatólicos para oponer la *divinidad* del rey a la autoridad del papa. Posteriormente, presbiterianos, congregacionalistas, puritanos y tantas iglesias influidas por el calvinismo, quisieron demostrar que ese poder divino no estaba en los reyes, sino en el Parlamento inglés. Con el tiempo, los contractualistas como Locke o Rousseau, recogieron el esquema calvinista —vaciado del contenido religioso— de que del sometimiento de las voluntades individuales a una voluntad general constituía la comunidad. No obstante, este democratismo siempre preservó un cierto elitismo

propio también de los ambientes protestantes. Hay que recordar que el parlamentarismo revolucionario inglés escondía los intereses de una oligarquía con un insaciable apetito de poder. Este peculiar *igualitarismo aristocrático* se puede contemplar también en la Holanda de los Orange, en la revolución de Cromwell, en los hugonotes franceses o en la revolución americana que llevaría a la independencia de las colonias.

En otro orden de cosas, se halla en el protestantismo una de las causas de la explosión de la literatura utópica que se produciría a partir del siglo XVII. Los movimientos milenaristas que recorrieron la Europa entre los siglos XIV y XVI causaron estragos y revoluciones que asolaron regiones enteras, seguidos de la guerra de los Treinta Años. Tras la paz, el milenarismo vivió su propio proceso de secularización y creación de una estructura mental peculiar. Si muchos habían esperado que el Reino con la segunda venida se consumara estando ellos presentes, décadas después ya sólo soñaban mundos, reinos y repúblicas ideales fuera de la historia. Había nacido el pensamiento utópico moderno como una clara manifestación del milenarismo secularizado. Antes, en el Renacimiento y en ámbitos aún católicos se habían formulado obras utópicas fruto de la influencia platónica. *Utopía* de Tomás Moro (que acabó mártir católico) señaló el camino a muchos otros. La Italia renacentista vio nacer innumerables tratados sobre una *città felice*, fundamentada especialmente en la arquitectura de la ciudad ideal, no tanto en los temas morales y políticos. Incluso algún utopista renacentista entraría en derivas heréticas como Tomás Campanella y su *Heliópolis* (*La ciudad del Sol*).

Entre los siglos XVI y XVII, Tomás Campanella, un dominico de Calabria —lugar de origen de tantos personajes pintorescos como Joaquín de Fiore—, abandonó sin permiso su convento para unirse, junto a un judío que lo inició a los círculos ocultistas y alquimistas de Juan Bautista de la Porta. Ello le costó una primera condena de la Inquisición. Más adelante participó en una conspiración en Calabria contra los españoles para instaurar una república teocrática. Su sueño, ya en prisión de nuevo, fue descrito en *La ciudad del Sol* (1623). En prisión también había escrito *La monarquía hispánica*, sobre las gestas hispanas, para ganarse el favor de los españoles y, de paso, la libertad. Años más tarde, escribió *La monarquía del Mesías*. En este reino milenario —describía— serían abolidas las herejías,

los cismas, las guerras, el hambre y la peste, y triunfaría la ciencia para defender, enriquecer y embellecer la vida. Este reinado debería venir ya no gracias a la monarquía hispana, sino a la francesa. Como había sido acogido por Luis XIII de Francia, tras su liberación de las manos de los españoles, le estaba haciendo la pelota.

Las otras grandes utopías de la época son, prácticamente todas, de autores protestantes que habían experimentado, de más o menos cerca, los horrores del milenarismo real. Es el caso de *Nueva Atlántida* de Francis Bacon (1561-1626), que se puso bajo la protección de Jacobo I de Inglaterra. Bacon representaba a esos protestantes que se alejan de la radicalidad puritana, configurando un vago deísmo donde Dios no actuaba directamente en el mundo. Por tanto, era el hombre el que debía de autorredimirse de las debilidades provocadas por el pecado original, a través de la ciencia. Por eso *Nueva Atlántida* es un canto al progreso de las ciencias como forma de perfeccionamiento autónomo del hombre. En esta obrita ya habla de una sociedad de científicos —la denominada Casa de Salomón— que antecedería a La Real Sociedad de Londres para el Avance de la Ciencia Natural. En su utopía, sorprendentemente, se habla de barcos que navegan bajo las aguas o sobre los cielos, cajas unidas por hilos que permiten escuchar a muchos kilómetros lo que otros hablan y toda una serie de ingenios que hoy nos parecen de lo más normales.

New Atlantis de Francis Bacon.

Contemporáneo de Bacon aparece Johan Valentin Andreae (1586-1654) autor de otra utopía: *Cristianópolis*. En este pequeño relato se describe cómo tendría que ser la organización de una sociedad cristiana perfecta. Andreae, teólogo protestante, era hijo de una ilustre saga luterana testiga de las convulsiones religiosas. Quiso combinar el protestantismo con la alquimia y en 1616 publicó de forma anónima *Las bodas alquímicas de Christian Rosenkreuz*. Esta es una novela repleta de simbolismo alquímico, en la que se narra el periplo que vive el mítico fundador de la orden Rosacruz, Christian Rosenkreuz, cuando es invitado a unas bodas reales. Estas nupcias se desarrollan en un misterioso castillo y duran siete días, durante los cuales los protagonistas de la novela pasarán por una serie de transformaciones destinadas a producir una regeneración espiritual. En personajes como Andreae, el tema de la salvación espiritual sigue latiendo, pero alejado ya de los cánones explícitos del protestantismo.

Encontramos también *La República de Oceana* de James Harrington (1611-1677); Harrington fue un alto oficial de Cromwell. Vivió de cerca los movimientos revolucionarios milenaristas ingleses en su sublevación contra el rey Carlos I. También fue testigo de cómo Cromwell purgaba a los radicales del ejército. *La República de Oceana,* dedicada al mismísimo Cromwell, es una utopía que idealiza el Reino de Dios bajo una forma secularizada y sin *tensiones* escatológicas. Se la considera uno de los precedentes de la formulación de las formas de representación política en las sociedades modernas. Otro autor semejante es Samuel Hartlib (1600-1662), quien escribe otra utopía que fue muy popular en su época, *Macaria* (de *makarios*, «feliz»). Hartlib sin ser milenarista estuvo en estrecho contacto con milenaristas que pretendieron establecer una Societas Christiana en el Nuevo Mundo, a mediados del siglo XVII. De hecho, mantuvo contacto con todo tipo de hombres que iban, desde intelectuales a granjeros, pues su afán era conseguir un mundo perfecto a base de «registrar todo el conocimiento humano y hacerlo universalmente disponible para la educación de toda la humanidad». Algo parecido encontramos en la utópica *Historia de los sevarambianos,* de Denis Vairansse d´Allais (1630-1672). D´Allais era un hugonote francés. Su utopía surge como una válvula de escape ante la imposibilidad hugonota de conseguir sus objetivos político-religiosos en Francia.

El pensamiento utópico, en cuanto secularización de las agotadas tendencias milenaristas protestantes, permitió crear el imaginario de una sociedad ideal hacia la que la realidad debía dirigirse. Los esfuerzos debían entonces centrarse en redirigir la humanidad hacia esa aspiración universal. A veces ello exigiría sobredosis de voluntarismo revolucionario. Otras veces, como señalaba Kant, había que dejarse llevar por las leyes de la naturaleza social y entregarse al progreso que, sin desviaciones, llevaría a la «plenitud de los tiempos». Es evidente que esta aspiración sólo podía derivarse de la secularización de la idea de salvación cristiana. Con un lenguaje grandilocuente y de forma más explícita lo expresaba un joven Engels: «La consciencia de sí de la humanidad es el nuevo grial en torno al cual los pueblos se reúnen llenos de alegría... Tal es nuestra tarea: convertirnos en caballeros de ese grial para ceñir la espada por él y arriesgar alegremente nuestra vida en la última guerra santa que será seguida del reino milenario de la libertad». Pero la utopía debía dejar paso a su vez a la política real.

WHIGS Y TORIES, DEMÓCRATAS Y REPUBLICANOS

En el mundo anglosajón se puede identificar cómo este proceso de secularización alcanza a las élites políticas y, bajo su sombra, configura el destino de las sociedades. Desde hace casi dos siglos, la política británica se rige por los dos grandes partidos: el conservador y el laborista (este último, con cierta inexactitud, podría homologarse a los partidos socialistas del continente). Ambos partidos tienen sus remotos orígenes en las lejanas luchas, ya referidas, entre el Parlamento inglés y los monarcas. Entre 1678 y 1681, en el Parlamento surgieron dos facciones ante un encarnizado debate. Se discutía la Ley de exclusión que pretendía apartar de la sucesión al trono al católico duque de York, quien a la postre llegaría a reinar con el nombre de Jacobo II. Tras el lapso republicano de Oliver Cromwell, la monarquía había sido restaurada (1660) pero con el temor de que algún día accediera al trono algún pretendiente católico. Las dos facciones que surgieron ante las opciones de Jacobo, fueron los *whigs* y los *tories* que venían a ser algo así como los antecedentes del actual esquema de derecha e izquierda o conservadores y progresistas. Pero

no hay que caer en la tentación de las simplificaciones y hay que descubrir qué esconden estos términos.

- *Whigs*. Originalmente, como tantas veces, el término *whig* era despectivo. En gaélico de Escocia vendría a significar «cuatrero». Era la forma de insultar a los *covenanters* o presbiterianos escoceses. Durante los largos debates sobre la Ley de exclusión, a la facción puritana más radical se les denominó con el ofensivo término de *whigs*. Eran partidarios de la exclusión del católico Jacobo II, rechazaban el anglicanismo y cualquier forma de monarquía absoluta y deseaban que el poder se desplazara del trono al Parlamento. Tras la Revolución de 1688 y la llegada de Guillermo de Orange al trono, procedente de Holanda, impusieron la Bill of Rights (Declaración de derechos) que limitaba el poder del nuevo monarca sometiéndolo al Parlamento. En la historiografía inglesa hay un largo debate sobre el *long eighteenth-century* («el largo siglo XVIII»). Algunos historiadores consideran que afirmar que los *whigs* fueron el factor democratizador de Inglaterra, es forzada. Señalan que eran

Viñeta periodística sobre Whigs y Tories.

una oligarquía y que las limitaciones del poder real redundaron en un poder absoluto del Parlamento aristocrático. Si en tiempos de Cromwell esta aristocracia fue principalmente rural, décadas más tarde se fue transformando en una oligarquía burguesa e industrial más poderosa aún.

- *Tories*. Al igual que *whig*, el término *tory* era un despectivo con el que los parlamentarios insultaban a los que estaban en contra de la Ley de exclusión. Probablemente el término proviene del término irlandés *toraidhe*, que significa bandido o ladrón de ganado. Contra la interpretación progresista de los descendientes de los *whigs*, los *tories* no pertenecían a una clase superior y diferente a los *whigs*. Representaban a la misma oligarquía, pero en ellos podía más la lealtad monárquica que su anticatolicismo. Por eso, al entender que Jacobo era un pretendiente legítimo (a pesar de ser católico) defendían que debía gobernar y no ser excluido. De hecho, el término *tory* dejó de usarse una larga temporada y nadie lo echó en falta porque esa oligarquía seguía presente en el Parlamento. Buena parte del siglo XVIII la institución parlamentaria estuvo controlada por los *whigs* radicales, con los *whigs* moderados (los antes llamados *tories*) en la oposición. Entre 1783 y 1801, el primer ministro inglés sería William Pitt, un *whig* conservador. El término *tory* ya no se usaba y a sus seguidores se les llamó por entonces «*whigs* independientes», «amigos del señor Pitt», o «pittites». Estos *whigs* moderados son los predecesores del actual Partido Conservador. Tras la muerte de Pitt, el término *tory* volvió a usarse para identificarse entre los más moderados.

Será en el siglo XIX cuando un primer ministro *tory*, Robert Peel, lanzará el Manifiesto de Tamworth, que se considera el arranque del moderno Partido Conservador. Hasta 1859, los *whigs* se siguieron presentando con esa denominación a las elecciones parlamentarias. Pero en esa fecha dejaron de hacerlo cuando se unieron a algunos *tories* moderados descontentos y fundaron el Partido Liberal. Sin embargo, el bipartidismo se iba a romper a final de siglo con la aparición de un nuevo grupo, el Partido Laborista. Los viejos *whigs* abandonaron el Partido Liberal y se hicieron laboristas (los socialistas a modo inglés). Así, unos radicales religiosos y oligarcas, los puritanos,

en dos siglos, acabaron representando al socialismo. Curiosamente, los *whigs*, gracias a los emigrantes puritanos, tendrían una ramificación política en Estados Unidos. El Partido Whig consiguió organizarse en 1839 y nombrar como candidato a la Casa Blanca a William Henry Harrison. Sorprendentemente ganó las elecciones. Lo que iba a ser una nueva etapa política en Estados Unidos, acabó rápidamente en frustración. Harrison fue el primer presidente de Estados Unidos que murió en el cargo. Su presidencia sólo duró 31 días debido a una pulmonía que lo llevó a la tumba. Parece ser que la pilló en su discurso de inauguración que duró ni más ni menos que dos horas. Y así acabó la aventura *whig* en Estados Unidos.

Dejando de lado la complejidad del sistema electoral americano, es interesante observar la historia de sus dos principales partidos y sus connotaciones religiosas. El efímero triunfo del Partido Whig en tierras americanas, dio lugar a que un resto de sus miembros decidieran fundar el Partido Republicano, en honor a Jefferson que había sido fundador del desaparecido Partido Demócrata-Republicano. Lo que en Inglaterra era la izquierda del Parlamento, en Estados Unidos se acabaría convirtiendo en la derecha (ello nos da a entender lo limitados y simplistas que son los conceptos de derecha e izquierda). Hay que entender bien el sistema norteamericano, que alguno ha definido como un sistema de partido único con dos caras, la demócrata y la republicana. Para ello debemos remontarnos a los orígenes. Tras la independencia, George Washington buscó crear una «administración ilustrada», desprovista de partidos políticos. Algunos de los primeros padres de la nación advertían del peligro de la *facciones*. Finalmente, tres décadas antes de que surgieran los partidos tal y como los conocemos en Europa, en Estados Unidos las *facciones* se consolidaron y se convirtieron en partidos.

Por un lado, estaba el Partido Federalista y, por otro, el Partido Demócrata-Republicano. Los federalistas estaban liderados por Alexander Hamilton y se identificaban con los intereses de las zonas más urbanas, manufactureras y comerciales del país, el noreste. Defendían la creación de un banco nacional, el pago de la deuda nacional y el cobro de aranceles a los productos importados. Además, veían con recelo los eventos de la Revolución francesa y no escondían sus simpatías por Gran Bretaña, la antigua metrópoli. Los demócratas-republicanos estaban liderados por Thomas Jefferson y

representaban los intereses del sur esclavista y agrario. Se oponían a los aranceles y a la creación de un banco nacional. Jefferson y sus seguidores simpatizaban con la Francia revolucionaria y manifestaban una actitud claramente antibritánica.

Estos dos partidos se vieron las caras por primera vez en las elecciones de 1796 que fueron ganadas por los federalistas. En las elecciones de 1800 resultó electo como presidente Jefferson, marcando el inicio de un dominio político demócrata-republicano sobre el federal. En 1812 estalló una guerra anglo-americana que hizo desaparecer al Partido Federalista por su posición proinglesa. En las elecciones de 1824, ante el dominio absoluto del Partido Demócrata-Republicano, concurrieron varios candidatos del mismo partido a las elecciones. Ello llevó a una fractura del partido. Sería elegido Jackson que decidió fundar el Partido Demócrata. Y, como hemos visto, el Partido Whig vino a representar al sector republicano del Partido Demócrata-Republicano. La situación, con todas sus diferencias, recuerda al origen de *tories* y *whigs*, donde entre ellos no había diferencias de clase social, sino de posicionamientos políticos concretos. Así demócratas y republicanos norteamericanos, en cuanto a sus dirigentes, aún hoy tampoco manifiestan diferencias de clases sociales sino de planteamientos políticos o ideológicos.

Los republicanos saltaron a la fama con la elección de Abraham Lincoln. Defendían la abolición de la esclavitud (no todos, para ser sinceros) y la imposición del proteccionismo. Los estados del sur estaban en contra, no sólo por el tema de la esclavitud, sino porque el proteccionismo les desfavorecía. Siendo estados agrícolas, precisaban del librecambismo para negociar en Europa. Por eso, en los estados sureños dominaba el partido demócrata (justo lo contrario que hoy en día). Las diferencias acabaron llevando a la trágica guerra Civil entre 1861 y 1865. Al contrario que hoy, los demócratas eran —impropiamente, se podría decir— *conservadores* y los republicanos eran *progresistas*. Entrado el siglo XX, debido a la política intervencionista del New Deal, tras el crack del 29, las facciones conservadoras del partido demócrata se extinguieron. Se adoptaron posturas socialdemócratas, atrayendo un fuerte apoyo de votantes con orígenes europeos recientes, muchos de los cuales eran católicos y de clase trabajadora, que habitaban en las grandes ciudades. Ello llevó al partido demócrata a cambiar su discurso, pero no la procedencia elitista de la clase política.

Esta clase política, desde sus orígenes, ha sido una extraña mezcla de las élites protestantes, masónicas e ilustradas (recordemos el gran número de masones entre los padres fundadores) y *lobbies* que perseguían sus intereses, desde comerciantes hasta las diferentes ramas del judaísmo. Si nos dirigimos a las bases y votantes de los partidos se puede detectar un curioso comportamiento. En muchos estados de Estados Unidos las clases medias y medias bajas de origen caucásico son republicanas y las clases altas o medio altas tienden a ser demócratas. Igualmente se puede establecer una correlación entre confesiones religiosas y clase social. He aquí varios ejemplos. Los *episcopalianos* son los herederos de la vieja Iglesia anglicana de las colonias, pero totalmente independientes de Inglaterra. Mantienen una jerarquía de obispos y pertenecer a esta confesión se correlaciona con las clases altas (el fallecido presidente Georg Bush, padre, era *episcopaliano*). De hecho, en la historia de Estados Unidos, casi la mitad de sus presidentes eran de confesión *episcopaliana*. Los metodistas, a su vez, se asocian a una clase media alta y los presbiterianos (viejos puritanos) a una clase media. Bill Clinton meses antes de presentarse a las elecciones dejó la Iglesia metodista para inscribirse en la presbiterana (cambiarse de confesión es algo habitual en Estados Unidos) para acercarse a un electorado de clase media que necesitaba para ganar las elecciones.

Cuando a George Busch hijo, que había tenido sus «problemas de moralidad pública» cuando era joven, al presentarse a las elecciones le preguntaron por su adscripción y dijo ser un «renacido». El concepto de renacido se estila mucho en la Confederación de los Bautistas del Sur que representa la confesión más extendida por los estados sureños conocidos como el «cinturón de la Biblia». Es un movimiento protestante transversal y su pilar, como señala Harold Bloom, implica: «La experiencia baptista de conocer a Jesús, en un encuentro solitario y renovable, [que] tiene prioridad por encima del culto, la doctrina o los actos de caridad. Y puesto que lo que podemos saber de Jesús, de alguna manera, ya es afín a Jesús, entonces el baptista salvado participa ahora de la Resurrección y la Vida». Esta creencia religiosa refuerza la idea de que la individualidad está por encima de todo y, sobre todo, frente al gobierno y coincide con la psicología propia del votante actual del partido republicano. El carácter más comunitario de los católicos, y su tradicional condición de

marginados, ha mantenido hasta ahora, momento en el que empieza a cambiar la tendencia, su preferencia de voto a los demócratas. Los mormones se caracterizan por su alto estatus cultural y económico y su voto es preferentemente republicano. En cambio, existe la llamada *Iglesia negra*, un conjunto de diversas confesiones y congregaciones que agrupan a la población afroamericana en diferentes estados, y que normalmente quedan asociados a clase baja y voto demócrata.

Si uno toma la religión, estatus social y lugar o estado de residencia, tiene prácticamente todas las variables predictivas del voto americano para las elecciones presidenciales. De hecho, hay una serie de estados en los que desde hace tiempo el voto mayoritario a demócratas o republicanos es inamovible. Todo el mundo sabe que las elecciones se juegan en unos pocos estados, en los que el número de votantes de uno u otro partido están ajustados. El mencionado Harol Bloom, en su obra *La religión en los Estados Unidos*, hace tres décadas anunciaba que se iba a producir una hegemonía republicana, como así fue hasta la llegada de los Obama o Biden. Ello sería debido a un pacto entre los mormones de Utah y los estados sobre los que influyen y los del «el cinturón de la Biblia». Son dos formas de religiosidad muy diferentes, pero aborrecen la idiosincrasia de los demócratas. Bloom lo expresaba así: «Reflexiono sobre la curiosa y tácita alianza entre dos poderes espiritualmente opuestos entre sí: los fundamentalistas baptistas sureños mayoritarios que se han apoderado de la Convención, y la Iglesia mormona. Ninguno de los dos reconocería la alianza, pero se halla en el centro de la coalición que ahora garantizan el prolongado ascendiente de la dinastía de Reagan y Bush». Este juicio fue en su momento toda una profecía. Y nos muestra cómo aún influye notabilísimamente la religión en los procesos electorales norteamericanos.

LAS INFLUENCIAS DEL LUTERANISMO EN EL ANTISEMITISMO GERMÁNICO

En el libro de Daniel Jonah Goldhagen *Los verdugos voluntarios de Hitler: Los alemanes corrientes y el Holocausto* (1996) se señala al obispo luterano de Turingia, que escribió una antología de textos contra los judíos y celebró el 1 de noviembre de 1938, cuando ardieron

las sinagogas en Alemania. Ese era el día del aniversario de Lutero (el Luthertag) comúnmente celebrado en Alemania e impulsado en su momento por los nazis. Hitler deseó establecer una Iglesia del Reich, pero se encontró con más de 30 confesiones luteranas enfrentadas entre sí a las que debía de poner de acuerdo para formar la futura Iglesia Nacional Alemana. Por mucho que se quiera ocultar, el III Reich tuvo por héroe nacional a Lutero. En 1923, años antes de su llegada al poder, Hitler elogió a Lutero llamándolo el mayor genio alemán, que «vio al judío como nosotros hoy empezamos a verlo». En el reformador alemán, los nazis reconocían al padre de la *nación*. Sus traducciones del Nuevo Testamento y de la Biblia, fijaron una variedad del alemán que la mayoría de alemanes pudieran entender. Permitió así la expansión de esa *variante* que se convertiría en la *lengua nacional*. En aquella época las variantes eran tantas que, sin el luteranismo, la lengua posiblemente se hubiera desintegrado en sus múltiples dialectos. A Lutero se debía también el nacionalismo implícito en sus acciones políticas y, por último, el conocido y furibundo odio a los judíos.

Las principales obras de Lutero sobre los judíos fueron sus tratados *Von den Juden und Ihren Lügen* (*Sobre los judíos y sus mentiras*) y *Von Schem Hamphoras und vom Geschlecht Christi* (*Del nombre incognoscible y las generaciones de Cristo*). Ambos datan de 1543 y fueron reimpresos varias veces en vida de Lutero. El reformador se inspiró en una obra de Anton Margaritha, un judío converso al luteranismo, titulada *Der gantze de Jüdisch Glaub* (*La creencia judía al completo*). Los textos son inequívocos. En la primera obra referenciada, *Sobre los judíos y sus mentiras*, se dice de ellos que son un pueblo «abyecto y despreciable, es decir, no un pueblo de Dios, y su jactancia de linaje, su circuncisión y su ley deben ser considerados sucios»; están manchados con «las heces del diablo [...] en las que se revuelcan como cerdos»; La sinagoga es una «novia impura, sí, una ramera incorregible, una mujerzuela impía». En el texto pedía que sus sinagogas fueran incendiadas, sus libros destruidos, su dinero confiscado y sus casas arrasadas. Los denomina «estos infectos gusanos venenosos» a los que no se les debe mostrar ninguna piedad ni misericordia. Y acaba sentenciando: «Seremos culpables de no destruirlos».

Poco antes de su muerte, Lutero predicó cuatro sermones en Eisleben. Al penúltimo añadió lo que él llamó su «última advertencia» contra los judíos y en él se lee: «Ellos son nuestros principales

enemigos. No dejan de blasfemar de Cristo nuestro Señor, tratando a la Virgen María de puta, a Cristo, de bastardo, y a nosotros de imbéciles o abortos. Si ellos pudieran acabar con todos nosotros, lo harían de grado. Ya lo hacen a menudo, especialmente aquellos que se hacen pasar por médicos, aunque a veces ayudan, porque el diablo ayuda a terminar la faena al final. Suelen ejercer la medicina como en la Suiza francesa. Administran veneno a personas que morirán en una hora, un mes, un año, o en diez o veinte años. Son muy duchos en este arte». Los príncipes alemanes toleraron a los judíos, pero les impusieron muchas restricciones legales y no se opusieron a los tumultos que contra ellos se sucedían. El historiador Paul Johnson describe cómo los luteranos saquearon Berlín en 1572 persiguiendo judíos. A lo largo de la década de 1580 se produjeron en Alemania numerosos disturbios que dieron lugar a la expulsión de los mismos de varios territorios luteranos. En la mente de muchos, habían quedado los epítetos de Lutero dedicados a los judíos: «cegados, malditos, malvados, vengativos, codiciosos, blasfemos, celosos, engreídos, poseídos, tercos e incorregibles».

La opinión predominante entre los historiadores es que la retórica antijudía de Lutero contribuyó significativamente al desarrollo del antisemitismo en Alemania que llegaría hasta el nazismo. El 17 de diciembre de 1941, siete confederaciones regionales de la Iglesia luterana difundieron una declaración en la que aprobaban la obligación a los judíos a llevar un distintivo amarillo. En el curso de las festividades del Luthertag (Día de Lutero), los nazis hacían hincapié en su admiración por Lutero, considerándolo un revolucionario nacionalista. Un artículo en el *Chemnitzer Tageblatt* decía: «el pueblo alemán permanece unido no sólo en la lealtad y el amor a la patria, sino también nuevamente en las viejas creencias alemanas de Lutero [Lutherglauben]; una nueva época de fuerte y concienciada vida religiosa ha amanecido en Alemania». René Süss en *Luthers theologisch testament* (*El testamento teológico de Lutero*) afirma que el odio de Lutero por los judíos no fue un pequeño error, sino más bien parte de la esencia de su ideología religiosa. Como curiosidad histórica, decir que el padre de Martin Luther King visitó en 1935 la Alemania nazi, con motivo de una asamblea luterana. Ahí conoció la figura de Lutero y, al regresar, decidió cambiar el nombre de su hijo (bautizado como Michel King) por el de Martin Luther King.

Es innegable la connivencia entre las iglesias luteranas y el nazismo. Richard Steigmann-Gall, en su obra *The Holy Reich. Nazi Conceptions of Christianity, 1919–1945* (*El sagrado Reich. La concepción nazi del cristianismo, 1919-1945*), escribe: «La directiva de la Unión Protestante tenía una visión similar. Fahrenhorst, que estaba en el comité de planificación del Luthertag, llamaba a Lutero "el primer *führer* espiritual alemán" que se dirigió a todos los alemanes, independientemente de su clan o confesión. En una carta a Hitler, Fahrenhorst le recordó que sus "viejos luchadores" eran en su mayoría protestantes y que fue precisamente "en las regiones protestantes de nuestra patria en las que el nazismo encontró su mayor fortaleza"». Estas palabras son acertadas. Cuando se ha estudiado el voto al Partido Nacional Socialista Obrero Alemán, se distingue claramente que en los *lands* luteranos era donde más sufragios obtenía, en cambio en los *lands* católicos donde menos.

Cartel propagandístico Nazi, de 1933, con la imagen de Lutero.

Pero el salto del antisemitismo de Lutero al del nazismo es demasiado grande sino hubiera una constante en la historia de Alemania. Durante la Ilustración, Federico II el Grande de Prusia limitó el número de judíos que tenían permitido vivir en Breslavia sólo a familias judías *protegidas*. Hegel veía en los judíos un pueblo de «esclavos» que jamás querrían ser liberados por la razón. Sobre Kant, luterano pietista, el filósofo Michel Onfray en su obra *El vientre de los filósofos* dice: «Kant fue también defensor de la superioridad de la raza blanca con respecto a los negros», a quienes recrimina su mal olor. También hace un breve pero contundente recuento de algunas fórmulas antisemitas y misóginas. En su obra *El conflicto de las facultades* (1798), el filósofo alemán afirmará que «la eutanasia del judaísmo sólo podrá lograrse por medio de una religión moral pura, con el abandono de todos los estatutos antiguos antiguas normas legales». Es decir, pedía que el judaísmo desapareciera disolviéndose en una religión natural y racional. Por su parte, Nietzsche no critica a los judíos por haber matado a Jesús sino por todo lo contrario: por haberlo creado. Les acusó de poseer un espíritu de resentimiento y una cultura enfermiza.

Y este era el ambiente intelectual generalizado en Alemania respecto a los judíos antes de la aparición de Hitler. Georges Weill en *La Europa del siglo XIX y la idea de nacionalidad* dedica un capítulo a Bismark, ferviente luterano pietista, y a su antisemitismo. El ataque al pensamiento judío es constante por parte de Schopenhauer, llegando a niveles muy elevados de antisemitismo intelectual refiriéndose constantemente al *foedor iudaicus* («hedor judío»). Independientemente de los intelectuales o políticos, debemos tener presente una figura característica del mundo rural prusiano, donde sobrevivieron con más intensidad los valores luteranos y en la que el nazismo encontró uno de sus mejores baluartes. Se trata del *junker*, que vendría a traducirse «señorito». Los *junkers* eran los miembros de la antigua nobleza terrateniente de Prusia. Poseían grandes propiedades de las que dependían campesinos en un régimen casi propio de los siervos de la gleba. A pesar de que en el II Reich se incorporaron territorios católicos como Baviera, el peso político siempre lo tuvo Prusia. El canciller Otto von Bismarck, por ejemplo, había sido un *junker*. El historiador Frederick Austin Ogg afirmaba: «si Prusia gobernaba Alemania y los *junker* dominaban Prusia, estos también dominarían el Imperio alemán a través de Prusia». Una película que

vio la luz en 2009, *La cinta blanca* dirigida por Michael Haneke, nos presenta espléndidamente esa Prusia prenazi y el ambiente de una sociedad luterana dominada por los *junker*. Estos nutrieron de cargos a las estructuras del nazismo y de oficiales al ejército alemán. Tras la Segunda Guerra Mundial esta clase social quedó prácticamente extinta. O bien habían muerto en combate, o fueron asesinados en represalias tras la guerra, o murieron en la cárcel o bien se suicidaron. Esto denota su implicación con el III Reich.

La Prusia de los *junkers* quiso imponer su visión luterana sobre las zonas católicas que había anexionado, de ahí que iniciara una Kulturkampf («lucha cultural») dirigida por Bismarck contra la Iglesia católica. Los católicos se habían agrupado en torno a un partido, el Zentrum, que era contrario a la unificación alemana bajo hegemonía y centralismo prusiano. El partido defendía los derechos de los católicos bávaros, alsacianos o polacos en territorio prusiano. La fobia a los católicos se muestra en las quejas de Bismark de las jóvenes polacas que llegaban a Alemania para trabajar y se casaban con un alemán, siendo los hijos educados «a la polaca». Otro tema que hacía recelar a Bismark, era que el Concilio Vaticano I, en 1870, se había proclamado el dogma de la infalibilidad pontificia. Bismark, y tantos otros luteranos, interpretaban que para los católicos alemanes la autoridad del papa quedaba por encima de la autoridad del canciller. El nacionalismo alemán consiguió absorber a algunos católicos que se adhirieron a Bismark y se posicionaron contra el Concilio Vaticano I. Se provocó así el cisma de los llamados *veterocatólicos*.

El canciller inició, entre 1871 y 1878, un acoso legislativo contra los católicos. En primer lugar, fue suprimido el departamento católico en el Ministerio de Cultura de Prusia y se dio protección oficial a los *veterocatólicos* en detrimento de los católicos fieles al papa. En 1871, una ley pedía la cárcel para los predicadores católicos que criticaran al Estado desde el púlpito; otra establecía el control de las escuelas católicas por parte del Estado. Los jesuitas fueron expulsados en 1872. En 1874, el matrimonio civil pasó a ser obligatorio y se suprimieron las subvenciones a la Iglesia católica. Muchos sacerdotes católicos se resistieron y fueron encarcelados o expulsados del Reich. A partir de 1878, Bismarck suavizó su política. El Zentrum era un partido que, a pesar de ser minoritario, se volvió imprescindible para formar gobiernos estables ante la aparición de un revolucionario Partido

Socialdemócrata de Alemania. Cuando se alejó el peligro comunista, en 1886, se reactivaría la Kulturkampf. Estas iniciativas influyeron además en Suiza, donde también fueron expulsados los jesuitas y se legisló para controlar las órdenes conventuales.

LA PREDESTINACIÓN PASA A LOS GENES: EL DARWINISMO SOCIAL

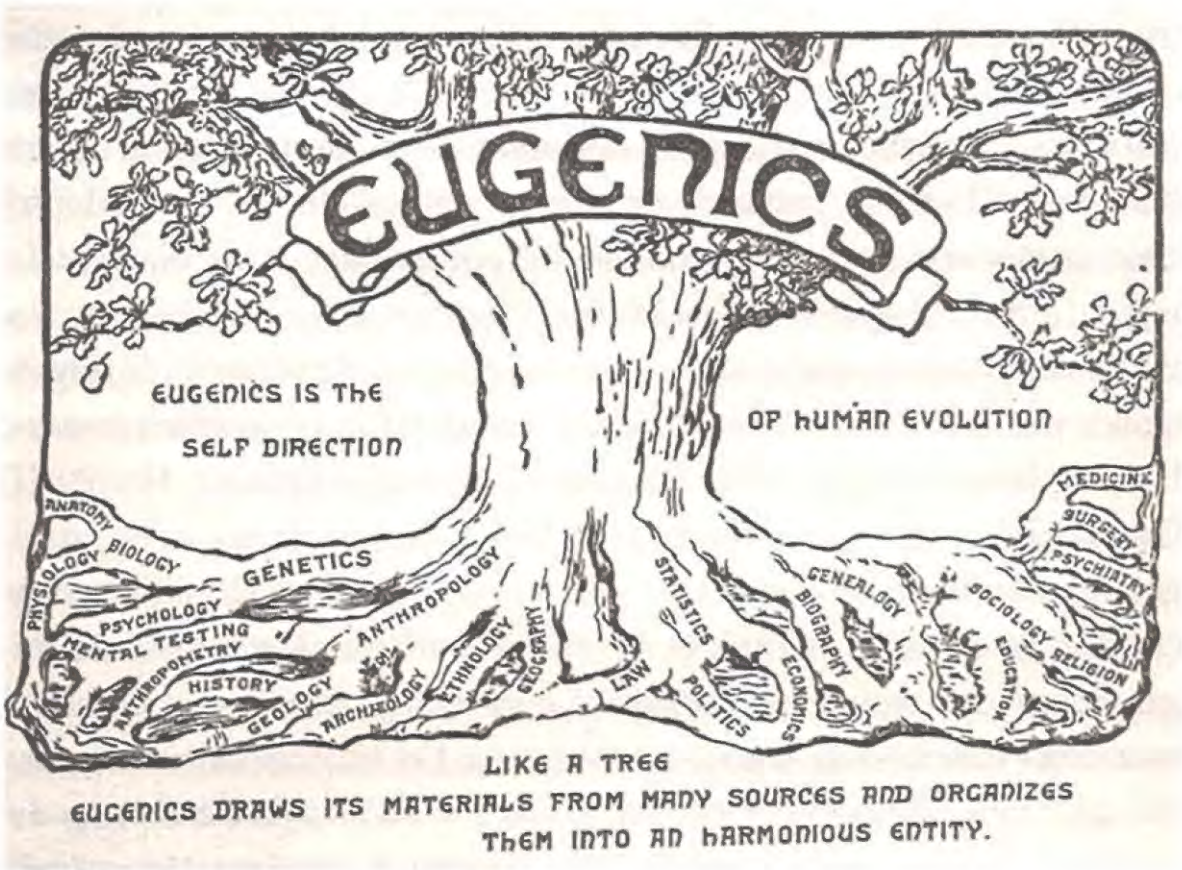
El darwinismo social y el *racialismo* están íntimamente unidos, pero el segundo se tratará en el próximo capítulo. El darwinismo social se desarrolla en países protestantes bajo la lógica de la secularización del dogma de la predestinación. Como señaló Max Weber en su *Ética protestante y el espíritu del capitalismo*, la creencia en este dogma provocaba profundas angustias de los creyentes sobre su destino final tras la muerte. Para ello se desarrollaron dinámicas de *constatación* de estar entre los elegidos, como el éxito profesional; pero este *indicador* no era el único. Hay que comprender la compleja lógica inconsciente que genera la cultura protestante. En una *comunidad de elegidos* tenían que tener todos los miembros un cierto nivel de igualdad y éxito material. Si, como se expuso, un *santo* de la congregación pecaba públicamente, esta distorsión se reparaba con el castigo púbico o la expulsión de la comunidad. En sentido análogo, en el mundo protestante se fue creando sutilmente la idea de que las desgracias personales son manifestaciones de la predestinación a la condenación, así como de la miseria provocada por los vicios. Igualmente, si el pecado original se heredaba, la predestinación a la condenación acabaría asociada a la idea de herencia genética o pertenencia a alguna comunidad *maldita*.

Estas ideas teológicas, pero omnipresentes en los esquemas protestantes, se fueron secularizando y generando nuevas categorías para comprender la realidad. Un personaje interesante para analizar desde esta perspectiva, es el naturalista y médico escocés John Hunter (1728-1793). De formación presbiteriana, aplicó las categorías religiosas a la naturaleza, estableciendo una relación entre la morfología y la perfección progresiva de las funciones orgánicas. Así, se podría colegir entre dos especies cuál era más perfecta y cuál menos, como por ejemplo los vertebrados respecto a los invertebrados y

otras analogías. Por otro lado, Johan Friedrich Blumenbach (1752-1840), nacido en la Alemania luterana, estableció que en las especies había un patrón y toda desviación de él suponía una degradación o degeneración respecto a la perfección original, así: «las razas y las variedades son desviaciones de las formas originales específicas de los cuerpos organizados de especies individuales, que resultan de su variación o degeneración gradual». Podemos entrever que, bajo el lenguaje naturalista, se esconde un lenguaje teológico sobre la degradación o caída respecto a un estado de perfección previo. Estos dos autores, y muchos otros más, ayudan a entender el sentido del darwinismo social en cuanto que secularización de la aspiración de salvación de una comunidad de escogidos. Para ello en imprescindible revisar a Charles Darwin (1809-1882) desde esta perspectiva.

Claramente, Darwin expresa en su obra *El origen del hombre* que: «Las diferencias de este género que existen entre los hombres más eminentes de las razas más cultas y los individuos de las razas inferiores, están escalonadas por delicadísimas graduaciones» y «las naciones occidentales de Europa, que tantas ventajas llevan en el presente a sus progenitores salvajes, se encuentran, por decirlo así, en la cima de la civilización». Al final de la obra, afirma sin rubor que prefería descender del mono que no de los salvajes de las tribus, a los que consideraba claramente inferiores. Entre los darwinistas quizá el más famoso sea el inglés Herbert Spencer (1820-1903), que inició lo que ha venido a denominarse el darwinismo social. Spencer proponía que las sociedades tienen sus propios mecanismos espontáneos de selección y progreso social. Por tanto, los gobiernos debían limitarse a «gobernar poco» y dejar que la naturaleza social siguiera su curso, ya que ella elabora mecanismos de eliminación de los «no aptos». En su principal obra sociológica, *Primeros principios*, afirmaba que: «eliminando al enfermizo, al deforme y al menos veloz ... se impide toda degeneración de la raza». Esta era a su entender la *verdadera* forma de *progreso*. En su obra *Social Statistics* asocia las clases sociales más desfavorecidas a un problema de herencia genética, por tanto, a una «inferioridad innata» contra la cual no se puede luchar. Por eso, la sociedad elimina a esos individuos relegándoles primero a clases sociales inferiores y luego haciéndoles desaparecer impidiendo su reproducción. Por lo que se ha ido exponiendo, es difícil no encontrar en estas propuestas ecos secularizados de la doctrina de la predestinación.

Para el desarrollo del darwinismo social, es imprescindible atender a la figura del inglés Francis Galton (1822-1911), cuáquero de afiliación religiosa. Propició teorías de selección natural bajo criterios de herencia genética. Para Galton las enfermedades y las desviaciones sociales (secularización de la idea de pecado) como la pobreza o el crimen, se heredaban. La solución a los problemas sociales consistiría en controlar eugenésicamente a enfermos y delincuentes esterilizándolos. Galton no dudaba de que la raza blanca —expuesta a duras condiciones ambientales— era *superior* a otras, pues se había tenido que esforzar para sobrevivir. Pero la raza blanca, siendo superior, debía purificarse constantemente para evitar su degradación. Estas tesis saltaron a Estados Unidos de mano de un personaje poco conocido, el sociólogo norteamericano William Graham Sumner (1840-1910). Es el primero que impartió la primera cátedra de Sociología en la Universidad Yale y también fue ministro episcopaliano. Fue quien encabezó en 1880 un debate entre universitarios presbiterianos contra congregacionalistas para implantar el darwinismo social de Herbert Spencer.



Propaganda eugenésica.

Tras una batalla cultural, consiguió que en 1885 la revista *Christian Union* (con más de 100.000 ejemplares de tirada) admitiese el darwinismo social como una doctrina científica oficial del calvinismo norteamericano. El credo de Sumner es una combinación casi perfecta entre la ética calvinista, la economía política capitalista y el darwinismo social. Para él, el hombre puritano que consigue el éxito económico es el modelo de los ejemplares mejor dotados de la especie. Ello denota que se encuentra predestinado para la victoria en el proceso darwinista de selección natural. Con otras palabras, se trata de «una ley de la naturaleza que no puede abolirse ni reformarse, al igual que sucede con la ley de la gravitación». Este mensaje, extendido desde las cátedras universitarias protestantes a favor del darwinismo social, caló profundamente en la mentalidad americana, ya de por sí *racialista*. Nunca seremos conscientes de la importancia del espíritu puritano norteamericano, que posibilitó que las tesis de Spencer y las propuestas Galton tuvieran una impresionante acogida en Estados Unidos.

Al morir Galton, en 1911, el movimiento eugenésico había arraigado con fuerza en Norteamérica. Uno de sus principales promotores fue John D. Rockefeller que financió la Oficina de Registro Eugenésico en Long Island. El objetivo era fijar las «líneas de sangre más eficaces de América». Se desarrolló así una gran campaña educativa a favor de la eugenesia, con el fin de demostrar que no todas las razas eran adecuadas para la constitución de la nación americana y por lo tanto había que evitar su expansión. El movimiento eugenésico se desarrolló coincidiendo con la llegada de oleadas de inmigrantes europeos. De hecho, los primeros test de inteligencia en Estados Unidos se elaboraron con la intención de filtrar la inmigración y permitir sólo la entrada de aquellas razas «más inteligentes». Uno de los psicólogos más famosos de Estados Unidos, Henry H. Goddard (un devoto cuáquero), realizó investigaciones entre inmigrantes con el fin de demostrar que los judíos, húngaros, italianos y rusos eran «débiles mentales». El establecimiento de cuotas de inmigrantes según países (identificados con razas) tenía como objetivo mantener una nación «racialmente pura». En 1921, el Gobierno norteamericano, influido por ese ambiente puritano, aprobó el Acta de Inmigración que impuso cuotas para limitar la inmigración extranjera de las razas *inferiores*.

Por aquel tiempo, aparecieron obras darwinistas como *The Passing of Great Race* (*La caída de la gran raza*) 1916, de Madison Grant, conocido como el padre del *nordicismo* o defensor superioridad de los WASP (*whites, anglosaxon and protestants*). Vio la luz también *The Rising Tide of Color* (*La marea creciente de color*) 1920, de Lathrop Stoddard. Este último había estudiado en la Universidad de Berlín y una vez asentado en Estados Unidos, abrogaba desde su universidad por el *suicidio racial* de los japoneses. En 1940, Stoddard, director de la Liga Americana Pro Control de la Natalidad, escribía un libro en el que manifestaba su admiración por la limpieza racial practicada por los nazis y abogaba por la consecución científica de una *superraza*. Psicólogos norteamericanos como Edward Ross o William McDougall escribieron obras apoyando la eugenesia y la restricción racial de la inmigración. Este ambiente racial fue tan fuerte que en los años 30 se denegó la entrada a muchísimos judíos perseguidos en la Alemania nazi, pues ya se habían cubierto las cuotas de inmigración. Una vez garantizada la pureza *racial*, había que impedir que esta degenerara, aplicando estrictas políticas eugenésicas. En Michigan, en 1898, se aprobaba un decreto de esterilización eugenésica y ese mismo año se castraron *terapéuticamente* a 26 niños del estado. En 1904 la Fundación Carnegie financiaba un laboratorio para investigar la detección del «plasma germinal defectuoso». En 1905 el estado de Pensilvania aprobó el Acta para la Prevención de la Idiotez (hay que recordar que Darwin llamaba a las tribus salvajes «los idiotas»). En esta ley se contemplaba la esterilización. Entre 1909 y 1928 fueron 21 estados los que aprobaron leyes eugenésicas con la intención de «prevenir la procreación» de «asexuados, criminales, idiotas, débiles mentales, pervertidos sexuales, sifilíticos, epilépticos o degenerados». En 1914 se celebró en Estados Unidos la Primera Conferencia Nacional para el Mejoramiento de la Raza. En el primer tercio del siglo XX decenas de miles de norteamericanos *inferiores* fueron esterilizados.

Una de las responsables de estas políticas fue Margaret Sanger, fundadora de Planned Parethood, una organización que hoy tiene una gran influencia en organismos internacionales. Una de las revistas que promocionó, en los años 30, fue la *Birth Control Review* (*Revista del control de natalidad*). Por su intermediación, en la revista llegó a colaborar habitualmente Ernst Rudin, director del

programa nazi de experimentos médicos. En esta publicación, editada en Estados Unidos, colaboraron asiduamente científicos alemanes nazis. En 1931, Sanger fundó la Asociación de Población de América, y nombró director a Henry Pratt Fairchild, uno de los profesores racistas más conocidos de su época. En 1932 diseñó un Plan por la Paz, proponiendo la esterilización obligatoria, la segregación e incluso la concentración en campos especiales de las razas «genéticamente inferiores». Entre sus frases más contundentes, encontramos: «el acto más piadoso que puede hacer una familia numerosa por uno de sus hijos es matarlo» (1920); «la caridad no hace más que prolongar la miseria de los ineptos» (1922); «ninguna mujer y ningún hombre tendrá derecho a ser madre o padre sin un permiso de procreación» (1934).

La *higiene racial* también llegó a Alemania, donde el *humus* protestante hizo propicia su expansión. En 1895, Alfred Ploetz (1860-1940), autor del término «higiene racial» (*rassenhygiene*), publicaba una obra titulada *The Excellence of Our Race and the Protection of the Weak*. El hilo argumental trataba de demostrar que el humanitarismo no consistía en proteger a los más débiles. El humanitarismo de verdad se había de aplicar a perfeccionar la «raza». Ploetz, para ello, fundó una sociedad secreta juvenil racista. El alemán Wilhelm Schallmayer (1857-1919) escribió una obra de largo y significado título: *Sobre la inminente degeneración física de la humanidad civilizada y la nacionalización de la profesión médica*. Defendía que el «progreso social» no podía depender de la «selección natural» dejada a su propia dinámica. El Estado debía controlar la «selección natural» con políticas públicas. Instaba a que se estableciera un sistema de asesoramiento (*eheberatung*) y un examen prematrimonial. Los médicos debían ser los últimos responsables de aprobar aquellos matrimonios que reunieran las condiciones adecuadas para mantener la «raza sana». En 1902 se fundó en Alemania la *Revista Político-Antropológica*, cuyo objetivo era otorgar fundamento científico y biológico a propuestas políticas eugenésicas.

En 1920 se inicia en Alemania un debate sobre la conveniencia de eliminar a los pacientes que se consideren indignos de vivir. Cuatro años antes de que Hitler escribiera su *Mein Kampf*, muchos profesores universitarios defendían que el Estado debía autorizar el asesinato de los «devaluados». Todas estas teorías y prácticas se extendieron

rápidamente por los países luteranos del Europa. En 1922 se estableció en la Suecia el Instituto Estatal de Biología racial. Su función consistía en encontrar las causas de la delincuencia, el alcoholismo, los trastornos mentales y demás fenómenos considerados problemáticos para la sociedad sueca. En 1934 se aprobó una ley que establecía que no todas las personas podían tener hijos. Miles de personas «moralmente inferiores» fueron esterilizadas por la fuerza. El primero de los directores del Instituto fue Herman Bernhard Lundborg (1868-1943) quien afirmaba que los nórdicos constituyen la raza superior y cualquier clase de mestizaje con indígenas Sami de Laponia, romaníes, judíos, fineses u otras minorías raciales debilitaría al pueblo escandinavo. En 1976 se prohibió la esterilización de personas en Suecia. Pero actualmente el Estado sueco ha sido demandado por esterilización sin consentimiento de minorías y deficientes mentales a lo largo de la década de los 60.

LAS SECTAS DESTRUCTIVAS: DE LA SALVACIÓN DEL ESPÍRITU A LA DESTRUCCIÓN DEL CUERPO

En el orden político, el protestantismo radicalizó dos tendencias connaturales en la sociabilidad del hombre: la institucionalización (o sometimiento al poder) y la disidencia. En todos los hombres laten ambas tendencias con mayor o menor fuerza, pero fácilmente pueden derivar en distorsiones sociales. Cuando se traspasa la línea de una institucionalización sin una cierta capacidad de crítica disidente, se cae en la sumisión acrítica al poder establecido. Por el contrario, cuando los niveles de disidencia cruzan la línea roja de la vida social y política, entonces se caen en formas de nihilismo individual o colectivo. Y una síntesis de ambas posturas es la esencia de las sectas. En una secta, por escapar de las normas y la vida social común, la individualidad se somete a normas más estrictas, a sacrificios más duros y a obediencias más ciegas de las que se huían. El fenómeno secta ha aparecido de mil formas diferentes en todo tipo de culturas y religiones. En el cristianismo, desde los primeros tiempos se conocieron sectas disidentes, pero con la aparición del protestantismo, una disidencia en sí misma, acabó configurándose un ambiente propicio para la eclosión de múltiples sectas.

Ya vimos muchas de ellas en capítulos anteriores, pero eran movimientos espirituales que aún no habían roto definitivamente con el cristianismo y la sociedad. Los *ranters*, *seekers*, *diggers*, libertinos espirituales, los anabaptistas, los hermanos libres, aún buscaban reformar el mundo que los rodeaba. En la medida que ha avanzado la modernidad y aparentemente la racionalidad, paradójicamente, la emergencia de las sectas ha ido incrementándose. Muchas de ellas florecieron en el siglo XIX y con el tiempo pasaron de la disidencia a la institucionalización. En las colonias y fruto de imprudentes evangelizaciones aparecieron fenómenos autodestructivos como el conocido como el Suicidio nacional de los Xhosa. Una niña de esta tribu sudafricana mal cristianizada, llamaba Nongqawuse (1841-1898), tuvo la visión de que había que sacrificar a todo el ganado, que se produciría la resurrección de los muertos (como prometía el Apocalipsis) y se expulsaría a los blancos. Y así lo hicieron, provocando una hambruna que exterminó a prácticamente toda la etnia, pasando de unas 100.000 a unos 25.000.

De estos aparecieron decenas de casos. Actualmente en Masisis (Congo), existe una secta fundamentalista protestante, llamada Tempérance, en la que sus miembros creen que Jesucristo volverá prontamente a la Tierra para reinar durante mil años y se consideran a sí mismos los continuadores de la *Iglesia de los Apóstoles*. Se rigen por una interpretación literal de la Biblia y obligan a sus fieles a adoptar una «dieta edénica», esto es, la que creen que mantenían Adán y Eva en el Edén antes de cometer el pecado original: fruta, verdura y legumbres. Son veganos estrictos y cualquier producto de origen animal, no sólo la carne y el pescado, sino también los lácteos y los huevos, son para ellos «impuros». La desnutrición infantil está haciendo estragos en ellos, pero no parece importarles. Será precisamente el siglo XX el que representará una verdadera eclosión de sectas y muchas de ellas han sido categorizadas por los expertos como destructivas. En este epígrafe sólo se exponen unos pocos ejemplos, pero bastarán para entender cómo la disidencia, el subjetivismo de la conciencia, el libre espíritu de interpretación, las corrientes milenaristas y el sentimiento de predestinación pueden llevar a las locuras más diversas. En los años 80 del siglo XX, los telepredicadores inundaron las cadenas de la televisión y el milenarismo volvió a sacudir al mundo protestante norteamericano. En ese ambiente apareció la tristemente famosa secta de los *davidianios*.

- *Los davidianos.* Un músico de Houston, de 22 años, llamado Vernon Howell se unió a la rama apocalíptica de los Adventistas del Séptimo Día. A las afueras de Waco (Texas) en un rancho llamado Monte Carmelo, Howell asumió el papel de profeta y desposó a varias mujeres cambiando su nombre al de David Koresh. En preparación para el *inminente* fin de los tiempos, él y sus seguidores acumularon armas de fuego, pues el Anticristo estaba encarnado por el gobierno de Estados Unidos y había que combatirle. El personaje entró en la memoria colectiva el 28 de febrero de 1993, cuando la Oficina Federal de Alcohol, Tabaco y Armas de Fuego perpetró una sangrienta redada en el rancho de los *davidianos.* Tras los primeros muertos, el FBI se hizo cargo de la operación y así comenzó un enfrentamiento televisado a nivel nacional que duró 51 días. Por fin, el 19 de abril de 1993, el FBI lanzó un ataque militar hasta con tanquetas. A mediodía el rancho estalló en llamas. El fuego mató a 76 miembros de la Iglesia, entre ellos 25 niños, dos mujeres embarazadas y el propio Koresh. El líder de los *davidianos,* que llegó a afirmar que él era el mismísimo Cristo, no se alejaba mucho de lo que otras iglesias protestantes del lugar practican: una fe evangélica inquebrantable, una predilección por las armas automáticas y un rechazo hacia las autoridades federales.

- *La matanza de Jonestown.* Jims Jones es un personaje trágico que nació en 1931 en Indiana, en un ambiente de segregación racial y supremacismo WASP. Influido en la infancia por el *pentecostalismo* (centrados especialmente en las manifestaciones del Espíritu Santo), se sintió llamado a crear un movimiento espiritual que apoyara la integración racial y una especie de socialismo cristiano donde mezcló todo, maoísmo y estalinismo incluidos. Con estos principios creó el Templo del Pueblo. No se libró de investigaciones policiales por escándalos múltiples y decidió trasladar su grupo de seguidores a la Guyana, en Sudamérica, donde logró una comunidad de casi 900 miembros. Ahí la vida era dura pues se les sometió a dietas alimenticias muy pobres, a los disidentes se les encerraba en cajas de madera de tamaño reducidísimo o a los niños indisciplinados —por la noche— se les metía en un pozo llamado el «hoyo de la tortura». Jones empezó a

enloquecer. Una o dos veces por mes impulsaba a sus adeptos a realizar «pruebas de lealtad», consistente en simulacros de suicidios masivos. Y llegó el día que no fue una prueba, sino que incitó a un suicidio colectivo real. Los integrantes de la secta fueron obligados a beber e inyectarse cianuro. El número de muertos fue un total de 913.

- *El mormonismo radical.* El mormonismo predicó siempre la poligamia. En el siglo XIX, su segundo líder, Brigham Young, murió con 55 esposas y 59 hijos. A principios del siglo XX, los mormones cedieron a las presiones de los gobiernos de Estados Unidos y prohibieron la poligamia, aunque se siguió practicando de formas discreta por algunos de sus miembros. En el siglo XX se han producido escisiones radicales del mormonismo que han vuelto a la práctica de la poligamia. Una de estas comunidades separadas está en Short Creek (en la frontera de Arizona y Utah). Es una comunidad reducida donde viven unas 7700 personas. La mayoría de varones se casan con tres mujeres, pues «ese es el número que se necesita para entrar en el cielo». Para que las cuentas salgan, se tiene que *reducir* el número de niños varones, dejándolos en las carreteras (se les llama los niños *perdidos*). Así se conserva la proporción de un varón por tres mujeres. Pero el problema de verdad es que con la poligamia disminuye la diversidad genética

Miembros de la secta mormona radical de Warren Jeffs.

y eso tiene efectos terribles. Hoy, en Short Creek, muchos niños tienen deficiencia de fumarasa, lo que se traduce en anomalías estructurales y a un síndrome que incluye convulsiones y el desarrollo tardío. Los niños acaban asistidos por tubos de alimentación y necesitan cuidados las 24 horas del día.

- *Y Cristo se reencarnó en una china.* En Pekín encontramos los miembros de la Iglesia de Dios Todopoderoso. Es una secta vigilada por el gobierno como posible grupo terrorista. El resto de cultos cristianos tolerados en China, la consideran de «culto satánico». Volvemos a encontrar un grupo dominado por el milenarismo y con la creencia de que sólo ellos pueden interpretar los signos de los tiempos. Creen que Jesucristo se reencarnó en una mujer de raza china, en 1991. Durante años el culto se mantuvo en el más estricto secretismo, entre otras cosas porque se declaran abiertamente anticomunistas y consideran que el gobierno de Pekín está influido por el demonio. Se les conoció en 2014 cuando algunos de sus miembros fueron condenados por matar a golpes una mujer que, según el gobierno chino, no les quiso dar su número de teléfono cuando intentaban convencerla. Los acusados alegaron que la joven estaba poseída por Satán. La secta fue creada por un profesor de Física llamado Zhao Weishan quien, tras ser perseguido, estableció la sede del culto en Estados Unidos. Zhao se autodefinió como la reencarnación china del mesías y fundó una Iglesia para darse culto a sí mismo junto a siete discípulos provenientes de otra secta fundamentalista cristiana denominada los Gritadores. De repente su teología cambió y decidió que Cristo se había reencarnado en una mujer china llamada Yang Xiangbin. A ella se atribuye el libro *sagrado* titulado *La Palabra manifestada en la carne.*

- *El Jesucristo japonés.* Lo malo de los sincretismos religiosos es que suelen producir monstruos. En los años 80, Shoko Asahara fundó la Verdad Suprema y afirmaba que él era el nuevo Jesucristo y el nuevo iluminado después de Buda. Shoko Asahara sufría pérdida de visión desde pequeño y de mayor estaba prácticamente ciego. Eso no le impidió ir a la India y adiestrarse en técnicas de meditación y yoga. A su secta, que buscaba la paz espiritual, le dio

por la matanza en masa. Aum Shinrikyō es reconocida como la secta culpable de los atentados con gas sarín de 1995 en el metro de Tokio, causando la muerte de 13 personas. Nuevamente, el atentado se cometió bajo la justificación de teorías apocalípticas. Asahara y doce de sus seguidores fueron arrestados y condenados a muerte, siendo ejecutados en 2018. Ello no impidió que hubiera todavía seguidores que, como siempre, se escindieron en dos nuevos grupos, uno llamado Aleph y el otro con el extravagante título de El círculo de la luz del arcoíris.

- *La Iglesia de la Unificación (secta Moon) y la armas.* Durante la Pascua de 1935, Sun Myung Moon se autoproclamó mesías, afirmando que «Jesús se le apareció y lo ungió por elección de Dios para establecer el reino de los cielos en la tierra». La secta Moon fue fundada en Corea del Sur en 1954 con el largo nombre de Asociación del Espíritu Santo para la Unificación del Cristianismo Mundial. Emigró a Estados Unidos a principios de la década de 1970. Allí llegó a pronunciar un discurso frente a 300.000 personas anunciando «la esperanza de Dios para los Estados Unidos». Pero fue detenido por evasión fiscal que le comportó un año de cárcel. También se ha demostrado que la secta Moon fue utilizada en Corea del Sur para mantener un discurso anticomunista ante su hermana la Corea del Norte. De hecho, parte de la fortuna del líder tiene que ver con el comercio de armas a través de su empresa Kahr Arms. Ello no quita la visión idílica de la secta que se refleja en los conocidos matrimonios masivos, donde cientos de parejas se casan al mismo tiempo en un estadio deportivo.

- *La Orden del Templo Solar, matando al Anticristo.* Esta secta estuvo en Francia, Suiza y Canadá, fue fundada en 1984 por Luc Jouret (un destacado neonazi belga) como grupo esotérico. En 1995, 16 miembros de la Orden del Templo Solar fueron encontrados quemados en los Alpes franceses no sin que antes sacrificaran, supuestamente, a un niño que pensaban que era el Anticristo. La criatura fue asesinada con una estaca de madera que clavaron en su pecho. Los bomberos encontraron diez personas con un disparo en la cabeza. Y el resto se habían suicidado con veneno. A 200 kilómetros de allí, en Granges-Sur-Salvan,

tres chalets ardieron también. Se hallaron 25 cadáveres carbonizados, la mayor parte de ellos muertos tras ingerir un veneno. Todos los muertos pertenecían a la misma secta. El líder se inició en la homeopatía y la medicina holística, y comenzó a frecuentar grupos de esoterismo y a cultivar la práctica de actividades paranormales. En 1984, fundó la Orden del Templo Solar que llegó a tener 450 miembros a los que adoctrinó con extrañas doctrinas sobre el Apocalipsis y la transición que los miembros de la secta debían hacer hacia el planeta Sirius.

Las sectas cada vez se han ido alejando más de la terminología originaria cristianas y sólo han quedado restos del eco apocalíptico del final de los tiempos y aditamentos recogidos de cualquier tema que se ponga de moda. Por ejemplo, la secta Heaven's Gate («la puerta del cielo»), fue fundada y liderada por Marshall Applewhite y Bonnie Nettles en 1974. Esta secta se caracterizaba por su asociación con el fenómeno ovni. Sus seguidores pensaban que la Tierra y todo lo que contenía estaban a punto de desaparecer, evento que coincidiría con el paso del cometa Hale-Bopp en marzo de 1997. La clave para sobrevivir los llevó a la muerte. Treinta y nueve miembros (incluido Applewhite) se envenenaron por turnos en una mansión de Santa Fe, California. Todos ellos portaban zapatillas y brazaletes que decían «Heaven's Gate Away Team». La mayoría consumió barbitúricos y alcohol a la vez que se ponían bolsas en la cabeza para que no fracasara el suicidio y la supuesta ascensión a la nave espacial que seguía al cometa.

En resumen, los restos del protestantismo disidente, unidos a la modernidad deshumanizadora, la tecnología, las modas, el eclecticismo cultural y el ansia de trascendencia, han activado la bomba de relojería que son las actuales sectas. En el proceso de descolonización de África el fenómeno es especialmente peculiar. Uno puede encontrar sectas extravagantes como de los La Iglesia de Jesucristo sobre la Tierra por su enviado especial Simon Kimbangu, más conocida como la Iglesia *kimbanguista* que afirman que Adán y Eva eran negros y vivieron en Knamba (coincidiendo, cómo no, en el lugar donde se fundó la secta). Su fundador, Simon Kimbangu, es identificado con el Espíritu Santo y Jesucristo, siendo el único redentor de la humanidad. También se han conocido sectas destructivas como el

Movimiento para la Restauración de los Diez Mandamientos de Dios en Uganda. Los líderes eran una excamarera y trabajadora sexual, y el exempleado del gobierno quienes dijeron que habían tenido visiones de la Virgen María y determinaron la segunda venida para el año 2000. Para el momento esperado, los líderes encerraron al menos a 530 personas, entre ellas más de 70 niños, en una iglesia y le prendieron fuego matando a todos. Antes habían asesinado a otros fieles en otros lugares. La suma de fallecidos ascendió a casi un millar. El criminólogo y psiquiatra Jean-Marie Abgrall, experto en sectas y autor de *Les sectes de l'Apocalypse*, afirma que son tantas este tipo de sectas en África que no se puede determinar siquiera el número.

Las derivas culturales del protestantismo

Hoy en día en Estados Unidos aún se habla de las leyes azules (Blue laws) en favor del protestantismo y su moral. La primera ley azul, aunque no se llamaba así en ese momento, fue promulgada en la Virginia colonial, en 1610, y obligaba a la asistencia al culto los domingos. Un desobediente reincidente podía a ser azotado y un impenitente, al menos en teoría, podría ser condenado a muerte. Las leyes azules (el motivo de este nombre no está claro) prohibían además comportamientos impropios, como beber y distracciones no adecuadas para el día del Señor. Algunos cronistas cuentan hechos que hoy nos dejan asombrados. En 1656, en la tierra puritana de Boston, un marinero fue arrestado por besar a su mujer el domingo, recién regresado de un periplo de tres años en el mar. En la colonia puritana de New Haven (Connecticut), en el siglo XVIII, estaba perfectamente regulada la venta y consumo de alcohol, los insultos en lugares públicos y los juegos. Los castigos podían ir desde azotes, hasta amputaciones o muerte. El pastor Samuel Peters en su obra, *Una historia general de Connecticut*, de 1781, refiere los siguientes castigos: confiscación, multas, destierros, azotes, cortar las orejas y quemar la lengua, entre otros.

Las estructuras de comportamiento forjadas por la moralidad puritana, muchas veces sobreviven al ímpetu de la religiosidad que se les dio vida. Por eso, todavía hoy en día, en Norteamérica, se pueden encontrar rastros de las leyes azules que modelaron los hábitos culturales y normativos. Estas no dejan de ser un reflejo del intento puritano de mantener lejos de la corrupción al pueblo escogido, como se vio con la promulgación de la ley seca en 1920. En 1961, el Tribunal Supremo de los Estados Unidos confirmó una ley de Maryland que prohibía el

comercio de buena parte de productos en domingo. El Tribunal reconoció que las leyes originalmente estaban «motivadas por fuerzas religiosas». En muchos Estados, en un país donde el comercio funciona día y noche sin descanso, encontramos su resonancia aplicada especialmente a la prohibición de venta de alcohol los domingos. Todavía hoy en día existen en los Estados Unidos cientos de condados y ciudades, llamados «condados secos» y «ciudades secas», que prohíben la venta de alcohol (aunque no el consumo). Las personas que desean comprarlo, deben viajar a otras ciudades o condados.

Otro camino para mantener la comunidad *pura* o en perpetua regeneración sería a través de la ciencia. El mundo protestante ha establecido una curiosa relación entre la fe y la ciencia, y no necesariamente de oposición. En algunas circunstancias, es la religión la que ha motivado a desarrollar ciertos aspectos de la ciencia. Es frecuente encontrar radicales visionarios protestantes que, a la vez, fueron grandes científicos. Un caso típico, y enseguida se verán más, es el del noruego Emanuel Swedenborg (1668-1772). Hijo de un pastor luterano, publicó un gran número de libros sobre matemáticas, geología, química, física, mineralogía, astronomía, anatomía, biología, psiquiatría, en los que antecede brillantes ideas que serán retomadas posteriormente por otros científicos. Hizo los planos de un avión y de un submarino y descubrió la función de las glándulas endocrinas, el funcionamiento del cerebro y el cerebelo. Ello no quita que esta brillante mente científica tuviera sueños y visiones místicas y creyera ser llamado por Cristo para reformar el cristianismo. Por *inspiración divina* escribió *La doctrina celestial*. Desde entonces decía que podía *visitar* libremente el cielo y el infierno para conversar con ángeles, demonios y otros espíritus. Incluso afirmaba que el juicio final ya había acontecido en 1757. Toda esta locura espiritual no le impidió ser un científico genial.

LA RECONSTRUCCIÓN DEL HOMBRE CAÍDO: LA CIENCIA AL SERVICIO DE LA RELIGIÓN

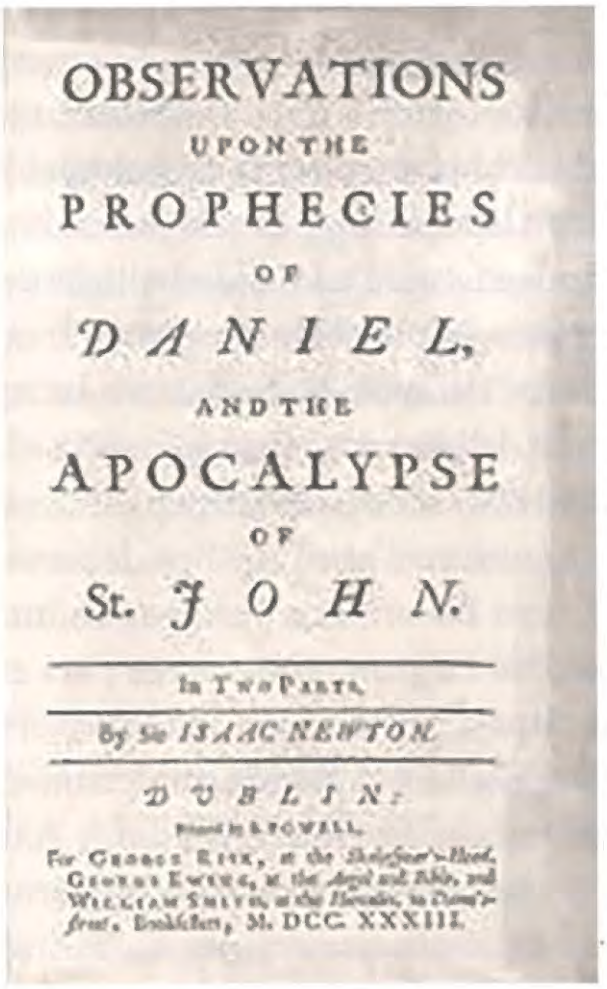
Que la religión y la ciencia son incompatibles es uno de los mitos más arraigados en nuestros tiempos. Por el contrario, en el protestantismo esta relación se volvió especial. Se ha de tener en cuenta que

uno de los principios teológicos del luteranismo era que el pecado original había destruido totalmente la libertad y razón del hombre. Ni siquiera la gracia podía restaurar esa pérdida. Con el paso del tiempo, y contradiciendo sus propios principios, los propagandistas decimonónicos del protestantismo acusaban al mundo católico de estar atrasados en los ámbitos de la tecnología y el saber. Ensalzaban a los genios científicos protestantes y denostaban a los católicos. Es verdad que, sobre todo a partir de la Ilustración, florecieron grandes científicos protestantes (y no pocos católicos) que se caracterizaron por sus convicciones religiosas, incluso extremas. Lo interesante es descubrir cómo fueron sus creencias religiosas las que impulsaron sus motivaciones científicas y no al revés.

Sobre lo que se trata en este epígrafe rara vez se escribe o reflexiona, pero la tesis sería la siguiente: en ciertos ambientes científicos protestantes fue cuajando la idea de que el hombre caído por el pecado original debía ser restaurado por el esfuerzo de los propios hombres. Adán y Eva, al pecar en el paraíso, perdieron conocimientos preternaturales y habilidades que la ciencia moderna podía ayudar a recuperar. Con otras palabras, la ciencia era vista como un instrumento divino para la autorredención del hombre de su caída original. En Estados Unidos, en su segundo Gran Despertar, apareció la doctrina del *perfeccionismo* del hombre por la tecnología. Este afán de crear un superhombre con la tecnología estaba normalmente acompañado de la convicción milenarista. La finalidad última de este proyecto era que había que prepararse para la lucha contra el mal que se desencadenaría al final de los tiempos. Encontramos esta propuesta mucho antes de la aparición del protestantismo, cuando el sabio franciscano Roger Bacon (1214-1294) aconsejaba al papa el desarrollo de las artes, pues: «el Anticristo utilizará estos medios de forma libre y efectiva». Siglos más tarde, otro Bacon, esta vez Francis, ministro del protestante Jacobo I, escribió *La gran restauración* para explicar cuál había de ser el fin de la ciencia y este no era más que servir a: «una rehabilitación de la dicha pasada y la gloria primigenia».

En su obra más famosa *Novum Organum*, y que se considera uno de los pilares de la metodología científica moderna, leemos: «con la caída, el hombre perdió al mismo tiempo su estado de inocencia y su dominio sobre la creación [...] ambas pérdidas se pueden reparar parcialmente en esta vida, la primera a través de la religión y la

segunda a través de la ciencia». Todo ello quedó ilustrado a modo de utopía, como ya vimos en su obrita *Nueva Atlántida*. Otro utopista que reseñamos más arriba fue Samuel Harlib, autor de *Macaria*, el cual era firme creyente de que tras el pecado en el paraíso la humanidad debía aprender de nuevo las artes. El protestante y filósofo moravo Juan Amos Comenio, pietista y milenarista, era partidario de la misma idea. Joseph Glanvill fue uno de los miembros fundadores de la Royal Society, sociedad científica inglesa que tantos frutos dio y que permitió que Inglaterra fuera a la larga la madre de la revolución industrial. Escribió una obra titulada *The Vanity of Dogmatizing* en cuyo primer capítulo afirmaba, en referencia al pecado original, que: «En la actualidad no nos parecemos a la criatura que fuimos y no sólo hemos perdido la imagen de nuestro creador sino también nuestra propia imagen». Su tesis era recuperar ese hombre primigenio. Sin lugar a dudas, en el siglo XVIII esta fue claramente una de las motivaciones del desarrollo científico.


OBSERVATIONS
UPON THE
PROPHECIES
OF
DANIEL,
AND THE
APOCALYPSE
OF
St. JOHN.

In Two Parts.

By Sir ISAAC NEWTON.

DUBLIN:
Printed by S. POWELL.
For George Risk, at the Shakespear's-Head, George Ewing, at the Angel and Bible, and William Smith, at the Hercules, in Dame's-street, Booksellers, M. DCC. XXXIII.

Observaciones de Newton sobre el Apocalipsis.

Robert Boyle (1627-1691), hijo de protestantes llegados a Irlanda, es conocido principalmente por la formulación de la ley de Boyle sobre los gases y considerado como el primer químico moderno. Su obra *The Sceptical Chymist* (*El químico escéptico*) es considerada una obra fundamental en la historia de la química. Participaba plenamente de esta idea del *restauracionismo* del ser humano por la ciencia para devolverlo a su estado adámico. Isaac Newton (1642-1727), el científico por antonomasia, era protestante *arrianista*, de esos que no reconocían la Santísima Trinidad. Llevó una vida austera y ascética y se pasó buena parte de ella intentando desentrañar el Apocalipsis e incluso se lanzó a poner fecha al fin del mundo. En una obra titulada *The end of the world, Day of Judgement, and world to come*, especulaba sobre cómo sería el Reino de Dios milenario prometido. Alardeaba de haber nacido el día de Navidad y se creía mesías y profeta. Llegó a escribir que «los hijos de la resurrección» tendrían cuerpos como Cristo. Newton, como muchos otros protestantes de ese entorno, creían que la creación no estaba completa y los científicos eran los encargados de la divina misión de completarla con la tecnología y su saber.

Como señala David F. Noble, en su obra, *La religión de la tecnología*: «El milenarismo permaneció ampliamente extendido en Inglaterra antes y después del cambio de siglo [entre el XVII y el XVIII] particularmente entre los eclesiásticos anglicanos que lideraban la ciencia nueva». Uno de los pioneros de los estudios sobre la electricidad y los gases, fue el eclesiástico norteamericano Joseph Priestley (1733-1804). Fue siempre apoyado y reconocido por Benjamin Franklin. Priestley, al igual que Boyle y Newton, estaba imbuido de milenarismo y estudió a fondo el Apocalipsis, describiendo cómo serían esos tiempos finales. Siguiendo a Roger Bacon, afirmaba que serían imprescindible el dominio de las artes para luchar contra el Anticristo. Los últimos años de su vida en Pensilvania se los pasó estudiando teología y culminando sus estudios sobre los gases. Michael Faraday (1791-1867), padre de la teorización del electromagnetismo e inventor de la dínamo, entre otras cosas, era miembro de la secta protestante *sandemaniana* (una escisión de la Iglesia reformada escocesa) que interpretaban literalmente la Biblia. Él personalmente siempre defendió que la ciencia era el camino para llegar a Dios.

El gran matemático James C. Maxwell (1831-1879) era igualmente cristiano protestante devoto y lector habitual de la Biblia. Escribía sus propias oraciones y su diario personal está repleto de reflexiones sobre cómo participar de la creación con nuestras manos y esfuerzos. Llegó a escribir: «Creo que los hombres de ciencia, así como los otros hombres, necesitan aprender de Cristo, y creo que los cristianos cuyas mentes son científicas, están obligados a estudiar la ciencia para que su visión de la gloria de Dios sea tan extensa como su ser sea capaz». Otro matemático, Charles Babbage (1791-1871), pionero de la automatización industrial y al que se considera un precursor de la informática, pues desarrolló una máquina calculadora, era un gran creyente. Utilizó el ejemplo de su máquina calculadora para intentar demostrar la verdad de la resurrección de Cristo. Estaba convencido que las artes mecánicas proporcionaban «algunos de los argumentos más fuertes a favor de la religión». David F. Noble, analizando esta relación entre la ciencia y la religión protestante, afirma: «En América, como en ninguna otra parte hasta el momento, las artes útiles se alinearon con los mitos adámicos y los sueños milenaristas». Samuel Hopkins (1721-1803), uno de los teólogos que más influyó en la revolución americana y la independencia de las colonias, tiene un tratado sobre el milenio. En él describe cómo será el ansiado Reino de Cristo: «Sin duda, también habrá grandes mejoras y avances en todas las artes mecánicas, a través de las cuales la tierra será sometida y cultivada» y sigue su descripción casi detallando el deseado estado de bienestar actual.

Johann Adolphus Etzler (1791-1846) fue un pensador norteamericano de origen alemán, conocido por sus fallidas utopías tecnológicas. Escribió un folleto que recoge muy bien cómo estos hombres creían que el milenio no sería otra cosa que la restauración del paraíso perdido. El opúsculo, significativamente, se titulaba *El paraíso al alcance de todos los hombres* y en él relata detallados planes para aprovechar la energía del viento, el agua y el sol en beneficio de la humanidad (más o menos como ahora). La tecnología permitiría liberar al hombre del trabajo que no era otra cosa que una de las consecuencias del pecado original. Esta visión *religiosa* de la tecnología era más que habitual en Estados Unidos. Cuando llegó el telégrafo fue visto *providencialmente* como una inspiración divina para propagar más rápidamente y más lejos el Evangelio. De hecho, los

primeros textos que se lanzaron en morse fueron una selección de versículos de la Biblia. Samuel F. B. Morse, era hijo de un entusiasta evangélico y él mismo fue un benefactor de su congregación, círculos bíblicos y sociedades misioneras.

Thomas A. Edison (1847-1931) es el representante inequívoco de la América emprendedora y del desarrollo industrial. Se consideraba discípulo de Faraday, no sólo por sus conocimientos electrónicos sino también por sus convicciones religiosas. Su mujer fundó una pequeña iglesia al lado de su casa llamada Thomas Edison congregational church. Era una apasionada protestante que se unió al Movimiento de rearme moral y solía decir que, igual que su marido llevó la luz a las casas de los hogares, ella quería llevar la «iluminación de Dios». Edison, motivado por su mujer, quiso adentrarse en el *más allá* en base a experiencias místicas. En la medida que se iniciaba el siglo XX, una parte importante de los científicos americanos seguían, de una forma u otra, embebidos de un ambiente y espiritualidad protestante que les animaba a sus investigaciones. La motivación última siempre fue la misma: reconstruir al hombre como era en el paraíso, con la ayuda de la tecnología. El historiador Howard P. Seagal, describía que: «Los Estados Unidos del año 2000 se parece mucho a una utopía tecnológica. El uso positivo e intencionado de la tecnología es en realidad decisivo para la transformación pronosticada de los Estados Unidos de un infierno vivo a un cielo en la tierra».

Los afanes de volar del hombre ya aparecieron en la mitología clásica. Pero los entusiasmos milenaristas provocaron nuevas ansias de ascender al cielo. Si Cristo tardara en bajar, habría que procurarse el modo de llegar físicamente a él. Tomas Campanella, en 1611, escribía a Galileo comentando el Apocalipsis. Cuando san Juan escribe que vio «un cielo nuevo y una tierra nueva», Campanella interpreta que la Luna y otros planetas estaban habitados. Por cierto, el pietista y racionalista Kant también creía que los planetas del sistema solar estaban habitados por extraterrestres y así lo expresa en una obra de juventud *Historia general de la naturaleza y teoría de los cielos* (1755). Un siglo antes, en 1638, John Wilkins, cofundador de la Royal Society, escribió *Discourse Concerning the Discovery of a New World in the Moon.* Recogiendo el pensamiento de Kepler, sueña en fundar colonias en la Luna donde por fin se podrá vivir la paz deseada por

los milenaristas. Kepler, contemporáneo de Campanella, y espíritu también apasionado por lo religioso, el mismo año que publicó sobre las leyes del movimiento de la Luna escribió sobre su sueño de viajar a ella. Al igual que Newton, se dedicó a escrutar la Biblia intentando descifrar la llegada del milenio.

Siglos después, gracias a los hermanos Wright, el hombre tuvo la experiencia de elevarse por los aires en el primer aeroplano. Aunque se discute si fueron los primeros, el caso es que su afán aventurero e investigador tenía mucho que ver con su espiritualidad. El padre era obispo protestante de la Iglesia de la Hermandad Unida en Cristo. Wilbur, el mayor de los hermanos Wright e ideador del aeroplano, colaboraba con su padre en preparar algunos tratados eclesiásticos. Cuando el aeroplano ya era una realidad y contaban con pilotos, les prohibieron volar en domingo para respetar el día del Señor. Los hermanos tenían la firme convicción que su aeroplano era parte de una misión divina para elevarse a los cielos. Por eso, incomprensiblemente para sus contemporáneos, vivieron toda su vida en celibato. Si hay dos hombres que precederán con su saber los vuelos al espacio serán Konstantin Tsiolkovsky y Robert Goddard. El primero, ruso, tenía un maestro espiritual que le animó a preparar los viajes espaciales envueltos en una especie de mística donde la humanidad estaba llamada a «la transformación de nuestro universo mortal en un cosmos inmortal». Ideas semejantes corrían por la mente de Goddard que decidió poner todo su empeño para lanzar al hombre al espacio.

Llegar al espacio fue posible gracias a Wernher von Braun. De pequeño se educó en la fe luterana y el día de su confirmación su madre, aficionada a la astronomía, le regaló un telescopio. Desde entonces vivió entusiasmado con los vuelos espaciales. Durante la Segunda Guerra Mundial dirigió con éxito el diseño de misiles de largo alcance con cargas explosivas. Los norteamericanos no dudaron en hacerse con él tras la guerra antes de que se lo agenciaran los comunistas. No deja de ser curioso que el primer proyecto de viaje espacial con hombres tripulados se denominara Proyecto Adam. Se había escogido deliberadamente un nombre bíblico que representaba la humanidad primigenia antes del pecado, como ya se ha expuesto. Von Braun, en Alemania, se había contagiado de una corriente milenarista que recorrió esos tiempos. No en vano Hitler, años después

anunciaría un Reich que dudaría mil años, con claras concomitancias de milenarismo secularizado. A lo largo de su vida, Braun no escondió su religiosidad y su convencimiento de que la ciencia y la religión eran necesariamente compatibles y complementarias. Llegó a afirmar que: «para alcanzar el nuevo milenio a través de la fe en las palabras de Jesucristo, la ciencia puede ser una herramienta valiosa más que un impedimento». Cuando abandonó la NASA y se dedicó al sector privado, se ofreció de lector y diácono en la Iglesia episcopal del Buen Pastor, cerca de Cabo Cañaveral y más tarde fue ordenado sacerdote episcopaliano.

DEL PUEBLO ESCOGIDO A LA DECADENCIA DEL WASP

En el capítulo anterior se ha revisado el darwinismo social como una dinámica política sólo posible en una sociedad con una estructura mental protestante y que consiste en la constante purificación a través de la eugenesia y la esterilización de los que puedan *contaminarla*. El racismo tiene un matiz diferente. Representa la secularización de la idea de pueblo escogido que se visibiliza en una raza en concreto. El extenso estudio de Juanma Sánchez Arteaga sobre el racismo, titulado *La razón salvaje. Tecnociencia, racismo y racionalidad*, expone que el racismo científico del siglo XIX, que incluye a Darwin, es una doctrina genetista que se adapta perfectamente al dogma de la predestinación calvinista. Para esta doctrina derivada del protestantismo, la elección divina de los santos o escogidos ya está en el genoma.

La noción de la raza blanca y protestante como la única *humanidad* posible, es lo que fue sembrando el protestantismo hasta ser interiorizada como una verdad indubitable. Esto llegó a ser así hasta tal punto que no entraba en contradicción esta convicción *racialista* con la apología democrática. Un caso prototípico es el de John Locke (1632-1704), al que se ha llamado «padre del liberalismo clásico». Este filósofo inglés había nacido en el seno de una familia puritana de comerciantes y vivió durante el período de la guerra civil inglesa entre el Parlamento y el rey. Su *Segundo tratado sobre el gobierno civil*, se considera uno de los libros fundacionales del contractualismo,

junto al *Contrato social* de Rousseau. Sus ideas ilustradas se reflejan en la Declaración de Independencia de los Estados Unidos y la Declaración de Derechos de 1689. Sin embargo, era un defensor del comercio de esclavos. Participó en el proyecto de montar unas colonias en las Carolinas y para ello preparó una Constitución en la que se regulaba la esclavitud. Además, era accionista de la Royal African Company, que era la empresa encargada de traficar con esclavos de África a las colonias. Aplaudido por su *Tratado sobre la tolerancia*, no hay que olvidar que hace una defensa de la tolerancia de todas las creencias, excepto la católica y la judía o el ateísmo.

Muchos de los padres fundadores de Estados Unidos, empezando por Jefferson, tenían esclavos y la Constitución adoptada en 1787 sancionó el sistema de la esclavitud. No obstante, la Declaración de Independencia de Estados Unidos, de 1776, en su segundo párrafo rezaba: «Sostenemos como evidentes estas verdades: que todos los hombres son creados iguales; que son dotados por su Creador de ciertos derechos inalienables», pero entre los firmantes muchos eran esclavistas. La respuesta a esta contradicción es evidente, para ellos los negros no eran «hombres» en su sentido pleno. Más aún, si uno sigue leyendo los descargos contra el rey de Inglaterra en susodicha declaración, se encuentra con esta sorprendente acusación: «Ha alentado [el rey] las insurrecciones domésticas entre nosotros y ha tratado de inducir a los habitantes de nuestras fronteras, *los despiadados indios salvajes*, cuya norma de lucha es la destrucción indiscriminada de todas las edades, sexos y condiciones». De repente el idílico «todos los hombres nacen libres e iguales», no aplica tampoco a los indios que son considerados moralmente inferiores por su salvajismo innato.

Los primeros contactos amigables con algunas tribus nativas, por parte de los colonos ingleses, y el intento inicial de evangelización por parte de los cuáqueros, fueron algo excepcional. Por norma general, desde un principio, los indígenas norteños estaban condenados por el supremacismo moral y técnico de los protestantes que iban arribando a sus costas. Vladimir Acosta, en su obra *El monstruo y sus entrañas, Un estudio crítico de la sociedad estadounidense*, apunta que: «casi todas las otras Iglesias [excepto los cuáqueros] los consideran incapacitados para salvarse, para recibir su religión, porque eso depende de Dios y no de ellos mismos, y ni Dios los ha llamado para

salvarse ni ellos son dignos de recibir ese llamado. A los indios los tienen por agentes del demonio, por carne de pecado y de infierno, sin esperanza. No son elegidos ni pueden serlo. Están llamados a la condena eterna y matarlos en masa no es pecado». A los indios de América del Norte a veces se les combatía y otras se buscaban pactos para acabar con otras tribus o enfrentarse a los franceses. Pero siempre estuvo una idea sobrevolando entre los colonos: su exterminio.

En su libro *Magnalia Christi Americana*, que es una historia eclesiástica de Nueva Inglaterra, Cotton Mather (1663-1728) explica cómo los suyos acabaron con una tribu entera, los *wampanoag*: «El glorioso señor Jesucristo, al que ellos [los indios] habían desairado, estaba con nuestro ejército y el día fue maravillosamente ganado contra los empedernidos infieles. Su ciudad quedó reducida a cenizas; unos veinte capitanes indios fueron muertos; una desolación proporcional extirpó a los salvajes de categoría inferior; una enfermedad mortal y una terrible hambre persiguió [sic] de tal modo a los restantes que podemos afirmar que ninguno de ellos quedó vivo sobre la faz de la tierra. ¡Tal fue la rápida venganza, oh Jesús bendito, tomada contra aquellos paganos que no querían conocerte ni invocar tu nombre!». Si así trataban a los indios qué menos iba a ocurrir con los negros. Algunos protestantes bien intencionados pensaban que, con la independencia de las colonias se aboliría la esclavitud, pero eso era incompatible con los intereses y la idiosincrasia de la nación protestante que se estaba formando. Era una nación cuyo pilar racial sería el WASP (White, Anglosaxon and Protestant).

Las leyes de segregación para las razas que no fueran la blanca, fueron muchísimas. He aquí una pequeña muestra: Ley que regula la naturalización de población blanca y la prohíbe a otras razas (1790), acta de exclusión de población china que les impide naturalizarse como norteamericanos (1882), ley de California que impide a los asiáticos ser dueños de tierras y otras formas de propiedad (1913) y que será rápidamente adoptada por otros estados, ley que prohíbe la inmigración de asiáticos (1917). Estando los filipinos bajo tutela norteamericana, en 1934, sólo se permitía la entrada en el país a 50 por año para evitar una contaminación racial. Tras la abolición de la esclavitud, se promulgaron y aplicaron en los estados sureños, entre 1876 y 1965, las conocidas como las leyes Jim Crow. Estas leyes propugnaban la segregación racial en todas las instalaciones públicas

bajo el lema «iguales pero separados». La jurisprudencia americana juzgó en ese momento que *separar* no atentaba contra la igualdad. De ahí que se pudiera, por ejemplo, habilitar en el transporte público espacios para negros y espacios para blancos. Tampoco se prohibía el voto a la población negra, pero se aprobaron leyes que dificultaban el registro y la participación en las elecciones, por lo que la mayor parte de los negros dejaron de participar en los comicios.

Las leyes de segregación dieron lugar a situaciones que hoy no nos muestran las películas de la Segunda Guerra Mundial. Concretamente, en el Ejército norteamericano las primeras derogaciones de segregación se produjeron en 1948. Así, se dio la paradójica situación en la que, el Ejército norteamericano libró a Europa de Hitler aplicando leyes de segregación racial. Durante la contienda los batallones norteamericanos de soldados blancos nunca se mezclaron con batallones de soldados negros. De hecho, blancos y negros no podían dormir bajo el mismo techo ni comer juntos. En la armada, los soldados negros sólo podían dedicarse a servicios como cocina y era impensable que pudieran obtener un rango que no fuera el de marinero. El Ejército norteamericano ya había sido estudiado años antes por el psicólogo eugenista Carl Brigham, de la Universidad de

«Civilización contra la Barbarie» un grabado de Udo Keppler.

Princeton, en su obra *A Study of American Intelligence* (1923). En este estudio se intentaba demostrar que los soldados procedentes de familias inmigrantes polacas, italianas y rusas, eran «casi tan poco inteligentes como los soldados negros».

El historiador Howard Zinn, en su obra *La otra historia de los Estados Unidos (Desde 1492 hasta hoy)*, expone que «no hay país en la historia mundial en el que el racismo haya tenido un papel tan importante y durante tanto tiempo como en los Estados Unidos. [...] En las colonias inglesas, la esclavitud pasó rápidamente a ser una institución estable, la relación laboral normal entre negros y blancos. Junto a ella se desarrolló ese sentimiento racial especial —sea odio, menosprecio, piedad o paternalismo— que acompañaría la posición inferior de los negros en América durante los 350 años siguientes esa combinación de rango inferior y de pensamiento peyorativo que llamamos racismo». El racismo se aplicó incluso a sujetos racialmente idénticos: los irlandeses católicos. Las oleadas de irlandeses que llegaron a Estados Unidos a partir de 1840 por culpa de la plaga de la patata, fueron tratados simplemente como negros, ya que no se les consideraba blancos. Habían llegado hacinados en los denominados «barcos ataúdes», en condiciones de miseria absoluta. Al llegar se encontraban que se les acusaba de pobres sin modales, pereza, indisciplina, alcoholismo, católicos y criminales. Cuando en las ciudades se ponían carteles ofreciendo una plaza de trabajo, se especificaba: *No irish need apply* («irlandeses abstenerse»); o bien para prohibir la entrada: *No irish, no blacks, no dogs.*

Cuando a finales del siglo XIX llegó la primera gran oleada de italianos, los funcionarios de aduanas discutieron durante largo tiempo si se les podía categorizar o no de *blancos*. Pero quizá, donde mejor se refleja la distinción entre la *raza escogida* y los otros, sea en las leyes restrictivas de los matrimonios mixtos. En la era moderna, el primer país del mundo en legalizar el matrimonio interracial fue España, el 14 de enero de 1514, mediante real cédula de Fernando el Católico. Sin embargo, en Estados Unidos, no se consiguió suprimir totalmente las prohibiciones de matrimonios interraciales hasta 1967. Tampoco los católicos iban a sufrir mejor suerte que otras minorías, aunque fueran *blancos*. Ya tempranamente, en 1700, la colonia de Massachusetts aprobó una ley contra los jesuitas y los curas papistas, que los declaraba «incendiarios y perturbadores de

la paz y la seguridad pública» y también «enemigos de la verdadera religión cristiana». La ley daba a esos sacerdotes un corto plazo para abandonar el territorio o serían condenados a cadena perpetua.

Los WASP se organizaron contra los católicos en sociedades secretas, una de ellas fue el Know Nothing («no sé nada»), pues así debían responder si se les preguntara por la organización. En una jornada electoral en agosto de 1855, los militantes de la organización en Louisville, Kentucky, estaban decididos a que sólo los *verdaderos americanos* votasen. Un tercio de la población de la ciudad eran católicos, así que los Know Nothing desplegaron patrullas por los centros electorales y pedían a los votantes una contraseña difundida de antemano entre los protestantes. La jornada, llamada el «lunes sangriento» llevó a enfrentamientos y dejó 22 muertos y la iglesia-catedral católica fue destruida, junto a la quema de un centenar de casas y negocios de católicos. Por supuesto, el candidato de los Know Nothing a la alcaldía ganó aquellas elecciones. Sucesos así no fueron infrecuentes. En 1924, cuando el Partido Demócrata se planteó por primera vez en las primarias nombrar como candidato para las presidenciales a un católico, Al Smith, el evento estuvo a punto de acabar a palos. Los sectores protestantes más radicales se opusieron al grito de viva el Ku Klux Klan, grupo que acababa de resurgir con enorme fuerza gracias a su discurso anticatólico. Ante el bloqueo, se tuvo que elegir otro candidato no católico.

Hoy en día, aunque Estados Unidos sigue siendo un país mayoritariamente protestante (dividido en múltiples confesiones reformadas), la confesión religiosa más numerosa es la católica. La omnipotente figura del WASP se ha ido disolviendo. Entre las correcciones políticas, el triunfo del multiculturalismo, las cuotas en Hollywood que restringen la presencia del varón blanco en series y películas, el hundimiento del rigorismo moral y las autoculpabilizaciones, el viejo WASP parece que ya no tiene lugar en lo que fue su tierra de promisión. En las últimas décadas se está dando un fenómeno sorprendente en Estados Unidos, pues se han disparado las tasas de mortalidad de los estadounidenses blancos comprendidos entre los 45 a 54 años de edad. A ello ha contribuido el aumento de suicidios entre blancos protestantes (se le ha llamado la «epidemia de desesperanza») e igualmente el crecimiento de la pobreza. En la cultura de la tierra de las oportunidades, los privilegiados blancos están cayendo

en las fauces de la pobreza. Cuando un blanco pierde su estatus económico, es como si hubiera sido expulsado de la comunidad de los elegidos, por eso se les denomina *white trasch* («basura blanca»). La emergencia de la «escoria blanca» anuncia el fin del sueño puritano.

SOLOS ANTE EL APOCALIPSIS Y LA LÓGICA ÚLTIMA DEL CAPITALISMO

En el siglo XVII, John Bullan, escribía uno de los libros de ficción espiritual clásicos en el protestantismo *The Pilgrim's Progress* (*El progreso del peregrino*). El protagonista, llamado Christian, escapa de «la ciudad del pecado» y debe pasar penalidades y tentaciones hasta llegar al cielo. Por el camino (de la salvación) abandona a su familia y todo lo que lastre su peregrinar. Esa obra es tomada por Max Weber como un referente para explicar el arquetipo de la soledad del mundo calvinista, ya que el protagonista es «conducido por un profundo anhelo de soledad que lo impulsa a buscar el Reino de Dios». El protestantismo acabó arrastrando el alma de los creyentes al aislamiento. La *sola fides* (sin obras), la *sola scriptura* (sin más interpretación plausible que la personal), distancian al creyente protestante de la espiritualidad católica. Calvino ya avisaba del carácter ilusorio de los sentimientos y estados anímicos sobre la fe y proponía que la desesperación ante la condenación debía purificarse. Pero sus seguidores no le hicieron mucho caso, pues la angustia era tal que sólo podían liberarla si encontraban signos de que ellos estaban entre los escogidos a la salvación. Max Weber señala la diferencia entre católicos y protestantes a la hora de afrontar el miedo a la condenación: «En cuanto a los católicos se desprendía de ahí la necesidad de recurrir al sacramento de la penitencia, en tanto que los reformados inferían el efecto de la comprobación práctica por el obrar en la vida».

La pertenencia a la propia congregación se convertía en el puritano en un medio para saber si se encontraba entre los escogidos, siempre y cuando fuera capaz de permanecer en ella y no cometer pecados públicos. Ciertamente, las pequeñas congregaciones puritanas mantenían una fuerte cohesión y una espartana moral pública. Pero ello tenía que convivir con una espiritualidad subjetivista, cuyo único límite era la propia conciencia. De ahí que el mundo protestante

se ha acabado caracterizando como el de una doble moral, o mejor, como el de la convivencia entre la moral pública y la soledad interior. Durkheim, en su clásica obra *El suicidio*, descubre que las tasas de suicidio son siempre mucho más altas en los protestantes que en lo católicos. Ello lo achaca a que en el protestantismo el individualismo y el aislamiento social es más intenso: «El protestante es el autor de su fe. La Biblia se deja en sus manos y no se le impone ninguna interpretación. La estructura misma del culto reformado es más sensible al individualismo religioso. [...] el sacerdote no depende más que de sí mismo y de su conciencia, exactamente igual que el fiel. Es un guía más instruido que la masa general de los creyentes, pero sin autoridad especial para fijar el dogma. Pero, lo que demuestra que esta libertad de examen, proclamada por los fundadores de la Reforma, no se ha quedado en un mero ideal es la multiplicidad creciente de sectas de todo tipo, que tanto contrastan con la unidad indivisible de la Iglesia católica».

En otro orden de cosas, Erich Fromm, psicólogo judío, es uno de tantos que se dan cuenta del sentimiento de soledad que trajo el protestantismo y su relación con los comportamientos económicos liberales: «El protestantismo, en cambio, hizo que el hombre se hallara solo frente a Dios. La fe, según la entendía Lutero, era una experiencia completamente subjetiva, y, según Calvino, la convicción de la propia salvación poseía ese mismo carácter subjetivo. El individuo que se enfrentaba al poderío divino estando solo, no podía dejar de sentirse aplastado y de buscar su salvación en el sometimiento más completo. Desde el punto de vista psicológico, este individualismo espiritual no es muy distinto del económico. En ambos casos el individuo se halla completamente solo y en su aislamiento debe enfrentar un poder superior: sea este el de Dios, el de los competidores, o el de fuerzas económicas impersonales. El carácter individual de las relaciones con Dios constituía la preparación psicológica para las características individualistas de las actividades humanas de carácter secular». Fromm, de forma extremadamente sintética, supo capturar el *espíritu* del protestantismo.

Desde la sociología, Robert Putnam, en su obra *Solo en la bolera. Colapso y resurgimiento de la comunidad norteamericana*, analiza también el proceso de individualización producido a partir del siglo XX en la sociedad norteamericana. Debido a la extensión de

las congregaciones protestantes en los primeros siglos, se denota un comunitarismo en esa sociedad, incluso enfrentado abiertamente al Estado que es visto como un instrumento del mal. Sin embargo, ese viejo comunitarismo en los últimos tiempos se estaría diluyendo y trayendo insospechadas consecuencias. La actual religiosidad norteamericana no impide que las tasas de divorcio vayan aumentando en una escalada sin fin y la duración de los matrimonios sea cada vez más efímera. Actualmente, de cada diez matrimonios celebrados, cinco acaban en divorcio a lo largo del primer año. Por otro lado, un 30% de los norteamericanos viven solos, sin contar los *homeless* y otros desclasados. El mundo anglosajón ha creado el paradigma de las sociedades del aislamiento. En las películas norteamericanas se ha instalado el antihéroe, que no deja de ser una figura retórica del mencionado Christian, el protagonista de *El progreso del peregrino.* Es la figura del justiciero, normalmente un policía de moral dudosa, atormentado con su pasado, divorciado o con una familia deshecha, viviendo en un lugar que ya no es hogar y que para hacer justicia tiene que saltarse la ley. Su soledad era evidente hasta que alguien decidió que, estos prototípicos personajes debían ir acompañados de un compañero perteneciente a alguna minoría étnica, que normalmente debía sacrificar su vida para salvar al antihéroe. Las películas de Hollywood nos ofrecen un magnífico elenco de resortes propios del mundo protestante que se pueden descubrir si uno permanece atento. En muchas películas está especialmente presente el milenarismo de forma secularizada. Ello es patente en las películas catastrofistas como la reciente película titulada *Oppenheimer.*

En la vida real, Robert Oppenheimer, director del laboratorio de Los Álamos, bautizó a la primera bomba atómica que explotó como prueba con el nombre de Trinidad. Años después reconocía el carácter religioso del nombre. Sobre la bomba atómica dijo que era: «un arma de muerte, que podría también redimir a la humanidad». Entre algunos sectores del mundo protestante la bomba atómica desató euforia. En 1949, el pastor Baptista Billy Graham, un famoso milenarista, cuando la Unión Soviética logró su propia bomba atómica identificó la guerra contra el comunismo con el Armagedón (la mítica batalla final del Apocalipsis). A Graham le siguieron otros muchos pastores protestantes predicando que la Guerra Fría era la antesala del fin del mundo. Nuevamente Hollywood ha recogido

este espíritu, y lo ha sabido llevar a las pantallas. Incluso una película que presagia el fin de la tierra, ante la llegada de un meteorito, se titula *Armagedón*, título con claras concomitancias apocalípticas.

Más arriba se ha mencionado la dualidad entre pertenecer a una comunidad de estrictísima moralidad pública y vivir en el abismo de la subjetividad espiritual. Este es ni más ni menos el resorte que se manifestó en su plenitud durante la llamada época victoriana. Este tipo de moral tuvo su reflejo en la Inglaterra de la reina Victoria I (1837-1901). Si unos siglos antes se asoció la virtud a los puritanos que controlaban el Parlamento y la inmoralidad a los reyes, en el siglo XIX, la reina Victoria se convirtió en el baluarte de la moralidad pública. Su matrimonio fue presentado ante la sociedad como modelo perfecto (y poco importaba que a ella le gustaran los retratos de hombres desnudos y se los regalara a su marido). En general, la moral victoriana se caracterizaba por ser muy estricta y tener directrices muy rígidas que dictaban el comportamiento de los ciudadanos. Por ejemplo, la sexualidad era un tema eminentemente tabú (a pesar de que Londres llegó a ser una de las ciudades con más prostíbulos de Europa). En cuestiones de amor sólo se podía hablar en el

Robert Oppenheimer en el lugar de la explosión de la bomba Trinidad.

llamado «lenguaje de las flores» que coincide con la aparición, dos décadas antes, de una de las primeras y la más famosa novela romántica: *Pride and Prejudice* (*Orgullo y prejuicio*) de Jane Austen, publicada en 1813. La novela se caracteriza precisamente por mostrar esa barrera entre los sentimientos íntimos y la formalidad del comportamiento exterior. Paralelamente, aunque aparentemente reflejando otra realidad, la dualidad protestante queda expresada en la famosa novela de Robert Louis Stevenson titulada *El extraño caso del doctor Jekyll y el señor Hyde* (1886). Este dualismo persiguió siempre a la sociedad victoriana. Por un lado, se pusieron de moda las «máquinas del baño», que eran una especie de casitas de madera con ruedas o carromato que llevaban directamente al mar, para que las bañistas no fueran vistas, siquiera en un traje de baño que les cubría todo el cuerpo. Por otro lado, se puso de moda el nudismo, aunque fuera como pose antivictoriana.

En Norteamérica y otros países de tradición protestante, estas dualidades son permanentes. Estados Unidos es uno de los países donde mayor control hay de la publicidad, para evitar que se emitan anuncios con concomitancias sexuales. Los anuncios son bien recatados, aunque la misma marca se pueda anunciar en Europa de forma más atrevida. Este moralismo sexual tiene que convivir con la realidad de que Estados Unidos, la tierra de promisión, sigue siendo el mayor productor mundial de pornografía. Mientras, en algunos estados sureños todavía está prohibida la sodomía, en otros, como Florida, aún es ilegal el sexo oral y, en Virginia sigue vigente una vieja ley que prohíbe practicar sexo con las luces encendidas y cualquier posición que no sea la del misionero. Aunque no se haga ni caso a estas leyes, estos son los restos legales del puritanismo que aún perviven, mientras que en universidades como Berkeley se convierten en el laboratorio de ideas de las más imaginativas formas de liberación sexual, homosexualidad, género y actualmente transgénero. El que fuera el país puritano por excelencia, es el mismo que es el mayor importador de niños secuestrados para el abuso sexual. Pero ello no quita que, bajo la corrección política, una nueva ola de moralismo haya invadido el mundo protestante.

La dualidad moralista es un círculo cerrado sin solución de continuidad. Los encargados de la Manchester Art Gallery retiraron un cuadro de la época victoriana, el titulado *Hilas y las ninfas,* de J. W.

Waterhouse, porque salen ninfas desnudas. Alguien decidió que es inmoral porque «convierte a la mujer en un objeto». En una sociedad occidental globalizada que se jacta de haber superado la moral victoriana, las restricciones moralistas son más intensas que nunca. Es la prueba de que el espíritu puritano no ha muerto, sino que se mantiene presente en las estructuras mentales que creó. El radicalismo religioso de los siglos XVI y XVII parecieron dejar paso a la tolerancia, en cuanto que nuevo dogma. Pero el moralismo de la corrección política se ha impuesto como nuevo dogma de estos tiempos. El neopuritanismo se expresa en la lucha contra el tabaco, el veganismo, el lenguaje inclusivo, la prohibición de ciertas expresiones, el optimismo obligatorio. La sociedad que había luchado contra la segregación espacial de los negros, ahora empezaba a segregar a los fumadores y otros viciosos. Ya no se trata en una coacción de las conductas, sino que se interioricen nuevos y cambiantes credos a los cuales sujetar la voluntad individual. Como afirma Ehrenberg, estamos en una sociedad en peligro de que «se agote psicológicamente en autocontroles permanentes». En el mundo pospuritano ya no hacen falta inquisidores, pues cada uno se convierte en víctima y verdugo a la vez.

LA OBLIGACIÓN DE SER PERFECTOS Y FELICES: HACIA LA AUTORREDENCIÓN

En el siglo XIX, mientras que los defensores del darwinismo social pretendían la desaparición por eugenesia de los *devaluados*, otros buscaron la salvación de los descarriados a través de grandes obras sociales. Este es el caso del Ejército de Salvación, fundado el pastor metodista William Booth y por su esposa Catherine. Buscaban ayudar a los que habían caído en la pobreza, el alcoholismo, el desempleo o vivían hacinados en los arrabales de las zonas industriales de Inglaterra y su capital. Sea por sus vinculaciones con la masonería, fuera por lo que fuera, renunciaron a ofrecer el bautismo y *la última cena* a aquellos a quienes ayudaban. Se consagraba así, en el mundo protestante, la labor filantrópica alejada de todo apostolado. El Ejército de Salvación es conocido porque organizó bandas de música con las que recorrer las calles desfilando a modo de un

ejército peculiar. Este tipo de movimientos se extendieron rápidamente por Estados Unidos.

La lucha contra el alcoholismo fue encabezada por grupos como el Movimiento por la Templanza, cuya dirigente más radical fue Carrie Amelia Nation (1846-1911). De formación puritana, escandalizó a sus coetáneos por la costumbre de entrar en las tabernas con un hacha y empezar a destrozar botellas y continentes de alcohol. Era mujer de gran alzada y se definía a sí misma como «un *bulldog* que corre a los pies de Jesús, ladrando a lo que él rechaza». Afirmaba seguir órdenes divinas cuando entraba a destruir una taberna, mientras que la acompañaban rezando y cantando otras mujeres. La

Carrie Amelia Nation y su hacha en la lucha contra el alcohol.

fuerza del movimiento contra el alcohol unido al movimiento feminista (ambos con raíces protestantes), acabó en la ley seca. En su obra *El último trago. La verdadera historia de la ley seca*, Daniel Okrent sintetiza así este fenómeno: «la prohibición fue una escaramuza en una guerra más amplia librada por los protestantes blancos provincianos». Hoy, la lucha contra el alcoholismo se concentra en los grupos de Alcohólicos Anónimos, una organización que, sin tener orígenes protestantes, es apoyada por los movimientos cristianos. Están alejados del proselitismo, aunque muchas de sus reuniones se realizan en locales de congragaciones religiosas, pero el modelo respira mentalidad protestante: la salvación (de la adicción) sólo puede realizarse en una pequeña comunidad que se autorredime de los males de sus integrantes.

El pospuritanismo de las élites demócratas norteamericanas pretende reconstruir un hombre nuevo que no corresponde al ciudadano medio de Estados Unidos. Esta disociación entre las élites y la sociedad real ha sido estudiada por Christopher Lasch en su obra *La rebelión de las élites*. Esta obra vislumbra con claridad el proyecto neopuritano: «son las clases obrera y media-baja las que se resisten a experimentar con estilos de vida alternativos y tienen reservas sobre la acción afirmativa y otras empresas de ingeniería social a gran escala [...] Mientras los jóvenes profesionales se someten a un arduo programa de ejercicio físico y control dietético destinado a mantener a raya la muerte —a mantenerse en un estado de juventud permanente, eternamente atractiva y casadera—, la gente corriente, por el contrario, acepta la decadencia del cuerpo como algo contra lo cual es más o menos inútil luchar [...] a los liberales de clase media les cuesta entender por qué su concepción higiénica de la vida no suscita un entusiasmo universal. Han puesto en marcha una cruzada para volver más sana la sociedad americana: para crear un ambiente sin humo, para censurarlo todo».

Esta atmósfera neoinquisitorial parece regir el credo del neocapitalismo. La autorredención propuesta en el mundo protestante, como señalaba Fromm, no puede separarse del espíritu del capitalismo, pues: «La obra iniciada por el protestantismo, al liberar espiritualmente al hombre, ha sido continuada por el capitalismo, el cual lo hizo desde el punto de vista mental, social y político. La libertad económica constituía la base de este desarrollo, y la clase media era

su abanderada. El individuo había dejado de estar encadenado por un orden social fijo, fundado en la tradición, que sólo le otorgaba un estrecho margen para el logro de una mejor posición personal, situada más allá de los límites tradicionales. Ahora confiaba —y le estaba permitido hacerlo— en tener éxito en todas las ganancias económicas personales que fuera capaz de obtener con el ejercicio de su diligencia, capacidad intelectual, coraje, frugalidad o fortuna. Suya era la oportunidad del éxito, suyo el riesgo del fracaso, el de contarse entre los muertos o heridos en la cruel batalla económica que cada uno libraba contra todos los demás».

La lucha por buscar la autorrealización (palabra que esconde el significado de autorredención) se acaba identificando peligrosamente con la felicidad. La felicidad, siendo un deseo natural, ha quedado *estandarizado* como si fuera el fruto de un método y un objetivo económico. Desde el establecimiento de indicadores de medición del bienestar de las naciones, hasta la generalización del *coaching*, son un síntoma de nuestra época donde la infelicidad es un «signo [secularizado] de predestinación a la condenación». Willian Davis, en su obra *La industria de la felicidad* llega a hablar incluso de que se ha establecido una «ciencia de la felicidad». Este afán por encontrar un método para ser feliz tiene su origen en el llamado New Thought, o Nuevo Pensamiento. Este fenómeno se detectó en Estados Unidos cuando, en la segunda mitad del siglo XIX, se produjo una *epidemia* de ataques de neurastenia. Su origen se atribuyó a la aceleración de la vida, provocada por cambios sociales y tecnologías como la llegada del tren, el teléfono y la incipiente industrialización. Fue el inicio de la época dorada de la psiquiatría. Aunque posiblemente las causas de la infelicidad eran más profundas.

Según Helena Béjar, en su obra *Felicidad: La salvación moderna*, el New Thought sustituyó la ética protestante de la salvación y la doctrina de la predestinación por una fe optimista centrada en el desarrollo de cada individuo. Ahora la felicidad y el éxito serían las metas últimas de la existencia humana y «la creencia en la fuerza de la voluntad desplazó al énfasis en la conciencia moral». Si estudiamos los primeros psicólogos norteamericanos encontraremos en ellos una clara influencia del protestantismo y su afán por penetrar en el alma a través de la nueva ciencia. La psicoterapia desarrollada en el nuevo continente fue en eso muy diferente a la europea.

Allí el bienestar se transformó en un proyecto secular influido por los trabajos de Ralph Waldo Emerson (al que Harold Bloom repetidamente se refiere como «el profeta de la religión americana») y William James (al que se considera el padre de la «psicología de la religión»), entre otros. A partir de los años 20 del siglo XX, la psicología empezó a aplicarse también en las empresas estadounidenses con el fin potenciar la productividad, hasta derivar en la actualidad en un apoyo para la consecución de la autorrealización en el trabajo.

Eva Illouz, en sus obras *Intimidades congeladas. Las emociones en el capitalismo* y en *La salvación del alma moderna. Terapia, emociones y cultura de la autoayuda,* ha descifrado perfectamente esta cultura posprotestante. En las televisiones de Estados Unidos, y luego del mundo entero, se han puesto de moda los *talk shows*. Illouz pone como ejemplo *The Oprah Winfrey Show*, el programa de entrevistas más visto en la historia de la televisión norteamericana. A través de entrevistas con gentes con problemas, se articula lo que la autora denomina la «estructura narrativa del fracaso». Durante el programa se produce como una *sanación* al dotar de estructuras de significación al sufrimiento de los participantes. Vendría a ser como una sesión de Alcohólicos Anónimos pero en directo, televisado, *espectacularizado* y con garantías de éxito inmediato al acabar el programa. No es de extrañar que fuera en Estados Unidos donde naciera la *psicología positiva*, de manos de Martin Seligman, presidente de la Asociación Americana de Psicología. Una de las críticas más mordaces a este modo de entender la psicología la encontramos en la obra de Bárbara Ehrenreich, *Sonríe o muere. La trampa del pensamiento positivo.* Según ella, la psicología positiva lleva décadas promocionando a los *coaches* y demás profesionales de la felicidad, que llevaban varias décadas ofreciendo sus servicios en el ámbito empresarial. La psicología positiva ha sido el gran marco teórico para el triunfo de los libros de autoayuda.

En 1936, aparecía en Estados Unidos el que podemos considerar el primer libro de autoayuda: *Cómo ganar amigos e influir sobre las personas.* Veía la luz de manos de Dale Carnegie (1888-1955), un protestante influido por el metodismo. Fue un superventas, que hoy en día se sigue reeditando. Desde entonces, este tipo de libros de autoayuda se ha diversificado en su temática para abarcar prácticamente todos los aspectos de la existencia. A partir de los años 80 del siglo

XX, empezaron a surgir libros de lo que se ha venido a llamar crecimiento personal, desarrollo profesional o autorrealización en el trabajo. Nuevamente asoman los ecos del calvinismo sin Calvino. En estos libros se suele presentar al individuo como una microempresa, un «empresario de sí mismo», que tiene que aprender a gestionar su vida, su familia y su trabajo para ser feliz. Ehrenreich explica cómo la implantación de éxito del *coaching* en las empresas estadounidenses coincidió, no por casualidad, con el inicio de los grandes procesos de reestructuración y despidos masivos a finales del siglo XX. Los sujetos debían reinventarse como «comerciales de sí mismos», entendiendo su despido no como un fracaso por el que culpabilizar a su empresa, sino como una «oportunidad de cambio». Muchos libros de autoayuda proponen, en el fondo, una autoexplotación feliz para rendir más y mejor en el trabajo, siempre en beneficio de la empresa. Tras la cultura de la autoayuda se esconde, nuevamente, la soledad de la espiritualidad protestante que ya se ha descrito.

LA TRANSFORMACIÓN DEL ARTE

En la Reforma se presentaron principalmente dos tendencias respecto al arte religioso que, indirectamente, iba a dar lugar a otras formas de arte que hoy son parte de nuestro acervo cultural. Como en tantas otras cosas, Lutero y Calvino difirieron en su concepción del arte sacro. Por ejemplo, respecto a la música sacra, Lutero la aprobaba sin reproche, con intención devocional y proselitista. En cambio, para Calvino, centrado en una espiritualidad de interiorización subjetiva, la música podía convertirse en una distracción a evitar. Al contrario que Lutero, los conocimientos de música de Calvino eran nulos. Por ello tuvo que recurrir a amigos como Claude Goudimel que acotaron la música sacra solamente a los salmos. Los compositores calvinistas crearon un repertorio completo de melodías sencillas y austeras y los salmos se tradujeron a lengua vernácula. Las interpretaciones se realizarían a *capella* (música vocal sin acompañamiento instrumental), pues para Calvino el uso de instrumentos era considerado ostentoso y un placer estúpido. Ordenó que todos los órganos de las iglesias en Ginebra fueran destruidos y lanzados al lago de la ciudad. De esa etapa nos ha quedado el *Salterio*

de Ginebra caracterizado por su uniformidad y simplicidad. Por su parte, Zwinglio excluyó directamente la música por ser una actividad profana.

Lutero, por el contrario, comprendió la importancia de la música para expandir la nueva fe. Abandonó el canto gregoriano, pero agregó letras religiosas a canciones tradicionales reconocibles por las gentes sencillas. Compuso himnos que pronto salieron de su refugio en Sajonia, pasando a ser cantados incluso en zonas católicas y traducidos al inglés. Podemos decir que, en el luteranismo, la reducción del uso de tallas sacras se saldó con la expansión de la música. Lutero promovió la creación de *kantorei* (escuela coral) en todas las iglesias reformadas y, en 1529, compuso el *Ein feste Burg ist unser Gott* (*Castillo fuerte es nuestro Dios*). Heinrich Heine describió este himno como La Marsellesa de la Reforma protestante. Por su parte, Johann Sebastian Bach lo convirtió en una magnífica cantata. Siglos después, Richard Wagner recordó la canción en una pieza que celebraba la victoria prusiana contra Francia en 1871. Durante la revolución de 1848, los liberales cantaron una versión politizada del *Ein feste Burg ist unser Gott* para promocionar la *libertad* y la *verdad* entre el pueblo. En el siglo XIX fue adoptado como un himno del movimiento socialista sueco. En la década de 1880, los socialdemócratas alemanes reescribieron el mismo himno para incluir referencias a los derechos humanos y actualmente incluso se entona, con esta letra más revolucionaria, en las manifestaciones ecologistas contra la policía alemana.

Si bien Calvino proscribió la polifonía, Lutero siempre la consideró un elemento esencial para sus corales. Admiraba al gran compositor polifónico francés Josquin Des Prés que era católico. Gracias a esta admiración y permisión pudieron ver la luz algunas obras geniales de Bach. El compositor alemán era luterano, pero se ha dicho que su polifonía se parece a la católica, y ello es cierto. Bach, que tenía su biblioteca llena de libros luteranos, realizó muchas armonizaciones de melodías preexistentes al luteranismo, algunas de las cuales incluyó en sus célebres *pasiones*, en sus cantatas y en sus motetes. Con otras palabras, si Bach hubiera nacido y vivido en la Ginebra de Calvino, se hubiera perdido uno de los mejores compositores de la historia. En cambio, el compositor alemán posiblemente se hubiera llevado bien con los grandes maestros como Palestrina

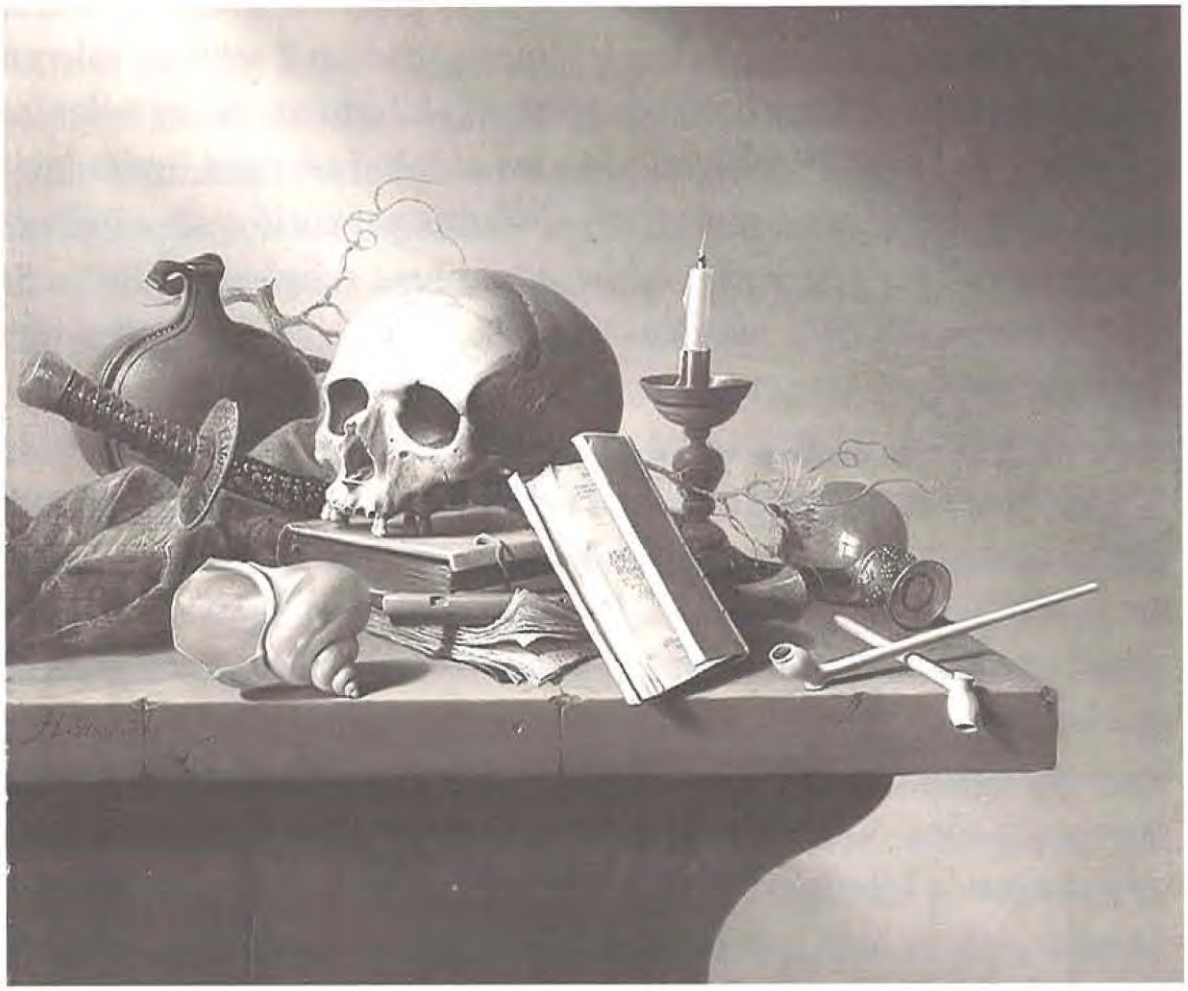
o Francisco Luis de Victoria, ya que tras el Concilio de Trento se conservó y promovió la música sacra polifónica. A diferencia de la austeridad calvinista, en el Barroco católico la música sacra creció en espectacularidad. Así, los motetes incorporan a menudo acompañamiento orquestal, llegando a crear un estilo nuevo: el llamado Barroco colosal romano, en el que se contraponen multitud de coros para lograr espectaculares efectos. Nada que ver con las monótonas salmodias calvinistas.

Respecto al arte pictórico, es emocionante seguir el desarrollo de la pintura en función de las dinámicas del protestantismo y del catolicismo. Calvino se opuso radicalmente a la representación en imágenes y esculturas de santos, e incluso de Cristo, por considerarlas idolátricas. En el calvinismo subyacía una fuerte corriente iconoclasta que se fue manifestando constantemente en todo tiempo y lugar donde arraigaba y cebándose en la imaginería católica. Las iglesias protestantes quedaron desnudas de imágenes y desaparecieron los crucifijos, para convertirse en cruces desnudas sin el crucificado. Las iglesias católicas holandesas fueron transformadas en iglesias protestantes eliminando todas las pinturas y las esculturas y blanqueando las paredes. Los luteranos tendían a ser más tolerantes que los calvinistas y por eso en iglesias luteranas, no en todas, se pueden ver imágenes (pintadas, no en esculturas) pero limitadas a un número *prudente*. Calvino, no obstante, permitió que se incluyeran ilustraciones con temas bíblicos en libros religiosos. Ello facilitaba la transmisión de sus ideas religiosas a sus congregaciones y en los hogares.

Como señala el gran historiador del arte, Gombrich, posiblemente, la aversión a las imágenes religiosas en el protestantismo, llevó a que los artistas en países protestantes se centraran en explorar la perspectiva, las reglas de la óptica, las matemáticas y la anatomía. Estos avances también se encuentran en el ámbito católico, pero en el protestantismo encontramos además una focalización en nuevos contenidos pictóricos, pues los religiosos o estaban mal vistos, o poco cotizados o simplemente prohibidos. Paradójicamente, en la medida que la Iglesia reformada era más radical, la potente burguesía holandesa se hizo más mundana en cuanto a sus gustos artísticos. El arte fue una manera de expresar esa mundanidad mezclada con una obligada austeridad formal. Un ejemplo prototípico de lo que

pasaba en Holanda fue Rembrandt van Rijn. Era protestante, pero muy moderado. Realizó numerosas escenas históricas, entre las cuales se cuenta su producción artística de temática bíblica, obviando la iconoclasia de los protestantes más radicales. Sin embargo, sufrió en su bolsillo la caída de la demanda de obras religiosas y, como tantos otros pintores del momento, redirigió su genio a los bodegones, al paisajismo, a los retratos y a las escenas cotidianas. Los que pagaban eran las élites de burgomaestres protestantes y no los reyes y la nobleza católica de otros países. Ello se nota incluso en el pequeño tamaño de los lienzos, apropiados para una casa burguesa, pero no para un palacio.

Para entender la llamada pintura del siglo de oro neerlandés, hay que tener en cuenta que en Holanda se mantuvo una parte importante de la población católica. Se reunían en secreto en *iglesias privadas* o en grandes casas, donde las misas eran toleradas muchas veces. En Utrecht y bajando hacia el sur, el porcentaje de católicos era cada



Vanitas de Harmen van Steenwyck.

vez más alto. Por eso hay que entender que algunos de los artistas holandeses más importantes fueran católicos, como es el caso de Jan Havicksz Steen (1626-1679). A diferencia de sus coetáneos calvinistas, aunque sus cuadros se centran en la vida cotidiana y el costumbrismo, muchas de las escenas son animadas y bulliciosas. Sus cuadros son como un llamamiento al divertimento que los calvinistas radicales aborrecían. Contrasta con la costumbre de otros pintores de dibujar las *vánitas*. Este subgénero de los bodegones o la naturaleza muerta, se extendió entre los pintores protestantes. Las vánitas son cuadros que recogen entre los objetos cotidianos de un bodegón, por ejemplo, a veces un cráneo o esqueletos o incluso un reloj de arena (recordando la vacuidad de la vida y el rápido paso del tiempo). El principal pintor de vánitas fue Harmen van Steenwyck (1612-56) y su cuadro más reconocido es un bodegón llamado *Las vanidades de la vida humana* (1645). A él le siguió una larga lista de pintores protestantes que, sin exteriorizar un motivo religioso, sí que ponían al espectador ante la tesitura de la vida tras la muerte.

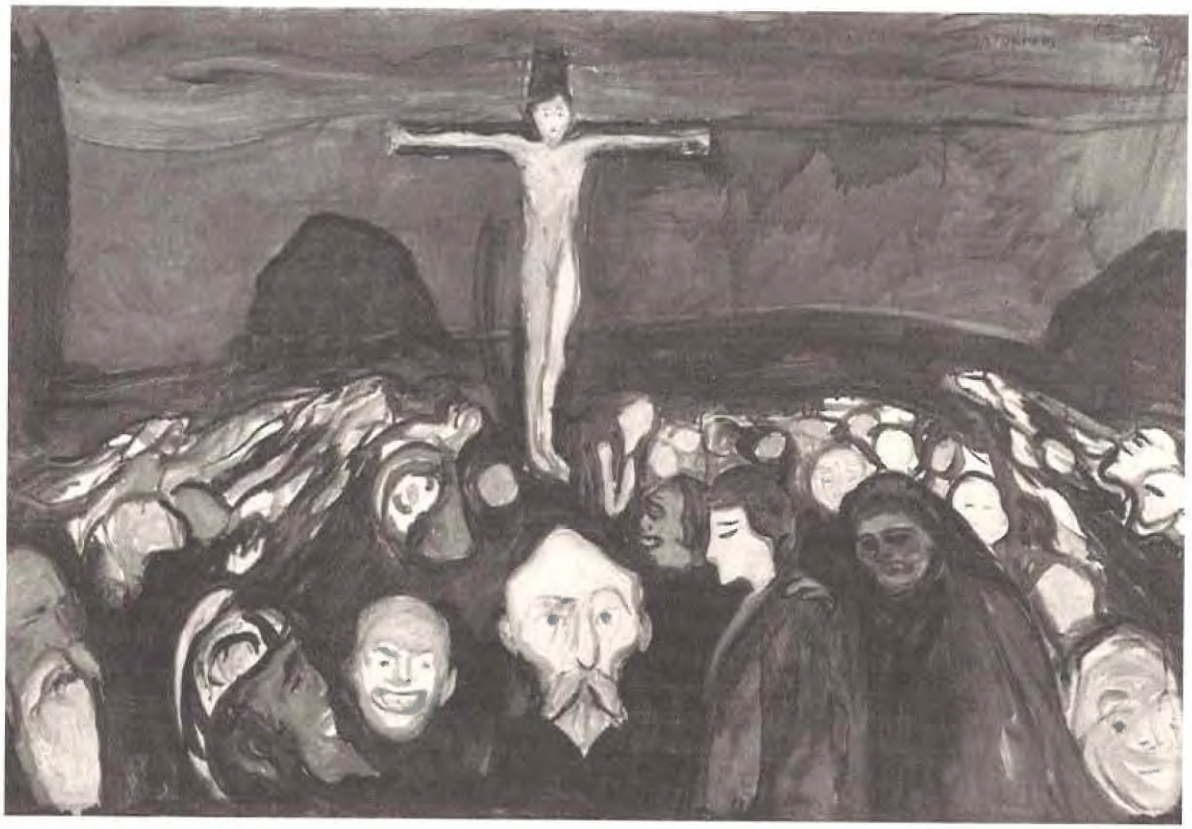
El estudio del arte pictórico protestante permite también adentrarse en el conocimiento de sus vestimentas. A pesar de que no todos los holandeses rechazaron el uso del color en sus atuendos, la mayoría de ellos, sobre todo los representantes políticos y la alta clase económica vestían de negro. Burgomaestres, magistrados municipales y responsables de gremios y asociaciones financieras, igualmente se vestían a base de paño negro y lino blanco. Paradójicamente, desde el siglo XV, el negro era símbolo de elegancia en la corte de Borgoña, idea que fue trasladada a España por Carlos V y asumida por Felipe II y así lo vemos en los cuadros de la corte española. En el XVII el color negro fue asumido por los puritanos de Cromwell como manifestación de su espíritu de purificación y ascetismo. También es signo de la renuncia a la vanidad. Artistas como Jan de Bray, Frans Hals, Antonie Palamedesz y, por supuesto, Rembrandt realizaron obras de individuos o de grupo, donde podemos reconocer, a modo casi de uniforme, los trajes negros de la época.

El negro también aparece en el arte católico, pero con otro sentido. En el Barroco, de la mano de Caravaggio y José de Ribera, apareció la corriente del llamado tenebrismo. En esta, se ensaya el radical contraste entre las luces y sombras en el cuadro. Mientras que el fondo del cuadro se mantiene casi negro, ello permite resaltar la

imagen, normalmente de motivo religioso, fuertemente iluminada y destacada. Esta sobreiluminación permitía, en las expresiones de los personajes representados, una dramatización que pudiera conmover al observador. Frente a la frialdad protestante, el catolicismo, a través del arte, pretendía salvar la emotividad quizá con un exceso de sobrerrealismo. Uno de los discípulos de Caravaggio sería Rubens que, a su vez, influiría sobre un joven Velázquez. En Rubens encontramos a un flamenco, católico, vividor y al servicio de la propaganda antiprotestante a través del arte. A modo de ejemplo se encuentra el gran retablo pintado del altar de la iglesia del Convento de las Carmelitas Descalzas de Amberes (Holanda). La intención de la obra de arte era convencer a los protestantes de la existencia del purgatorio.

En contraste, el pintor por excelencia del Barroco holandés y calvinista, Joannis van der Meer o Jan ver Meer, también utilizó, a modo del tenebrismo, el claroscuro en su famosa obra la *Muchacha con turbante* o *La joven de la perla*, pintado hacia 1665. En este caso el fondo oscuro permite resaltar el rostro de una joven, pero que despierta otra emotividad que la de la religiosidad mostrada en algunos cuadros de Caravaggio y sus seguidores. El cuadro transmite tranquilidad y cotidianidad, alejándose de las actitudes del drama de la vida, tema propio del Barroco católico. En otro cuadro, igualmente famoso, *La lechera*, Van der Meer consigue transmitir un gran sosiego. Es una escena cotidiana, aunque no se descarta algún detalle moralizante como una trampa para ratones en el suelo, en referencia a los peligros de las tentaciones. Aunque el pintor calvinista no pudo deslindarse de alguna apologética religiosa, pues su mujer era católica, en conjunto su obra nos muestra un mundo perfecto y acabado. Quizá son los trazos artísticos que anuncian la secularización a la que se verá sometida el mundo protestante. Cuadros suyos como *El panadero* o *El geógrafo* (o el astrónomo), nos refieren a una sociedad en el pleno apogeo de su vitalidad mundana. El mundo burgués, su poderío económico, las ciencias, o los mapas (producto caro y de lujo para la época), denotan la confianza en los predestinados a la salvación y que ya no necesitan coadyuvar a su redención. En *La lechera*, la luz ya no contrasta entre lo claro y lo oscuro, sino que se difumina por todo el cuadro. De forma mágica, el pintor calvinista representa como la trascendencia (la luz) se hace inmanente al mundo. Y ese fue el fruto del protestantismo.

De la quietud reflejada en *La lechera* de Van der Meer a *El grito* de Munch, hay todo un deslizamiento en el arte y en el mundo protestante, camino de la secularización que ya hemos tratado. Edvard Munch vivió su infancia bajo la influencia de un padre luterano obsesionado con lo religioso y de tendencia pietista. Él mismo reconocía que ello le había provocado un desequilibrio que era la base de su genialidad: «Mi padre —escribía Munch— era temperamentalmente nervioso y obsesivamente religioso, hasta el punto de la psiconeurosis. De él heredé las semillas de la locura. Los ángeles del miedo, el dolor y la muerte estuvieron a mi lado desde el día en que nací». También refería que, al igual que Leonardo Da Vinci había estudiado la anatomía de los cuerpos, él había estudiado la de las almas. Sus obras no dejan de ser la visión atormentada del mundo protestante ante la vida y la muerte. Temas que se han rastreado en este libro, se pueden encontrar en sus cuadros, como la soledad, recogida en *Melancolía* donde un joven mira entristecido al infinito junto al mar (cuadro del que el pintor realizó varias versiones). La muerte es retomada en cuadros como *Muerte en la habitación*, que recoge el momento de la muerte de su hermana por tuberculosis, o



Gólgota de Edvard Munch.

cuadros tétricos con títulos tal y como *El olor del cadáver* o *El niño y la muerte*. La angustia existencial queda reflejada en su famoso cuadro *El grito,* del que también pintó varias versiones.

Sobre esta última obra el mismo autor escribía, en 1892, la causa de su inspiración: «Iba por la calle con dos amigos cuando el sol se puso. De repente, el cielo se tornó rojo sangre y percibí un estremecimiento de tristeza. Un dolor desgarrador en el pecho. Me detuve; me apoyé en la barandilla, preso de una fatiga mortal. Lenguas de fuego como sangre cubrían el fiordo negro y azulado y la ciudad. Mis amigos siguieron andando y yo me quedé allí, temblando de miedo. Y oí que un grito interminable atravesaba la naturaleza». La sexualidad desgarrada emerge en retratos de prostitutas o dedicados a los celos, incluso en su obra *Metabolismo* hay una alegoría con carácter aterrador al pecado en el paraíso. Quizá el cuadro que mejor refleje lo que es el protestantismo desposeído de su historia, teología, controversias, ritos y cultos, y mostrado como mera actitud existencial, sea el titulado *Gólgota*. Es un cuadro profusamente oscuro donde resalta la figura desnuda de un Cristo crucificado, que durante siglos el protestantismo se había negado a representar, pero ahora se muestra desnudo y «humano, demasiado humano», parafraseando a Nietzsche. Un cúmulo de rostros deambulan en torno a la cruz, pero pocos la miran. En la parte de abajo del cuadro, un rostro incrédulo, da la espalda al crucificado y mira escéptico al que observa al cuadro. Es un autorretrato de Munch como quien se mira en un espejo observándose, pero sin entender su existencia ante un ambiente angustioso que representa el mundo presente. Quizá este lienzo sea el reflejo más exacto del protestantismo en su desnudez existencial.

Apenas somos conscientes de cómo la Reforma protestante ha influido en nuestras vidas. Tras el atormentado antihéroe de las películas americanas, la autoimposición de la felicidad como un deber absoluto, la necesidad imperiosa de un triunfo profesional o las angustias de la soledad y el individualismo que nos abaten, podemos descubrir los ecos de una nueva antropología que trajo la Reforma protestante.

La eclosión protestante llevó a innumerables grupos y congregaciones a buscar la pureza espiritual pero reflejada en una moral y control público que hoy nos asustaría. En ciudades como la Ginebra de Calvino se prohibieron los juegos, se cerraron las tascas e incluso se impidió celebrar la Navidad. No fue extraño que, en países como Inglaterra, y en determinadas sectas, se llegara a reglamentar el número de platos permitidos o prohibir postres y dulces.

Buena parte del protestantismo vivió bajo el terror del inminente fin del mundo. Isaac Newton fue uno, entre muchos, de los que escudriñó el Apocalipsis para profetizar la fecha exacta del esperado acontecimiento. Por su parte, los Wasp (Whites, Anglosaxons and Protestantes), quisieron configurar una América racial donde otras razas y religiones no tendrían cabida. Y en los lands alemanes, donde dominaba el protestantismo, es donde el partido Nazi consiguió obtener su mayor apoyo.

La mujer, en el mundo protestante, creyó que podía encontrar su liberación, pero a la postre la sospecha recayó sistemáticamente sobre ella, convirtiéndose en una potencial bruja o adúltera. En paralelo, en la Alemania luterana estallaron como nunca las persecuciones contra los judíos o en América se recluían los Amish huidos de Europa, deteniéndose para ellos el tiempo. Este libro invita al lector a un apasionante recorrido a través de estos acontecimientos que dejaron una marca perdurable en el mundo contemporáneo.

ALMUZARA

THEMA: QR; QRMB3